



*Mar
Carrion*

Decisiones
ARRIESGADAS



*«Un buen cóctel de enredo sentimental
aderezado con una trama policial trepidante».*

**DECISIONES
ARRIESGADAS**

Mar Carrión

© Todos los derechos reservados

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Título: *Decisiones arriesgadas*

© *Mar Carrión*

Primera edición publicada en octubre 2010

Segunda edición publicada en octubre 2017

Diseño de portada y contraportada: *Alexia Jorques*

Maquetación: *Alexia Jorques*

Decisiones
ARRIESGADAS

Mar
Carrion

*«Es en los momentos de decisión
cuando se forma tu destino».*

Tony Robbins

Índice



[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#) 169

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#) 198

[Capítulo 14](#) 214

[Capítulo 15](#) 229

[Capítulo 16](#) 242

[Capítulo 17](#) 252

[Capítulo 18](#) 265

[Capítulo 19](#) 281

[Capítulo 20](#) 293

[Capítulo 21](#) 309

Capítulo 22

Capítulo 23 _____ 341

Epílogo _____ 357

Relato _____ 364

Agradecimientos _____ 384

Biografía _____ 385

Prólogo



Miró a su alrededor y sintió un enorme vacío en su interior. Observó los muebles de estilo moderno que ya le eran familiares, las cortinas de color blanco que caían elegantemente sobre la única ventana del dormitorio y los cuadros de estilo impresionista donde predominaba el rojo intenso y el negro. Conocía el lugar donde se hallaba, en los últimos meses había pasado muchos momentos en esa habitación, pero entre aquellas cuatro paredes no existía ni un solo detalle que le infundiera un poco de calor. Ni siquiera el hombre desnudo que yacía a su lado.

Regresar allí era una de esas cosas que continuaba haciendo a pesar de que sabía que no le convenía porque eso era todo lo que iba a obtener de él. Ella no era una mujer que se conformara con una relación basada exclusivamente en el sexo por muy bueno que este fuera. Por eso, cuando tras el acto sexual él se dormía y ella se quedaba en silencio, tumbada en una cama que no era la suya y envuelta en la frialdad de las paredes blancas, la soledad de la que trataba de huir era más aplastante que nunca. En esos momentos de silencio, solía preguntarse por qué los hombres decentes no se mostraban interesados en ella. Quizás fuera un imán que atraía a aquellos que no tenían más inquietudes que pasar un buen rato en la cama. O, tal vez, no se esmeraba lo suficiente cuando conocía a un hombre de los que valían la pena.

A lo mejor tenía que esforzarse mucho más.

Su vista viajó desde las cortinas blancas hacia las sábanas rojas de seda que le cubrían medio cuerpo y que resaltaban la palidez de su piel. Él yacía a su lado, tumbado boca abajo y con el cuerpo laxo después de un orgasmo que les había consumido las fuerzas. No estaba dormido, pero tenía los ojos cerrados y los labios entreabiertos. Al contrario de ella, él sí que se sentía satisfecho.

—¿En qué estás pensando? —Le preguntó él.

—En nada en particular. —Se ajustó la sábana sobre los pechos.

Él abrió los ojos y se fijó en el mechón de cabello que caía sobre su mejilla y que le cubría los bonitos ojos claros. Alzó una mano y lo retiró,

consciente de que se encontraría con su mirada perdida. Casi afligida.

A él no le importaban sus sentimientos. No tenía ni idea de lo que pasaba por su cabeza ni le interesaba lo más mínimo descubrirlo. Afortunadamente, tenía a todas las mujeres que le diera la gana. Sin embargo, había un hecho indiscutible, y es que ella era una gatita salvaje e insaciable que le proporcionaba el mejor sexo que había tenido nunca. De lo contrario, ya la habría echado de su cama.

El teléfono sonó desde la mesita de noche y su acompañante contestó a regañadientes al tercer timbrado. Saltó de la cama y expuso su atractiva y proporcionada desnudez. Tenía un cuerpo muy trabajado, sabía que ejercitaba los músculos en el gimnasio, aunque en ese preciso momento él ya no la atraía lo más mínimo.

—Espera un minuto, te contesto desde mi despacho. —Tapó el auricular y la miró—. Cuando te lo indique cuelga el teléfono. —Le ordenó.

Salió desnudo del dormitorio y le escuchó descender las escaleras. Ella alargó la mano hacia el teléfono y sostuvo la horquilla contra el oído. Se escuchaba una respiración lejana, un hombre sin lugar a duda. La voz de su amante irrumpió en el silencio para ordenarle que colgara y ella obedeció, pero su tono áspero e imperioso despertó su curiosidad. Durante unos segundos batalló contra ella, pero era más fuerte que su voluntad y terminó por sucumbir a su poder.

Descolgó con mucho tiento y volvió a apoyar el teléfono contra el oído. Hablaban de cosas que no entendía, pero cogió el hilo de la conversación cuando nombraron a Emily Williams. Se le abrieron los ojos desmesuradamente y el pulso se le aceleró cuando escuchó que uno de los dos decía:

—Emily Williams tiene que desaparecer.

No pudo decir que lo sintiera.

Capítulo 1



Estaba de un humor de perros. No era de extrañar que se le hubiera despertado un insidioso dolor de cabeza. Había comenzado en la frente, justo detrás de las cejas, y se le había extendido hacia las sienes. El par de analgésicos que se había tomado hacía un rato lo habían aminorado, pero no lo habían hecho desaparecer del todo.

Hizo un repaso mental de las tareas que todavía tenía pendientes antes de meterse en la cama. Primero atacaría el envase de helado de chocolate que guardaba en la nevera, después recogería a *Abby* de casa de su vecina Emily, luego se daría un baño caliente, comería un sándwich y, por último, se desplomaría sobre el colchón. Allí desconectaría de todo y dormiría de un tirón.

El episodio que Hugh y Sheryl acababan de protagonizar en el trabajo regresó a su cabeza. Se casaban. El mujeriego empedernido y *limoncito* contraerían matrimonio en breve. La noticia era digna de aparecer en la primera página del *Pittsburgh Enquirer* porque cuando Sheryl se enterara de que Hugh se había acostado con algunas compañeras de trabajo lo asesinaría. Sin duda lo haría.

La noticia le habría importado un rábano de no ser porque Hugh Fagerman, ese trepa arrogante y sin escrúpulos a quien todos sus compañeros detestaban, se casaba con la hija del director del periódico para conseguir el puesto de redactor jefe del *Pittsburgh Enquirer*. Nadie que conociera mínimamente a Hugh creería que se casaba con ella por amor. Le gustaban las mujeres despampanantes y Sheryl no era agraciada físicamente. Tenía los ojos extraños, demasiado grandes y separados para una cara tan pequeña, y sus labios eran tan finos que cuando cerraba la boca se escondían. Además, la llamaban *limoncito* porque su carácter era tan agrio como el zumo de un limón, y sólo se suavizaba cuando Hugh se dirigía a ella.

En redacción nadie se había sorprendido excesivamente de la noticia, pues todos conocían los trucos y ardidés que Hugh Fagerman empleaba para subir peldaños en la profesión; pero a Megan se le habían revuelto las tripas,

ya que ella se estaba esforzando muchísimo por conseguir ese puesto que los dos tanto ansiaban. Y ahora Hugh le había sacado una gran ventaja. De hecho, Megan pensaba que ya lo tenía todo perdido porque, para colmo de males, su arrogante compañero le caía de maravilla a Preston Smith, el jefe, que se mostraba encantado con la noticia del enlace.

«Felicidades» les había deseado ella, al tiempo que le dirigía a Hugh una sonrisa cargada de desprecio. Él le había respondido con otra sumamente mordaz que acentuó un poco más lo miserable que ella lo consideraba.

—Maldito bastardo —masculló ahora entre dientes, apretando con rabia el volante de su Viper.

«Helado de chocolate, baño caliente con sales aromáticas».

Se adentró en Hazelwood y enfiló la avenida Gleenwood. Una densa oscuridad se cernía sobre la calle residencial, recordándole que había vuelto a salir demasiado tarde del trabajo. No obstante, la agradable quietud del distrito, alejado del ruido de la ciudad, le devolvió la tranquilidad, aunque no el buen humor.

Metió el coche en el garaje, encendió la luz del salón y se quitó los zapatos de tacón mientras se dirigía a la cocina. Sacó el envase de helado del congelador, le quitó la tapadera e hincó la cuchara con ganas. Dejó que el chocolate se le derritiera en la boca mientras cerraba los ojos y paladeaba el delicioso sabor. Todo lo malo perdía relevancia cuando tenía un trozo de chocolate sobre la lengua. Aquello era mejor que el sexo. Cuando se lo decía a Hannah, ésta se echaba a reír. Hannah era adicta a los hombres y habían pasado tantos por su cama, incluido Hugh, que la pelirroja no tenía memoria suficiente para recordarlos a todos. Megan por el contrario carecía de vida sexual desde que Jim se había marchado hacía dos años. Había tenido muchas oportunidades de salir con hombres, pero comer chocolate era menos molesto y nunca tenía que decir adiós.

«Tengo que recoger a *Abby*».

La vecina de la casa de enfrente le estaba haciendo un favor con la perrita. *Abby* todavía era un cachorro gruñón que ladraba cuando Megan la dejaba sola en casa. A Emily le encantaban los perros y cuando Megan le había comentado su problema, se había ofrecido a cuidar de *Abby* cuando ella se marchaba a trabajar.

Volvió a calzarse los zapatos, dejó la luz del salón encendida y salió fuera. La noche veraniega envolvió su cuerpo en un caluroso abrazo. Desde hacía días las temperaturas habían ascendido por encima de lo que era

frecuente en junio. Ese hecho suponía más trabajo para ella, pues las estadísticas indicaban que las altas temperaturas estaban intrínsecamente relacionadas con el ascenso del número de asesinatos. Por lo visto el calor volvía loca a la gente.

En la avenida Glenwood todas las casas eran iguales: Viviendas unifamiliares de una sola planta con un pequeño jardín delantero y un patio trasero donde los vecinos preparaban barbacoas los domingos. La casa de Emily estaba frente a la suya y cruzó el cuidado jardín con la vista fija en la ventana del salón cuya luz estaba encendida. La puerta estaba entornada, pero la amistad entre las dos no era tan estrecha como para tomarse la libertad de empujarla y entrar en su casa. Emily hacía de canguro de *Abby*, pero no era una persona sociable, en la vecindad se rumoreaba que su vida era extraña y desordenada.

Tocó con los nudillos y la puerta se movió ligeramente. Al no obtener respuesta pulsó el timbre y un sonoro *ding dong* rompió el silencio de la noche. Inmediatamente después, los enérgicos ladridos de *Abby* la recibieron desde el otro lado de la puerta y Megan se decidió a entreabrir la lo suficiente para ver a la perrita. Se arrodilló bajo el umbral y *Abby* salió a su encuentro con gran alborozo. Ella la acarició entre las orejas y la caniche le lamió los dedos. Después mordisqueó el anillo que llevaba en el dedo corazón, cosa que hacía cuando estaba hambrienta.

—¿Emily no te ha dado de comer?

Abby alzó una patita delantera y la apoyó en su muñeca. Notó que tenía la almohadilla húmeda y descubrió una mancha roja y pegajosa junto a su reloj de pulsera. Tocó el líquido con el índice y examinó su color y su textura. Su expresión se agravó cuando se llevó el dedo a la nariz y detectó el olor metálico de la sangre. Alarmada, examinó a *Abby* minuciosamente hasta descartar que la sangre proviniera de ella. La perrita lanzó vigorosos ladridos al aire y agitó el diminuto pompón que tenía por cola, estaba en perfectas condiciones físicas.

—¿Emily?

Megan empujó la puerta y el salón de su vecina quedó a la vista. La luz ocre de una lamparilla de mesa lo iluminaba y el televisor estaba encendido, pero ella no se encontraba allí. Entonces descubrió un jarrón de porcelana china hecho añicos sobre la alfombra persa y una de las sillas que rodeaban la mesa estaba volcada. *Abby* había dejado en el suelo un pequeño rastro de huellas de sangre que desaparecían tras la oscuridad de la puerta que

conducía al resto de la casa.

—¿Emily?! ¡Soy Megan!

Una mujer llorosa explicaba las infidelidades de su marido desde el televisor. Por lo demás, la casa permanecía en silencio. Aguardó unos segundos más en el umbral. Tanto la sangre como los objetos arrojados al suelo constituían indicios de violencia física y por eso se quedó paralizada por la indecisión, pero reaccionó en cuanto *Abby* cruzó el salón como una exhalación hacia el interior de la casa. Además, Emily podría necesitar su ayuda. Entró sin más dilación.

La mujer del televisor continuaba compadeciéndose de sí misma mientras la presentadora acudía a su lado y apoyaba una mano sobre su hombro. Todo indicaba que Emily había estado viendo ese programa desde el sofá, donde los cojines estaban desordenados.

—¿Emily, estás ahí?

Con cautela, siguió las sanguinolentas huellas de *Abby*, pero se detuvo junto al umbral de la puerta por la que la perrita había desaparecido. De repente, temió que el agresor todavía estuviera allí dentro. Asomó la cabeza. El pasillo estaba oscuro pero la puerta de la habitación que había al fondo del pasillo estaba entornada y la luz encendida. Notó que se le erizaba el vello de la nuca.

—¿Emily? ¡Soy Megan! —Elevó el tono, pero no obtuvo respuesta.

Apretó el interruptor de la luz y el pasillo se iluminó. El rastro de huellas conducía directamente a la habitación del fondo, tal y como había imaginado.

Una sensación espeluznante la acompañó mientras avanzaba hacia la puerta entreabierta. Al llegar al umbral soltó el aire que sin darse cuenta había estado reteniendo. Se le había acelerado el corazón, los latidos amortiguaban la estridente vocecilla de la chica del televisor, que se había convertido en un eco lejano.

Empujó la puerta, aunque sin demasiado impulso. Vio el armario ropero y también asomó la parte derecha de la cama deshecha. Había una sábana de color beis arremolinada en el suelo.

—¿Emily? —susurró.

Abby apareció peleándose con un pequeño oso de peluche que agarraba en las fauces. Lo agitó y lo dejó caer y luego lo volvió a morder.

Apretó los dientes y empujó un poco más la puerta. Sus ojos toparon con el cuerpo inerte de Emily. Estaba tumbada en la cama, vestida con ropas de deporte. La camiseta blanca estaba cubierta de sangre y el brazo izquierdo le

colgaba a un lado de la cama. Un reguero de sangre se deslizaba por él y empapaba la moqueta. Se cubrió la boca con la palma de la mano y notó un remolino de náuseas azotándole el estómago. El olor de la sangre era insoportable.

Se sobrepuso al shock y se acercó a Emily para comprobar sus constantes vitales. No creía que con esa herida abierta en el pecho estuviese viva. Además, tenía los ojos abiertos y la mirada desenfocada en algún punto del techo. Antes de colocar los dedos sobre el nívico cuello ya sabía que estaba muerta.

Se retiró del cuerpo como si acabase de tocar una alambrada cargada de electricidad y tembló de pánico. ¡Tenía que llamar inmediatamente a la policía! Salió del dormitorio casi a trompicones, cuidando de no tocar nada de la escena del crimen, pero no logró llegar hasta el salón. Las náuseas le subieron a la garganta y las arcadas fueron demasiado fuertes para contenerlas. Entró en el baño, se arrodilló frente al inodoro y vomitó lo poco que tenía en el estómago. *Abby* apareció a su lado y correteó a su alrededor, como no le prestó atención comenzó a lamerle un tobillo.

—Ahora no, pequeña.

Abrió el grifo del lavabo y se enjuagó la boca varias veces, hasta que hizo desaparecer el sabor amargo. El espejo le devolvió la imagen de su rostro aterrorizado. Estaba acostumbrada a ver cadáveres mutilados en fotografías, pero era la primera vez que veía uno de verdad.

De regreso al salón, le asaltó la terrible sensación de que la persona que había matado a Emily saldría por detrás de su espalda blandiendo un cuchillo ensangrentado, pero no sucedió.

El móvil le tembló en la mano mientras marcaba el número de la policía.

Era la noche libre del detective de homicidios Derek Taylor, pero cuando estaba a punto de meterse en la cama el detective Spangler le había telefonado desde comisaría. Una mujer había llamado para informar de un crimen violento en Hazelwood, concretamente, en la Avenida Gleenwood. La víctima era una mujer blanca de unos treinta años con heridas graves en el pecho que, según la testigo, parecían haber sido causadas por arma blanca. La similitud con los asesinatos que se estaban cometiendo en Bloomfield y que Derek andaba investigando, había sido la causante de sacarle de la cama.

Condujo con el pie aplastando el acelerador y telefoneó al detective Cole

para que se reuniera con él en el lugar del homicidio. Pero Cole no estaba en casa y tampoco disponía en ese preciso instante de un vehículo para reunirse con él. Había salido con el último de sus ligues con el que se había marchado a las afueras de la ciudad en el coche de ella. Le explicó que habían echado un polvo y que justo después, como consecuencia de una de esas conversaciones casuales, la tal Jodie Graham había descubierto que también se estaba acostando con una amiga suya. Ella se había enfadado mucho y le había echado a patadas del coche, así que ahora estaba tirado en algún lugar de la autopista aguardando a que algún vehículo le llevara de vuelta a la ciudad.

Derek renegó. Cole era un buen policía, pero cuando sus constantes líos de faldas interferían en su trabajo, y no era la primera vez que eso sucedía, sentía el impulso de decirle que era un maldito gilipollas.

Se desvió hacia la autopista y recogió a Ben entre la maleza de un páramo que había junto al río Allegheny. Derek lo habría abandonado a su suerte si su incompetencia le hubiera hecho perder más de tres minutos de tiempo, pero el desvío estaba cercano a la Avenida Gleenwood.

—¿Qué cojones te ha pasado en la cara?

La luz verde del salpicadero alumbró la mejilla enrojecida del detective Ben Cole antes de que cerrara la puerta.

—Jodie es una zorra. Me apuesto el cuello a que se ha tirado a media ciudad, así que no entiendo que se haya ofendido tanto cuando se ha enterado de que también me follo a su amiga. —Soltó una risa estúpida—. Me soltó un puñetazo.

—No quiero oír una puñetera palabra más. —Alzó una mano en el aire e hizo chirriar las ruedas del coche al acelerar.

—¿Qué problema tienes? Es mi noche libre.

—Hay una chica muerta en Hazelwood, es posible que el asesino de Bloomfield haya ampliado su campo de actuación. Ese es el jodido problema que tengo. —Le espetó.

A Ben le gustaba compartir con el departamento de policía sus aventuras sexuales. Era su tema favorito de conversación y a la mayoría de sus compañeros le divertían sus chismes. Excepto a Derek. A veces pensaba que se moría de envidia, que su vida sexual era una mierda y que por eso le molestaba tanto que él hablara de lo fascinante que era la suya. Bueno, pues que se jodiera, no era su maldito problema.

—¿El asesino de Bloomfield? —preguntó—. A todas sus víctimas las

han encontrado a orillas del río Allegheny. Me has dicho que a ésta se la han encontrado en la cama.

—Quizás Bloomfield se le ha quedado pequeño y ha decidido traspasar las fronteras del distrito. Y en cuanto al *modus operandi*... Quizás sucedió algo dentro de la casa que le impidió cargar con el cadáver. No podemos descartarle —contestó con sequedad.

Le indicó a Ben que abriera la guantera y tomara la *Smith & Wesson* que guardaba para casos de emergencia.

No era capaz de esperar dentro de la casa a que llegase la policía, así que tomó a *Abby* y salió fuera. Las altas temperaturas del exterior no le hicieron entrar en calor, temblaba como si estuviera dentro de una cámara frigorífica. Caminó de un lado a otro del jardín delantero, apretando fuertemente a *Abby* contra su pecho. La perrita emitió un gruñido de protesta y Megan aflojó el abrazo.

—Lo siento.

Esperaba escuchar el familiar sonido de las sirenas, pero el coche patrulla llegó en silencio, utilizando como único distintivo la luz giratoria sobre el capó del coche. Esa discreción hizo posible que los vecinos no advirtieran que un coche de policía acababa de detenerse frente a la casa de Emily Williams.

Dos policías vestidos de paisano se apearon. Le resultaron tan antagónicos como la noche y el día. El que conducía vestía de manera informal, con tejanos y una camiseta blanca. Su compañero, por el contrario, lo hacía como si acabara de participar en un desfile de moda. El que parecía más veterano se detuvo frente a ella mientras el que lucía el traje caro se ocupaba de cruzar el jardín y entrar en la casa.

—¿Es usted la señorita Lewis?

Era alto y corpulento. Megan hubo de alzar la cabeza para mirarle. El resplandor de la farola iluminaba unos rasgos duros y atractivos. Tenía los ojos azules y su mirada penetrante la relajó e inquietó a partes iguales.

—Sí... soy yo.

—¿Se encuentra bien?

—Ahora que están aquí, un poco mejor —asintió.

El policía desenfundó el arma de la pistolera que llevaba sujeta al cinturón de los tejanos, una Glock de nueve milímetros, y le indicó que

permaneciera allí. Ella aceptó sin rechistar, aunque volvió a ponerse nerviosa en cuanto se quedó sola. Estaba muy impactada. Mirara donde mirase, no veía otra cosa más que el cuerpo de Emily tal y como lo había hallado. Inerte. Ensangrentado. Frío como el hielo. Con los ojos desorbitados, reflejo de que había sufrido una muerte aterradora y muy dolorosa.

Que había acontecido en su vecindario, a escasos metros de su casa.

Se sintió vulnerable. Estaba rodeada de oscuridad, de setos y de árboles cuyas hojas movía el viento, y que emitían susurros que le ponían la piel de gallina. Quien quiera que hubiera acabado con la vida de Emily ya estaría lejos, pero, aun así, no podía controlar su miedo irracional. Desobedeció la orden del detective y entró en la casa.

En la pantalla del televisor una pareja madura discutía fervientemente. Sus ojos volvieron a topar con las huellas de sangre que *Abby* había dejado por toda la casa y sintió alivio de que a la caniche no le hubiera sucedido nada. Dio vueltas por el salón, incapaz de estarse quieta mientras le llegaban retazos de la conversación que mantenían los dos detectives, aunque apenas podía entender nada de lo que decían. Ahora que estaba un poco más calmada, la deformación profesional le impulsó a atravesar el salón hacia la puerta que guiaba al interior. Asomó la cabeza sigilosamente y observó. La puerta seguía abierta de par en par, pero los detectives estaban fuera de su campo visual. Vio la mano de Emily cayendo a un lado de la cama y la boca se le secó.

—Mierda —maldijo el detective que le había hablado en la calle—. Encárgate de llamar a todo el jodido mundo, yo hablaré con la chica.

Megan giró sobre sus talones y se apartó de la puerta. Lo último que necesitaba era enfrentarse a un policía malhumorado al que para mirarlo a los ojos había que alzarse de puntillas. Se había fijado en su tamaño, era imponente. Era la clase de hombre en cuyos brazos habría corrido a refugiarse de haberse tratado de un amigo o de un amante.

—¿Qué diablos está haciendo aquí dentro? ¿No le dije que esperara fuera? —Su voz tronó a su espalda y Megan se quedó inmóvil en medio del salón.

—No me pareció prudente esperar en la calle —contestó.

Se dio la vuelta con lentitud y encaró al policía que la miraba con ceño. Tenía los brazos en jarra y las manos apoyadas en las caderas. La camiseta blanca de manga corta se adhería a sus hombros y a sus brazos, revelando que estaba en muy buena forma física. Tenía el cabello negro y estaba algo

revuelto, como si se lo hubiera peinado con los dedos. Era muy atractivo a pesar de su aspecto duro e intimidante.

—No va a sucederle nada ahí fuera.

—Aun así —replicó.

Sus facciones se relajaron mientras ella contenía el aliento. Detestó dar la sensación de que estaba acobardada, pero lo estaba y no podía fingir lo contrario.

—Siento haberla asustado.

Derek empleó un tono algo más cordial. Estaba aturdido por la muerte de Emily y había olvidado por completo que la chica que tenía enfrente había descubierto el cadáver. Se la veía muy afectada, como era natural.

—¿Quién ha podido hacerle eso a Emily? —*Abby* volvió a gruñir entre sus brazos porque Megan se aferraba a ella como si fuera su tabla de salvación—. Es horrible.

Los ojos grises de la joven estaban fijos en los suyos, pero parecían mirar a través de él. Derek se fijó en su piel que palidecía por segundos y deseó poder reconfortarla de alguna manera.

—¿Me acompaña, señorita Lewis?

El detective hizo un gesto con la cabeza para indicarle que tomara asiento en el sofá. Megan rehusó el ofrecimiento, aunque notaba que las piernas le temblaban. Él sacó un guante de plástico de su bolsillo para apagar el televisor y observó con curiosidad el modo en que ella apretaba a la perrita contra su pecho. La iba a dejar sin aire.

—¿Es usted amiga de la víctima?

Su voz era profunda y masculina y podría haber resultado reconfortante de haberla escuchado en otro contexto. Sin embargo, estaba tan desprovista de emociones como su rostro inexpresivo de policía inmunizado. *Abby* lograba infundirle un poco de sosiego, era como una pequeña fuente de calor que aliviaba el frío glacial que se le había instalado en los huesos.

El detective cruzó los brazos sobre su amplio pecho y escrutó su rostro como si en él fuera a hallar la respuesta a lo que había sucedido en el dormitorio. Con inquietud, Megan acarició la cabeza de *Abby* mientras la punta de su zapato izquierdo golpeaba el suelo en un tic nervioso. Él descendió la mirada hacia su pie.

—Es mi vecina. Vivo en la casa de enfrente —contestó— ¿Soy sospechosa? Porque de serlo preferiría responder a sus preguntas en presencia de mi abogado.

Durante unos segundos interminables, él la observó sin despegar los labios. Megan sabía que trataba de intimidarla y respondió a la presión alzando la cabeza y mirándole directamente a los ojos.

Capítulo 2



No era muy ético andar pensando en lo atractiva que era la joven cuando el cadáver de Emily todavía estaba caliente. La señorita Lewis tenía unos ojos fascinantes, del mismo color que el cielo en invierno. Era una mujer muy femenina y las prendas elegantes que vestía —una blusa blanca sin mangas y una falda negra que le llegaba hacia la mitad de los muslos—, revelaban que tenía clase y elegancia. Su falta de profesionalidad le aturdió y la achacó a que era tarde, a que estaba cansado, y a que la muerte de Emily le había afectado más de lo que imaginaba.

—No es sospechosa y no necesita un abogado. Cuénteme cómo descubrió el cuerpo.

Megan procedió a poner en orden sus pensamientos.

—Emily suele... solía cuidar de *Abby* cuando yo me marchaba a trabajar. *Abby* es mi perrita. —Le explicó, acariciando sus pequeñas orejas—. Vine a recogerla a eso de las nueve, pero la puerta estaba entornada y el suelo cubierto de sangre. Entré en la casa y fui hacia su dormitorio. Pensé que Emily estaba malherida y que podía necesitar mi ayuda.

El vello de la nuca se le erizó al sumergirse en los detalles. Era posible que tuviera pesadillas esa noche. Con gesto nervioso se metió un mechón de cabello rubio por detrás de la oreja y un espasmo volvió a contraerle el estómago, todavía resentido. Él la instó a que continuara mientras se acariciaba la descuidada barba que ensombrecía su mandíbula.

—Encontré su cuerpo, pero no sabía si todavía seguía con vida, así que lo comprobé. Después les llamé, aunque antes hice una parada en el baño. —Las náuseas volvieron a removerle el estómago—. Es todo cuanto puedo decirle.

—¿Dice que la puerta estaba abierta cuando llegó?

—Estaba entornada.

Lo primero que Derek había comprobado al entrar en la casa era que la cerradura no estaba forzada. Emily había abierto la puerta voluntariamente. ¿Conocería a su asesino?

—¿Desde cuándo se conocían?

—Desde que ella se mudó a Hazelwood hace un año aproximadamente. Al principio solo nos saludábamos cuando nos cruzábamos por la calle, pero luego tuve a *Abby* y ella comenzó a mostrarse más sociable. Le encantaban los animales y por eso le pedí que me echara una mano. —Hizo una pausa para tragar saliva. Él observó que la curva de su garganta se movía con elegancia—. De todos modos, apenas sé nada de su vida privada.

Derek sabía que no mentía. Emily podía ser sociable cuando quería, pero, por regla general, era una persona muy recelosa de su intimidad.

—¿Emily solía recibir visitas? ¿Alguna vez vio a alguien o algo que le llamara la atención?

Megan se encogió de hombros.

—No sabría decir. Ni siquiera sé a qué se dedicaba.

«Era modelo» pensó Derek. O, al menos, eso era lo que Emily le había contado.

El autocontrol de Megan pendía de un hilo, se desvanecía como la arena entre los dedos. El olor a sangre estaba impreso en el ambiente. No podía hacer desaparecer de su mente los ojos desorbitados y sin vida de su vecina. Dejó a *Abby* sobre el sofá y echó a correr hacia el baño. Tenía el estómago vacío y dolorido, pero las arcadas persistían.

Al cabo de unos segundos, una mano se posó sobre su hombro mientras ella permanecía arrodillada y hacía unas hondas inspiraciones para sobreponerse. Él la ayudó a ponerse en pie, sosteniéndola por el codo, y Megan le dedicó una débil sonrisa de gratitud antes de enjuagarse la boca. Tenía un aspecto horrible. Él, por el contrario, estaba increíble. Era la clase de hombre con el que le habría gustado tener un encuentro entre velas perfumadas y música suave, no en el baño de su vecina mientras vomitaba.

—Volvamos al salón. Necesita sentarse.

Megan se dejó caer sobre el sofá y ni siquiera se preocupó de recomponerse la falda, que se le subió más allá de la mitad de los muslos. *Abby* acudió a su lado y ella deslizó los dedos entre los suaves rizos blancos de su cabeza.

—¿Se encuentra mejor?

Megan alzó la vista y se encontró con esa penetrante mirada azul que tan consciente la hacía sentir de su feminidad. Se sentó a su lado. Irradiaba tanto calor y protección que le habría gustado que volviera a tocarla para sentir su energía.

—Sí. Lo siento.

—No tiene por qué disculparse. —Una perezosa sonrisa perfiló sus labios—. Necesito hacerle algunas preguntas más.

—De acuerdo.

—¿Sabe si Emily tenía un horario fijo de entradas y salidas o eran intempestivas?

—Sé que trabajaba por las noches y que se pasaba las mañanas durmiendo. Solía marcharse sobre las nueve y a veces escuchaba su coche cuando regresaba de madrugada. Es todo cuanto sé.

Su respuesta hizo que Derek reflexionara sobre las mentiras que Emily le había contado. Las modelos de lencería como ella había dicho que era, no trabajaban por las noches.

—Detective...

—Taylor, Derek Taylor.

La casa olía a muerte y a sangre, pero había algo muy vivo en la mirada del detective Taylor.

—Estoy... cansada y muy abrumada. ¿Puedo marcharme ya a casa?

El otro detective irrumpió en el salón.

—No creo que tenga relación con los asesinatos de Bloomfield —dijo.

Megan conocía la historia de los asesinatos cometidos en el distrito de Bloomfield ya que su compañero Tommy Green estaba al cargo de la investigación. La policía todavía no había encontrado al asesino, pero Emily no era una de sus víctimas. Megan había leído lo suficiente para corroborar la afirmación del policía.

Varios minutos después, la casa de Emily se convirtió en un hervidero de entradas y salidas. Megan vio desfilar a detectives de policía, funcionarios de instrucción, peritos, fotógrafos, dactiloscopistas, al médico forense, expertos en criminalística y al juez de instrucción. Había visto al rechoncho juez Sullivan en algunos juicios en los que siempre era implacable con los criminales. Era conocido por tener la mano muy dura y por aplicar las penas en su grado máximo. Mientras el hombre procedía al levantamiento del cadáver, Megan deseó que fuera él quien juzgara al asesino.

En circunstancias normales, habría peleado por permanecer en el foco de la investigación, pero estaba exhausta y los oídos le zumbaban bajo aquella algarabía de voces. Hacía un minuto que el detective Taylor la había dejado sola y ella aprovechó que se creía a salvo de las miradas de los policías para dirigirse a la salida. Cuando estaba a punto de atravesar la puerta la voz del

detective Taylor la hizo parar en seco.

—Señorita Lewis. —Megan giró sobre sus talones y estuvo a punto de chocar con él. Derek la tomó por los antebrazos para evitarlo y *Abby* se removió entre sus brazos—. Si recuerda algo más, llámeme. —Sacó una tarjeta del bolsillo trasero de sus vaqueros y se la tendió—. A cualquier hora del día.

Megan tomó la tarjeta y asintió. Ahora que estaba mucho más cerca de ella observó que el policía tenía ojeras y que si seguía despierto se debía a una buena dosis de cafeína.

—El detective Cole la acompañará a su casa.

Antes de que pudiera negarse, el joven policía acudió a su lado.

—No necesito niñera, vivo al otro lado de la calle.

—La acompañaré encantado. —Cole se adelantó hacia la puerta.

Derek le brindó una última mirada antes de proseguir con la investigación. Le habría gustado acompañarla él mismo a casa para asegurarse de que llegaba en condiciones, pero tenía cosas muy importantes que hacer allí y que no quería delegar. Le asaltó el presentimiento de que volvería a verla. Y el palpito fue agradable.

El cielo estaba tachonado de estrellas y la noche era silenciosa y cálida, pero Megan todavía tenía el frío metido en los huesos. Tenía la sensación de que no entraría en calor ni aun envolviéndose en una manta eléctrica. Megan inhaló el perfume Emporio Armani del detective Cole, pero no borró de sus fosas nasales el olor acre de la sangre.

—¿Estarás bien? —Le preguntó él.

—Sí, claro. —Intentó sonreír mientras cruzaban la calle.

—Trata de dormir un poco y piensa en cosas agradables. Mañana cuando despiertes todo te parecerá un sueño.

—Una pesadilla más bien.

Cuando llegaron al umbral de su casa Megan abrió el bolso y buscó las llaves. Reconocía que sus funciones básicas andaban bastante alteradas y que, probablemente, la mirada del hombre no pretendía ser licenciosa, pero a Megan se lo pareció.

—¿Prefieres que entre contigo para echar un vistazo?

—Gracias detective Cole, pero no será necesario.

—Llámame Ben. —Adelantó la mano para estrechar la suya—. Creo que no nos hemos presentado formalmente.

Aunque estaba aterrada, tenía una apariencia tan sensual y era tan

atractiva que Ben no estaba dispuesto a dejar pasar la ocasión de abordarla. Pero la señorita Lewis estrechó formalmente su mano y eludió el coqueteo cuando se giró hacia la puerta y metió la llave en la cerradura.

—Gracias por acompañarme.

Megan le plantó en el umbral. La actitud del policía le había parecido muy poco profesional. ¿En serio había tratado de ligar con ella? Dejó a *Abby* en el suelo y apoyó la espalda contra la pared. Cerró los ojos un momento y exhaló suavemente una bocanada de aire limpio. Escuchó los pasos del detective alejándose y el ligero murmullo que provenía de la casa de enfrente.

En la suya reinaba el silencio, pero no se quedó tranquila hasta que comprobó puertas y ventanas. El cuerpo le pedía tomarse un descanso, pero tenía trabajo que hacer. Si quería que la noticia apareciera en los titulares de la mañana siguiente, debía ponerse manos a la obra cuanto antes.

Se dio una ducha rápida, agarró el portátil y se metió en la cama. Entonces llamó a Preston Smith para contarle lo sucedido y para obtener la confirmación de que la noticia era suya. No era la única periodista del *Pittsburgh Enquirer* que investigaba asesinatos violentos, por lo que existía cierta rivalidad con algunos de sus compañeros.

Sobre las tres de la madrugada concluyó el artículo y lo envió como correo electrónico prioritario a sus compañeros de imprenta. Por último, se envolvió entre las sábanas y esperó a que el sueño la venciera.

En ocasiones tomaba el camino del aeropuerto para ir al trabajo. Era más largo y había más tráfico, pero las vistas de la ciudad eran preciosas. Le embargaba una sensación de plenitud cada vez que atravesaba el puente *Smithfield* sobre el río Monongahela. Era fascinante contemplar su confluencia con el río Allegheny. Justo en el vértice donde se unían ambos ríos estaba situada la fuente *Point Park*, cuyos imponentes chorros de agua parecían acariciar el cielo. La inesperada vista de ambos ríos era bellísima, engrandecida a su vez por El Triángulo Dorado, que era el distrito empresarial, comercial y artístico de la ciudad.

Megan había nacido y crecido en Allentown, pero no tenía ningún vínculo con aquella ciudad salvo un pasado del que deseaba alejarse tanto como le fuera posible. A los dieciséis había hecho la maleta y se había marchado a Pittsburgh. Había ahorrado durante tres largos años el dinero que su vecina le pagaba por cuidar a sus hijos y lo había ocultado bajo la funda

del colchón de su cama, para asegurarse de que ninguno de los miembros del último hogar de acogida al que la habían enviado las autoridades pudiera encontrarlo.

Durante sus dos primeros años en Pittsburgh solía sentarse en un banco que había frente a la Universidad. Allí pasaba las horas fantaseando con ocupar el lugar de los estudiantes que se paseaban por el campus con sus mochilas. Ella quería estudiar y cambiar el rumbo de una vida que parecía abocada al fracaso. Quería ser periodista y contar cosas al mundo, por lo que todos sus esfuerzos habían estado encaminados a conseguir atravesar las puertas de la Universidad.

Pittsburgh le parecía la ciudad más hermosa del mundo. La encandilaban los grandes espacios, los numerosos parques de recreo y la inmensa variedad de caminos para practicar actividades al aire libre. Se había enamorado de sus ríos y de los múltiples puentes que los cruzaban, de los paseos en barco al atardecer y de los restaurantes variados que había en las riveras. Le habían cautivado las tierras agrícolas del oeste, y los hermosos paisajes que se extendían al pie de los montes Apalaches.

Sentía que Pittsburgh era su verdadero hogar.

El *Pittsburgh Enquirer* estaba ubicado en el Triángulo dorado, en un complejo de oficinas de uno de los edificios más altos y estilizados que había junto al grandioso castillo de vidrio. Tenía varios ascensores exteriores con vistas espléndidas al Triángulo y al Gateway Center, uno de los centros comerciales más bonitos y modernos del país.

Durante los primeros meses de trabajo en el periódico, siempre había utilizado los ascensores internos. A pesar de que era un mecanismo seguro, ella no estaba convencida de que no fuera a averiarse hacia la mitad del camino, quedando suspendida durante horas en el aire. Tenía vértigo. Había sido Jim Randall, por aquel entonces redactor jefe, quien la había convencido a utilizarlos. Él la había agarrado por los brazos y la había empujado dentro del terrorífico aparato. Después la había besado durante todo el trayecto y Megan ya no volvió a usar los ascensores internos.

Hugh Fagerman abandonaba uno de éstos cuando Megan tomaba el pasillo de la oficina. Él sonrió con los aires del que se cree infalible con las mujeres y la saludó con su innata, aunque hipócrita simpatía.

—Buenos días, Megan.

—Buenos días. —Le miró con una ceja ligeramente alzada—. Has madrugado.

Su comentario mordaz provocó que sus labios se curvaran mostrando una sonrisa todavía más amplia.

—¿Estás enfadada por haber perdido la oportunidad de meterte conmigo en la cama?

—No creo que la haya perdido, Hugh. Pero por el bien de Sheryl me alegraría profundamente que así fuera. —Aceleró los pasos.

—Lo hemos decidido de un día para otro —comentó—. Sé que piensas que me caso con Sheryl para conseguir el puesto de redactor jefe.

—Ah, ¿y no es así?

Hugh se encogió de hombros.

—Puedas pensar lo que quieras, pero si intentas perjudicarme contándole a Sheryl alguna historieta me volveré implacable contigo.

—Si Sheryl no quiere darse cuenta de lo cretino que eres es su problema. Pero yo no soy tan estúpida como ella, así que no permitiré que me pisotees.

—Admítelo, en el fondo estás celosa y si no te lo montas conmigo es porque eres demasiado orgullosa.

—Antes me cortaría las venas.

Tomó el pasillo de la derecha y se alejó de él. Los amplios ventanales ofrecían fascinantes vistas de *Point Park*, pero no paliaron el efecto irritante que le provocaba la presencia de Hugh.

La redacción del periódico era su segundo hogar. La oficina era muy espaciosa y la combinación de los colores pastel junto a la lujosa madera del mobiliario y los equipos informáticos de última generación, le daban un aspecto ostentoso y moderno. El *Pittsburgh Enquirer* era uno de los dos periódicos con más renombre y prestigio de la ciudad, por lo que Preston Smith podía permitirse todos esos lujos.

No se detuvo a hablar con Hannah, aunque su compañera le comentó que tenía un aspecto horrible. Claro que lo tenía, su sueño había sido intermitente y agitado. Cada vez que despertaba veía el cadáver de Emily y luego le había costado horrores volver a conciliar el sueño.

Encendió el ordenador, pero no tomó asiento, Sheryl le indicó que Preston Smith la esperaba en su despacho.

La expresión de su jefe era seria hasta cuando sonreía. Pero era un buen tipo y sus empleados le respetaban. El trabajo era lo más importante para él, trabajaba tantas horas como cualquiera y Megan sabía que la apreciaba, entre otras cosas, porque ella jamás se marchaba a su hora. Estaba sentado detrás de su pesada mesa de roble y la pantalla azul del ordenador se reflejaba en

sus gafas. Preston alzó la cabeza cuando Megan abrió la puerta y le indicó que tomara asiento. Le dijo a Sheryl que no le pasara llamadas.

—¿Cómo estás? —Le preguntó.

—Bien, creo. —Vaciló—. Ha sido una experiencia bastante... impactante y desagradable.

—Deberías tomarte libre el resto del día, Megan. —Ella enarcó las cejas. Nunca creyó que escucharía esas palabras de labios de su jefe—. ¿Has dormido?

—Un poco.

—Un poco no es suficiente. Te quiero al cien por cien y tus ojeras indican que solo estás al treinta por ciento.

Su reprimenda sonaba un poco paternalista y Megan sonrió.

—Estoy bien, de verdad. Trabajar es justo lo que necesito.

Él la escudriñó en busca de señales que confirmaran sus palabras y pareció encontrarlas, ya que no insistió.

Hablaron durante un buen rato del suceso de la noche pasada. Como el juez había declarado secreto de sumario, la única línea de actuación que quedaba abierta era recurrir a la policía. Pero la policía rara vez cooperaba con la prensa, así que de momento iban a encontrarse con un montón de puertas cerradas.

Al abandonar el despacho de Preston tenía las ideas tan claras como el cielo despejado de la mañana. Iba a emplear las próximas horas en describir su experiencia con detalle, antes de que el tiempo se encargara de emborronar los recuerdos.

—¿Una mala noche? —Le preguntó Hannah.

—Pésima. —Una vez que la noticia era suya, ya podía hablar con libertad del tema. Aunque no pensaba entrar en detalles con nadie—. Anoche me encontré muerta a mi vecina cuando fui a recoger a *Abby*.

—¡Dios mío! ¿Qué sucedió?

—La asesinaron.

Megan centró la atención en la pantalla de su ordenador y dio por concluida la conversación. Comenzó por el principio, cuando conducía por Hazelwood recordando el lamentable acontecimiento del día y continuó relatando su periplo por la casa de su vecina con el sabor del miedo todavía en la garganta. Cualquier detalle podía ser sumamente importante y por ello se esforzó en ser rigurosa.

Como en su armario ropero predominaban los colores vistosos enseguida halló los pantalones y el suéter negro que buscaba. Se había pasado toda la tarde analizando los pros y los contras de su plan. La parte racional y cauta en rivalidad con la intrépida periodista que llevaba dentro. La balanza se inclinó a favor de la última faceta y se preparó para afrontar la misión. Se vistió completamente de negro ante la atenta mirada de *Abby* que la observaba desde su canasto, a los pies de la cama.

—No me mires como si estuviera loca—. La reprendió, mientras agarraba de un cajón del armario una linterna del tamaño de un bolígrafo y un par de guantes. Completó el atuendo ocultando su cabello rubio bajo un gorro de lana—. Volveré sana y salva, te lo prometo.

Antes de abandonar la casa se asomó a la ventana para cerciorarse de que no había viandantes paseando por la calle. La anciana señora Murphy, como cada noche, acababa de recogerse tras su habitual paseo nocturno; y el señor Adams, el médico que vivía en la propiedad colindante a la de Emily, llegaba a casa con su esposa en su Mercedes negro. En cuanto el coche se metió en el garaje la avenida volvió a gozar de su habitual quietud.

El perímetro de la casa de Emily Williams estaba acordonado con cinta amarilla policial, pero Megan burló las restricciones y se hizo camino hacia la puerta atravesando el jardín como una exhalación. Bajo el tiesto de unas magnolias halló el duplicado de la llave que su vecina guardaba allí para casos de emergencia. En el interior, todo estaba tan oscuro como la boca del lobo y el silencio que la envolvía era aplastante. Cerró la puerta con cuidado y enfocó la puerta del fondo del salón con el débil halo de luz de la linterna. Un rectángulo cuadrado y tenebroso que se le antojó siniestro. Al avanzar por el lóbrego pasillo no pudo evitar imaginar que la luz ambarina iluminaría el cadáver de Emily, todavía en la cama. Notó un escalofrío subiéndole por la espina dorsal, pero no dejó que su imaginación impidiera sus propósitos.

En el dormitorio, alumbró todos los rincones. Vio las estanterías colgantes repletas de libros y de muñecas de porcelana, a las que les arrancó un resplandor que se le antojó demoníaco. Bordeó la cama y se dirigió hasta allí. Las zapatillas deportivas produjeron un leve siseo sobre el suelo enmoquetado.

Enfocó los libros y leyó sus títulos. La mayoría de ellos eran textos sobre cómo mantenerse más guapa, más delgada y más a gusto consigo misma. Otros eran de autoayuda: «Cómo dejar de fumar», «Aprender a comer» y

títulos del estilo. Allí no había nada relevante.

Sobre una pequeña mesita que había bajo la estantería encontró una cajetilla de cartón que servía de tarjetero. Tomó una de las tarjetas y leyó la elegante serigrafía lavanda escrito sobre el fondo gris.

«La Orquídea Azul»

Sonaba a agencia matrimonial o a algo del estilo. A pie de página aparecía una dirección, el nombre de Emily Williams y un número de teléfono. Se la guardó en el bolsillo trasero de los pantalones.

Se acercó al aparador que había frente a los pies de la cama. Mientras aguantaba la linterna entre los dientes, se sacó los guantes del bolsillo y se los colocó. Abrió uno a uno todos los cajones y removió con cuidado las prendas. En el último cajón vio algo que le llamó la atención. Observando el mueble desde el exterior todos los cajones eran de idéntica altura y anchura. Sin embargo, el de la ropa interior tenía menos fondo que el resto. Levantó un bonito camisón púrpura y tocó la suave madera. Dio unos golpecitos con los nudillos y descubrió que había un falso fondo. Excitada por el hallazgo tanteó hasta desencajar la madera. El haz de luz enfocó el diario de Emily Williams.

Le sorprendía que la policía lo hubiera pasado por alto. Lo cogió y volvió a poner todo en su sitio. Abrió la cubierta con impaciencia y se topó con una fecha en la primera página. Había empezado a escribirlo hacía dos meses. Pasó las páginas. La última vez que había escrito había sido el día anterior a su muerte.

Escuchó un ruido sordo y el diario estuvo a punto de caérsele de las manos. Se puso alerta y aguzó los oídos hasta que el sonido volvió a repetirse. Sonó como el chasquido de una puerta al cerrarse.

Alguien acababa de entrar en la casa.

El corazón se le aceleró. Tenía que salir de allí, pero no podía regresar al pasillo o se daría de bruces con el intruso. Dirigió la mirada hacia la ventana del dormitorio mientras escuchaba pasos que se acercaban. Era su única escapatoria. Tiró de la doble hoja hacia arriba, pero se encalló hacia la mitad. ¡No había hueco suficiente para escapar! Como medida desesperada, dejó caer el diario sobre los arbustos del jardín trasero para recogerlo más tarde y corrió a esconderse bajo la cama. Esperó, apretó los dientes y contuvo la respiración. ¿Quién sería? Un potente halo de luz iluminó una fracción del suelo enmoquetado, enfocando la espeluznante mancha de sangre.

Cerró los ojos un momento.

Capítulo 3



Bajo la colcha que pendía alrededor de la cama, vio asomar un par de botas de montaña y las perneras de unos pantalones vaqueros. El halo de luz se movió y Megan lo siguió con la mirada. El propietario de las botas se dirigió hacia la ventana, bordeando la cama. Por el tamaño del pie dedujo que el intruso debía de ser un hombre.

La luz alumbró un objeto que había en el suelo, muy cerca de su cabeza, y los ojos se le abrieron desmesuradamente al reconocer su linterna con forma de bolígrafo. ¡Se le debía de haber caído del bolsillo cuando se deslizó bajo la cama! Apretó los dientes un poco más fuerte, mientras veía una mano grande y fuerte recoger la linterna del suelo. Luego escuchó un ínfimo chasquido que reverberó en sus oídos como un estruendo. Lo reconoció y se le secó la boca. Estaba segura de que acababan de quitarle el seguro a una pistola.

A continuación, todo sucedió demasiado rápido. El intruso retiró con brusquedad el bajo de la colcha y el cañón acerado del revólver brilló bajo el reflejo de la luz de la luna. Gracias a que la cama era alta, pudo removeirse y reaccionar con celeridad, lanzando una patada certera que hizo que el revólver saltara por los aires. Luego se arrastró por el suelo y abandonó su escondite, pero Megan reaccionó con celeridad y lanzó su pie derecho contra él. La patada fue certera, el revólver saltó por los aires y Megan salió corriendo de su escondite. La oscuridad hizo que se chocase con el marco de la puerta y soltó un quejido de dolor, pero siguió corriendo mientras a su espalda escuchaba las blasfemias de una voz de hombre que pronto sonó muy cerca de ella.

—¡Quieta! —exclamó con fiereza.

Le pareció que había escuchado antes ese timbre fuerte y masculino, pero no iba a detenerse ni un segundo en comprobarlo. Cuando él volvió a exigirle que parase, le sobrevino su identidad y no fue nada alentador.

Estaba segura de que se trataba del detective Derek Taylor. ¡De la policía! Había infringido un montón de artículos del código penal,

allanamiento de morada, robo y ocultación de pruebas... Como la alcanzase iba a meterse en un buen lío, así que redobló sus esfuerzos por salir de la casa y darle esquinazo. Si consiguiera llegar al bosque de olmos que había en el siguiente cruce...

Un brazo musculoso le rodeó por la cintura y Megan estuvo a punto de caer de bruces contra el suelo. Él tiró de ella hacia atrás e hincó el brazo más fuerte bajo sus costillas. Megan se retorció enfurecida y clavó los dedos en el brazo del policía para tratar de desasirse. Incluso intentó soltarle una patada con escaso éxito ya que él no dejó espacio para que pudiera maniobrar. En todo momento se mantuvo callada, por si acaso él reconocía su voz.

Derek llegó a la conclusión de que ese cuerpo menudo y delgado que forcejeaba entre sus brazos no entrañaba ningún peligro, pero el repentino codazo que le asestó en el abdomen le hizo cambiar de opinión. Apretó un poco más el abrazo y fue entonces cuando ella inclinó la cabeza para soltarle un bocado en el antebrazo.

—¡Hija de puta!

El detective Taylor zarandeó su cuerpo y notó un dolor sordo en el pecho al chocar con la pared. Quedó encerrada entre ésta y el cuerpo del policía. Estaba cerca, muy cerca, podía sentir su respiración agitada y sus brazos de acero inmovilizándola. Megan maldijo en voz alta. De todas formas, ya le parecía imposible salir de la casa manteniendo su identidad intacta.

—Quieta —masculló cerca de su oído.

Aunque la aterraba la idea de ser descubierta, de repente, experimentó un súbito y agradable estremecimiento. Durante algunos segundos, en lugar de esforzarse por pelear su mente navegó en otra dirección, y el abrazo de aquel hombre despertó otra clase de sensaciones en ella. Sus pectorales estaban pegados a su espalda. Eran duros y firmes. También notaba el contacto de sus piernas largas y de sus caderas, que ejercían en las de ella una presión demasiado estimulante.

«Allanamiento de morada, robo y ocultación de pruebas».

Volvió a forcejear y consiguió aplastar el tacón de su bota en el empeine del detective, pero lo único que logró fue que él empleara algo más fuerza y que su voz sonara mucho más grave e implacable. Megan se concentró en recordar cómo era aquella patada certera que aprendió de una compañera de Universidad que acudía a clases de Kárate. Se llamaba *Mawashi Hiza Geri*. ¿Cómo demonios era el giro? Tirando de ella, mientras le ordenaba que se estuviera quietecita, el detective Taylor se movió por el salón a oscuras.

Como entraba algo de luz a través de las cortinas de la ventana y puesto que sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, se percató de que se dirigían hacia el interruptor de la luz.

Recordó la maniobra de súbito. Megan elevó las piernas del suelo y se impulsó con los pies contra la pared. Él perdió el equilibrio y la arrastró consigo. Cayeron sobre el sofá que volcó y los arrojó al suelo, sobre la tupida alfombra que se encargó de amortiguar el golpe. Rodaron sobre la moqueta hasta que él se hizo con el control y la colocó en una posición de absoluta desventaja. Se sentó a horcajadas sobre ella y la inmovilizó contra el suelo. Definitivamente estaba perdida.

—No te muevas o me veré obligado a hacerte daño. —Sujetó sus brazos por encima de la cabeza, sin contemplaciones.

Ella se retorció, lanzó patadas al aire y gimió de dolor cuando apretó más fuerte sus doloridas muñecas. Con apremio y rudeza, el detective procedió a cachearla con su mano libre. Palpó los bolsillos delanteros de sus pantalones y luego hizo lo mismo con los traseros. Megan se enroscó indefensa y enfurecida cuando inspeccionó su abdomen y el contorno de sus pechos.

Aprovechando un descuido, liberó una mano y alargó el brazo. Tanteó frenéticamente sobre la alfombra en busca de algo que le sirviera para atizarle antes de que viera su rostro. Los dedos tropezaron con un objeto de cristal que debía de haberse caído de la mesa cuando el sofá volcó. A la lista de delitos, ahora se sumaba el de agresión a un agente de la ley, pero eso no la detuvo. Alzó el brazo y le propinó un golpe en la cabeza, todo lo fuerte que pudo. Fue lo suficiente contundente como para que la soltara.

—¡Maldita sea! ¡Hija de perra!

Se llevó la mano a la sien, pero el golpe no lo tumbó. Ella reptó para escabullirse, pero el golpe lo había enfurecido mucho más, por lo que pasó a convertirse en una muñeca de trapo entre sus manos. La obligó a girarse hasta quedar boca abajo, hincó el cañón de su revólver entre sus omoplatos y le colocó el metal frío de unas esposas que se le ciñeron a las muñecas.

—¡Policía! Ni se le ocurra volver a intentarlo. ¿Queda claro?

Al no obtener respuesta, él hundió la pistola contra su columna.

—Le he preguntado que si le queda claro —repitió airado.

—Sí, queda claro —contestó, con un hilillo de voz.

Derek tiró de ella y se pusieron en pie. A continuación, encendió la luz y Megan ladeó la cabeza con vergüenza. El salón era un desastre tras la pequeña batalla que habían librado. El sofá y la mesa de café estaban

volcados y los objetos yacían desparramados por todas partes. El cenicero con el que le había atizado en la cabeza estaba hecho añicos.

Él la estaba fulminando con una mirada de sorpresa y ella continuó parapetada tras la vergüenza. Dio un pequeño respingo cuando el detective Taylor le arrancó el gorro negro de la cabeza. Su asombro se fue desvaneciendo y pasó a taladrarla con una mirada cruda que le congeló las entrañas. Megan inclinó ligeramente la barbilla y adoptó una postura de sumisión, aguardando a que se desencadenara la tormenta.

—¿Qué diablos está haciendo usted aquí?

El revólver continuaba apuntándola, aunque ya no representase una amenaza.

—¿Podría guardar su arma? —le sugirió.

Él le puso el seguro a la Glock y la enfundó. No dejó de mirarla mientras lo hacía, como si de parpadear ella fuera a desaparecer.

—Espero que tenga una explicación lógica, señorita Lewis.

Su voz áspera y cortante hizo juego con su expresión. Megan se fijó en que un hilillo de sangre brotaba de su cabeza, surcaba su sien y descendía hacia su mandíbula. Ahora se arrepentía de haberle atizado, pero solo porque no había logrado escapar.

—La tengo.

«¿La tenía?». Lo más conveniente era contarle la verdad. Él ya la habría investigado y sabría que era periodista.

—¿Y bien?

Derek se inclinó ligeramente sobre ella, dejando claro que si no le proporcionaba una explicación que le convenciera, iba a meterse en serios problemas.

—¿Podría quitarme las esposas? Me están destrozando las muñecas.

—¿Va a intentar blandir sus puños contra mí si lo hago?

El sarcasmo fue evidente.

—Siento haberle golpeado, no sabía que era usted quien me perseguía.

La agarró por el hombro y la hizo girar.

—Jamás me habría figurado que el dulce angelito desvalido que parecía usted ayer, pudiera luchar con tanta energía. —Introdujo la llave en las esposas.

—No soy ningún dulce angelito desvalido. Estaba en shock, pero ya me he repuesto.

—¿Y no se le ha ocurrido nada mejor en lo que emplear su tiempo que

regresar al escenario del crimen?

La llave abrió las esposas y Megan se acarició las doloridas muñecas. Cuando le encaró todavía no tenía una respuesta preparada, pero la mirada inquisitiva del policía le indicó que se le agotaba el tiempo.

—Sentí curiosidad.

—Conque curiosidad. —Movi6 la cabeza con lentitud y contuvo la risa —¿Me toma por un idiota? No me cuente estupideces.

—Yo no...

—¿Qué estaba buscando? ¿Información para su próximo artículo?

—Me ha pillado —contestó con humildad.

—Y supongo que es consciente de que su calidad de periodista no le otorga derechos para violar propiedades ajenas.

El detective Taylor tomó las esposas con maestría y las guardó en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—No es necesario que me lea mis derechos. Me los conozco y sé que he obrado mal.

—Ha obrado peor que mal.

—Investigo crímenes violentos. Ya sé que eso no justifica mi conducta, pero...

—Tendrá que acompañarme a comisaría. —La interrumpió.

Megan frunció los labios, pero no llegó a decir nada. Derek la estudió con agrado. Le satisfizo asustarla.

—¿A comisaría?

—¿Y qué espera? Allanamiento de morada, agresión a un detective de la policía... —De repente, Derek la envolvió para meter la mano en el bolsillo trasero de sus ajustados pantalones. Sacó la tarjeta que había encontrado en el tarjetero de Emily. Megan dio un respingo al notar la mano en su glúteo y chocó con él. Se apoyó contra su pecho mientras él agitaba la tarjeta ante sus sorprendidos ojos —...hurto.

—Esa tarjeta no vale ni un centavo. —Volvió a recuperar las distancias.

—Lo discutiremos por el camino.

¿De verdad iba a llevarla a comisaría? No podía ser, ¡ni en broma! Pensó en algo que le hiciera ganar unos minutos de tiempo y reparó en la sangre que le resbalaba por la cara.

—Está sangrando

—Gracias a usted.

—Lo siento. ¿Por qué no deja que le examine?

—¿Sabe cómo hacerlo, señorita Lewis?

Cuando el detective Taylor descendía el tono, su voz se volvía más ronca. Juraría que su mirada se había vuelto sugerente, aunque lo más probable es que estuviera riéndose de ella.

Megan se aclaró la garganta y asintió.

—Sólo es un poco de sangre. ¿Me permite?

Derek accedió. Aunque ella trataba de embaucarle le apetecía saber hasta dónde era capaz de llegar con tal de librarse de ir a comisaría. Además, no pensaba reconocerlo delante de ella, pero se le había despertado un jodido dolor de cabeza y la herida le palpitaba como un tambor.

Megan se puso de puntillas para alcanzar su elevada estatura y retiró el espeso cabello negro que ocultaba el golpe. El corte todavía no había cesado de sangrar, pero como no era profundo no necesitaría puntos.

—¿Por qué no me acompaña a casa? Le curaré la herida.

—¿Intenta ganar tiempo?

—Me siento culpable, casi le abro la cabeza. —Puso su expresión más ingenua—. Es lo mínimo que puedo hacer por usted.

Como no estaba de servicio, Derek decidió permitirse ese pequeño capricho.

Abby lanzó ladridos de bienvenida en cuanto Megan abrió la puerta de su casa. El detective sonrió y se agachó para acariciarla detrás de las orejas.

—¿Le gustan los perros? —Le preguntó Megan.

—Me encantan, pero no le diga a nadie que he estado acariciando a un caniche.

—¿Por qué? ¿Se considera demasiado duro para tratar con *Abby*? Debería darle un buen mordisco.

—Creo que le gusto. —*Abby* le lamió los dedos.

—No se haga ilusiones, a ella le gusta todo el mundo. ¿Viene a la cocina?

Derek se puso en pie y la siguió a través del salón. La casa de Megan Lewis, a diferencia de la suya, tenía apariencia de ser un verdadero hogar y estaba decorado con mucho mimo. Los muebles eran negros y los sofás de color blanco. Había una alfombra roja en el suelo que combinaba con los cojines y algunos detalles florales.

En la cocina el espacio era inmaculadamente blanco y todo estaba muy

ordenado. Con sus ajustadas ropas negras, ella resaltaba sobre las baldosas blancas y llamaba más la atención sobre sus sinuosas curvas. Ella le indicó que tomara asiento y luego desapareció unos instantes.

Por la mañana, Derek había dedicado unos minutos a investigarla, aunque no había encontrado nada relevante. Megan Lewis había nacido en Allentown y se había graduado en periodismo por la universidad de Pittsburg, en la especialidad de criminología. Había estudiado sobre los hábitos y costumbres de los criminales y había profundizado en sus mentalidades a partir de sus infancias y de sus entornos para establecer patrones de conducta. Tenía un par de artículos publicados en revistas especializadas y, en una ocasión, la habían invitado a intervenir en un programa de televisión como tertuliana. Alternaba sus pequeños escauceos en otros medios con su trabajo en el *Pittsburgh Enquirer*, donde escribía una columna sobre las muertes violentas que acaecían en Pittsburgh.

Megan regresó con un botiquín de primeros auxilios que depositó sobre la mesa y fue sacando los utensilios que iba a necesitar. Él tenía los brazos cruzados sobre el pecho y la observaba con desconfianza, como si dudara seriamente de su habilidad como enfermera.

—¿No se fía de mí?

—Solo cuando está debajo de mí y esposada.

Megan pensó que si en alguna ocasión volvía a estar debajo de él las esposas ya no serían necesarias. Sus pensamientos la hicieron sonrojar. Tomó una gasa que impregnó con un gel desinfectante y se inclinó un poco sobre él para separar el cabello que ocultaba la herida. En suaves oleadas, a Megan le llegó su irresistible olor a hombre, una mezcla de jabón y calor humano. Le obligó a ladear la cabeza y sintió un repentino alivio cuando dejó de mirarla. Después presionó suavemente la gasa sobre la herida.

—Cuando era muy pequeña quería ser enfermera.

Limpió los restos de sangre con mucho cuidado.

—¿Y por qué dejó de querer serlo?

—Porque vi la sangre por primera vez y me mareé.

Megan abrió un botecito de tintura de yodo, tomó otra gasa limpia y la impregnó con el líquido transparente.

—Ahora prepárese para sentir un leve escozor.

Pero ella se aproximó tanto a él que lo único que fue capaz de percibir fue el sutil aroma frutal que le embadurnó y le atontó los sentidos.

—¿Tiene una aspirina?

—Claro. ¿Le duele mucho?

—No, teniendo en cuenta que me ha roto un cenicero en la cabeza.

Megan apretó los labios para contener la risa. De repente, la situación le pareció cómica. Buscó el analgésico en el botiquín y se lo entregó junto a un vaso de agua.

—Siento haberle golpeado tan fuerte.

—No sea mentirosa, no lo siente en absoluto. Es más, creo que lo está disfrutando.

Derek se levantó y retiró la silla, luego tomó la aspirina y la tragó con el vaso de agua. El movimiento de su nuez la hipnotizó y el aire de su alrededor se volvió más cálido. Sí, se alegraba de haberle golpeado para tenerle sentado en su cocina. La verdad es que le desconcertaba volver a experimentar esa reacción hacia un hombre. Desde que Jim se había marchado no se había vuelto a interesar por ninguno.

El detective Derek Taylor la atraía sexualmente y se preguntó si sería recíproco.

—¿Qué es lo que esperaba encontrar en la casa a parte de la tarjeta?

—Cualquier cosa que me sirviera para el artículo. Ahora sé que Emily leía libros de autoayuda y que, probablemente, trabajaba en ese lugar, La Orquídea Azul.

—¿Lo conoce? —Depositó el vaso vacío sobre la mesa.

—¿Debería?

—Supongo que no. Es una agencia de chicas de compañía.

—¿Prostitución?

Derek negó.

—No, exactamente. Hay muchos hombres influyentes que buscan chicas guapas para que los acompañen a actos sociales. La agencia se encarga de ponerlas a disposición de esos hombres, pero el sexo no tiene por qué ir incluido en el lote.

—¿Emily era una de esas chicas?

—Una de las más solicitadas.

—¿Y cree que el asesino es uno de esos hombres influyentes?

—Señorita Lewis, todavía no disponemos de pruebas para inculpar a nadie.

—Me interesa su opinión personal.

Él hizo un gesto con el que dio por zanjada la conversación.

—¿Cuándo le he dado la impresión de que voy a compartirla con usted?

—Bueno, pensé que estaría agradecido después de prestarle mis servicios como enfermera.

—¿Agradecido? Estará de coña. —Rio entre dientes.

Megan se sulfuró.

—¿Sabe? La razón por la que existe una mala relación entre la policía y la prensa se debe a tipos como usted. Luego dicen que siempre andamos husmeando donde no nos incumbe. ¿Pero qué otra cosa podemos hacer? — Sus ojos grises centellaron— Siempre que llamamos a una puerta está cerrada, así que no nos queda otra opción que investigar por nuestra cuenta.

—Me alegra que saque el tema, casi había olvidado que tenemos un asunto pendiente.

«No te pases Megan, sé amable o terminarás la noche durmiendo en una celda», se dijo.

—¿No podríamos solucionarlo de otra forma? —Ablandó el tono.

—¿Se le ocurre alguna?

Megan se mordió los labios. Era increíble que se le ocurriera pensar en el sexo en un momento como aquel.

—¿En qué está pensando? Se ha puesto colorada.

Derek se aproximó y la miró de frente. Esperaba que pensara en lo mismo que él, sería agradable tenerlo en cuenta por si se presentaba otra ocasión más idónea.

—No me he puesto de ningún color es solo que... —Frunció el ceño—. Solo me he llevado esa insignificante tarjeta. Podría pasarlo por alto.

—¿Está sugiriendo que incumpla mi deber como policía?

—Bueno, si quiere llamarlo así...

—¿Qué tal si lo discutimos por el camino?

La atractiva sonrisa del detective se ensanchó y Megan deseó volver a atizarle con todas sus fuerzas.

—Quiero un abogado.

Sus ojos grises se convirtieron en un par de nubes oscuras y tormentosas.

—Cuando esté allí tendrá derecho a hacer una llamada. ¿Nos marchamos?

—¿Qué voy a hacer con *Abby*? No puedo dejarla aquí sola.

—Que venga con nosotros —sugirió.

«¿Qué fuera con ellos?» «¿También iba a encarcelar a *Abby*?»

El detective Taylor condujo su coche particular —un flamante Pontiac Gto azul plateado—, hacia la comisaría de la calle Northumberland. Ella

guardaba silencio en el asiento de atrás, apretando a la perrita contra el regazo.

Pensaba en lo ingenua que había sido al subestimar al detective Taylor. Pretender entretenerle para que él hiciera la vista gorda había sido la peor idea que había tenido nunca. Observó su perfil iluminado por la luz verde del salpicadero y decidió que aquel hombre al que apenas conocía le provocaba un montón de sensaciones contradictorias.

Eran más de las once de la noche cuando llegaron a comisaría. En la oscuridad de la noche el austero edificio de granito parecía una gran mole sin ningún atractivo arquitectónico. Mientras estacionaban, rodeó el cuerpo de Abby como si fuera una tabla de salvación. Él se apeó del vehículo, abrió la puerta trasera y le instó a acompañarle. De mala gana abandonó el Pontiac y le siguió hacia el interior del edificio.

La austeridad exterior traspasaba los muros y se proyectaba también en el interior. Los tonos grises de las paredes y el mobiliario formaban un conjunto triste e impersonal. Afortunadamente, solo había un par de detectives trabajando a los que Derek saludó.

—¿Qué haces trabajando, Taylor? ¿No era tu noche libre? —Le preguntó un policía muy gordo que se estaba zampando un donut acompañado de una Coca-Cola *Light*.

—Lo era, pero ya me conoces Spangler —contestó él con desenfado.

Cuando el policía reparó en ella, que seguía de cerca los talones del detective Taylor como si fuera su sombra, le lanzó una hambrienta mirada y esbozó una sonrisa cargada de lujuria.

—¿Has estado de redada? Las prostitutas de alto *standing* son cada vez más extravagantes. ¿Ahora también se lo hacen con perros? —Su risotada fue secundada por la del otro policía que estaba sentado más al fondo.

«¿De redada? ¿Hacérselo con perros?»

Megan se detuvo en seco y encaró malhumorada al tal Spangler.

—¿Se está refiriendo a mí?

Derek trató de calmar sus ánimos sujetándola por encima del codo.

—No es prostituta, Spangler. —Aclaró—. Solo es... una chica que ha visto demasiadas películas de policías en la tele.

Megan dirigió su malhumor contra mientras él tiraba de su brazo.

—Venga, vamos.

No le quedó más remedio que seguir los pasos del detective, que la condujo hacia una puerta gris de doble hoja.

Capítulo 4



Las escaleras iban a parar a un largo y sombrío corredor con celdas a ambos lados. Se le cayó el alma a los pies en cuanto los colocó en el basto suelo de cemento. El olor a sudor rancio de los maleantes que a diario pasaban por allí era tan intenso que le obligó a arrugar la nariz. Se detuvo al pie de las escaleras, aunque él no le había dado la orden de que lo hiciera. Derek le propinó un pequeño empujoncito y Megan le miró con ceño. No había ni rastro de compasión en sus ojos, tan sólo un atisbo de ironía que hizo trizas su orgullo.

—Esto es innecesario, yo....

—Esta experiencia le servirá de recordatorio para la próxima vez que decida delinquir.

—Usted no está de servicio. Si quisiera podría pasar por alto este pequeño... altercado.

—No me dejo sobornar por una voz dulce y una cara bonita, señorita Lewis. —Megan juraría que estaba disfrutando enormemente de la situación — ¿Quiere hacer ahora esa llamada? —Señaló un teléfono que había colgado de una pared encalada.

Negó con la cabeza, prefería ocultar tan lamentable episodio tanto tiempo como le fuera posible.

—Esperaré.

—Como quiera.

—¿Piensa encerrarme en una celda?

—Mientras hago las gestiones oportunas.

Megan sabía a qué gestiones se refería. La ficharía, redactaría una denuncia y establecería una fianza. La humillación y la rabia le encogían el estómago como un acordeón. Conforme avanzaban por el corredor, algunos de los inquilinos que habitaban las celdas le provocaron escalofríos. A su derecha, había un par de prostitutas vestidas con ropas de cuero que se ceñían grotescamente a sus protuberantes curvas. A su izquierda, un tipo mugriento con el cabello largo y la dentadura cariada se agarró a los barrotes de su celda

y le dijo con la voz rasposa:

—¿Me quieres hacer una mamadita, preciosa?

Se relamió los labios con su impúdica lengua y un espasmo de asco le contrajo el estómago.

—Cállate Luke, no quiero movidas esta noche. —Le advirtió Taylor.

Guiada por el detective, llegaron hasta el final del corredor donde aguardaba su celda. Se sentía tan impotente que entró con las manos cerradas en puños y la mandíbula apretada. En el rincón de la derecha había un pequeño camastro con un colchón sucio y roto. Los muelles y el relleno se salían por una abertura enorme que tenía en un lateral.

—Llámeme si Luke le causa problemas. Enseguida vuelvo.

La señorita Lewis le resultaba graciosa cuando se enfadaba, pero ya no se le ocurría qué más hacer para alargar un poco más el placer de estar en su compañía. Sabía que le odiaría por lo que estaba haciendo, pero, más tarde, cuando la rabia no la cegara y analizara los hechos de manera objetiva, estaba seguro de que incluso se lo agradecería. No iba a ficharla ni a redactar ninguna denuncia tal y como debería haber hecho, pero la dejaría creer que sí mientras se quedaba toda la noche encerrada en compañía del desalmado de Luke, que la atormentaría con comentarios sobre aberraciones sexuales una vez él se marchara.

Los periodistas tenían la maldita costumbre de meter las narices en las investigaciones y muchas veces no hacían más que perjudicarlas, por eso la señorita Lewis merecía un castigo. Sabía que aquella no era la mejor manera de atraer la atención de una mujer sexualmente atractiva, pero una cosa era cierta, ella jamás le olvidaría.

La joven permaneció de espaldas todo el rato mientras él observaba lo frágil que parecía entre aquellas solitarias y sucias paredes, pero no tuvo remordimientos de conciencia. Cerró la pesada puerta de hierro, echó la llave y se marchó a casa.

Megan se mordió el labio. El sonido metálico de la cerradura le atravesó los tímpanos y confirmó el peor de sus temores: iba a ser fichada por la policía y tendría una mancha en su historial.

Eran cerca de las once de la noche cuando Annabelle escuchó la puerta de la entrada. Alzó la vista del televisor y le miró desde el sofá. No disimuló

la decepción que le ocasionaba su tardanza.

Derek sabía lo que significaba esa mirada, pero no la recriminaba. Annabelle se había encariñado mucho con Martha y censuraba que él llegara tarde a casa. Siempre discreta, la mujer no se atrevía a manifestar sus pensamientos en alto, pero no era necesario ya que sus ojos expresaban todo su malestar. Derek era consciente de que los imprevistos de su trabajo le mantenían alejado de casa a horas intempestivas, pero hacía todo cuanto podía para procurarle a Martha un hogar estable.

Le dijo a Annabelle que sentía aprovecharse de su gratitud y de obligarla a posponer su vida para ayudarle con la suya, pero ella hizo un mohín para restarle importancia. Acopló los cojines sobre el sofá y se arregló las ropas mientras él aguardaba junto al umbral de la puerta.

—¿Martha ya duerme?

—Ha estado despierta hasta las diez y media, por si llegabas.

Annabelle se dirigió a la cocina y Derek la siguió.

—Ha habido complicaciones. Siento que hayas tenido que quedarte hasta tan tarde.

Thelma, la asistenta, terminaba su jornada laboral cuando él finalizaba la suya, así podía llegar a casa y pasar el resto de la tarde con Martha. Sin embargo, a veces surgían imprevistos como los de esa noche. Por fortuna, podía contar con Annabelle para que le echara una mano.

—Sabes que no me importa ayudarte en todo lo que pueda. —Annabelle abrió el horno. Ahora se le veía resuelta y complaciente— ¿Has cenado?

—No, no he tenido tiempo. Huele muy bien aquí dentro.

La mujer sacó la bandeja del asado que había cocinado para la cena. Todavía estaba caliente y tenía una pinta deliciosa. El succulento olor le recordó que no había comido nada salvo una triste hamburguesa al mediodía, y el estómago le dio un vuelco.

—No tenías que haberte molestado. Te preocupas demasiado por nosotros.

Le agradecía muchísimo su ayuda desinteresada pero lo que no le agradaba tanto era que, poco a poco, hubiera ido ampliando sus competencias sin que él se lo pidiera. Solo tenía que cuidar de Martha hasta que él llegara a casa, pero ahora cocinaba e incluso la semana anterior había hecho la colada. No sabía cómo decirle que no quería que se ocupara de todas esas cosas. Annabelle disfrutaba haciéndolas y tenía la sensación de que heriría sus sentimientos si se lo hacía saber.

—No permitiré que os alimentéis todo el tiempo de comida basura. —
Troceó la carne y la sirvió en un plato que puso sobre la mesa.

—¿No apruebas los guisos de Thelma?

Su asistenta se ocupaba de preparar la comida.

—Thelma es casi una anciana. Le viene bien que la libere de un poco de trabajo.

Era tarde, estaba cansado y no le apetecía tener esa conversación. Tomó un par de cubiertos del cajón de la cocina, una cerveza del frigorífico y se sentó a la mesa, frente al plato de asado.

Le apetecía estar solo y en silencio. No podía concentrarse en el caso Williams con Annabelle rondando por allí. Pero ella no tenía la intención de marcharse a su casa, sino que se sentó frente a él con un vaso de té frío. Se atusó los rizos rojos que caían sobre sus mejillas y comenzó a parlotear desordenadamente sobre las reformas que estaba haciendo en el baño de su casa. De ahí pasó a preguntarle cuál era el mejor momento del día para cortar el césped del jardín, como si él supiera de jardinería. Tenía la sensación de que quería decirle algo, pero ella solo daba rodeos, con la mirada verde danzando por la cocina sin detenerse en sus ojos. Cuando se atrevió a mirarle, por fin fue al grano.

—He pensado que el domingo podríamos llevar a Martha al parque de atracciones.

Tomó el vaso de té frío y bebió un sorbo. Prefería hacer algo mientras esperaba su respuesta.

—Me parece bien.

—¡Genial! —exclamó animada—. Lo pasaremos bien.

—Seguro que sí.

Un rato después, cuando Annabelle ya se había marchado, recondujo sus pensamientos hacia Emily Williams. Nunca habían sido íntimos pero su muerte le había afectado más de lo que habría imaginado. Iba a hacer todo lo que hiciera falta para encontrar al culpable. Había otro asunto que le hacía perder el hilo de sus pensamientos, y no era otro que la guapa periodista que tenía encarcelada. Cuando descubriera que él no iba a regresar esa noche se iba a poner hecha una furia.

Estaba deseando que llegase la mañana.

Eran las tres de la madrugada cuando miró el reloj por última vez.

Maldecía como un camionero mientras daba vueltas por la celda apenas iluminada. El detective Taylor le había tomado el pelo ya que no iba a regresar en toda la noche, y a ella le dolían todos los músculos después de la pelea en casa de Emily. Estaba exhausta pero el asqueroso colchón le daba tanto asco que casi prefería tumbarse en el suelo. Lo quitó de encima del somier y lo arrastró hacia la pared contigua. Se tumbó encima de los muelles, con *Abby* a su lado. Era incómodo, mucho, pero no tanto como escuchar las obscenidades que el tipo de la celda contigua les dedicaba tanto a las prostitutas como a ella. Lo peor de todo fue escucharle jadear mientras se masturbaba. Un rato después se hizo el ansiado silencio y por fin pudo dormir un poco, aunque fue un sueño ligero que se interrumpía una y otra vez.

Escuchó un sonido metálico. Desorienta y adormecida, le costó discernir que alguien estaba abriendo su celda. También habían encendido la luz del corredor. Dirigió una mirada entornada hacia la puerta. Derek Taylor estaba al otro lado de las rejas.

Un fugaz e infundado sentimiento de culpa lo acosó durante un instante al contemplar la escena. La joven había retirado el colchón a un lado de la celda y se había tumbado sobre los muelles de la cama, que debían resultar jodidamente incómodos. En ese momento, le dirigía una mirada cabreada con los ojos entreabiertos, mientras realizaba esfuerzos por contener un bostezo. A pesar de su malhumor, le pareció dulce e indefensa y despertó en él un sentimiento entrañable.

—¿Qué hora es? —preguntó ella con la voz pastosa.

—Las siete de la mañana. Venga, nos vamos.

—¿Las siete de la mañana? ¿Ha tardado ocho horas en formalizar una denuncia? —Megan se puso en pie y apretó los labios con indignación—. No puede retenerme aquí durante tanto tiempo y....

—Cállese y salga de la celda. —Le ordenó.

Megan lo aniquiló con la mirada. Él no tenía mejor aspecto que ella, parecía como si no hubiera pegado ojo en toda la noche. Y no se había afeitado. Sin embargo, incluso con aquel aspecto desaliñado era sumamente atractivo. Tomó a *Abby* en brazos y salió al corredor.

—¿A dónde me lleva?

—A ningún sitio, ya puede marcharse a su casa. —Una sonrisa perezosa perfiló sus labios, como si encima estuviera haciéndole un favor— ¿Prefiere salir por comisaría o utilizamos la puerta trasera?

—¿Por qué no ha cursado ninguna denuncia, detective Taylor?

—Todavía estamos a tiempo. —La provocó.

—Esto que ha hecho es ilegal.

—¿Prefiere aparecer en nuestra base de datos, señorita Lewis? Cada vez que se cometa un robo y apretemos una tecla, aparecerá su foto junto a su ficha policial. Créame, le estoy haciendo un favor.

En realidad, sí se lo estaba haciendo. Era mejor dejarlo correr.

Derek la siguió por el corredor haciendo un esfuerzo por dejar de curvar los labios. En el avance, no pudo evitar admirar el culo tan magnífico que le marcaban los vaqueros negros. A lo largo de la noche anterior también se había fijado en sus senos. Eran del tamaño que a él le gustaban, ni demasiado grandes ni demasiado pequeños. Megan Lewis era un bombón.

—Existen condiciones. —Le advirtió—. No quiero volver a encontrarla escarbando por ahí. La próxima vez no tendré piedad.

—Su trabajo y el mío están relacionados, detective Taylor —replicó ella—. No puede prohibirme que investigue siempre que me atenga a las reglas.

—Tengo la sensación de que volverá a necesitar que se las recuerden.

Derek se adelantó para abrir la puerta que conducía a la calle. Luego la miró en señal de advertencia y Megan parpadeó con aquellas largas y frondosas pestañas en un falso gesto de inocencia.

Salieron a un callejón atestado de cubos de basura. Megan echó un vistazo a su reloj de pulsera e hizo una mueca. Tenía el tiempo justo para llegar al trabajo. Debía de tener un aspecto horrible pero no podía pasarse por casa para ducharse y cambiarse de ropa. Nadie debía enterarse de lo que le había sucedido.

—Tengo que llamar a un taxi.

—¿Va a casa?

—No, al trabajo.

—Yo la llevaré. Es temprano, todavía no ha empezado mi turno.

El Pontiac azul emprendió el camino hacia el *Enquirer*. Después de todo, el detective Derek Taylor demostró que también tenía su corazoncito.

A su paso por el distrito de Oakland, Megan se entretuvo en observar La catedral del aprendizaje y la capilla de Heinz. Pero el fascinante estilo neogótico de ambas construcciones no la distrajo lo suficiente de su preocupación principal: la espantosa imagen con la que iba a presentarse en el trabajo.

—¿Cómo se portó Luke anoche? ¿Le dio mucho la lata?

Ella hizo un mohín al captar su tono irónico.

—Si quiere saberlo, pase una noche en la celda de al lado.

Derek soltó una ronca y espontánea carcajada. Giró hacia la izquierda para incorporarse a la transitada autopista y Megan se fijó en lo fuertes que parecían las manos que se aferraban al volante. Esas mismas manos la habían tocado la noche anterior cuando la cacheó contra el suelo. No lo había hecho de un modo sexual, claro, pero le había gustado de todos modos.

—¿Sabe? Debí atizarle mucho más fuerte con el cenicero.

—¿En serio? Creía que el de anoche había sido su golpe más certero.

—¿Va a decirme que no le dolió? —Lo provocó.

—Solo fue un rasguño, encanto.

—Quizás es que tiene la cabeza muy dura.

—También.

Ella lo observó con gesto interrogante y él se la quedó mirando. Estaba encantadora a la luz del amanecer. Se preguntó si estaría saliendo con alguien, si habría algún hombre especial en su vida.

Aprovechando el repentino silencio, Megan se dedicó a estudiar su aspecto en el espejo del parasol. Tenía el pelo hecho un desastre, los ojos enrojecidos y el suéter estaba arrugado. No llevaba el bolso. Se habían marchado inmediatamente a comisaría y solo le había dado tiempo de coger las llaves de casa. Buscó en los bolsillos delanteros de los pantalones, pero no halló lo que quería. Ni un maldito centavo para hacer una compra rápida por el camino.

Pasaron frente a un centro comercial que estaba abriendo sus puertas.

—Necesito que abandone la autopista. —Le indicó ansiosa.

—¿Abandonarla? ¿Por qué?

—Porque tengo que comprar algo de ropa, no puedo presentarme así en el trabajo.

Derek hizo un rápido repaso de su imagen.

—A mí me parece que su aspecto es estupendo.

A Megan le agradó que la halagara, aunque no estuviera de acuerdo.

—Tome la primera salida, por favor. —Insistió.

Él maldijo entre dientes, pero accedió. El sol era un gigantesco globo de fuego que ascendía lentamente por encima de los montes Apalaches. Se lo encontraron de frente, derramando su cegadora luz sobre el asfalto y la luna delantera del coche, por lo que Derek se obligó a bajar el parasol y disminuir la velocidad para no salirse de la calzada.

Mientras el detective Taylor atravesaba el *parking* en busca de una plaza

cercana a la entrada del centro comercial, Megan se preparó para el siguiente enfrentamiento.

—¿Tiene dinero en efectivo? —Él le lanzó una de esas miradas que podrían apagar el fuego del infierno—. No me dio opción a recoger mi bolso—. Se justificó.

—¿Cuánto necesita?

—¿Cuánto lleva encima?

Arrepintiéndose de no haber llamado a un taxi para que llevara a la señorita Lewis a su puñetero trabajo, Derek apretó la mandíbula y metió los dedos en el bolsillo delantero de sus vaqueros desteñidos. Sacó unas monedas y un billete arrugado de diez dólares.

Megan arqueó una ceja.

—¿Solo lleva eso?

—¿Acaso cree que soy el banco central, guapa?

—¿Podría prestarme su tarjeta de crédito? Le prometo que le devolveré hasta el último centavo.

Puso su gesto más inocente, pero él ya no se tragaba sus tácticas femeninas. Su mirada era recelosa y por un momento creyó que le haría abandonar el coche para dejarla allí tirada. Sin embargo, tras un pulso tentativo de miradas, Derek cogió su cartera y le entregó la tarjeta de crédito. Sumamente agradecida, Megan depositó a *Abby* sobre su regazo antes de apearse.

—Regresaré enseguida, ni se dará cuenta de que me he marchado.

—Si no está aquí dentro de dos minutos pasaré a por usted. Me largaría sin más, pero tiene mi tarjeta de crédito.

Su tono sonó amenazante y ella le creyó, por eso se dirigió como una exhalación hacia el edificio acristalado.

La señorita Lewis era un auténtico incordio. En menos de veinticuatro horas había usado su cabeza como si fuera un saco de boxeo, se había librado de una orden de arresto por allanamiento de morada y, para colmo, ahora tenía su tarjeta de crédito. Pasar un día completo con ella debía de ser como lanzarse de un avión sin paracaídas.

Aunque él era un adicto al riesgo.

La lengua húmeda y suave de *Abby* le lamió los dedos y sus diminutos ojos negros le miraron de tal forma que le hicieron sentir culpable. Probablemente, la caniche se había convertido en el primer perro de la historia que había pasado una noche en la cárcel.

Su crispación afloró de nuevo al comprobar que ya habían transcurrido más de diez minutos desde que se marchara.

¿Acaso se habría pensado que era su jodido taxista?

—Tu dueña está chiflada ¿Lo sabías? —*Abby* emitió un gruñido que vibró en su pequeña garganta—. Apuesto a que sí. Y me temo que tú terminarás igual que ella.

Una cantidad infame de bolsas de papel cartón con el logotipo de los grandes almacenes inundó el interior del Pontiac bajo su insólita mirada. Ella las fue repartiendo sobre el asiento trasero y luego le tendió la tarjeta de crédito.

—Doscientos cuarenta y cinco dólares, está todo en los tiques.

Se los entregó por si quería cerciorarse de que no mentía. Él los ojeó para asegurarse de que no se trataba de una broma.

Y no lo era. La lista era interminable y puesto que todos aquellos artículos habían salido de su visa, se tomó la libertad de enumerarlos en voz alta sin preocuparse de si se inmiscuía en su privacidad.

—Toallitas perfumadas, desodorante, cepillo para el pelo, perfume, cepillo de dientes, pasta dentífrica. —Cambió de tique—. Bolso de piel, cinturón de piel, canasta para perro, comida para perro... —Agarró el último—. Sandalias, blusa, pantalones, sujetador y tanga...

En ese punto el policía hizo una pausa y la miró. Su voz estaba encrespada y en sus ojos había una mezcla de furia e incredulidad. Pero también había deseo. Sí, sus pupilas se habían oscurecido y durante unos segundos la observaron como si quisiera quitarle toda la ropa que acababa de comprarse. Fue una reacción efímera pero intensa, y Megan sintió que las mejillas se le ruborizaban.

—Todo era... importante.

—¿También el kit de jardinería?

—Necesitaba herramientas nuevas para el jardín y aproveché que estaban en oferta.

—Es usted una caja de sorpresas, ¿sabe?

—Lo tomaré como un cumplido.

Sonrió un poco mientras recuperaba a *Abby* de su regazo.

Él continuó mirándola. Tenía un aspecto diferente, ahora estaba más... sexy. Vestía unos pantalones blancos de algodón y una blusa roja con un generoso escote. También se había comprado unas sandalias rojas de tacón alto y era mejor no pensar en el tanga que llevaba puesto. Además, iba

envuelta en una nube de agradable perfume que olía a frutas cítricas.

—A simple vista sus pechos engañan. —Admiró su escote—. Creía que utilizaba una talla más pequeña.

—Deme eso.

Le arrancó los tiques de compra de las manos y los guardó en una de las bolsas. Sintió un repentino calor en las mejillas. Consciente de que él habría percibido su turbación, se sintió un poco torpe. De repente, dio un respingo involuntario al notar su mano rozándole la nuca.

—Se le ve la etiqueta.

Él levantó la tela y la ocultó. A ella se le erizó el vello ya que sus dedos se detuvieron sobre su piel más tiempo del necesario. Se quedó sumida en la confusión mientras él regresaba a la autopista y aceleraba para recuperar el tiempo perdido. Megan reconoció el agradable cosquilleo de la atracción sexual y en los siguientes minutos se dedicó a mirarle de soslayo.

Sus brazos eran fuertes, de piel morena y vello oscuro. No podía ver lo que había debajo de esa camiseta azul marino, pero estaba segura de que había más músculos bronceados y bien definidos. Deslizó la mirada y se topó con su bragueta. Un súbito calorillo le recorrió el cuerpo y le arreboló las mejillas.

«Ya basta. Deja de mirarle así».

Apartó los ojos y buscó en una de las bolsas los artículos de maquillaje que había comprado. Comenzó a aplicarse una base muy parecida al tono de su piel.

—¿Qué tal su cabeza? ¿Le sigue doliendo? —preguntó al cabo de un rato.

Se estaba pintando los carnosos labios con un tono rosado y a Derek se le fundió el cerebro mientras contemplaba aquella acción tan femenina y sensual. Se obligó a centrar la atención en la carretera para no provocar un accidente. Apretaba el volante con tanta fuerza que pensó que lo partiría en dos.

—Mi cabeza está bien.

Otras partes de su cuerpo no lo estaban tanto.

Tras aplicarse una máscara negra en las pestañas, volvió a guardar todos los utensilios.

—Si me facilita su número de cuenta puedo preparar una transferencia esta misma mañana, en cuanto llegue al trabajo. ¿O prefiere que le extienda un cheque al portador?

—Un cheque estará bien.

—Perfecto.

Ya tenía la excusa perfecta para verle de nuevo. Estaba segura de que él pretendía lo mismo al escoger ese método de pago.

En el lugar donde el Boulevard Allies dejaba atrás la imponente Universidad de *Point Park*, cuyas tonalidades verdes y doradas refulgían gloriosas entre los edificios que la rodeaban, Megan le indicó que se detuviera al pie de una torre acristalada de oficinas, sede del *Pittsburgh Enquirer*.

Con ayuda del detective Taylor, Megan recogió todas sus bolsas del asiento trasero y, por último, le indicó a *Abby* que saliera del coche.

—Le agradezco que me haya traído al trabajo. Prepararé un cheque cuando regrese a casa. ¿Le parece bien que se lo lleve a comisaría?

—Si no me encuentra allí puede dejárselo a Annabelle. —Cambió de tema—. Procure no olvidar nada de lo que hemos hablado hoy, ¿de acuerdo?

Se refería a lo de husmear en la investigación del asesinato de Emily Williams, pero ella no podía prometerle tal cosa.

—Trataré de recordarlo cada vez que me asalte la tentación. —Sonrió.

Cruzó la oscura calle del vecindario, mirando a un lado y a otro. Esperaba que el detective Taylor no anduviera por allí cerca, pues sabía que desconfiaba de las vacuas promesas con las que ella había pretendido convencerle de que no volvería a traspasar los límites.

Rodeó la casa de Emily hacia el jardín trasero y buscó entre los arbustos donde había dejado caer el diario la noche anterior. Seguía allí. La maleza y las espinas sin podar de los rosales le arañaron los brazos, y el gato negro de la señora Simmons la sobresaltó al cruzar el jardín como un ciclón.

Se metió en la cama temprano y aunque estaba agotada dedicó un rato a leer las primeras páginas. Sin embargo, el sueño la venció poco más tarde de las once y el diario se le cayó sobre el pecho. Retomó la lectura por la mañana, mientras desayunaba un cuenco de copos de avena. La vida de Emily Williams giraba en torno a los hombres, sobre todo a los que pagaban sustanciales sumas de dinero para que los acompañara a actos sociales. La mayoría la agasajaban con caros regalos y la llevaban a los mejores lugares de la ciudad.

Entonces topó con una revelación que le llamó poderosamente la

atención.

«Malcom quiere que sea su amante. Me ha ofrecido mucho dinero por abandonar la Orquídea Azul y dedicarme a él en exclusiva. Pero no quiero hacerlo. Sólo abandonaría mi trabajo por alguien como Derek Taylor».

La cuchara se le cayó en el cuenco y salpicó leche sobre la mesa. Las pupilas se le quedaron clavadas sobre ese nombre y tuvo que releer el párrafo varias veces para cerciorarse de que estaba entendiendo lo que leía.

Todo se volvió muy confuso.

En la oficina postergó el trabajo pendiente y retomó la lectura del diario. Estaba ansiosa por avanzar y conocer más datos, impaciente por toparse de nuevo con cualquier referencia sobre Derek Taylor.

Quizás solo se trataba de una increíble coincidencia. Seguro que en Pittsburgh había muchos Derek Taylor, aunque la intuición le gritaba que se trataba del policía. Trató de recordar las emociones del detective la noche en que se descubrió el cadáver, pero no llegó a ninguna conclusión determinante. Nada en su forma de comportarse indicaba que tuviera alguna clase de relación con Emily Williams.

Ya no hubo más menciones a Derek, aunque el nombre de Malcom Helsen se repetía con frecuencia. Emily lo describía como un hombre muy atractivo de cincuenta y tantos años que poseía un alto nivel cultural y una cuenta bancaria astronómica.

Introdujo el nombre en un buscador de Internet y aparecieron en pantalla cientos de enlaces sobre arquitectura. Aunque no había oído hablar de él, Malcom Helsen era un arquitecto muy afamado de Pensilvania que había diseñado algunos de los edificios más emblemáticos y de mayor belleza arquitectónica de Pittsburgh y Philadelphia.

La fuente de Point Park, esa maravillosa construcción que le encantaba contemplar desde la ventana de la oficina, era una de sus creaciones junto con la catedral del aprendizaje.

Había pensado que La Orquídea Azul sería un negocio discreto, pero esa teoría caía por su propio peso si entre sus clientes se hallaban personajes de tanto poder adquisitivo como Malcom Helsen.

Capítulo 5



Estaba arrodillada en su jardín, realizando labores de jardinería. Tenía las manos cubiertas con guantes y sostenía la pala con la que acaba de hacer un pequeño hoyo en la tierra húmeda de un parterre. Se disponía a plantar unas semillas de azaleas que le había regalado la señora Simmons cuando, de repente, la voz grave del detective Ben Cole le habló desde las alturas.

—¿Qué clase de planta es?

Megan alzó la cabeza. ¿Qué estaba haciendo él allí? El detective Cole era un hombre muy alto y su rostro estaba recortado contra el azul intenso del atardecer. Sus ojos castaños también le sonreían.

—Son azaleas. —Se frotó la nariz con el dorso de la mano cubierta de tierra—. ¿Qué te trae por aquí, detective Cole?

Él se agachó a su lado y aunque Megan tenía el olor de la tierra agarrado a la nariz, le llegó una vaharada de su potente perfume masculino.

—Llámame Ben, por favor. Quiero invitarte a tomar una copa —dijo sin rodeos—. Pensé hacerlo la otra noche, pero no era el momento oportuno.

Estaba muy elegante con los chinos color crema y la camisa de seda verde esmeralda, y sus rasgos eran más simétricos que los del David de Miguel Ángel. Se fijó en los mocasines de marca que calzaba y en el rólex auténtico que decoraba su muñeca izquierda, por no mencionar el último modelo de Porsche que había aparcado junto a su jardín. Su familia debía de ser pudiente. No creía que su sueldo de policía pudiera proporcionarle caprichos tan ostentosos.

—Estoy cubierta de tierra por todas partes y tengo el pelo hecho un desastre.

—Te esperaré aquí mientras tomas una ducha. A menos que tengas otros planes.

No los tenía a pesar de ser sábado. Hannah le había propuesto salir a tomar unas copas, pero Megan había preferido quedarse en casa. Siempre que salía con su compañera de trabajo, ésta terminaba enrollándose con algún tío y ella tenía que regresar sola a casa. Sus planes de esa noche se limitaban a

ver alguna película, pero pensó que no le vendría mal salir un rato y despejarse. De paso, podía aprovechar la ocasión para hacerle al detective Cole algunas preguntas.

—No tengo otros planes, pero tardaré un poco en arreglarme. Si no le importa esperar...

Dejó caer las semillas en los hoyos del parterre y después los cubrió con los montoncitos de tierra.

—En absoluto. Me quedaré junto al coche mientras hago un par de llamadas.

Se dio una ducha rápida. A pesar del evidente atractivo físico del detective Cole y de la fluidez que mostraba en el trato con las mujeres, a ella no la impresionaba lo más mínimo. Cualquier mujer en su lugar estaría encantada de salir un sábado por la noche con un tío tan guapo como aquel, que además era policía, pero no podía evitar establecer comparaciones entre Cole y el detective Taylor. Derek tenía un aspecto más viril y sus ademanes eran más rudos. Su sonrisa era taimada y su mirada penetrante, y cuando se hallaba cerca de él era como estar al lado de un campo de ondas magnéticas que la atraía. Habría preferido que fuera Taylor quien la hubiese invitado a salir, aunque a él no podría haberle sacado ni una migaja de información.

No se arregló en exceso. Apenas usó maquillaje porque no quería dar la sensación de que estaba interesada en él, aunque escogió un bonito vestido de color burdeos sin mangas porque le gustaba vestir bien.

Cole estaba apoyado en la carrocería de su Porsche y se guardó el móvil en el bolsillo cuando la vio aparecer. La observó fijamente mientras cruzaba el jardín y se le fue ensanchando la sonrisa conforme se aproximaba a él.

—He pensado que primero podríamos acudir a un bar muy tranquilo que hay cerca de comisaría. ¿Te gusta la comida italiana? —Le preguntó.

—Me encanta.

El interior del coche olía a cuero y al perfume de Ben.

—Estupendo, porque después he reservado una mesa en Giovanni.

Giovanni era uno de los mejores restaurantes italianos que había en Pittsburgh. Sus precios eran tan desorbitados como deliciosa era su comida. Le incomodó que Cole hubiera elegido un lugar como Giovanni. De repente, se sintió atrapada en una cita con tintes románticos que no le apetecía tener con él.

—Pensé que tomaríamos algo rápido.

Cole arrancó el potente motor del coche y salieron disparados calle

abajo.

—Si te hubiera dicho que íbamos a ir a Giovanni habrías tardado mucho más en arreglarte. Estaba impaciente por estar contigo. —El halago no la impresionó—. Ha llegado a mis oídos que tuviste una desagradable experiencia con la cárcel.

Le miró sorprendida. Había sido una ingenua al suponer que Derek Taylor sería discreto. No tenía sentido que le hubiese permitido salir por la puerta trasera si después había informado a toda la comisaría del incidente. Supuso que Ben también conocía el resto de la historia.

—¿Tu compañero disfrutó contándolo?

—Spangler no sabe guardar secretos.

—¿Spangler?

—Derek no soltaba prenda, así que Spangler hizo sus propias averiguaciones.

Eso disolvió su repentino resentimiento hacia Taylor.

—No debí entrar en la casa, fue una auténtica estupidez.

—Sí que lo fue. ¿Qué pensabas encontrar?

—No lo sé. Cualquier cosa que me ayudara con la investigación.

—¿Lo lograste?

Por supuesto, tenía el diario de Emily.

—No, pero dormí en una celda y conocí a Luke.

Cole se echó a reír.

—Derek no tiene ni idea de cómo seducir a una mujer. Yo te habría invitado a cenar.

—No creo que el detective Taylor tratara de seducirme —repuso.

Cole era un engreído. La clase de tipo que siempre pensaba con el pene. Era fácil adivinar que su intención era terminar la cita en la cama, pero iba a salirle el tiro por la culata. Sería divertido ver su cara cuando al final de la velada le diera calabazas.

Estacionó frente al bar que había mencionado. La puerta del establecimiento estaba iluminada por un letrero de neón rojo que colgaba de una pared grisácea recientemente pintada. El murmullo de la clientela era audible desde fuera y, a través de la ventana exterior, se veía a un grupo de policías de uniforme que bebían jarras de cerveza y reían a carcajadas. Aquel debía de ser el lugar donde los policías se relajaban después de un duro día de trabajo.

Cole le cedió el paso y Megan sintió la presión de decenas de miradas. Él

saludó a sus compañeros derrochando simpatía y buen humor, y ella tuvo la impresión de que la había llevado allí con la única finalidad de exhibirla como si fuera un trofeo.

Ben señaló una mesa libre y Megan tomó asiento de inmediato. Debió de percatarse de que estaba molesta porque se excusó.

—No tenía ni idea de que el bar estaría así de concurrido. Los sábados por la tarde hay menos clientela. —Mintió—. Si te incomoda estar rodeada de tanto tío podemos ir a otro sitio.

—Estoy bien.

Ben solía llevar allí a sus conquistas. Disfrutaba presumiendo de ellas ante sus compañeros de trabajo, ya que la mayoría tenían una patética vida sexual. Él era la envidia del departamento y todos le preguntaban sobre sus batallitas sexuales. Él siempre las relataba con todo lujo de detalles.

—Este antro me recuerda a un bar que solía frecuentar cuando iba a la Universidad —comentó Megan.

—¿Cómo se llamaba?

—¿El bar de la Universidad?

—Yo los conocía todos. Es posible que nos viéramos por allí, aunque jamás habría olvidado a una mujer tan hermosa.

—No lo creo. Yo apenas tenía vida social. Vivía con la nariz enterrada en los libros.

El camarero se acercó a la mesa y entonces le vio. Estaba más al fondo, ocupando una mesa con alguien que Megan no alcanzaba a ver y charlando de forma amena y distendida, pero se le congeló la expresión cuando sus miradas conectaron.

—Yo no terminé la Universidad. —Continuó Cole—. Hice dos años de Derecho, pero cuando tuve la edad requerida ingresé en la academia. Desde pequeño quería ser policía para atrapar a los malos. ¿Por qué te interesan los crímenes violentos?

—Pues... —Retiró la mirada de Taylor—. Supongo que yo también deseaba atrapar a los malos. —Cole sonrió—. Cuando era una cría quería ser policía, pero descubrí a tiempo que era más eficiente sosteniendo un bolígrafo que con una pistola.

—¿Sabes disparar?

—Tomé unas pocas clases hace unos años—. Pasó el dedo por el cristal empañado de la cerveza y aprovechó el tema de conversación para preguntar por Emily Williams—. ¿Puedo sentirme a salvo en Hazelwood?

—Completamente.

—¿Hacia dónde se dirige la investigación policial?

Demasiado directa. Él puso una mueca de rechazo y luego bebió un trago mientras negaba con la cabeza.

—Nada de trabajo esta noche.

—El juez ha decretado secreto de sumario, pero los ciudadanos tienen derecho a saber si están seguros. Si me respondes a eso te prometo que no haré más preguntas.

Megan sabía qué tono de voz usar y qué actitud tomar para conseguir la atención de un hombre como Cole, al igual que sabía que sus ardides no funcionaban con Taylor.

Él se frotó la mandíbula. Después le ofreció lo que ella quería.

—Tenía varias heridas en el abdomen causadas por arma blanca.

La mayoría de los crímenes cometidos con arma blanca no eran premeditados y solían ser el resultado de accesos transitorios de ira. ¿Habría sido Malcom Helsen quien empuñara el objeto punzante?

—¿Habéis encontrado el arma?

Cole negó con la cabeza y sus ojos castaños brillaron de una forma extraña.

—No, quien lo hizo se la llevó consigo.

—¿Hay algún sospechoso?

—Se acabaron las preguntas sobre trabajo. ¿Por qué no me hablas de ti y empezamos a conocernos mejor? —Empleó un tono seductor.

A Derek no le gustaba sentarse al fondo del local porque Jackson casi nunca dirigía su atención hacia allí. Bajó el brazo con irritación y le llamó por su nombre cuando le vio zigzaguear entre las mesas con la bandeja en la mano, pero no se hizo escuchar por encima del estruendo del local. También le había subido el volumen al televisor que en esos momentos retransmitía un partido de los Pittsburgh Steleers contra los Arizona Cardinals. Al menos, los primeros iban ganando por una ventaja de 17-7.

Le fastidiaba reconocer que su repentina irritación también tenía que ver con la compañía que se había buscado Cole esa noche. Para qué negarlo. Se había quedado mudo de sorpresa cuando vio a Megan con su compañero de trabajo, una sorpresa tan desagradable que se le debió notar en la cara, ya que Annabelle le preguntó si le ocurría algo. Lo único que le sucedía era que tenía ganas de soltarle un puñetazo a Ben, pero le contestó que Jackson debería contratar a un ayudante que sirviera las mesas como Dios manda.

Exasperado con Jackson y consigo mismo, se levantó de la silla y cruzó el establecimiento hacia la barra.

Megan le vio y siguió sus movimientos con atención, los cinco sentidos puestos en él. Se olvidó de Cole y su voz se fue extinguiendo hasta convertirse en un murmullo lejano. Algo irresistible envolvía a Derek Taylor. Se había dado cuenta de que sus compañeros de trabajo le tenían respeto y admiración. En ella también despertaba otra serie de emociones mucho más viscerales.

Se presentó la oportunidad de devolverle el cheque que guardaba en su bolso desde hacía días y aprovechó la ocasión.

—¿Me disculpas un momento? Enseguida vuelvo.

Mientras se hacía paso entre las mesas dirigió una rápida mirada a la que Taylor compartía con la mujer pelirroja, que se retocaba los labios frente a un pequeño espejo de mano. Era una mujer atractiva, aunque unos cuantos años mayor que él. Notó un pinchazo de celos, aunque se propuso ignorarlo. Apoyó el codo en la barra, a su lado, y alzó la mirada hacia sus ojos azules.

—Buenas tardes, detective Taylor.

Él dirigió su atención a ella, pero el contacto de su mirada fue tan breve que Megan quedó desconcertada.

—Buenas tardes, señorita Lewis.

A continuación, se puso a hablar con el camarero y Megan tuvo que esperar a que terminaran una absurda conversación sobre el partido de fútbol que estaban retransmitiendo.

—No esperaba encontrarle aquí —le dijo ella.

—Pues figúrese yo. —La miró de arriba abajo con cierto grado de impertinencia—. ¿Cómo es posible que Ben haya traído a una chica tan refinada como usted a un garito como éste?

—Es mejor que la cárcel.

—A diferencia de mi compañero, yo no trataba de impresionarla.

Cole siempre estaba hablando de las mujeres a las que se ligaba. Solía llevarlas al bar para que a sus compañeros se les cayera la baba, ya que todo el mundo sabía dónde acababan sus citas. Derek jamás le había envidiado. Salvo ahora. Se maldijo por encontrarla tan atractiva.

Megan encajó el desplante con deportividad.

—Tengo algo para usted. —Sacó el cheque de su bolso, tomó su mano y lo depositó sobre la palma. Su piel estaba caliente y su tacto la hizo vibrar—. Aquí tiene su dinero. He añadido veinte dólares más por gastos de gasolina.

Él estaba tan cerca que, aunque el bar olía a tabaco y a cerveza, le llegó su agradable olor a ducha. Derek no apestaba a Emporio Armani como Ben, el suyo era un aroma a masculinidad. A su esencia natural.

—También debería haber incluido los gastos de limpieza de la tapicería. Su chucho lo dejó todo lleno de pelos.

—Abby no suelta pelos. La cepillo todos los días.

Él hizo un gesto y Megan advirtió que se estaba mofando.

—¿Se ha portado bien estos días, señorita Lewis?

—Si se refiere a si he vuelto a allanar la casa de mi vecina, no, no he vuelto a hacerlo, detective Taylor.

Jackson puso sobre la barra las dos cervezas que había pedido y Derek se guardó el cambio en el bolsillo trasero de los vaqueros, junto al cheque.

—Sin embargo, tengo la sensación de que intenta abrirse camino empleando otros métodos iguales de deleznable. O incluso más. —Derek miró a Ben—. Cole no va a decirle nada útil sobre la investigación.

A Megan le molestó que él diera por hecho que estaba con Ben por ese motivo, aunque fuera cierto.

—No he salido con él con esa finalidad. El detective Cole se presentó en mi casa y me invitó a salir.

Megan no se dio cuenta de que los puños de Taylor se cerraron instintivamente. Él se volvió hacia la barra y cogió las cervezas con la intención de regresar a su mesa. Megan no se movió. De repente, le pareció importante aclarar que no tenía ningún interés romántico en Cole, pero no le salieron las palabras.

Derek se la quedó mirando con ambas cervezas en las manos, como esperando a que se apartara para que le dejara libre el camino.

—¿Su cita no cumple las expectativas?

—¿Por qué lo pregunta?

—Porque todavía sigue aquí.

Megan se aclaró la garganta. Un brote de amor propio habló por ella.

—Las cumple perfectamente.

—Estupendo, me alegro por usted. Y ahora si me permite...

Se hizo a un lado para dejarle pasar mientras el pinchazo de los celos volvía a aguijonearla. Derek Taylor no llevaba ningún anillo, no estaba casado, pero lo más probable era que tuviera una relación amorosa con esa mujer.

«Apenas le conoces y además te metió en la cárcel. No puedes sentir

celos, ¿eres tonta?».».

Derek había dejado a Martha en casa de Thelma y se había reunido con Annabelle para trazar el plan del día siguiente. Era el cumpleaños de su hija y a Annabelle se le había ocurrido que podían ir los tres juntos a Sandcastle, el parque de atracciones acuático.

Él había pensado hacer una pequeña fiesta de cumpleaños en casa, invitar a algunos de sus compañeros del colegio y después dar un paseo en barco por el Allegheny; pero Annabelle le había expuesto su idea con tanto entusiasmo que no había querido desilusionarla. Cuando lo dejaron todo acordado, su compañera cambió el rumbo de la conversación.

—¿Quién es la chica que está con Cole?

—Supongo que su nuevo ligue. —Habló con cierto resquemor y eso llamó la atención de la mujer.

—Eso es obvio. ¿De qué la conoces tú?

—Encontró el cuerpo de Emily Williams. Vive justo enfrente.

Observó a Megan mientras regresaba junto a Ben. La había creído cuando le había dicho que se había plantado en su casa para invitarla a salir, pero no se tragaba que no fuera a interrogarle. Que continuase metiendo las narices en la investigación debería haberle puesto más furioso que una cita con tintes románticos, pero no era así.

Necesitaba más horas de sueño, últimamente dormía poco y mal y su cabeza no estaba al cien por cien.

Megan tuvo que satisfacer la curiosidad de Cole sobre la razón por la que se había reunido con el detective Taylor, aunque no le contó la verdad. No le importaba. Después se puso a hablar sobre los restaurantes de Pittsburgh que le gustaba frecuentar, pero a ella le resultó casi imposible seguirle el tema de conversación. Le aburría, y además sus pensamientos estaban en otro lado. No podía evitar dirigir alguna que otra mirada furtiva a la mesa del detective Taylor y, para su disgusto, entre él y su acompañante pelirrojo vio detalles que indicaban mucha familiaridad entre los dos. Él la sorprendió mirándole en alguna ocasión, pero ella no evitó que sucediera una y otra vez. Entre los dos se estableció un eléctrico juego de miradas que le acaloró las mejillas.

De repente, le estampó a Cole una pregunta en las narices que interrumpió la soporífera narración de sus óperas favoritas.

—¿El detective Taylor tiene alguna relación estable?

La pregunta pareció hacerle gracia, más que incomodarle.

—¿Una relación estable? ¿Quién le aguantaría? Derek es un ermitaño y

tiene mal humor. Además, trabaja demasiadas horas al día, no tiene vida privada.

—¿Entonces quién es ella?

—¿La pelirroja? Es Annabelle. Ella filtra las llamadas telefónicas de comisaría y también ayuda a Derek en su casa. —A continuación, esbozó una sonrisa torcida—. Supongo que también se acuestan juntos, aunque lo mantienen en secreto.

Ella deseó que solo fuera una suposición.

Cole se esforzó porque la noche no fuera un fiasco, pero ella había perdido el poco interés que tenía en esa cita en cuanto Derek abandonó el local sin despedirse. Además, tampoco pudo sonsacarle más información durante la cena en Giovanni, así que estaba deseando marcharse a casa.

El lujoso Porsche enfiló la Avenida Glenwood pasada la medianoche. Él le propuso tomar una última copa en su casa, pero Megan se disculpó, alegando que era tarde y estaba cansada. No era de los que se conformaban con un no como respuesta.

Tras estacionar, Ben se inclinó un poco sobre ella.

—Eres una mujer muy sexy, ¿sabes?

Le retiró el cabello y descubrió su oreja, pero antes de que se acercara con la intención de besarla Megan se retiró.

—Lo dejamos aquí, ¿vale? Lo he pasado muy bien, pero quiero irme a casa. Gracias por todo.

Abrió la puerta del coche y salió al exterior, esperando que no la siguiera. No disfrutó de esa suerte, pues él también se apeó. Cole la agarró por encima del codo mientras cruzaban el jardín y ella se puso tensa. La estaba mirando como si se hiciese la dura y su misión consistiera en insistir hasta vencer sus supuestas trabas.

—¿Por qué estás tan tensa?

—Solo estoy cansada.

—Sé lo que necesitas para sentirte mejor. —La miró con insistencia mientras le agarraba una mano y la acoplaba entre las suyas.

—¿Qué es lo que necesito, detective Cole?

—Una copa de vino, un buen masaje y lo que vaya surgiendo.

Ella cabeceó.

—Estoy exhausta. Voy a meterme directamente en la cama. —La desnudó con la mirada, que brilló de lascivia a la luz de la farola—. Sola. —Puntualizó.

—¿Quién quiere pasar la noche solo?

—Yo.

A pesar de sus negativas, él no se daba por vencido tan rápidamente. Le acarició el mentón. Ella retiró la cara y metió la mano en su bolso para buscar las llaves. Le pilló por sorpresa su siguiente movimiento. Cole plantó las manos en sus brazos e inclinó la cabeza para besarla en la boca. Se puso rígida como una estaca y le empujó para separarse, pero la asía y la besaba con fuerza, tratando de meterle la lengua.

Apartó la cara y le exigió que parara, pero estaba segura de que no lo habría hecho de no ser porque la señora Simmons había salido a la calle para sacar la basura y al contemplar la escena preguntó si todo andaba bien.

Cole dio un paso atrás y Megan contestó con la voz apurada.

—Sí señora Simmons, todo está bien. Él ya se marcha. —Le miró con desprecio e incredulidad. ¿Y ese tío era un agente de la ley?— Adiós, detective Cole.

Sus manos todavía la asían, pero esta vez entendió el mensaje. La soltó. Megan se sintió algo mejor cuando el aire volvió a circular entre los dos.

—Esto no va a quedar así.

Su tono amenazante salió en defensa de su orgullo hecho trizas.

—No estaba bromeando ni haciéndome la dura, detective Cole. Cuando digo que no, es que no.

—No eres más que una jodida caliente braguetas.

—Quiero que te vayas ahora mismo de mi jardín.

Algo en su cínica sonrisa le hizo sospechar que hablaba en serio. Las cosas no iban a quedar así.

Capítulo 6



El sepelio de Emily Williams fue tan triste como la muerte que había tenido. No eran muchos los que habían acudido a su entierro. Los cipreses se erigían majestuosos hacia un cielo de rabioso azul celeste, y un pequeño grupo de personas hacían un círculo en torno a la fosa recién excavada. El cura recitaba unas palabras de la Biblia, pero no había ni un sólo rostro compungido. Helsen lo intentaba denodadamente, pero Derek sabía que estaba fingiendo.

Los conocía a todos. Les había interrogado el día después de su muerte y tenía una idea bastante precisa de la relación que les había unido a ella. Por ello, le resultó ridículo que las tres chicas vestidas de negro con expresiones vacías apretaran pañuelos con las manos. Eran compañeras de trabajo de Emily, y él sabía a ciencia cierta que ella jamás había despertado la simpatía de ninguna.

Malcom Helsen llevaba un elegante traje marrón oscuro, tenía las manos metidas en los bolsillos y la cabeza agachada. Llevaba puestas unas gafas de sol y la mueca que esgrimía podría haber sido confundida con una expresión de dolor, de no ser porque Derek sabía que era una pose. El arquitecto deseaba aparentar que había amado a Emily y que estaba profundamente consternado por su muerte, pero a él solo le interesó su belleza. Ocultaba algo, se había mostrado esquivo en el interrogatorio y era el principal sospechoso.

Tenía cincuenta y cinco años y se había casado en tres ocasiones. En la actualidad volvía a estar divorciado. Era el afamado arquitecto responsable de la mayoría de los edificios más emblemáticos de Pittsburgh y Pensilvania. Tenía un hijo de treinta años y una hija de veintiocho, aunque no se hablaba con ninguno de los dos. Su fortuna era incalculable y se decía que le gustaban demasiado las chicas jóvenes. Sus líos amorosos habían sido la causa de sus tres divorcios. Había conocido a Emily cinco o seis meses atrás, cuando Malcom se hizo cliente de La Orquídea azul. Se encaprichó de ella y trató de que abandonara su trabajo.

A su lado se hallaba Gary Harris, el fundador de La Orquídea Azul y amigo de Helsen. Harris era el único que no fingía lamentar su muerte. Su rostro era inexpresivo, podría haber estado en una boda y no desentonar en absoluto. Miraba al cura con fijeza y, de vez en cuando, murmuraba algo al oído de Helsen. Seguro que no eran palabras de aliento.

Harris había enviudado hacía unos años, pero, al contrario de Helsen, no se le conocía ninguna otra relación amorosa. La relación con sus hijos era ejemplar y era considerado un buen padre de familia. Sin embargo, como jefe era déspota y desconsiderado, así se lo habían dicho algunas de las chicas que trabajaban para él.

Derek observaba la escena desde lejos. Todos los presentes le habían visto llegar en coche y detenerse a varios metros de distancia, en el ala este del cementerio, pero nadie volvió a girar la cabeza hacia él. Después del interrogatorio al que había sometido a la mayoría de los presentes, era normal que no provocase mucho agrado. Estaba allí porque sentía el deber moral de acudir al funeral, pero también porque quería estudiar el comportamiento de los asistentes. No descubrió nada nuevo. Todos guardaban las apariencias como correspondía.

Ella estaba a una distancia mucho mayor que él. Costaba distinguirla en la lejanía, al abrigo de un ciprés y vestida de negro de los pies a la cabeza. También llevaba puestas unas gafas de sol y tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Podía tratarse de cualquier persona ya que no discernía sus rasgos, pero, aun así, sabía que era Megan Lewis. Hasta su silueta tenía grabada en la memoria. Imaginó que no quería codearse con la gente sobre la que escribiría en sus artículos conforme avanzara la investigación.

Cuando el cura terminó la breve ceremonia se procedió a dar sepultura al ataúd. En cinco minutos había terminado todo y los asistentes comenzaron a dispersarse. Las tres chicas caminaron juntas hacia uno de los coches, pero Helsen y Harris guardaron una distancia prudencial del resto. El primero lanzó a Derek una mirada ceñuda que él sostuvo sin parpadear. Al cabo de unos minutos, los coches fueron abandonando el cementerio y todo quedó en silencio.

Derek se acercó a su tumba. El viento agitó las hojas del ciprés bajo el que Emily había recibido sepultura. El susurro de las hojas parecía un lamento. Ella también se aproximó siguiendo un sendero que culebreaba entre las lápidas.

Cuando llegó a la tumba, Megan se quitó las gafas de sol y le saludó de

manera concisa, sin mirarle a los ojos.

—Ha sido un funeral muy triste —comentó.

—Todos lo son.

—Pero Emily estaba completamente sola. —Se retiró el cabello que el viento movía sobre sus mejillas.

—Supongo que eligió la vida que deseaba tener. ¿Por qué se ha mantenido a tanta distancia?

—Quizás por la misma razón que usted. —Le contestó ella.

Estaba molesta. Él también lo estaba. Ya habían pasado unas cuantas horas desde que se habían encontrado en el bar, pero aún no se le había pasado la rabia de verla con Ben. ¿Dónde habrían pasado la noche? ¿En casa de él o en casa de ella? ¡Y qué diablos importaba! Ella tenía clase y dinero. Era de suponer que buscara a alguien de su nivel. Se dijo que no valía la pena malgastar ni un solo pensamiento más en ella. Sin embargo, cuando sus ojos por fin se encontraron, notó que la atracción no disminuía. Todo lo contrario.

Derek se agachó junto a la tumba y leyó la inscripción que se había tallado en la piedra blanca de la lápida. No había epitafio, sólo aparecía su nombre junto a las fechas de nacimiento y fallecimiento. Era más que triste, era deprimente que una mujer tan joven hubiera pasado por la vida de puntillas.

Megan le observó con detenimiento, pero su atractivo rostro estaba vacío de cualquier expresión.

—¿Conocía a Emily? —Le preguntó.

Derek se alzó. El viento matinal también agitaba su cabello moreno y las hojas del ciprés dibujaron sombras en su rostro. Era tan atractivo que dolía mirarle.

—Nadie la conocía realmente.

Luego dio media vuelta y regresó a su coche.

Siempre que acudía a La Orquídea Azul, Malcom Helsen solicitaba los servicios de Emily Williams. Le hacía costosos regalos y la trataba como a una princesa —según palabras textuales de Emily—; sin embargo, pronto descubrió que el lado amable de Helsen no era más que una tarjeta de presentación. Tras las primeras cinco o seis citas él le exigió que fuera su amante y que abandonara su trabajo. El arquitecto pensaba que mantenía relaciones sexuales con otros hombres por mucho que Emily lo negara y sus

celos comenzaron a provocarle brotes de cólera. Entonces conoció a Derek Taylor y se le presentó un serio dilema. Quiso deshacerse de Malcom Helsen y abandonar la Orquídea Azul.

A esas alturas, a Megan ya no le cabía ninguna duda de que se trataba del detective Taylor.

Emily continuaba explicando que una tarde acudió a casa de Helsen para romper su relación. El arquitecto estaba reunido con unos socios en la piscina y el ama de llaves la condujo hacia el salón para que aguardase allí. Se quedó sola mientras le llegaban las risas y la conversación distendida desde la piscina. Su ordenador portátil estaba sobre la mesa, encendido, y no pudo evitar la curiosidad de asomarse para ver qué mostraba la pantalla.

Ella había escrito:

«He descubierto algo terrible en el ordenador de Malcom. Sé que debería compartirlo inmediatamente con Derek, pero entonces me vería obligada a contarle facetas de mi vida que no quiero que él conozca. Creo que Malcom se ha percatado de que he estado fisgoneando en su portátil y por ello me he visto obligada a ser amable con él y a postergar la ruptura para otro momento. Tengo miedo».

El resto estaba en blanco. Un día después de esa última entrada, Emily estaba muerta. Megan cerró el diario y se quedó mirando a través de la ventana de su casa, con la vista perdida en los setos del jardín.

¿Así que el detective Taylor había tenido una aventura amorosa con Emily? Jamás lo habría imaginado. Pronto tendría la ocasión de preguntárselo. Debía poner en su conocimiento lo que había descubierto en el diario, ya que Malcom Helsen no era trigo limpio. Aunque la policía ya le habría investigado por su relación con Emily, habrían pasado por alto eso tan terrible que ocultaba en su ordenador portátil.

Pasó la mañana recabando información para preparar su segundo artículo y cuando lo tuvo todo listo tecleó a buen ritmo. Luego se lo envió a Preston Smith y tras recibir el visto bueno lo mandó a la imprenta.

Por la tarde tomó la autopista y condujo hacia Allentown. Había dos horas de camino entre su actual vida y los fantasmas de su pasado, pero algo la empujaba a regresar una y otra vez a su ciudad natal. Ese algo tenía nombre de mujer, se llamaba Gina.

Siempre visitaba Allentown en domingo porque ese día el orfanato

permanecía cerrado a los visitantes y así podía escudarse en ese pretexto para no tener que entrar. Solía pasarse las horas observando los muros de la fea construcción que se asemejaba a una cárcel y, aunque no quería, terminaba por toparse con ese dolor permanente que no desaparecía por muchas capas de acero con que lo revistiera.

Observó las inmediaciones durante un buen rato, como siempre hacía. La verja gris estaba oxidada y las paredes que algún día fueron blancas ahora tenían manchas ennegrecidas por el humo de las fábricas colindantes. Detrás de la inmensa mole estaba el patio donde había pasado largas horas con otros niños del orfanato. Ahora había columpios, pero entonces solo había árboles y un pozo horrible cubierto por una reja.

Su marcha del Orfanato tuvo lugar a las pocas semanas de que la mujer de asuntos sociales las llevara allí. Durante ese tiempo compartió con su hermana la misma cama porque no había ninguna otra disponible. Por las noches, cuando se acurrucaban sobre el viejo colchón y se abrazaban para darse calor, era Gina quién le secaba las lágrimas. Megan lloraba todas las noches porque una niña con grandes coletas rojas le había dicho que un día las separarían y las llevarían a casas diferentes. Gina le había prometido que eso nunca sucedería y que siempre permanecerían unidas. Sin embargo, un buen día la directora del centro le dijo que le habían encontrado un hogar en un pueblecito de Allentown con un matrimonio encantador.

Recordaba ese terrible día con total claridad. Llevaba puesto un sucio vestido azul cuando cruzó la horrible verja gris en dirección al coche verde de la familia Spencer, con el osito que le había dado Gina apretado contra el pecho mientras por encima de sus sollozos escuchaba los de su hermana.

Esa había sido la última vez que la había visto.

Megan se quedó sin aire. Como siempre que iba allí, lloró de regreso a casa.

El lunes temprano, el *Pittsburgh Enquirer* estaba en la calle abarrotando todos los quioscos y los escaparates de las papelerías. Megan había planteado la duda de si el asesinato era un crimen pasional o si Emily era una nueva víctima del asesino de Bloomfield. La respuesta de la policía no se hizo esperar. Convocaron una rueda de prensa para acallar los rumores y que el pánico no cundiera entre la población femenina de Hazelwood.

El capitán de policía Bryan Flint presidía la mesa y contestó a las

preguntas que le fueron formulando los medios de comunicación. A su derecha estaba sentada la fiscal adjunta, Holly Blair, una joven de belleza sureña que Megan ya había visto trabajar en los tribunales. Derek Taylor y Ben Cole estaban sentados a su izquierda.

Durante una hora las preguntas se sucedieron sin cesar, aunque muchas no fueron contestadas. «Siguiente pregunta», indicaba Flint cuando se hacía alusión a Malcom Helsen como sospechoso principal del asesinato. Megan no intervino hasta que la rueda de prensa estuvo a punto de finalizar. Entonces se levantó de su asiento y soltó toda su artillería pesada.

—Hay dos detalles de suma importancia que intentan encubrir a la prensa. El primero es que la puerta de Emily Williams no fue forzada. Eso indica que probablemente conocía a su asesino. Y el segundo es que el asesinato se cometió con arma blanca. Todos sabemos que la mayoría de las agresiones con arma blanca, sobre todo si hay ensañamiento como en el caso de Williams, suelen obedecer a crímenes pasionales. —Dirigió una mirada a Derek que la observaba con ceño—. Emily tenía una relación sentimental bastante conflictiva con el arquitecto Malcom Helsen, quien le pedía encarecidamente que abandonase su trabajo, así que... ¿En serio tratan de hacernos creer que todavía no se ha abierto una investigación contra él?

La expresión adusta del capitán Flint propició que los murmullos se elevaran. Se aclaró la garganta y acercó la boca al micrófono:

—No sé de dónde habrá sacado esa información, pero me temo que sus fuentes no son fidedignas ya que los detectives al cargo de la investigación la desconocen. Siguiente pregunta.

Megan sonrió con satisfacción. Había sembrado la duda. La bomba acababa de estallar y el rostro de Malcom Helsen aparecería en todos los periódicos de la mañana siguiente. La policía ya no podría escurrir el bulto y se vería obligada a dar explicaciones. El detective Cole parecía que estuviera sufriendo calambres en el estómago.

Cuando descendió por la larga escalinata del palacio de justicia el sol ya se ocultaba tras los altos edificios de Allegheny. Tuvo que colocarse la mano a modo de visera para que no la deslumbrara. Entonces le vio al otro lado de la calle. Jim Randall alzaba la mano en su dirección y el asombro hizo que ella ralentizara los pasos.

¿Qué estaba haciendo Jim en Pittsburgh?

Una mujer oriental le pasaba un brazo alrededor de la cintura, en actitud amorosa. Parecía que había vuelto a rehacer su vida, lo cual era lógico ya que

habían transcurrido dos años desde que ella y Jim pusieran fin a lo suyo. Los periodistas que habían acudido a la rueda de prensa la sobrepasaron y sabedora de que no podía fingir que no le había visto, no le quedó más remedio que encaminar sus pasos hacia él.

No esperaba volver a verle de nuevo, tampoco quería hacerlo por temor a que se removiesen viejas heridas. Sin embargo, y conforme se acercaba, notó que su corazón había cicatrizado.

Le había conocido cuando Megan se unió al *Pittsburgh Enquirer*. Jim Randall era entonces el redactor jefe, su superior más inmediato y la persona de la que Megan tenía intención de aprender todo cuanto le fuera posible. Pronto surgió un inconveniente. Ella comenzó a sentirse atraída por él. No obstante, dejó de ser un problema cuando él la encerró en el ascensor exterior y ascendieron juntos, unidos en un beso cargado de las emociones que los dos habían estado reprimiendo.

Los tres años de relación se truncaron el día en que Jim aceptó marcharse como corresponsal a Japón. Lo cierto es que rechazar aquel empleo habría supuesto un suicidio profesional y, Jim, que ambicionaba llegar muy lejos en su profesión, no tenía más opción que cogerlo. Megan entendía su decisión y jamás se opuso a su marcha, pero no podía acompañarle. Le gustaba Pittsburgh y le encantaba su trabajo en el *Enquirer*. No estaba dispuesta a marcharse tan lejos, ni siquiera por amor.

Ni siquiera cuando Jim quiso convencerla mostrando ante sus aturridos ojos una cajita negra de joyería.

Aquello solo sirvió para que Megan se reafirmara en su decisión de quedarse en Pittsburgh. La idea de dar un paso más en la relación, de comprometerse de ese modo con alguien, la aterró tanto que incluso sintió cierto alivio al despedirse de él.

Lo que Jim le dijo se le quedó grabado para siempre.

«Megan, eres una inválida emocional».

Aquellas palabras todavía reverberaban en su mente. Quizás Jim tuviera razón y su mundo emocional fuera un caos. Tal vez por esa razón se volcaba tanto en el trabajo. Daba igual. La verdad es que no quería pensar mucho en eso.

Su mirada se encontró con la de sus atractivos ojos verdes. Él se mostró agradablemente sorprendido, como si ella fuera una amiga a la que hacía años que no veía. Quedó un poco desconcertada cuando se inclinó para besarla en la mejilla. ¿A qué se debía tan caluroso recibimiento? ¿Estaba actuando

delante de la mujer oriental?

—Megan, qué alegría verte. Estás estupenda.

Ella se aclaró la garganta.

—Qué sorpresa, Jim. —No le salía ser tan vehemente como él y se limitó a curvar los labios—. No esperaba encontrarte en Pittsburgh.

—Hemos regresado hace una semana. —La chica oriental le apretó la mano—. Oh, disculpa cariño, soy un maleducado. Megan, te presento a Keiko, mi esposa.

—Encantada de conocerte, Megan. —Keiko le estrechó la mano—. Tu intervención en la rueda de prensa ha sido fabulosa.

Así que Jim Randall se había casado... Keiko sonrió y sus ojos se rasgaron formando dos rendijas verdes. Era muy atractiva y esbelta.

—¿Has estado en la rueda de prensa? —Le preguntó.

—Trabajo para el *Post-Gazette* —asintió.

—Keiko es periodista y escribe artículos sobre crímenes violentos. —Intervino Jim con deje orgulloso—. Hace un par de semanas me ofrecieron la plaza de redactor jefe en el *Post-Gazette*, así que hicimos las maletas y nos mudamos a Pittsburgh.

¿Así que tendría que medir sus fuerzas con la esposa de Jim?

El *Post-Gazette* y el *Pittsburgh Enquirer* eran rivales y se disputaban el primer puesto en el *ranking* del periódico más leído de la ciudad. A Preston Smith no le iba a gustar enterarse de que Jim Randall se había pasado a la competencia. Jim era el mejor en política. Hugh Fagerman era un mero aficionado a su lado.

—¿Lo sabe Preston? —Le preguntó.

—Todavía no. Apenas hemos tenido tiempo de instalarnos.

Megan se mordió el labio.

—Bueno, pues... Te felicito.

—Gracias. —Miró a su esposa y le dio un suave beso en los labios—. Y bien... ¿cómo te va, Megan? ¿Continúas trabajando para Preston?

—Sí, me gusta trabajar para el mejor.

Alzó un poco la barbilla, pero tanto Jim como Keiko se quedaron mirando a su espalda. Alguien se aclaró la garganta y Megan volvió la cabeza. El detective Derek Taylor esbozó una sonrisa apagada y se disculpó por la interrupción. Tomó a Megan por el brazo y la miró con sus fulminantes ojos azules. Acercó los labios a su oído.

—No se largue. Cuando termine quiero hablar con usted. La espero junto a la escalinata.

A pesar de su hosquedad, Megan se dejó llevar por un repentino impulso. Le rodeó el musculoso brazo y le sonrió con dulzura.

—Sé que tienes prisa, pero espera un segundo. Quiero presentarte a unas personas, cariño.

Él se dio cuenta de que le lanzaba una mirada de socorro y aunque estuvo a punto de decirle que se dejara de idioteces, vaciló y decidió seguirle el juego. Las comisuras de sus bonitos labios se arquearon de alivio.

—Jim, Keiko, os presento a Derek Taylor.

Fue un golpe de amor propio. Necesitaba sacarse de encima esa sensación de estancamiento que le había provocado Jim al restregarle por las narices lo estupenda que era su vida. Y valió la pena. Le gustó ver que su sonrisa perdía fuerza mientras estrechaba la mano de Taylor. Ella apretó sutilmente su duro bíceps para agradecerle su colaboración.

—Usted estaba presente en la rueda de prensa. —comentó Keiko.

—Así es. Me encargo de la investigación. —Pasó un brazo alrededor de su estrecha cintura y la atrajo hacia él. Luego le dio un furtivo beso en los labios, pero fue suficiente para que a ella se le quedara el cerebro en blanco. Megan le miró y deseó que volviera a besarla hasta que le robara el aire. Sacudió la cabeza y se obligó a recordar que estaban jugando a su propio juego—. Hay un tema muy urgente que tengo que tratar contigo, cariño.

Derek la miró de forma seductora y ella quedó anclada en aquellos iris tan azules. Se olvidó de que Jim y Keiko estaban presentes. Notó un ligero apretón en la cintura y el detective Taylor curvó los labios. Megan regresó a la realidad.

—Me ha alegrado volver a verte, Jim, y ha sido un placer conocerte, Keiko. —Les dijo—. Si nos disculpáis... Tenemos un poco de prisa.

Él no la soltó de la cintura hasta que se alejaron y se mezclaron con los transeúntes que paseaban por Allegheny.

—¿A qué ha venido el numerito?

El humor distendía las facciones de Megan Lewis. Se encogió de hombros y levantó la barbilla, que le temblaba por la risa contenida. Cuando no pudo continuar reprimiéndola, se llevó una mano a la boca y se echó a reír.

—Lo siento, ha sido una salida ridícula.

—¿Quiénes eran?

Tenía una sonrisa preciosa, era una lástima que tuviera que hacerla desaparecer.

—Jim Randall y su esposa. —Respiró hondo y recuperó la compostura—. Él y yo tuvimos una relación. No le veía desde que la rompimos hace unos años.

—¿Y me ha utilizado para ponerle celoso?

—No, exactamente. No tenía ni idea de que él se hubiese casado y no quería que pensara que yo continuaba... —No hizo falta terminar la frase.

—Me alegro de haberle servido de diversión.

—Creo que usted también se ha divertido. —Derek se perdió un momento en el gris plateado de sus iris—. Aunque no era necesario que me besara.

—Eso no ha sido un beso, señorita Lewis.

—¿Ah, no?

—No.

Se preguntó cómo sería entonces un beso de los de verdad.

—¿Dónde me lleva?

—Usted y yo tenemos que hablar.

Parecía que la diversión se había acabado.

Derek se detuvo ante la puerta de una cafetería, la tomó por encima del codo y la guio hacia dentro. El intenso olor a café los acompañó hasta la mesa que él escogió, la que había más al fondo, y tomaron asiento de espaldas al ventanal. Un camarero acudió a su encuentro.

—Café para mí. —Le indicó Derek.

—Un *brownie* por favor, con mucho chocolate caliente. —Sus ojos brillaron golosamente y él volvió a experimentar el familiar impulso sexual. Megan se encogió de hombros al sentirse observada—. El chocolate es bueno para el estrés.

—¿De dónde diablos ha sacado tantas conjeturas? —Fue directo al grano.

—¿A qué se refiere?

—Lo sabe muy bien. Acaba de convertir la investigación en un circo mediático. —La miró con dureza y ni siquiera suavizó su expresión cuando el camarero regresó a la mesa.

Megan hincó la cuchara en el bizcocho y se la llevó a la boca. Lo saboreó con deleite antes de replicar.

—No tengo por qué responderle, aunque ya que ha sido tan considerado

hace un momento, le confirmo que mis fuentes son fidedignas.

—Solo se me ocurre un modo de que haya llegado hasta ellas.

—¿Cuál, detective Taylor? —Le desafió.

—Va a meterse en un buen lío como descubra que se ha apropiado de algo que no le pertenece.

—¿Apropiarme? —Arqueó una ceja.

—La noche de los hechos la ventana del dormitorio de Williams estaba cerrada, sin embargo, la noche en que la sorprendí en su casa estaba abierta. Supongo que pretendía salir huyendo por la ventana cuando me escuchó entrar, pero en ocasiones me pregunto si no dejaría caer algo al jardín para recuperarlo después.

El corazón de Megan se aceleró, pero consiguió mantener la templanza.

—¿Y usted qué piensa?

—No lo sé. Me parece una mujer muy competitiva y creo que sería capaz de ocultar pruebas a la policía con tal de ascender en su profesión.

—Esa es una acusación muy grave.

—Desde luego que sí.

Megan agitó la cabeza y descendió la mirada hacia el *brownie*.

«¡Deberías decirle la verdad ahora mismo!»

Tomó un poco de helado de vainilla y pensó a toda velocidad. Claro que debía entregárselo, pero... Aun no era el momento.

—Discúlpeme, pero no me apetece seguir manteniendo esta conversación. Entre lo que acabo de descubrir y sus aires intimidatorios, yo... Quisiera disfrutar de mi postre con tranquilidad.

Lamió la cuchara y él quedó pendiente del suave movimiento de sus labios. Su buen humor se había disipado. Tal vez, ese repentino cambio de actitud no era más que una táctica para que él dejara de hacerle preguntas. La señorita Lewis era muy escurridiza.

—¿Qué ha descubierto si puede saberse?

—Que Jim ha regresado a Pittsburgh para trabajar en la competencia y que su esposa será mi máxima adversaria. Ella también es periodista de sucesos.

—¿Y eso le preocupa?

—Me incomoda más que preocuparme.

—¿Por qué?

Megan se lo quedó mirando. Le agradó que él mostrase ese tipo de interés más personal.

—Bueno, compartí con él tres años de mi vida. Jim se marchó de corresponsal a un periódico de Japón y como no fui con él, todo terminó ahí. No tuvimos una ruptura cordial. —Se encogió de hombros—. Y ahora, dos años después, tiene una esposa que se dedica exactamente a lo mismo que yo.

—Entiendo. —Derek la escrutó como él solía hacer cuando la estudiaba en silencio—. Si le sirve de algo, me ha parecido que ha controlado perfectamente la situación. —Dio un sorbo a su café.

—La chica es guapísima, ¿verdad? —Megan hizo círculos con la cuchara sobre el chocolate derretido—. Parecía una modelo de alta costura.

Derek alzó una ceja.

—No es posible que exista algo en Kaiko o como se llame, que usted pueda envidiar.

Ella se sintió terriblemente halagada y quedaron enganchados en una de esas miradas casi imposibles de romper.

A pesar de que la señorita Lewis había descendido muchos puntos en su escala de valores tras enrollarse con Ben, Derek no podía evitar encontrarla preciosa e interesante.

—Así que no le gustan las mujeres altas, estilizadas y con mucha clase como Keiko.

—Ni de coña. Prefiero a las mujeres más sencillas y naturales, exactamente como la que tengo delante —dijo, con intensa suavidad.

El corazón le dio un pequeño brinco en el pecho y notó que se acaloraba. Si no le hubiese faltado valentía, le habría dicho que ella tampoco cambiaría nada de él, que le encantaba tal y como era. Si le hubieran hecho rellenar un formulario con las características físicas de su hombre ideal, habría salido él.

La luz del atardecer dibujaba sombras en su perfil y volvía sus ojos de color índigo. La barba le oscurecía la mandíbula y resaltaba su atractivo viril. Se fijó en sus manos que rodeaban la taza de café y se estremeció al imaginar que la acariciaban. Hacía dos años que no tenía sexo y tampoco lo había echado de menos.

Hasta ahora.

Notó que la energía fluía entre los dos. Energía sexual. Altamente contaminante.

Bajó la vista a su plato y se aclaró la garganta.

—No tiene razón para sentirse amenazada en su trabajo. Usted es buena, ¿sabe? Demasiado, quizás.

Megan sonrió un poco.

—Eso dígaselo a Preston Smith, mi jefe.

—¿No la valora lo suficiente?

—Sí que me valora, pero... Tengo un compañero de trabajo que va a casarse con su hija para conseguir el puesto de redactor jefe. Yo he trabajado mucho más duro que él para lograrlo, pero... Es posible que Preston no tenga eso en cuenta y que prefiera hacerle un favor a su futuro yerno.

—¿Se lo juega todo con el caso de Emily Williams?

—Sí, creo que sí. —Cruzó las piernas por debajo de la mesa—. ¿Qué hay de usted, detective Taylor?

—¿Se refiere a mi vida privada? —Ella asintió—. Hay un divorcio y poco más que contar.

—¿Ha estado casado?

—¿Por qué se sorprende?

—Le veo tan volcado en su trabajo que no le imagino haciendo otra cosa y menos compartiendo el tiempo con una esposa.

—Bueno, también me gusta el sexo y salir a pescar.

Pensó que, si hacía el amor con tanta intensidad como con la que miraba, debía de tener a sus espaldas una lista de mujeres muy satisfechas.

—A mí también me gusta.

—¿Salir a pescar? —Bromeó.

—No. —Negó, asediada por un repentino arrebató de timidez—. ¿Qué es lo que sucedió?

—Que un buen día Karen hizo las maletas y regresó a Los Ángeles. Quería retomar su carrera de actriz. —Derek le pidió un nuevo café al camarero—. Cuando la conocí yo trabajaba en el departamento de homicidios de San Diego. Fue un flechazo y nos casamos al año siguiente. Al poco tiempo acepté un cambio de destino y nos mudamos a Pittsburgh porque trabajar en Los Ángeles me estaba matando. Ella tuvo que renunciar a su sueño de abrirse camino en Hollywood, pero durante los primeros años se conformó con actuar en una compañía de teatro. Más tarde decidió que su vida estaba estancada y regresó a Los Ángeles. —Vertió un sobre de azúcar en su segundo café—. Hizo bien en no seguirle a Japón. Renunciar a sus intereses por satisfacer los del otro... Eso es algo que nunca suele funcionar.

—Estoy de acuerdo.

Megan apuró los restos del *brownie*, pasando la cuchara repetidamente por el plato.

—Es usted una viciosa del chocolate. —Le hizo un gesto para indicarle

que tenía helado en la barbilla y Megan se lo limpió.

—Lo soy —admitió.

—¿Ha probado el helado de *stratiacella*? —Ella negó— ¿Le gustaría compartir uno conmigo?

—Desde luego.

Capítulo 7



Preston abrió la puerta de su despacho y le pidió que pasara. Megan tenía pendiente una conversación con él. Imaginaba que su jefe ya estaría al corriente de que Jim trabajaba ahora para el Gazette. No se equivocó. En cuanto tomó asiento Preston la miró con expresión ceñuda.

—Keiko Siagyó es una celebridad en su país. Hice que me mandaran algunos de sus artículos y esta mañana me llegaron traducidos. Es una periodista excelente, aguda y pertinaz.

—Lo sé, leí su artículo sobre el asesinato de Emily Williams.

—Es sobresaliente —insistió.

Preston cruzó las manos por encima de la mesa y Megan se fijó en cómo brillaban los halógenos del techo en su calvicie. Estaba preocupado y no era para menos. A primera hora de la mañana había hecho entrar a Hugh a su despacho, suponía que para hablar de Jim Randall y de la dura competencia a la que se enfrentaban.

—Soy mejor que ella.

—No me basta con tu palabra, también tendrás que demostrarlo. Ahora más que nunca necesitamos artículos brillantes. Jim Randall se ha unido al Gazette.

—También lo sé. Quería hablarte de eso. —Tomó aire y le expuso su plan—. Voy a infiltrarme en La Orquídea azul. —La reacción del hombre fue de alarma—. Lo tengo todo estudiado. Me haré con unas credenciales falsas e intentaré entrar en la agencia.

—Megan... ¿Cómo se te ha ocurrido semejante disparate?

—Es muy posible que allí encontremos algunas respuestas.

—No sabemos qué clase de negocio es ese —replicó—. Podría ser peligroso.

—Sé cuidar de mí misma.

—Ya lo sé, pero tengo que velar por la seguridad de mis empleados.

—Si descubro alguna situación de peligro te prometo que abandonaré la misión, pero tienes que dejar que lo intente.

Preston Smith se pasó una mano por la cabeza, se rascó la nuca y paseó la mirada sobre los objetos que tenía en la mesa. Aplaudía la determinación de Megan, era una periodista extraordinaria que se involucraba al máximo en cada una de las investigaciones que emprendía. Pero a veces cruzaba los límites. Cruzó los dedos y cabeceó.

—Sabes que confío en ti, por lo tanto... Cuentas con mi aprobación—. Alzó la mano para frenar su gesto de entusiasmo—. No quiero que hagas locuras. Si piensas hacerte la valiente te retiraré del caso y te daré tantos expedientes para archivar que tendrás que pasarte las veinticuatro horas del día en esta oficina. ¿Entiendes el trato?

Por muy rotundas y contundentes que sonaran sus palabras, Megan no se molestó en contener su excitación.

—Lo entiendo perfectamente. Y no te defraudaré. ¡Lo prometo!

—Quiero un informe detallado de todas tus andanzas, todos los días. — Le advirtió.

—Los tendrás. Aunque antes tengo que conseguir el empleo.

—Lo harás. Siempre logras todo lo que te propones y no sé exactamente si eso es bueno o malo.

Megan era consciente de su belleza, pero temía que las exigencias para entrar a formar parte del equipo de chicas de La Orquídea Azul fueran más allá de tener una cara guapa y unas medidas aceptables. Ella no era tan alta ni estaba tan delgada como Emily Williams. Pero solo había una manera de saberlo.

Tenía un carné de identidad falso y un vestido color champagne sobre la cama. Ahora se llamaba Hilary Meyer y en su currículum figuraban diversos trabajos para revistas de moda, anunciando barras de labios. Martin Spencer, el fotógrafo más veterano del *Pittsburgh Enquirer*, le había tomado unas cuantas fotografías y luego había realizado diversos montajes a los que había acoplado los slogans de los anuncios.

Sheryl se había encargado de establecer contactos con esas revistas por si los responsables de La Orquídea Azul se molestaban en solicitar referencias. Cuando se aseguraron de que no había ningún cabo suelto, Megan emprendió su aventura.

Terminó de vestirse frente al espejo de su habitación. La falda de su vestido nuevo le llegaba hacia la mitad del muslo, pero el escote era discreto

y le daba un toque de elegancia que amortiguaba el descaro de la falda. Se puso unos pequeños pendientes de plata, una pulsera a juego y eligió tonos suaves para el maquillaje.

A media tarde emprendió el camino hacia el distrito de Arlington.

Arlington estaba situado frente a Hazelwood, al otro lado del río Allegheny. Con el aire acondicionado bien alto para espantar el calor de la tarde, atravesó el distrito y ascendió hacia Oakland para cruzar el puente Brady.

Le llevó un buen rato encontrar La Orquídea Azul. Esperaba que estuviera en uno de esos edificios lujosos y acristalados que abundaban en Pittsburgh, pero el edificio era muy antiguo y los muros eran gruesos y sólidos, como si fueran las murallas de una antigua fortaleza. En el interior hacía fresco y las paredes estaban pintadas de color blanco.

Subió por las escaleras hasta el vestíbulo de la primera planta. Se dirigió hacia la puerta que encontró al fondo, junto a la cual había una placa de metacrilato con el dibujo impreso de una orquídea azul. La puerta estaba entreabierta y Megan entró.

La decoración del interior la impresionó. El dueño de la empresa, el Señor Harris, estaba montado en el dólar. El blanco era el color dominante y combinaba con elegantes matices de azules y grises como los que utilizaba el anagrama de la empresa. El mobiliario era blanco marfil y las paredes estaban pintadas de gris claro. Toques de azul lavanda predominaban en los cuadros y en los discretos detalles florales.

Había una escalera de caracol en un rincón de la recepción. La barandilla brillaba como si alguien acabase de barnizarla y los escalones estaban forrados con una moqueta de color azul lavanda. Donde finalizaba la escalera se abría un largo corredor con puertas. Algunas estaban entornadas y le llegaron murmullos femeninos.

La chica de recepción se aclaró la garganta y Megan relegó su curiosidad para después.

Una guapa morena de cálidos ojos castaños la recibió con una afable sonrisa. En su tarjeta identificativa ponía que se llamaba Eve.

—¿En qué puedo ayudarte? —Le preguntó.

—Hola, buenas tardes. Yo... Estoy buscando trabajo. Soy nueva en la ciudad y una amiga me dio buenas referencias de La Orquídea Azul. Me gustaría entrevistarme con el Señor Harris.

La mirada de Eve cobró profundidad y tras unos segundos de inspección

exhaustiva, las comisuras de los labios rojos de Eve se curvaron.

—El Señor Harris es un hombre muy ocupado. Se encuentra en una reunión de negocios fuera de nuestras instalaciones y tardará en regresar.

—Esperaré, entonces.

Ahora que había llegado hasta allí no pensaba marcharse con las manos vacías.

—Puedo entregarte unos formularios para que los rellenes mientras tanto. —Eve abrió un cajón de su escritorio y sacó unos papeles que introdujo en una funda de plástico. Se la entregó junto con un bolígrafo con el logotipo de la empresa—. Si lo deseas puedes esperar aquí. —Señaló un sofá tapizado en azul oscuro.

Ella tenía otros planes, así que rehusó amablemente su ofrecimiento y salió fuera. Tenía la intención de curiosear un poco, así que ascendió sin hacer ruido hacia la planta superior. Se topó con una puerta cerrada y la inexistencia de un timbre. Se preguntó cómo funcionaría el negocio. Debía de ser lucrativo por la ostentosa decoración.

De repente, escuchó el sonido de tacones que se aproximaban hacia la puerta que tenía justo enfrente. El picaporte se movió y un aluvión de chicas salió del interior. Bromeaban entre ellas y no le prestaron atención a Megan. Eran cuatro jóvenes altísimas, muy delgadas y extremadamente guapas. Aguardó a que desaparecieran, pero la que iba en último lugar le preguntó:

—¿Buscas a alguien? ¿Te has perdido?

—Eh...no...sí. En realidad, sí. Busco a alguien que me informe.

—Pregúntale a Eve. Está en la planta de abajo.

La asombrosa pelirroja no se movió ni un milímetro hasta que Megan la siguió escaleras abajo.

Había un Starbucks a un par de manzanas. Decidió tomar algo mientras hacía tiempo y rellenaba el cuestionario. El local se hallaba al máximo de su capacidad y hubo de tomar asiento frente a la barra, en un huequecito que había junto a una vitrina repleta de bollería y una chica que se tomaba un café. Sacó el formulario de la carpetilla de plástico y lo colocó sobre la barra. Pidió al camarero un zumo de naranja y un trozo de bizcocho de chocolate y comenzó a leer el primero de los tres folios.

Rellenó los datos personales con bastante rapidez, pero detuvo el bolígrafo en una casilla en la que debía especificar cuáles eran sus medidas corporales. No tenía ni idea. Hacía años que esas cosas dejaron de ser importantes. Lo dejó para después y rellenó lo concerniente a sus anteriores

empleos. Lo tenía todo memorizado.

—¿Estás buscando trabajo?

Alzó la vista y se topó con la mirada azul de la chica que tenía sentada al lado.

—Sí.

—He visto el logotipo de La Orquídea Azul en el impreso y no he podido contener la curiosidad —comentó la joven.

—¿Conoces La Orquídea Azul?

—Claro. Yo trabajo ahí.

Aquel era su día de suerte.

—Vaya, pues... Menuda coincidencia.

La desconocida se convirtió en el centro de su interés. Era muy guapa. Grandes ojos azules, facciones suaves que rayaban la perfección, una larga cabellera rubia que llevaba recogida en una cola de caballo, y un cuerpo fantástico, tal y como mostraba su vestido ajustado. Se adivinaba muy alta. Debía de sacarle por lo menos una cabeza. Cada vez le parecía más complicado lograr colarse en la agencia.

—Esos folletos no sirven para nada, Gary no los lee. Si le gustas todo lo demás dará igual. —Removió su café con una cucharilla.

—¿Algún consejo para afrontar la entrevista?

—Sé tú misma, con Gary nunca se sabe. —La observó con atención—. Creo que le gustarás. Eres guapa.

—Espero que sí, necesito el empleo. —Suspiró— ¿Desde cuándo trabajas en La Orquídea Azul?

—Desde que vine de Nueva York hace algunos meses. Me llamo Jodie Graham. —Megan le estrechó la mano mientras se presentaba con su nombre falso—. Supongo que sabes cómo funcionan las cosas.

—Tengo una ligera idea, aunque no estoy segura de que se corresponda con la realidad.

Jodie habló con aire resuelto, dispuesta a aclarárselo.

—Somos chicas de compañía. Tenemos citas con hombres de mucho poder adquisitivo, los acompañamos a actos sociales, a cenas de negocios en los mejores restaurantes de la ciudad, a obras de teatro, a la ópera, a cócteles benéficos... Pero no estamos obligadas a acostarnos con ellos. —Aclaró, por si tenía alguna duda.

—Suena bien.

Jodie asintió al tiempo que miraba su reloj de pulsera.

—Aunque todo tiene su lado negativo. Hay clientes muy amables y educados, pero a otros preferirías no tener que volver a verlos jamás. —Hizo un mohín —¿Por qué La Orquídea Azul?

Megan escogió cuidadosamente las palabras que debía decir y le habló de su ficticio currículum como modelo de anuncios de barras de labios.

—Estoy a punto de cumplir los treinta y cada vez es más complicado cerrar contratos con las casas de cosmética. Necesito un empleo adicional.

Jodie le contó que había sido modelo desde los dieciocho años —ahora tenía veintiocho—, y que se había visto impelida a abandonar su profesión tras sufrir un accidente de tráfico.

—Me quedó una cicatriz en la mejilla. —Se giró para que Megan pudiera verla.

Apenas se apreciaba. La cicatriz era una fina línea blanca de dos centímetros de longitud junto a la comisura de su boca. Jodie le explicó que si hubiera sido modelo de pasarela el recordatorio de su accidente no hubiera interferido en su trabajo.

—Pero anunciaba cosméticos de Clinique, y era mi cara la que salía en todos los anuncios de prensa y televisión. Las demás casas importantes de cosmética también me cerraron las puertas. Tuve que encauzar mi vida y comenzar de nuevo. —Los ojos se le oscurecieron de amargor—. Creo que necesitarás unas fotografías.

—He traído algunas.

—¿En lencería? —Megan arqueó las cejas y negó con la cabeza—. Las necesitarás en tu entrevista con Gary. Será lo primero que te exija en cuanto entres por la puerta. —Jodie abrió su bolso, tomó su cartera y extrajo una tarjeta—. Ten.

Megan la tomó entre los dedos y leyó el contenido.

—¿Un estudio fotográfico en Nueva York?

—Mi hermano es el mejor. Ya no se dedica a fotografiar a mujeres en lencería, pero si le llamo por teléfono y le explico la situación, sé que no se negará—. Jodie volvió a tomar la tarjeta de sus dedos para apuntar su número de móvil en el reverso—. Tengo que prepararme para mi cita de esta noche. Piensa lo que te he dicho y llámame cuando te hayas decidido.

Jodie pagó su café y se puso en pie.

—¿Por qué me ayudas?

Se encogió de hombros.

—Me has caído bien. —Sonrió.

Jodie se despidió y Megan se quedó mirando el vacío.
¡Menuda suerte había tenido!

Derek tenía los pies apoyados sobre la mesa, los tobillos cruzados y el expediente de Emily Williams sobre el regazo. Trataba de buscar conexiones entre aquella maraña de datos, pero las risotadas de sus compañeros impedían cualquier intento de evasión.

Estaba investigando al arquitecto Malcom Helsen que era el principal sospechoso. El interrogatorio con el arquitecto no había arrojado luz a la investigación. Se había mostrado hundido tras la muerte de Emily, aunque Derek sabía que solo era una pose. Sin embargo, tenía una sólida coartada que ya se había encargado de comprobar.

Aunque sabía que ocultaba algo, no iba a conseguir una orden judicial para registrar su vivienda a menos que tuviera alguna prueba. Teniendo en cuenta que el juez Sullivan era el cuñado de Helsen, dicha orden podría demorarse hasta el infinito.

El informe forense decía que Emily había sido apuñalada siete veces en tórax y abdomen. Una de esas puñaladas le había atravesado el corazón. La mayoría de los crímenes violentos eran cometidos por amantes celosos y por ello sus sospechas apuntaban a Helsen como autor material de los hechos; sin embargo, no era la manera de actuar de alguien como Helsen. Un hombre de su prestigio y notoriedad no se habría manchado las manos con la sangre de su amante. Habría contratado a alguien para que hiciera el trabajo sucio.

El ruido exterior volvió a desconcentrarle.

Las charlas sobre mujeres y sexo eran frecuentes cuando Flint se encontraba fuera. El alboroto de ese día lo estaba provocando Ben, que divertía a los compañeros con sus anécdotas. Estaba seguro de que en cualquier momento les contaría todos los detalles de su cita del sábado por la noche con Megan Lewis.

Pensar en eso le ponía de un humor de perros.

Como ya había renunciado a concentrarse, arrojó el expediente sobre la mesa, se levantó bruscamente de la silla y se dirigió hacia la puerta.

Fuera todos los compañeros hacían un grupito en torno a Ben, pero guardaron silencio al escuchar el portazo que dio él. Ben estaba de espaldas y se giró con una sonrisa necia congelada en la cara. Cumplía con su trabajo, pero la mayor parte del tiempo se comportaba como un gilipollas

presuntuoso.

—¡Aquí hay gente que intenta trabajar! —Les increpó—. Así que moved los culos a vuestros asientos y cerrar la boca de una jodida vez, ¿de acuerdo?

Todos callaron y Derek regresó a su despacho.

—¿Y a éste qué cojones le pasa? —preguntó Spangler.

—Creo que necesita echar un polvo. —Bromeó Ben.

Volvieron a reír mientras regresaban a sus asientos, pero la risa de Cole se esfumó tan pronto como Megan Lewis entró en comisaría. Se detuvo frente a la mesa de Annabelle.

—¿No es aquella tu chica, Ben? —Le preguntó Spangler.

—¡Cállate! —Hizo un gesto brusco con la mano.

«¿Qué diablos estaba haciendo ella allí?»

Annabelle se comunicó con Derek por teléfono porque Ben escuchó el timbre de la llamada sonando en su despacho. ¿Así que había venido a ver a su compañero?

Se puso tenso. Se suponía que se había enrollado con ella y que ella había disfrutado de lo lindo —es lo que creía toda la comisaría—, así que no podía hacer como si no la hubiese visto antes. Se puso en pie.

Megan vio acercarse al detective Cole por el rabillo del ojo, pero jugó a hacerse la despistada. Esperaba no tener que volver a encontrárselo, pero desgraciadamente allí estaba.

—Qué sorpresa. —La recibió con una sonrisa torcida— ¿Qué te trae por aquí?

—Asuntos personales.

Con la voz tirante, Annabelle le dijo que podía pasar al despacho de Derek Taylor. Cole se puso a su lado mientras cruzaba la comisaría.

—La otra noche estuve un poco grosero. —Bajó el tono de voz para que nadie pudiera escucharlos—. Lo enmendaré si volvemos a salir.

—Lo siento, tengo una agenda muy apretada.

Experimentó un alivio inmediato al entrar en el despacho de Taylor y dejar a Cole al otro lado. No quería verle ni en pintura.

Estaba segura de que Derek Taylor no pretendía ser sexy, pero lo era. Estaba sentado y tenía los pies cruzados en lo alto de la mesa. Sostenía un informe y la observó ceñudo. Megan se preguntó si era su presencia la que le había puesto en guardia. No lo estuvo mientras sus cucharillas habían chocado al apurar el helado de *stratiacella*. Había estado encantador con ella. Habían conversado sobre un montón de cosas e incluso él le había hablado de

su vida privada, pero ahora ya volvía a lucir su habitual aspereza. Y eso que todavía no había abierto la boca.

El enojo de Derek se avivó al verla aparecer con ese increíble vestido que enseñaba sus bonitas piernas y ensalzaba su busto. Se sentía como un perfecto imbécil después de escuchar cómo Cole le había contado a todo el mundo lo bien que se lo habían pasado en la cama. Se acercó a su mesa con indecisión. El minúsculo vestido color ámbar volvía su contoneo más sexy. Se preguntó a dónde diablos se dirigía vestida así.

—Buenas tardes, detective Taylor. Verá, tengo que decirle que... —Se acercó un poco más, hasta que sus muslos casi chocaron con la mesa—. Que tengo información importante sobre el caso de Emily Williams.

Derek cerró el expediente y lo devolvió a la mesa. Cruzó los brazos sobre el pecho y se la taladró con una mirada acerada.

—¿Qué fue lo que se llevó de casa de Emily? ¿Un diario? ¿Su ordenador portátil? —Ella sacó el diario de su bolso. Se mostró un poco avergonzada—. Lo suponía.

—No lo robé. La casa ya había sido registrada el día anterior. Lo encontré en un cajón, bajo un falso fondo. —Se justificó.

—Esa excusa no me sirve. Debió entregarlo a la policía inmediatamente. —Le increpó.

—Lo sé, pero quería hacer méritos en mi trabajo y... —Alzó las cejas con delicadeza, como buscando una comprensión que no encontró—. Malcom Helsen anda metido en un asunto muy sucio.

Le indicó el número de la página en el que Emily redactaba que había descubierto «algo terrible». Se conocía esa cita de memoria, en ese párrafo le nombraba a él, pero mientras lo leía su rostro permaneció inalterable. Soltó el diario sobre la mesa, se puso en pie y acortó la distancia entre los dos.

—Seis días —espetó.

—¿Cómo?

—Es el tiempo que ha estado escondiendo una prueba importante.

—Sí, lo sé... Yo... No sabía cómo actuar.

—¡No me joda! Murió justo un día después de escribir esto, ¿y me dice que no sabía cómo actuar?

Derek se volvió hacia el teléfono y llamó a Flint. Le puso al corriente de la información y el capitán le dijo que él mismo se ocuparía de hablar con el juez Sullivan. Colgó con rabia y volvió a encararla.

—Si descubro que vuelve a entorpecer la investigación, le juro que la

encerraré y me ocuparé de que le caigan unos cuantos cargos. —Le advirtió.

—Me parece justo —asintió— ¿Sabe lo que pienso?

—Me importa un carajo lo que piense.

Ella opinó igualmente.

—Está claro que Emily descubrió que Helsen tenía negocios ilegales, que él la descubrió y que murió un día después. Pero no creo que lo hiciera él.

Le intrigó esto último ya que ella no tenía ni idea de que el arquitecto tenía una coartada que lo situaba lejos del escenario del crimen. Él pensaba lo mismo, aunque no iba a tener ninguna clase de conversación sobre ese asunto con ella.

—Me largo a casa, quiero dormir unas cuantas horas antes de que tengamos la orden judicial.

Derek le mostró el camino de salida y ella le siguió a regañadientes.

Megan se había personado en comisaría con otro firme propósito: obtener una copia del informe forense con el fin de elaborar el perfil del asesino. Pero si se lo pedía en ese momento le contestaría con una categórica negativa. Tendría que abordarle cuando estuviera de mejor humor.

Capítulo 8



Fuera ya se había marchado casi todo el mundo a excepción de un par de policías que hacían el turno de noche. Derek se despidió de ellos con tono austero y Megan sintió que la traspasaban con la mirada. Escuchó risitas a su espalda y un murmullo poco decoroso que hacía alusiones a sus nalgas. Se fue indignando un poco más a cada paso que daba. Su vestido era provocativo, lo sabía, ¡pero estaba en una comisaría y no en una obra rodeada de albañiles!

Iba a darse la vuelta para increparles cuando Derek la agarró por la muñeca. La obligó a que lo siguiera hasta la salida e hizo caso omiso de sus protestas.

Ya había anochecido. La brisa húmeda procedente del río refrescaba el intenso calor del día y el ambiente estaba perfumado con el olor de las magnolias de un jardín cercano.

—¿Dónde tiene el coche? —Le preguntó Derek con acritud.

—En el *parking* público —contestó muy seria—. Me parece muy poco profesional que el cuerpo de policía de esta ciudad se comporte como si estuviera en un burdel.

—¿Y qué quiere? Lleva un vestido que apenas le tapa el culo.

Megan abrió la boca para soltarle el insulto que merecía por decir eso, pero controló la indignación.

—¿Está juzgando mi forma de vestir y justificando la conducta de sus compañeros?

—Por mi puede vestirse como le plazca, señorita Lewis.

Derek cruzó la calle en dos zancadas y Megan aceleró el paso para mantenerse a su lado. Tenía la sensación de que estaba furioso con ella por algo más que por haber ocultado pruebas.

—¿Sabe? Me da igual. No me importa lo que digan cuatro estúpidos policías. Y respecto a usted, es absolutamente intratable.

—Bueno, prefiero ser intratable a ser estúpido.

Descendieron al garaje de la planta subterránea. Derek agradeció el

repentino mutismo de Megan, aunque sabía que su mente era un hervidero. Durante la última semana había estado trabajando una media de doce horas diarias y ya no le quedaban fuerzas para discutir con una mujer tan testaruda. Aunque sabía que su silencio sería breve.

—Usted conocía a Emily Williams.

Él no respondió de inmediato. Se limitó a sacar las llaves del coche del bolsillo trasero de sus vaqueros mientras la atmósfera del garaje se volvía más y más densa. Entonces se volvió hacia ella para dejarle las cosas bien claras. No podía fiarse de los periodistas. No quería leer cómo se especulaba con su nombre en ningún periódico de la ciudad.

—Conocía a Emily, era amiga mía. Pero en lo sucesivo preocúpese de sus asuntos. Andan algo revueltos.

—¿A qué se refiere?

Apenas había vehículos en el *parking* y estaba sumido en el silencio. Derek pulsó el botón del mando que desbloqueaba las puertas de su Pontiac Gto.

—Estoy cansado y no me apetece hablar con usted. Márchese a su coche.

—No puede tirar la piedra y esconder la mano —protestó—. ¿Qué ha querido decir con que mis asuntos andan revueltos?

—Joder... —masculló.

No debería haber insinuado nada ya que no le apetecía lo más mínimo obligarse a reconocer que su lío con su compañero le sacaba de sus casillas. Pero había más. Quería evitarle la humillación.

—¡Suéltelo!

—¿Sabe por qué se mofaban esos polis, señorita Lewis? —Ella negó con ceño—. Porque Ben les ha contado con pelos y señales lo bien que se lo pasa cuando se lo monta con usted, ¿entiende?

—¿De qué demonios está hablando?

El asombro dilató tanto sus pupilas que casi desapareció el gris acerado de sus ojos. No, de ninguna manera se vería envuelto en líos de faldas que no le correspondían.

—Creo que lo ha entendido perfectamente. Me largo a casa.

Intentó abrir la puerta de su coche, pero Megan se interpuso. Le rozó el pecho con los senos durante un instante y él retrocedió un paso.

—¿Cole ha ido contando a todo el departamento de policía que nos hemos acostado juntos? —Obtuvo una respuesta implícita en su silencio—. ¿Será desgraciado y mentiroso?

El rostro se le encendió y de sus ojos saltaron esquivas de hielo.

¿Quién mentía de los dos? Su desmesurada reacción lo empujó a creerla a ella. ¿Por qué iba a mentirle? Sintió un repentino alivio.

—¿Y usted no hizo nada para cerrarle la boca?

—¿Yo? —Se señaló con el dedo y soltó una carcajada—. Disculpe, pero no soy adivino.

—¡Entonces tú también eres un estúpido por no haberte dado cuenta de que no es con Ben Cole con quien deseo...!

Se detuvo antes de ponerse un poco más en evidencia. Se humedeció los labios con ademán nervioso. No imaginó que ese gesto fuera a provocarle a él una oleada de intenso deseo. Cabeceó y luego se alejó de él.

—Megan.

Ni se detuvo ni le contestó. Avanzó rápidamente hacia su coche al tiempo que buscaba las llaves en el bolso.

—¿Qué haces entonces jugando a dos bandas? —Le asió por encima del codo y la obligó a girarse—. Te vi con Ben y no había nada inocente en la manera en que os comunicabais.

—¡No flirteé con Ben! ¡Solo fui amable porque pretendía sonsacarle información!

Derek la atrajo un poco más hacia él. Sus muslos se rozaron levemente. La miró a los labios y supo que no aguantaría mucho más sin besarla. Megan tenía la respiración agitada y su suave aliento le acarició la cara. Su piel despedía un fragante olor a vainilla que le tensó la entrepierna.

Aplastó la boca contra la de ella. A Megan se le aflojaron las piernas. Se besaron con urgencia, como si se les acabara el tiempo. Él deslizó la lengua entre sus labios y buscó la de ella. Se hundió en su boca y saboreó su textura, exploró cada rincón jugoso y dulce con imparables embestidas. Megan le pasó los brazos por los hombros y dejó caer el bolso al suelo, necesitaba los brazos libres para aferrarse a él, para sentir su calor y su dureza. Su propio fuego se avivó y le ardió la piel al sentir sus manos acariciándole la espalda desnuda.

Los besos de Megan sabían mucho mejor de lo que había imaginado, superaban todas sus fantasías. En la tierna convexidad de su vientre halló un rápido y efímero desahogo para su dolorosa erección. Pero no fue suficiente. Nada lo era. Colocó las manos en sus pechos y los amasó. Frotó los pezones con los pulgares. Luego abandonó su boca y probó la delicada piel de su garganta. Notó un sensual gemido vibrando contra sus labios y experimentó

un instinto primario y febril por poseerla. Allí mismo. Con urgencia.

Sin dejar de besarla, sosteniéndola por las exquisitas nalgas, la condujo hasta su coche.

De repente, Megan estaba sentada sobre el capó del Pontiac Gto., con la falda arremolinada en torno a la cintura como si fuera un cinturón, y con Derek metido entre sus piernas. Era consciente de que la situación se les estaba escapando de las manos. Ella quería, deseaba tener sexo con él, pero no en medio de un aparcamiento, expuestos a la vista de cualquiera que pasara por allí. Se tensó y perdió la concentración, aunque su entrepierna actuaba por instinto y recibió placenteramente la caricia de él. Sus dedos se movieron por encima de sus bragas y su respiración se aceleró. Deseaba que sus dedos entraran en ella, que Derek entrara en ella, pero aquello estaba yendo demasiado rápido y se asustó.

—Quizás... tal vez... deberíamos... parar —murmuró, con la voz ahogada.

Perdió el sentido cuando liberó un pecho del sujetador y le succionó la areola con los labios, acariciando el pezón con la punta de la lengua. Contuvo un gemido. Ahora sus manos fuertes y decididas exploraron la cara interna de sus muslos. ¡Se sentía desfallecer! El pulsátil deseo que latía entre sus piernas era como fuego líquido que hervía y demandaba su atención. Supo que acabarían haciéndolo sobre el coche, ella no tenía capacidad para oponerse. Lo deseaba tanto que se moriría si se detenían ahora.

—Eres tan hermosa.

Asoló su boca y ella saqueó la suya.

Megan internó las manos bajo su camiseta para tocar, palpar y apretar cada músculo, y quedó extasiada por su virilidad y su fuerza. Pero pronto fue otro lugar el que llamó poderosamente su atención. No podía detener aquella vorágine de deseo y le bajó la cremallera de los vaqueros.

El aire que flotaba en el garaje se había vuelto denso, casi irrespirable.

Derek la miró a los ojos, parecían dos cubitos de hielo a punto de derretirse. Sus labios estaban hinchados y húmedos, y sus mejillas encendidas de pasión. Era tan sensual y deliciosa que le hacía perder la razón. Ella internó la mano en su bragueta y Derek apretó los dientes al apoderarse de su pene.

Megan acarició la punta con la yema del dedo y movió la mano a lo largo de la enhiesta erección. Estaba seducida por su tamaño y su férrea dureza.

Él soltó un ronco gruñido y la observó maniobrar. Su piel suave y tibia

brillaba bajo la luz de los halógenos y tenía el mismo color de la miel. Deslizó las manos por sus sedosas piernas y clavó la vista en el triángulo blanco de tela que cubría su sexo. Deslizó un dedo por la tierna hendidura y presionó el clítoris. Ella gimió más fuerte. Se miraron con ojos brillantes de excitación, como buscando la mutua aprobación.

Tiró de los laterales elásticos de sus bragas y su intimidad quedó expuesta. Era rubia natural, y estaba muy húmeda. Se le nubló la mente y sujetándola por las nalgas la penetró con decisión, hundiéndose hasta el fondo de aquella cálida y estrecha gruta que envolvió su erección como si estuviera hecha a medida para él.

Megan se quejó y crispó las manos sobre su nuca. Derek se retiró inmediatamente de ella, aunque sin salirse de su cuerpo, y la escrutó con detenimiento.

—¿Te he hecho daño?

Ella agitó la cabeza en sentido negativo.

—Es grande, me gusta.

La besó con suavidad y se tomó un tiempo para que se acoplara a él. Se mecía con lentitud, entrando y saliendo con tanta delicadeza que el dolor se esfumó. Se sentía invadida, llena y completa. Pero pronto fue insuficiente, y la dulzura fue desembocando en una serie de besos apasionados y feroces. Los iris de Megan eran plata fundida y de sus labios entreabiertos brotaban gemidos que incitaban a dar y a recibir mucho más de ella.

Megan murmuró su nombre contra su boca y apoyó las manos en su trasero. Clavó las yemas de los dedos en sus duros glúteos, buscando y exigiendo. Se puso en tensión al recibir una serie de embestidas rápidas y profundas, y todas sus terminaciones nerviosas parecieron confluír entre sus piernas, donde comenzó a despuntar un delicioso aguijónazo de placer.

El deseo y la pasión le obnubilaban. El fino hilo que le mantenía unido a la realidad se había roto. Su única ambición era continuar socavando esa estrecha, húmeda y cálida vagina, fuerte, cada vez más fuerte y más rápido. Ella recibía cada acometida como si nunca fuera suficiente. Se deshacía. Todo estaba cobrando un cariz desquiciante, nunca había perdido los estribos con una mujer hasta el punto de colocarse en una situación tan vulnerable. Megan suponía una continua invitación a transgredir todas las reglas. Salió de ella por completo y volvió a entrar hasta donde su cuerpo le permitía. Repitió la operación unas cuantas veces, sin perder el contacto visual con sus ojos que prometían cientos de placeres diferentes. Luego volvió a la carga.

Megan arqueó la espalda. Notaba como si su interior se volviese de líquido ardiente. Se mordió los labios y cerró los ojos, pero las sensaciones eran tan fuertes que jadeó ruidosamente, rompiendo así el dique de toda su contención. Sus expertos dedos manipularon su inflamado clítoris, moviéndolos en círculos, y Megan apoyó los codos en el capó del coche, preparándose para perder el sentido.

El placer, rápido y afilado como la punta de una flecha le atravesó las entrañas y Megan soltó un grito. Él le alzó el rostro y acalló los fuertes jadeos con su boca. Su lengua también la embistió y ella se deshizo en un largo e intenso orgasmo que llevó su corazón al límite.

Derek notó las pulsátiles contracciones que abrazaban su erección y emprendió una carrera endiablada por conseguir su propio placer. La miró a los ojos y algo cambió en su percepción de los hechos. Sentía que lo que estaban compartiendo transgredía los límites del deseo físico. Mientras se derramaba en ella, fue como si sus almas también se abrazaran.

Después de que un latigazo de placer le hiciera temblar hasta los huesos, todo se volvió oscuro, denso, indefinible. Quedaron abrazados, sin apenas moverse, mientras la realidad se iba abriendo paso lentamente.

Megan no se reconocía bajo su piel. ¿Cómo era posible que hubiera perdido la cordura de aquella manera? Allí, en medio de un garaje subterráneo y expuestos a los ojos de cualquiera a quien se le hubiera ocurriera entrar. La respuesta era clara. Tener sexo con Derek era el acto más apasionado, irracional y necesario de toda su vida. Cuando él intentó incorporarse, ella le tomó el rostro entre las manos y sus ojos se encontraron en la penumbra que les rodeaba.

—No podemos seguir aquí. —Le dijo él—. Podría entrar alguien en cualquier momento.

—Claro —musitó ella.

A Derek le hubiera encantado alargar la noche y hacer el amor con Megan una y otra vez. Aquello no había sido más que un preludio que había multiplicado su deseo por ella. Pero no era posible, debía regresar a casa junto a Martha. Se irguió y tiró de su mano para ayudarla a incorporarse. Se abrochó los vaqueros mientras la mirada de Megan vagaba con incertidumbre. Temió que estuviera arrepentida.

—¿Te encuentras bien?

Megan se arregló la falda y recuperó las bragas y el bolso del suelo. Evitó mirarle mientras se arreglaba el pelo. Derek se percató de que le

temblaban las manos.

—No soy la clase de mujer que... yo no suelo comportarme así.

—Ya lo sé. —La tranquilizó. Ella relajó el semblante—. ¿Te preocupaba que pensase lo contrario?

—Sí.

—Ven aquí.

Le colocó las manos en el rostro y la besó hasta que volvieron a excitarse, momento en que él se retiró.

—Me encantas. —Le dijo él.

—Y tú a mí.

—Ahora tengo que irme. —Le acarició las mejillas con los dedos—. Seguro que volveremos a vernos.

—Seguro que sí.

Derek sonrió un poco y luego se metió en su coche. Ella estaba tan aturdida que no podía moverse del sitio, pero él no se marchó hasta que la vio encaminarse hacia su vehículo.

El encuentro sexual les había dejado a los dos fuera de juego.

Conversaron un buen rato sobre sus anteriores empleos, sin que ella perdiera el hilo de las mentiras que había tejido con tanto esmero y detenimiento. Harris se lo creyó todo y Megan respondió a todas sus preguntas sin vacilar. Sin embargo, Jodie Graham tenía razón. Sus fotografías no eran las apropiadas.

—Las fotografías deben ser en lencería. —Le informó Harris, que se fumaba un enorme puro habano cuyo humo le cortaba la respiración—. Si puedes arreglar eso y le doy a las fotografías el visto bueno, tienes posibilidades de entrar a trabajar con nosotros, señorita Meyer. Tu currículum es bueno.

—Lo solventaré cuanto antes —aseguró.

Un escalofrío le recorrió la columna vertebral al verse prácticamente dentro de La Orquídea Azul. Era lo que quería, pero eso no implicaba que desapareciese su intranquilidad. Todo lo contrario. Helsen le transmitía malas vibraciones. Se preguntaba qué clase de oscuras maniobras se ocultaban detrás de aquella mirada fría y gris.

Megan se levantó del sillón de piel y Harris la secundó. Él depositó el puro a medio consumir en un cenicero de cristal y le estrechó la mano. A ella

la repelió su tacto frío y sudoroso, pero no más que la sonrisa que desplegó y que mostró unas fundas blanquísimas que le debían haber costado una fortuna.

La acompañó hacia la puerta. Megan volvió a admirar el enorme acuario que adornaba la pared principal. Al percibir su interés, él le habló de su gran pasión por los peces tropicales. Ella le escuchó con interés fingido.

El sol de la mañana volvía de color dorado el río Allegheny y teñía de colores suaves las nubes dispersas que vagaban solitarias. La idea de posar en lencería le inquietaba tanto que no era capaz de prestar atención al maravilloso paisaje que acompañaba el tránsito sobre el puente Brady. Aunque había otros asuntos que también formaban parte de su desasosiego.

Esa mañana se había despertado tan atolondrada que había tenido que tomarse un par de cafés bien cargados antes de su cita con Harris. No había dormido muy bien. Se había despertado con frecuencia y en su cabeza daba vueltas el encuentro sexual que había tenido con Derek. Había sido increíble y, sin embargo, se notaba especialmente apática. Sabía el motivo, pero no quería ahondar en ello porque no estaba dispuesta a que su vida se complicase hasta tal extremo. Imaginó cómo sería una relación formal con él y las palmas de las manos se le cubrieron de sudor. Derek Taylor era la clase de hombre que poseía todos los ingredientes para conducirla a la locura.

Tenía que verle de nuevo y no por motivos románticos, aunque se sentiría así en cuanto le mirase a los ojos. Necesitaba conseguir una copia del informe forense y también quería saber cómo había ido el registro en la casa de Helsen. Y tenía que ser ahora, antes de acudir al periódico.

Al enfilar la calle Northumberland vio el Porsche de Ben Cole aparcado a una manzana y la sangre le hirvió. No estaba segura de si conseguiría tragarse lo que pensaba de él en el caso de que le viera. Y le vio. Tenía el trasero apoyado en su mesa, con la atención centrada en unos papeles. Era imposible que no la viese porque tenía que pasar por delante de él. Spangler levantó la vista del teléfono y la miró con expresión burlesca. Otros de sus compañeros también interrumpieron sus labores para clavar los ojos en ella.

El corazón le latió de rabia.

Escuchó que Annabelle le preguntaba si podía ayudarla en algo al tiempo que Cole se percataba de su presencia. No iba a permitir que su tamaño y su condición de policía le amedrentaran, su dignidad estaba por encima de todo. Se encaminó hacia él.

—Eres un cretino, detective Cole. —Le dijo, al llegar a su altura.

—¿Qué diablos haces aquí?

—¿No te alegras de verme? —Su tonó se alzó un poco, lo suficiente para ponerle nervioso—. He venido a hablar con el detective Taylor y, de paso, quiero refrescarte la memoria sobre lo que realmente sucedió el sábado por la noche.

—¿Se te ha ido la olla, putilla estúpida? —susurró furioso.

Cole la agarró con fuerza por el brazo y Megan abrió los ojos sorprendida por su fiera reacción.

—Suéltame inmediatamente. —Le exigió.

—Acompáñame a la salida sin despegar el pico o te buscarás un grave problema.

—¿Me estás amenazando? —No podía creerlo—. Escúchame, maldito idiota. ¡Tú y yo no nos hemos acostado juntos!

Cole la zarandó y la obligó a que se pusiera en movimiento. La arrastraría a la calle si era necesario. Sus compañeros parecían haberse convertido en estatuas que les observaban con atención.

—Estás enfadada porque no te he llamado. —Alzó la voz, para que todos pudieran escucharle mientras seguía tirando de ella—. Ya te dije que no estaba interesado. Acéptalo, ¿vale?

—¡Deja de inventar relaciones sexuales para divertir a tus compañeros, detective Cole! ¡Es patético! Tú y yo no nos hemos acostado nunca y jamás nos acostaremos.

Sus ojos castaños brillaron con peligrosidad y sus labios se apretaron hasta formar una fina línea.

—¿Es eso cierto, Cole? —Spangler rompió a carcajadas y otros detectives le secundaron.

Gotas de sudor aparecieron por el nacimiento de su cabello y una vena palpitó furiosamente en su sien. Estaba lívido de rabia.

—No es más que una puta, una puta celosa y despechada que esperaba una llamada de teléfono que nunca hice.

—¡Y tú eres un miserable!

Megan intentaba desasirse, pero él era mucho más fuerte y cuanto más forcejeaba, con mayor fuerza empentaba contra ella.

—Hay que tener mucho valor para venir aquí a montarme el numerito, puta estúpida. —Le dijo al oído, retirándole el cabello con su furioso aliento—. Lárgate y no vuelvas si no quieres recibir lo que te mereces.

—He venido a hablar con el detective Taylor y no me iré a ningún sitio

hasta que hable con él—. Dirigió la atención a Annabelle que contemplaba impasible la escena—. ¡Dígaselo! —Le exigió.

La mujer no movió ni un dedo y Cole abrió la puerta de la calle, al tiempo que la voz de Derek estallaba en la oficina con la fuerza de un trueno. Cole retiró sus asquerosas manos de ella.

—¿Qué diablos ocurre aquí? —Le increpó a su compañero.

—Nada, no sucede nada. Todo está bajo control —contestó un malhumorado Cole.

Megan estaba muy nerviosa. Con el pecho acelerado, la voz le tembló cuando le explicó a Derek la situación.

—Quería hablar contigo, pero le vi a él y... No pienso permitir más ultrajes.

—¿Ultrajes? ¿De qué cojones hablas? —Cole la miró con desprecio.

—Yo me ocuparé de esto. —Con el semblante pétreo y los ojos llameantes, Derek le indicó a su compañero que se largara.

Cole masculló algo entre dientes, pero fue su única muestra de rebeldía. De regreso a su mesa, se dedicó a salvar el culo y a limpiar su reputación entre sus compañeros.

—No es justo que se salga con la suya.

Su consternación era tan acusada que Derek casi podía tocarla. Cole era su compañero y debía procurar una convivencia pacífica entre los dos, pero no pensaba tolerar que mantuviera ese comportamiento con ella.

—Espera aquí. —Le dijo. A continuación, se dirigió al grupo que había formado Cole con los otros policías y atajó los chismorreos con tono implacable—. Sé que la señorita Lewis os está sirviendo de diversión, pero lamento comunicaros que Ben no se acostó con ella. No sucedió. —Ahora le miró de frente—. No sé por qué cojones te inventas tus relaciones sexuales, ni tampoco me importa, pero ella ya no va a formar parte de vuestras fiestas privadas. —Volvió a mirarlos a todos—. ¡Debería daros vergüenza, joder! Esto es una comisaría de policía, no un burdel.

Por las expresiones de sus compañeros, entendió que sus palabras iban a ser tomadas muy en serio. Regresó al lado de Megan y le indicó que salieran. Ella se mostró mucho más tranquila.

—Siento que hayas tenido que intervenir. Lo último que quería era que te viesen obligado a tomar partido. Tu compañero debe de estar furioso contigo.

La calidez con que él la miraba terminó de relajarla y la rabia se fue desvaneciendo como la niebla bajo el sol.

—No pasa nada. Ben es un gilipollas y necesitaba que alguien le parara los pies. —Zanjó el tema—. Dijiste que habías venido a verme.

—Sí, yo... Quería saber si conseguiste la orden judicial.

—Así que se trata de la orden...

Él la observó con intensidad y notó que se le ruborizaban las mejillas. Solo tenía que alzarse de puntillas para besarle. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Pero no podía hacerlo.

—Bueno, hay más cosas pendientes, pero... no es el momento, detective Taylor —respondió con timidez.

Cuando se ponía nerviosa apretaba los labios y le aparecían un par de deliciosos hoyuelos en las mejillas que deseó acariciar. La luz del atardecer volvía su cabello del color del trigo y sus ojos eran casi transparentes, como dos lagos de agua cristalina en los que arrojarse.

Derek sonrió con lentitud.

—La conseguimos. Requisamos tres discos duros que Helsen había destruido con ácido. El departamento informático de la policía ya está trabajando en ello.

—¿Había algo más?

—No, nada más.

Era el momento de sacar la artillería pesada.

—Derek, yo... Necesito una copia del informe forense. Quiero ponerme a trabajar en el perfil del asesino. Podría servirte de gran ayuda...

—Todavía no se ha levantado el secreto de sumario, Megan.

—Lo sé, pero pensaba que a título personal podrías....

—Lo siento. —Negó con la cabeza.

—No haría nada que comprometiera tu trabajo. —Insistió ella—. Quedaría entre los dos y no compartiría la información hasta que fuera pública.

—Sabes que no puedo hacerlo.

Megan hundió los hombros. Esperaba que le diera esa respuesta ya que le conocía lo suficiente como para saber que no había nada por encima de su integridad, pero no perdía nada por intentarlo. Le encantaba que fuera así, incluso aunque perjudicara sus intereses.

Derek deseó acariciar esos cabellos que parecían de oro. Y ansiaba tanto besarla que el ímpetu se le hacía novedoso. Pero no hizo ni una cosa ni la otra.

—Lo entiendo —dijo ella al fin.

—Bien. —Colocó la mano en torno a su brazo y se lo apretó con suavidad—. Ahora tengo que volver al trabajo.

Y a la decepción profesional se le sumó la personal. No hubo ninguna palabra de despedida que abriera el camino a un nuevo encuentro entre ambos.

Quizás fuera mejor así, pensó mientras conducía hacia el Pittsburg *Enquirer*. No era un buen momento para complicarse la vida con el sexo opuesto. Ahora se debía a su trabajo, tenía importantes metas que alcanzar y objetivos por cumplir. Ahora que estaba a un paso de lograr el puesto por el que se había dejado la piel durante los últimos años no le convenía despistarse.

Tenía que encauzar toda su energía en sus logros profesionales.

Cuando Derek regresó a su despacho Cole le esperaba dentro. Él cerró la puerta con animosidad y dejó que fuera Ben quien hablara primero.

—¿Qué te traes con esa mujer? Me has puesto en evidencia delante de todo el mundo.

—Esa no es la cuestión. —Le atajó—. Lo preocupante es que te hayas inventado todo ese rollo, se lo hayas contado a todo el mundo y te hayas abalanzado sobre ella como si fueras un animal.

—Se rio de mí.

—¿Así que se rio de ti? —Lo miró con escepticismo.

—Salió conmigo, se puso un vestido para ponérmela dura y se me ofreció en bandeja. Pero cuando quise terminar lo que ella había empezado se hizo la estrecha.

Tuvo ganas de soltarle un puñetazo. Lo que acababa de escuchar le daba vergüenza. Solo porque metió las manos en los bolsillos de los tejanos y apretó los puños, esquivó el impulso de golpearle.

Ben prosiguió.

—La muy zorra quería que le hablara del caso de Emily Williams para publicarlo en su periódico.

—¿Y qué más da lo que ella quisiera? —Negó contrariado. Deseaba decirle que era un incompetente, pero no le correspondía a él esa misión, sino al capitán Flint. Esperaba que tarde o temprano tuviera una charla seria con él—. Deberías aprender a diferenciar cuándo una mujer trata de tenderte un cebo y cuándo está realmente interesada, ¿sabes? No es tan trágico recibir

calabazas.

—No me vengas con lecciones de moral, ya soy mayorcito.

—Pues te lo diré de otra forma. Deja en paz a Megan Lewis.

Los expertos del departamento de informática de la policía podían ser muy buenos, pero Helsen estaba seguro de que no serían capaces de reconstruir la información que él se había encargado concienzudamente de destruir. Tenía un buen amigo trabajando en delitos informáticos del FBI que le había aconsejado que el método más infalible para deshacerse de un disco duro era emplear ácido sulfúrico. La policía los había requisado del contenedor de basura y él había argumentado que actualizaba sus equipos informáticos con frecuencia y que destruía los discos duros obsoletos. Por supuesto, había guardado toda la información en un *pendrive* que había guardado lejos de casa, en un lugar seguro.

También se habían llevado su portátil y el disco duro del ordenador que tenía en el despacho, pero ahí no encontrarían nada salvo planos de proyectos y expedientes de arquitectura.

No le preocupaba estar en el punto de mira de la policía por el asesinato de Emily. Lo que realmente le alarmaba era que a consecuencia de su muerte la policía descubriera en qué clase de negocios andaba metido. No obstante, la conversación con su contacto del FBI le había tranquilizado. A lo sumo, la policía recuperaría el diez por ciento de la información. Datos inconexos que solo servirían para que se enterasen de que poseía una amplia colección de fotografías de mujeres orientales. Nada relevante.

Por el contrario, Harris no estaba tan tranquilo. Estaba furioso con él por todo el asunto de Emily y ya andaba buscando fórmulas para adelantar la operación con tal de recoger el dinero y largarse durante una larga temporada.

Del país si era necesario.

Capítulo 9



El manto de césped del parque Schenly le hacía cosquillas en las piernas desnudas. Tenía la espalda apoyada en el tronco de un árbol y las piernas estiradas mientras contemplaba las aguas del lago Panther Hollow. Las embarcaciones turísticas alzaban un suave oleaje que atrapaba los colores cálidos del atardecer, y las copas de los árboles eran el refugio de pájaros que trinaban agradables melodías. Estaba rendida al agradable sopor de la tarde veraniega, que le aflojaba la tensión que había acumulado durante la semana.

Abby estaba a su lado, corriendo de un lado a otro y persiguiendo la chuleta de goma que Megan le lanzaba cada vez más lejos. Siempre regresaba a su lado con la presa entre las fauces, y una vez la depositaba junto a su mano, lanzaba enérgicos ladridos al aire hasta que su chuleta volvía a salir disparada. Sus pequeñas patitas corrían sobre el césped arrancando pequeños montículos de tierra. Ya hacía una hora que había comenzado el juego, pero *Abby* no daba muestras de cansancio.

Megan recogió la chuleta del suelo y revolvió los rizos blancos de su cabecita.

—Ahora tienes que estar atenta porque voy a lanzarla mucho más lejos. ¿Ves aquellos arbustos de allí? Pues tendrás que dar la vuelta para recogerla porque caerá al otro lado. —Se puso en pie y la arrojó con todas sus fuerzas. *Abby* salió disparada con las orejas hacia atrás y Megan soltó una carcajada antes de volver a su sitio—. Chica lista.

Derek esperó a que el hombre del quiosco llenara la bolsa para pagarle las gominolas que Martha había escogido. No le agradaba que comiera aquella basura azucarada porque producía caries, pero tampoco podía negárselas. Habían hecho un pacto: sólo podía tomarlas los sábados por la tarde. Pero no habían pactado ninguna cantidad, así que Martha se aprovechaba y siempre llenaba una bolsa de las grandes que le duraba casi toda la semana.

A su hija se le hacía la boca agua pensando en sus gominolas y a él le ocurría lo mismo cuando pensaba en Megan. No se la podía sacar de la

cabeza. Una vez le había puesto las manos encima ya solo podía pensar en volver a ponérselas. Ella le había hecho sentir como si el sexo fuera algo nuevo para él. A estas alturas de su vida, cuando ya creía que no le quedaba nada nuevo por descubrir, aparecía la encantadora Megan y le regalaba el orgasmo más intenso y demoledor de toda su vida. Algo tan bueno no podía quedar en el recuerdo, pero era un mal momento para acercar posiciones. Él era policía y ella periodista, aunque sus profesiones no habrían sido un obstáculo de no ser porque estaban trabajando en el mismo caso. Cuando la investigación llegara a su fin y los culpables estuvieran entre rejas, tendría que volver a probar aquel bocado tan exquisito.

Escuchó un ruido a su derecha y vio un objeto volador no identificado describiendo un arco en el aire. Cayó en medio del sendero flanqueado de árboles por el que paseaban. A continuación, un perro pequeño de color blanco que ladraba como un energúmeno apareció desde detrás de los setos y se abalanzó sobre el objeto como haría un gato con un ratón.

—¡Papá! —exclamó Martha con entusiasmo señalando al chucho de pelo rizado— ¡Qué perrito tan bonito!

El perro emprendió otra veloz carrera con el objeto en la boca y Martha echó a correr detrás él.

—¡Martha!

Siempre salía corriendo detrás de todos los perros con los que se encontraba. Incluso de los grandotes con enormes dientes.

El hombre del quiosco echaba unas piruletas a la bolsa con demasiada parsimonia.

—Ya está, dígame cuánto le debo. —Le apremió. Sacó la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros al tiempo que lanzaba miradas hacia el lugar por el que había desaparecido Martha— ¡Martha, ven ahora mismo!

Le tendió un billete de cinco dólares y no esperó el cambio. Se iba a llevar una buena reprimenda. Le había dicho mil veces que no saliera corriendo detrás de los perros.

Le llegó el sonido de una voz infantil que acompañaba los vigorosos ladridos de *Abby*. Una niña sonriente intentaba acariciarla, pero *Abby* danzaba en círculos a su alrededor. Megan esbozó una sonrisa. A *Abby* le encantaban los niños y siempre trataba de soltarse de la correa para salir corriendo detrás de ellos.

—Si te sientas en el suelo y te quedas muy quieta, *Abby* acudirá a ti. — Le sugirió.

La niña la miró y decidió poner en práctica su consejo. Al principio, *Abby* vaciló, pero cuando entendió que se había rendido a la persecución, acudió a ella y se colocó entre sus piernas para recibir con agrado sus caricias.

Era una niña preciosa. Tenía unos impresionantes ojos azules y el cabello largo y abundante, tan negro como el carbón. No tenía más de diez años. Los constantes lametones de *Abby* le arrancaban una risa alegre y musical, y Megan sonrió ensimismada.

—¿Te gustan los perros?

—Sí. —La niña la miró con sus resplandecientes ojos claros—. Pero mi padre no me deja tener ninguno en casa.

—¿Ni siquiera uno pequeñito?

La pequeña negó con la cabeza.

—¿Cómo te llamas?

—Martha.

—Se me ocurre una idea, Martha. ¿Qué es lo que más detesta tu padre que hagas?

Martha frunció el ceño, miró al vacío y puso una simpática mueca. Después se encogió de hombros.

—No le gusta que no me gusten las mujeres que a él le gustan.

Megan se tomó un momento para descifrar el galimatías.

—Pues prométele que te gustarán algunas de las mujeres que a él le gustan, si a cambio te deja tener un perrito. ¿Qué te parece? Ya sabes, aunque en el fondo sea mentira. —Sonrió.

La niña se mordió el labio inferior y suspendió sus juegos con *Abby*.

—Me gusta una mujer. Pero creo que no son novios. No se besan como en las películas. —Su ingenuidad era adorable—. Pero aun así no puedo tener un perrito.

—¿Por qué crees que no te deja?

—Dice que no soy responsable.

—¿Y no lo eres?

La niña esbozó una sonrisa traviesa.

—A veces no ordeno mi cuarto.

Abby acaparó la atención de Martha cuando comenzó a mordisquear uno de los lazos de plástico que adornaban sus zapatos blancos. Martha se agitó y se echó a reír, acunando a *Abby* contra su cuerpo.

Una voz masculina se inmiscuyó entre la algarabía de risas y ladridos.

Gritaba el nombre de Martha y provenía desde el otro lado de los árboles que flanqueaban el camino principal.

—¡Estoy aquí, papá! —Gritó—. ¿Cuántos añitos tiene?

—Ninguno todavía. Tiene tres meses y medio, pero aprende muy rápido.

El padre de Martha apareció entre los olmos que limitaban el lago y Megan sintió que se le paraba el corazón. Él se dirigió directamente a la niña y la regañó por su conducta sin percatarse de su presencia.

—Te he dicho mil veces que no salgas corriendo detrás de todos los perros.

Megan le miraba con asombro. Nunca, ni en un millón de años, habría imaginado que Derek Taylor tenía una hija. Él le había hablado de su matrimonio y de Karen, de su traslado a Pittsburgh y de su divorcio, pero no mencionó que fuera padre. Tampoco tenía por qué mencionarlo, habían mantenido relaciones sexuales, pero apenas se conocían. De repente, sintió que necesitaba saber mucho más de él.

Se aclaró la garganta y esbozó algo parecido a una sonrisa cuando los ojos azules de Derek se posaron en los suyos. Si se sorprendió no lo manifestó, aunque Megan sabía que era bueno dominando sus emociones.

—Megan... —Su voz sonó con intensa suavidad.

Ella se puso en pie, pero no se acercó a él. Aguardó junto al árbol mientras se sacudía las briznas de hierba que se le habían quedado adheridas a los pantalones cortos.

—El mundo es un pañuelo, ¿no? —comentó con desenfado.

—Y que lo digas. —Sonrió él—. No he reconocido al chucho cuando Martha ha salido detrás de él como un cohete.

—Se llama *Abby*, no le llames «chucho». —Le reprendió su hija—. Deberías pedirle perdón.

La caniche le observaba con las orejas hacia atrás.

—De acuerdo, *Abby*. Retiro esa palabra. —Se agachó y le acarició entre las orejas para hacer las paces.

Megan se echó a reír y él la miró en silencio durante unos breves instantes. Estaba preciosa.

—Martha ven aquí, quiero presentarte a Megan. Ella es... compañera de trabajo.

Megan se aproximó a Martha, pero donde antes había una risueña sonrisa ahora había una expresión gélida. Reparó en las palabras que la niña había dicho hacía unos momentos. «No le gusta que no me gusten las mujeres que a

él le gustan». ¿Se habría dado cuenta de cómo se miraban? Ella hacía todo lo posible por guardar la compostura, pero incluso una niña de su edad era capaz de captar las sutilezas.

—Encantada de conocerte, Martha.

Martha apretó los labios y su ceño se frunció ligeramente. No dijo nada. Se limitó a centrar toda su atención en *Abby*. Derek no había educado a su hija para que fuera grosera con los desconocidos, pero siempre se olvidaba de sus buenos modales cuando le presentaba a alguna mujer joven y guapa. Lo dejó estar.

—Martha y yo dábamos un paseo por el parque. ¿Te apetece venir con nosotros?

Su invitación le pilló por sorpresa.

—Pues es que estaba... —No se le ocurrió qué decir—. Pensando.

—Así que pensando. —Repitió con un matiz de ironía. Ella asintió con la cabeza—. ¿Y en qué pensabas si puede saberse?

—En cosas importantes.

—Ven con nosotros.

—Estaba llegando a conclusiones... importantes. —Titubeó—. Si hago un paréntesis ahora es posible que...

Derek inclinó la cabeza en un ángulo orgulloso.

—¿Vuelves a desobedecer una orden policial?

El tono ronco de su voz y esa mirada entornada la persuadían, cortocircuitaban todos sus pensamientos.

—No. Claro que no.

—Eso creía. —Sonrió.

Martha les observaba desde abajo. Megan le había parecido simpática al principio, pero en cuanto apareció su padre se le había puesto sonrisa de boba y a él se le había caído la baba. No obstante, la idea de pasar más tiempo con la perrita era mayor que el desagrado que le producía la presencia de la mujer. Por lo tanto, acató la decisión de los adultos sin rechistar.

Había ardillas merodeando por los alrededores y *Abby* corría detrás de ellas dando pequeños brincos. A su vez, con el nudo del vestido azul desatado y la goma del pelo suelta, Martha corría tras ella. El efecto que la caniche ejercía sobre Martha era asombroso. Su hija tenía un carácter reservado y tranquilo, aunque no siempre había sido así. Desde que Karen había regresado a Los Ángeles, Martha se había replegado dentro de una concha a la que Derek le costaba acceder. Ni con todo el esfuerzo del mundo había

logrado arrancarle aquellas risas que ahora sonaban a lo lejos como música celestial. Se le dibujó una sonrisa en los labios mientras la observaba.

—No me contaste que tenías una hija.

—No surgió el tema de conversación.

—¿Cuántos años tiene?

—Nueve, aunque es muy madura para su edad.

—Es una niña guapísima. Se parece a su padre.

—¿Estás intentando ligar conmigo? —Alzó una ceja.

—Quizás. —Megan se mordió el labio— ¿Hay algún problema?

—Ninguno, a menos que quieras salirte con la tuya.

Ella sonrió con timidez. Sí, quería más de él. Era como si Derek hubiera abierto un mundo nuevo ante sus ojos.

—¿Cuánto tiempo pasa contigo?

—Martha vive conmigo. Visita a su madre en el mes de julio y una semana en Navidad.

—Así que tienes la custodia única.

—Sí, la tengo. Para Karen siempre fue más importante su carrera que nosotros dos, así que no puso objeciones. —Derek metió las manos en los bolsillos de los vaqueros—. Quiero a mi hija con toda mi alma y agradezco todos los días de mi vida que esté conmigo.

Megan no podía concebir que una mujer abandonara a su hijo. Ella había perdido a su madre y estaba especialmente sensibilizada con ese tema. Observó a la niña que correteaba con *Abby* y se preguntó qué clase de mujer podía anteponer su trabajo a su propia familia. Seguro que Derek era un buen padre, pero a Megan se le rompió el corazón por Martha y por las carencias afectivas con las que tendría que cargar durante toda su vida.

—¿Cómo lo lleva Martha?

—Cree que Karen y yo volveremos a estar juntos algún día. Aunque eso no ocurrirá, claro.

Martha reía por delante de ellos. Trataba de hacer comprender a *Abby* que al chasquear los dedos debía sentarse sobre las patas traseras, pero la caniche estaba más pendiente de las ardillas que de las órdenes de la niña.

—Le encantan los animales —comentó Megan.

—Sobre todo los perros. Hacía mucho tiempo que no la veía disfrutar así.

—Tal vez deberías permitirle que tuviera uno.

—Lo tendría si no supiera que toda la responsabilidad recaería sobre mí.

—Vamos, no te hagas el duro. A ti te gustan los perros.

—Me gustan en las casas de otros. Además, Annabelle es alérgica a los animales.

Escuchar el nombre de la mujer pelirroja que siempre la miraba con tanto desdén le hizo ponerse seria. No había vuelto a pensar en lo que Cole insinuó la noche del sábado anterior acerca de Derek y Annabelle, pero esa nueva alusión hizo que sus alarmas se pusieran a sonar.

—¿Tu compañera de trabajo?

—Se queda con Martha cuando la asistente se marcha a casa y a mí me surge algún imprevisto.

—Así que Annabelle es esa mujer a la que no besas como en las películas.

—¿Cómo dices?

—Martha me contó que a ella le gusta Annabelle pero que no os besáis.

—Ah, eso... —Soltó una carcajada—. A Martha le gustan todas las mujeres que no representan una amenaza para ella.

—Cole me dijo que os acostabais juntos.

Derek la miró con sorpresa.

—Bueno, Cole dice muchas estupideces.

—De todas formas, no le creí.

—Claro que le creíste. La noche del sábado te morías de celos. —La provocó a conciencia.

—No estaba más celosa que tú. —Distendió la expresión y él resistió el impulso de acariciarle la mejilla—. ¿Ha habido muchas mujeres después de tu divorcio?

—Tuve una relación breve. —No le gustaba hablar de eso, pero Megan manifestaba tanto interés que no iba a ser sencillo eludirlo—. Martha se encarga de espantarlas a todas.

—¿Qué sucedió?

—Es una historia triste —repuso.

—Da igual. Quiero escucharla.

Derek suspiró resignado.

—Se llamaba Charleze y era maestra de primaria. Le encantaban los niños, así que en nuestra segunda cita se empeñó en conocer a Martha. La invité a cenar a casa y vino con un enorme oso de peluche y una tarta de fresa, la favorita de Martha. Durante la cena, Charleze comentó que le aterrorizaban los ratones, así que Martha soltó a sus hámsteres cuando

tomábamos el postre. Le dio un ataque de ansiedad y terminamos la noche en urgencias.

A Megan se le escapó una carcajada, en parte, por el tono humorístico que Derek había empleado. Sin embargo, un segundo después su expresión se oscureció y perdió todo rastro de diversión.

—Charleze sabía que Martha la detestaba, pero no se dio por vencida y seguimos saliendo durante un tiempo. Era una mujer agradable, podríamos haber tenido algo juntos de no ser porque se quitó la vida tres meses después.

El testimonio la dejó sin palabras.

—¿Se... suicidó?

—Saltó desde el balcón de su casa. Vivía en un quinto piso y murió en el acto. La autopsia reveló que había ingerido tranquilizantes una hora antes de su muerte y el informe de su psicólogo mencionaba que sufría una grave depresión desde hacía años. Nunca me dijo que tuviera problemas.

—Vaya, lo siento. —Cabeceó.

—No ha habido otra mujer desde entonces. —Sus miradas se encontraron en el silencio que sucedió—. Me encantas, Megan.

Ella se estremeció. Su corazón se infló tanto de dicha como de miedo.

—No me mires así.

—¿Así? ¿Cómo?

—Como si estuvieras desnudándome con la mirada.

—Estoy desnudándote con la mirada. —Derek retiró un mechón rubio que le caía sobre la mejilla y lo metió detrás de su oreja—. Acompáñanos a casa, tengo algo para ti.

Con semejante invitación se le llenó el cerebro de fantasías. Quería verle desnudo. Quería tocarle, besarle, y que él la encerrara entre la muralla de sus brazos.

—¿Y qué pasa con Martha?

—Se quedará con *Abby* en el jardín de casa mientras te doy eso que tanto deseas.

Megan entornó los ojos. Se estaba acalorando.

—¿Y dónde piensas dármelo?

—¿Qué importa el sitio?

—Es verdad. No importó la otra vez.

—¿Qué otra vez?

Derek fingió extrañeza y ella agrandó los ojos. ¡Le estaba tomando el pelo!

—¿A qué te estás refiriendo?

—Al informe forense. ¿Y tú? ¿A qué te refieres tú?

Le habría atizado un buen empujón de no ser porque ansiaba el informe forense tanto como acostarse con él. Bueno, en ese momento, un poco menos.

—¿Vas a darme una copia? —Su excitación eclipsó todo rastro de coqueteo—. Todavía no se ha levantado el secreto de sumario.

—Lo sé, actúo en contra de mis principios. Pero confío en ti.

Y esa confianza se manifestó en su mirada y la hizo sentirse bien. Muy bien.

Un rato después, Megan le preguntó si las cosas andaban calmadas en comisaría.

—Ben está manso como un cordero y no despega la nariz de su ordenador. No sé si eso será bueno o no, porque ha adoptado la teoría de que fue un exnovio de Emily quien la asesinó. Flint le ha animado a que siga esa línea de investigación, pero yo pienso que está perdiendo el tiempo.

—¿En qué hechos se ha basado para sospechar de un exnovio?

—En que Greer cumplió una condena por tráfico de drogas en el condado de Armstrong y en que una antigua novia le ha dicho a Cole que Greer es un tipo violento.

Megan reflexionó al respecto, pero antes de decirle que tampoco apoyaba esa línea de investigación, vieron a Martha tropezar y caer de bruces en el suelo terregoso. La niña se levantó inmediatamente como si no hubiera sucedido nada, pero tenía sangre en las rodillas y en las palmas de las manos. Derek aceleró el paso. Veía la sangre a diario, pero no la soportaba en el cuerpo de su hija.

—¿Te duele, cariño?

—Un poco. —Admitió.

Se estaba haciendo la valiente. Tenía los ojos húmedos y apretaba los labios. La tomó de la mano y la llevó hacia la fuente más cercana. Megan les siguió junto a *Abby*.

—Vamos a lavar bien esas rodillas.

Era un padre cariñoso y protector, y Megan se deshizo mientras observaba esa faceta hasta ahora desconocida para ella. Abrió ligeramente el grifo y sujetó las manos de Martha bajo el chorro de agua para eliminar los restos de tierra y de sangre. Después hizo lo propio con las rodillas. Megan le tendió un par de pañuelos de papel para que se secara.

—Tenemos que ir a casa para desinfectarte en condiciones. —Arrojó los

pañuelos en la papelería más cercana.

—Pero si ya no me duele y no sangro nada —protestó Martha, que veía que tenía que separarse de *Abby*.

La perrita le lamió los dedos y la niña sonrió. Alzó la cabeza para mirar a su padre con ojos suplicantes. A él se le ocurrió una idea.

—No me mires con esa cara de angelito, no vas a convencerme. O vamos solos a casa o nos acompañan Megan y *Abby*, ¿qué decides?

Darle ese poder ficticio de decisión no le molestaría tanto como imponerle la presencia de Megan. Sabía que diría que sí. Martha puso ceño. Miró a Megan y luego bajó la vista hacia *Abby*. Luego le dio un tirón en la camiseta para que descendiera a su altura y apoyó los labios en su oreja.

—¿Si viene *Abby* también tiene que venir ella?

—Claro. La perrita es suya.

Martha observó los ojos negros de la caniche que la miraban con interés y su pequeña lengua sonrosada volvió a lamer sus dedos al acariciarle el hocico. Martha terminó por asentir.

—Vale, papá.

Megan nunca había pensado en formar una familia. Ella procedía de un hogar tan desestructurado que no había desarrollado instintos de pertenencia. No conocía el concepto de familia como el núcleo sólido de unión entre personas que se apoyan las unas en las otras. Ella solo podía hablar de abandono y sufrimiento.

Sin embargo, mientras observaba a Derek y a Martha se le formó una sonrisa en los labios, y un sentimiento cálido y novedoso le inundó el pecho. Entre Derek y Martha existía un vínculo inquebrantable e indestructible. Por primera vez en su vida, deseó ser partícipe de algo así.

Derek le dedicó una mirada de complicidad.

De regreso a casa, Martha se empeñó en hacer una parada en la pizzería de Anthony. Ya habían cubierto el cupo de pizzas para esa semana, que Derek había establecido en dos raciones sin posibilidad de negociación, pero sucumbió a los caprichos de su hija cuando Megan medió entre ambos, posicionándose del lado de la niña. La pizza que le gustaba a Martha era también la favorita de Megan.

Derek residía a un par de manzanas del parque Schenly. La típica vivienda de dos plantas con el amplio jardín delantero estaba ubicada en un tranquilo barrio residencial donde los vecinos se saludaban por la calle, aunque no se conocieran. Había niños montando en bicicleta y familias

pasando la tarde del sábado en los porches de sus casas. Se respiraba un aire familiar. Megan hizo comentarios sobre lo acogedor que le pareció su vecindario.

Al contrario, la casa de Derek era fría e impersonal, muy masculina y austera. El mobiliario brillaba por su ausencia y los escasos toques de color los daban los peluches de Martha que poblaban el sofá del salón. Derek curó las heridas de su hija en el baño mientras Megan rumiaba qué más podía decir para ganarse su simpatía. Al menos, cuando había interferido en el tema de las pizzas había conseguido ganarse una liviana sonrisa.

Cuando los rasguños de Martha quedaron debidamente desinfectados, la niña salió con *Abby* al jardín trasero. Ya empezaba a atardecer, pero todavía quedaba una hora de luz antes de que anocheciera.

—Vamos arriba. —Le dijo él.

Capítulo 10



Derek había habilitado una de las habitaciones de la planta superior como despacho, y estaba mucho más ordenado y limpio que el de comisaría. Había una estantería con libros, un armario archivador y una mesa de escritorio con un ordenador. Él se aproximó a la mesa, agarró el informe de la autopsia y se lo entregó. Ella bullía de excitación.

—Sé que es innecesario que te recuerde que...

—No publicaré nada hasta que el juez levante el secreto de sumario. — Le prometió—. Sé lo que te juegas y jamás haría nada que pusiera en peligro tu trabajo—. Esbozó una sonrisa de gratitud—. Gracias Derek.

Se dirigió hacia la ventana donde había algo más de luz y hojeó las páginas por encima, sin detenerse en la lectura. Derek acudió a su lado y la observó en silencio. Repasó su rostro con detenimiento mientras sus pupilas se movían sobre los párrafos del informe, y comprobó que la familiaridad de sus rasgos le despertaba una emoción que le agitaba el interior. Cuando hablaban se establecía entre los dos una conexión inmediata y el sexo con ella había sido glorioso. Recordarlo ahora le puso duro y buscó a Martha a través de la ventana. Se estaba meciendo en su columpio, con *Abby* correteando a su alrededor.

Deslizó las manos por su cintura y ella dio un respingo involuntario ya que no esperaba que la tocara, aunque estaba deseando que lo hiciera. Metió los dedos bajo su camiseta y acarició su piel. A la luz del atardecer, en sus preciosos ojos grises brillaban motas plateadas que absorbían la luz. Su labio inferior se abrió insinuante. Derek deslizó los dedos entre sus cabellos, que parecían finos hilos de oro.

Megan dejó el informe a un lado y apoyó las palmas sobre su fornido pecho. Le invadieron oleadas de calor cuando él la besó en el cuello.

—Qué suave eres aquí —murmuró.

Derek apesó el lóbulo de su oreja entre los labios y lo rozó con la punta de la lengua. Besó ávidamente la piel sensible de su garganta mientras deslizaba las manos por sus costados y sus dedos topaban con los aros del

sujetador.

—Tu olor me vuelve loco.

Enterró la nariz en su pelo e inspiró el aroma a vainilla que desprendía. Clavó suavemente los dientes en la fragante zona entre el cuello y el hombro, y amoldó su erección contra la tersa curva de su vientre. Luego metió las manos por debajo de las copas del sujetador y cubrió sus apetitosos senos con las palmas. Ella se tensó de placer.

—Derek... No deberías... —Gimió cuando le pellizcó los pezones con suavidad — ...empezar algo que no puedas terminar.

Ella le pasó los brazos alrededor de los hombros y enredó los dedos en los cabellos negros que le caían sobre su nuca. Y lo besó de todas las maneras posibles. Con los labios, con la lengua, con el alma... La realidad se fue apagando como una vela en una habitación sin oxígeno.

Derek jadeó su nombre contra su boca y la aprisionó contra la pared. Una parte de él sabía que debía parar antes de que a Martha se le ocurriera regresar a la casa, pero la más insensata prefería morir antes que interrumpir el intenso placer de tenerla entre sus brazos. Le perfiló los labios con la lengua, se los mordisqueó con lujuria y sorbió su deliciosa lengua. Ella respondía con fogosidad. Pero su ímpetu mutuo quedó congelado al escuchar ruidos en la casa.

Derek miró por la ventana y comprobó que Martha ya no estaba en el jardín. Enseguida escucharon sus pasos que subían las escaleras.

El deseo insatisfecho fue como recibir un mazazo.

Megan recuperó el informe forense y se atusó el cabello despeinado mientras él se arreglaba la camiseta. Algunos minutos después, Martha cenaba su trozo de pizza acompañado de un refresco mientras los adultos hablaban en clave sobre temas que ella no entendía, pero que estaban relacionados con el trabajo de su padre. Su pasión por *Abby* era superior al desagrado que le producía la «amiga» de su padre, y por eso le pidió a él que la perrita se quedara con ella hasta que se metiera en la cama. A Megan le pareció bien. Sabía que con Martha en casa no tendrían relaciones sexuales, pero, al menos, estaría con Derek de la forma que fuera.

No fue invitada a la reunión que tuvo lugar en el cuarto de Martha. Ella esperó fuera, con la espalda apoyada en la pared del pasillo y junto a la puerta entreabierta. Sonrió ante el entrañable intercambio de palabras entre padre e hija.

—¿Y podré volver a ver a *Abby*? —susurró Martha, con voz

somnolienta.

—Claro que sí. —Derek echó hacia atrás la sábana para que Martha pudiera meterse en la cama. Después la arropó hasta la cintura y *Abby* saltó junto a la niña. Derek le acarició las orejas a la perrita—. Siempre que Megan quiera.

En la expresión de la pequeña se delineó una mueca de desgana.

—No me gusta la mujer —susurró.

—¿Y eso por qué? —Acarició los largos cabellos oscuros que se desparramaban sobre la almohada y la contempló con adoración. Evitó mirarla a los ojos, su hija siempre descubría sus emociones con respecto a las mujeres.

—Porque tú le gustas —dijo—. Mamá se enfadaría mucho contigo.

—No es verdad, cariño. Tú madre ya no se enfadaría conmigo. Además, ella está saliendo con un hombre, ¿no?

—No. —Negó con la cabeza—. Es solo un amigo.

Eso era lo que Karen le había contado a Martha. Pero lo cierto es que Karen mantenía una relación sentimental con un productor de Hollywood desde hacía un año.

—Megan también es una amiga. Una amiga muy especial.

—¿Le gustan los ratones? —Martha señaló su pareja de hámsteres.

—Le encantan los animales, así que nada de trucos. —Dio un golpecito con el índice en la punta de su nariz respingona.

—Es muy guapa, más que Charleze. —Torció el gesto.

—Lo es.

—Pero mamá es más guapa todavía. —Sus increíbles ojos azules brillaron bajo la incidencia de la luz de la lamparilla que había sobre la mesita.

—Sí, tú madre es una mujer guapísima. —Le besó la frente y luego le hizo cosquillas en los costados. Martha se retorció de risa—. Pero tú eres la más bonita de todas.

—Te quiero, papá. —Le rodeó los hombros y le dio un beso.

—Yo también te quiero. —Sonrió—. Y ahora, a dormir. —Hizo ademán de apagar la luz, pero Martha protestó.

—Todavía no tengo sueño. ¿Me dejas el cuento de la bruja Agnes? —Estiró el brazo y señaló la estantería repleta de cuentos que había sobre su cama.

—¿Diez minutos y apagarás la luz?

—Te lo prometo.

Derek se alzó y observó los cuentos de su hija, que él solía contarle las noches que podía hasta no hacía mucho tiempo. Le habría gustado seguir haciéndolo, pero Martha estaba creciendo muy deprisa y ella consideraba que ya era demasiado mayor para eso.

Derek puso ceño.

—El de la bruja Agnes te da miedo. Elige otro.

—No es cierto, no me da miedo. Quiero ese cuento.

—La última vez que lo leíste te despertaste a medianoche y acudiste a mi cama.

—Tenía cinco meses menos que ahora —replicó.

Derek resopló y trató de disuadirla con una mirada recelosa que no sirvió de nada. Finalmente, se lo tendió.

—Diez minutos.

—Vale, papá. —Sonrió satisfecha— ¿Puede quedarse *Abby* conmigo hasta que me duerma?

Abby estaba tumbada a su lado, y no mostraba ninguna prisa por seguir a Derek.

—Sí, claro. Buenas noches.

—Buenas noches.

Abandonó la habitación de Martha y entornó la puerta. Megan le esperaba en el pasillo y curvó los labios al verle aparecer.

—¿Tienes hambre? —Le preguntó él.

—Estoy famélica. —Le confesó.

Bajaron las escaleras hacia la planta inferior y entraron en la cocina.

—¿Hasta dónde has escuchado?

—Todo.

—¿Todo?

Derek sacó la pizza del envase de cartón y la calentó un poco en el microondas.

—Las paredes de tu casa son de papel. —Se encogió de hombros.

—Ha dicho que eres muy guapa. Siempre decía que Charleze se parecía a la bruja fea Agnes, la protagonista de ese cuento que tanto le gusta. —Le indicó que tomara asiento.

—Es un alivio que no me haya comparado con una bruja. —Sonrió—. Ahora que Martha no está, ¿hablamos abiertamente de trabajo?

A Derek no le apetecía, su mente todavía estaba conectada a las

sensaciones que se le habían despertado mientras la besaba. Creía que le resultaría imposible mirarla y hablar de una autopsia al mismo tiempo. Quizás era lo que necesitaba para enfriarse, ya que con Martha arriba no era posible tomar a Megan y sentarla sobre la mesa de la cocina para colocarse entre sus piernas. Sintió un tremendo tirón en la entrepierna al tiempo que el microondas lanzaba un pitido.

—¿Derek?

—¿Refresco o cerveza? —Volvió la cabeza y la miró desde el frigorífico.

—Con la pizza cerveza.

A ella también le costaba desconectar. Se quedó mirando su imponente cuerpo mientras buscaba las cervezas en el frigorífico. La sorprendió mirándole el trasero y Megan apretó los labios.

—El caso Williams —repitió ella.

—¿Qué quieres que comentemos?

Derek tomó asiento y la humeante pizza formó un velo entre los dos. La troceó y tomó una porción mientras ella abría su lata de cerveza y lo ponía al corriente de sus impresiones.

—Hay algo que no me cuadra. Sabemos que a Emily la asesinaron porque descubrió los negocios ilegales de Helsen. Pero sigo pensando que él no lo hizo. Tal vez contrató a un profesional, pero de ser así, no me cuadra que hubiese tanto ensañamiento. Además, un profesional le habría disparado, ¿no? —Puso ceño—. Todos los indicios apuntan a un crimen pasional, lo que me lleva a pensar que Emily tenía otro amante.

Derek le dio un buen bocado a su pizza.

—Helsen no es el autor material, tiene una coartada muy sólida. —Ella enarcó las cejas, no conocía esa información—. Si Emily tuviera otro amante su muerte ya no tendría nada que ver con los asuntos de Helsen, a no ser que ese otro amante también estuviera implicado, claro.

—No es una teoría descabellada.

A Derek tampoco se lo parecía, por eso estaba investigando a Gary Harris, el fundador de La Orquídea Azul. En el sepelio de Williams guardaron las distancias, pero Derek sabía que Helsen y Harris eran amigos.

—¿En qué estás pensando? —Le preguntó ella. Él hizo un gesto, como si no tuviera importancia—. Todavía no te fías de mí.

Él sonrió con lentitud.

—¿Cómo va tu perfil del asesino? —Intentó desviar su atención.

—Bueno, aún no he leído el informe forense, pero el común denominador de este tipo de criminales es que fueron víctimas de maltrato físico y psicológico durante la infancia. Su hogar familiar estaría formado por un padre ausente, poco comunicativo, insensible y totalmente indiferente a sus hijos. La madre sería extremadamente protectora y muchas veces agresiva y violenta. Seguramente padecía una gran inestabilidad emocional. —Bebió un sorbo de cerveza—. La falta de integración de los cónyuges ocasiona consecuencias nefastas para sus hijos. Estos delincuentes son compulsivos, tanto en la agresión como en la conducta sexual.

—Pero saben lo que hacen.

Megan asintió.

—Conservan la mayoría de sus funciones perceptivas y mentales, pero su conducta se encuentra alterada por una anomalía psíquica. —Megan curvó los labios en una sonrisa cuando Derek apoyó el mentón sobre la palma de la mano, dedicándole su máxima atención—. Además, es muy difícil reconocerlos a simple vista. Enmascaran sus patologías bajo una fachada y una conducta social impecable.

Derek tomó la palabra.

—El criminal, frecuentemente castiga de forma desmesurada a su víctima porque goza del dolor físico y moral de ésta. La visión del sufrimiento le excita, ¿no es así?

—Así es —asintió. Megan mordió el sabroso queso de la pizza, que formó hilillos al estirar de él, y lanzó la pregunta cuya respuesta más le interesaba saber— ¿De qué conocías a Emily?

Derek esperó a tragar un bocado y luego se limpió los dedos en una servilleta de papel.

—Hace un mes aproximadamente la policía llevó a cabo un programa de desintoxicación para drogodependientes. En Los Ángeles trabajé unos meses en narcóticos, así que asumí un papel de apoyo en las charlas. —Se llevó la cerveza a los labios y la miró por encima de la botella. Megan se fijó en el movimiento de su nuez. Le pareció muy sexy—. Emily estuvo asistiendo puntualmente, tenía problemas con la cocaína y quería desengancharse. Siempre se quedaba hasta el final y esperaba a que todo el mundo se marchara para hablar a solas conmigo. Me dijo que era modelo, que vivía en Pittsburgh desde hacía un año y que no tenía familia. —Hizo una mueca—. Me dio lástima. Estaba sola y parecía vulnerable.

—¿Qué relación tuviste con ella?

Le dio la sensación de que lo preguntaba la mujer, no la periodista.

—Amistosa. Aunque ella llegó a... obsesionarse.

—¿Obsesionarse? ¿Contigo?

—En ocasiones me esperaba al salir del trabajo y cuando no podía verme me llamaba al móvil. Había días que recibía hasta diez llamadas seguidas. Una noche me estaba esperando a la salida de comisaría con un ataque de nervios. La acompañé a su casa, pero no quiso contarme qué le sucedía. Ojalá no me hubiera ocultado tantas cosas, podría haberla ayudado si hubiera confiado en mí.

—Estaba enamorada de ti. No quería que supieras a qué se dedicaba.

—Se habría enamorado de cualquiera que la hubiera ayudado a salir de ese pozo. Asistía a demasiadas fiestas y tomaba demasiada coca.

Terminó de devorar el último trozo de pizza y se levantó para coger un par de donuts del frigorífico. Le tendió uno a Megan, pero ella lo rechazó.

—¿Alguna novedad sobre Malcom Helsen? ¿Los informáticos han conseguido reparar la información de los discos duros?

—Trabajan noche y día en ello. El ácido destrozó los controladores, pero creen que podrán rescatar alrededor del diez por ciento de la información. —Esbozó una sonrisa sardónica—. Helsen es un tipo listo. Estoy seguro de que se valió de su parentesco con el juez Sullivan para retrasar la orden judicial de registro.

—¿Son parientes?

—El juez está casado con la hermana de Helsen. —Le dio un bocado al donut. Demostró estar hambriento y cabreado a partes iguales— ¿Te suena de algo el nombre de Gary Harris?

—Es el fundador de La Orquídea Azul. Estuvo en el funeral de Emily. ¿Qué sucede con él?

Llegados a ese punto, a Megan se le planteaba la disyuntiva sobre la conveniencia o no de mencionarle sus propósitos de convertirse en una chica de La Orquídea Azul. No creía que fuera a tomárselo demasiado bien.

—Combatió junto a Helsen en la guerra de Vietnam —respondió—. Bajo las órdenes del general Charles Cole.

Derek guardó silencio para que Megan pudiera establecer la relación. Fue mucho más rápida de lo que él esperaba.

—¿Cole? ¿El padre de Ben? —Abrió los ojos grises como platos.

—Echa el freno, ya sé por dónde vas. Nada de conclusiones precipitadas. —Le advirtió él.

—¿Acaso a ti no te parece sorprendente?

—El mundo está lleno de coincidencias.

—¿Qué dice Cole?

—No los conoce, aunque recuerda haberles visto cuando era un niño.

Tan pronto como llegara a casa, iba a indagar sobre la relación que había entre Ben Cole, Helsen y Harris. Estaba segura de que había un nexo de unión entre los tres al margen del padre de Cole. Entonces, sin más, las palabras salieron solas mientras se levantaba y llevaba el plato vacío al fregadero.

—Voy a infiltrarme en La Orquídea Azul.

Nada, ni un murmullo a su espalda. La atmósfera se fue cargando de tensión hasta que él se levantó de golpe. Plantó su mano grande sobre la encimera y se inclinó sobre ella mientras enjuagaba el plato.

—Espero que sea una broma.

—No, no lo es —dijo con serenidad.

—¿Es que has perdido el juicio? —Su voz se alzó, más ronca de lo habitual. Ella negó con la cabeza—. Entonces es que piensas que yo he perdido el mío.

Derek había invadido su espacio vital y la empequeñecía con su impresionante tamaño. Ella se cruzó de brazos y lo encaró. No entendía por qué su reacción era tan desmesurada, hasta que atisbó una preocupación sincera en sus ojos.

—No está entre tus competencias decirme lo que tengo que hacer.

—Me tomaré las competencias que me dé la gana hasta que abandones esa idea. ¿Qué diablos pretendes?

—Hacer mi trabajo, igual que tú haces el tuyo —contestó con sequedad.

—¿Tu trabajo es poner tu vida en peligro?

—¿Mi vida en peligro? —Arqueó las cejas.

—Es probable que La Orquídea Azul no sea más que una cortina de humo que esconde un negocio fraudulento. ¡Ha muerto una mujer! —Le espetó con fiereza.

—No voy a quedarme de brazos cruzados en mi oficina. —Le miró con rabia—. Soy mayorcita y asumo los riesgos que mi trabajo conlleva. Además, no necesito tu beneplácito. Yo solo respondo ante Preston Smith.

Derek se pasó una mano por el pelo y masculló una maldición.

—Quiero que me lo cuentes todo. Ahora. —Le exigió.

Su impertinencia la sacó de quicio, pero supo que no iba a conseguir

nada productivo enfrentándose a él. Derek no la dejaría marchar sin que antes le pusiera al corriente de sus planes. Maldijo el momento en el que se los había revelado. Dio un paso atrás para no tener que levantar la cabeza al mirarle y comenzó por el principio. Le mencionó lo referente a su falsa identidad y a la tapadera que sus compañeros de trabajo habían organizado para ella. También le habló de su entrevista con Gary Harris y de su inminente viaje a Nueva York para acudir a la cita con un fotógrafo que le haría un *book* en lencería. Él mantuvo la mandíbula apretada todo el tiempo y, cuando Megan terminó de explicarse, apretó los puños y acudió a la mesa en dos zancadas. Retiró bruscamente los restos de la cena y dejó caer el plato sobre el fregadero. Cabeceaba. Estaba furioso, era como un recipiente cargado de energía negativa.

—¿No piensas decir nada? —Ella cruzó los brazos sobre el pecho.

Derek la miró y Megan tuvo la impresión de que podría desintegrarla con el furor azul de sus ojos.

—No te va a gustar escucharlo.

—Entonces no te molestes en decirlo. —Se secó las manos con un paño y lo dejó caer en la encimera—. Será mejor que esta conversación termine aquí.

Ella se encaminó hacia la puerta de la cocina y Derek le dio alcance en el salón. La agarró por encima el codo y la obligó a girarse.

—¿Dónde crees que vas?

—A casa. Es tarde y estoy cansada.

Trató de soltarse, pero sus fuertes dedos se clavaron un poco más en su carne.

—No puedes ir caminando a estas horas. Yo te llevaré.

—No puedes dejar sola a Martha.

—Entonces llamaré a un taxi.

—Yo lo haré.

Sacó el móvil de su bolso e hizo la llamada. Él tenía los brazos en jarras.

—Sabes que puedo impedírtelo.

—¿Cómo? ¿Volviendo a meterme en la cárcel? —Ironizó—. No puedes impedírmelo, no estoy infringiendo ninguna ley ni me estoy entrometiendo en tu investigación.

—Pero puedo convertirme en tu sombra si me da la gana.

—Hotel Carlyle, cerca de Central Park. Ahí es donde voy a hospedarme por si deseas realmente convertirte en mi sombra. —Lo desafió.

Megan tomó a *Abby* que estaba dormida sobre los cojines del sofá.

—¿Qué piensas hacer? ¿Curiosear en los ordenadores de Gary Harris y en sus archivos? —Su voz volvió a alzarse, áspera como una lija— ¿Salir cada noche con uno de esos vejestorios ricachones que buscan chicas jóvenes a las que hacerles regalos caros para conseguir un polvo a cambio?

—¡No es una casa de putas!

—¡Ha muerto una persona y no quiero que corras ningún riesgo! —Le habló como si ella tuviera alguna dificultad para que las cosas le entraran en la cabeza.

De algún modo, a Megan le agradaba su reacción protectora. Sabía que no estaba pensando como un policía, sino como un hombre. Se preocupaba realmente por ella, nunca alguien lo había hecho, ni siquiera Jim, y eso le caló hondo. Pero nada le haría cambiar de opinión.

—Todo saldrá bien. Buenas noches, detective Taylor.

Capítulo 11



El martes por la mañana, cuando el sol despuntaba perezosamente en el este y las sombras purpúreas todavía se aglutinaban en los rincones de la Avenida Gleenwood, Megan enfiló el Viper calle abajo, todavía somnolienta. Enroscada en el asiento del copiloto *Abby* dormitaba ajena a su destino. Hannah se había ofrecido a quedarse con ella.

Recogió a Jodie Graham de camino al aeropuerto. Había sido un detalle muy generoso por su parte que se hubiera ofrecido a acompañarla a Nueva York. Como había vivido allí durante muchos años, se conocía al dedillo la ciudad. Habían reservado un par de habitaciones en el Hotel Carlyle junto a Central Park y Jodie también había programado una visita turística por la ciudad antes de acudir al estudio de su hermano.

Durante el vuelo Jodie le dijo que tenía muchas ganas de encontrarse con él. Ella se había marchado de Nueva York hacía siete meses y desde entonces no había vuelto a ver a su familia.

—Insisten en venir a verme, pero se quedarían horrorizados si descubrieran el cuchitril donde estoy viviendo.

—¿Crees que eso importaría a tu familia?

—Ellos se preocupan mucho por todo, aunque también es cierto que les he dado motivos suficientes para que lo hagan. —Su expresión era triste. Megan tenía la sensación de que su vida no había sido nada sencilla—. Es una historia complicada, no quiero aburrirte con mis problemas.

—No me aburres, puedes hablarme de ello si quieres.

Apenas se conocían, pero habían simpatizado. La conexión especial que había entre las dos animó a Jodie a hablar.

—Mi familia no tiene ni idea de que trabajo como chica de compañía. Creen que tengo un empleo de auxiliar de enfermería en un centro de salud. —Enlazó los dedos sobre el regazo—. Antes de dedicarme a la moda hice un módulo de auxiliar de clínica.

—Pero es un trabajo digno. ¿Tan terrible sería que se enteraran?

—¡Dios, sí! A mi madre le daría un infarto. Además, quiero dejarlo en

breve. No tiene sentido preocuparles innecesariamente. —Se encogió de hombros—. Estoy yendo a clases de arte dramático. Quiero ir a Los Ángeles cuando esté preparada.

Le contó que siempre había querido ser actriz y que estuvo a punto de matricularse en una escuela de arte dramático.

—Pero entonces un cazatalentos se cruzó en mi camino y me captó para su agencia de modelos. Decidí postergar mis ambiciones para después.

—¿Por qué viniste a Pittsburgh?

—Agarré un mapa de Estados Unidos, cerré los ojos y apunté con el dedo. Estaba pasando un mal momento y me daba igual adónde ir.

Conforme la conversación se distendía, Jodie le habló de los verdaderos motivos por los que había huido de Nueva York. La razón se llamaba Tex Cadigan, el que había sido su última pareja.

—Esta cicatriz no me la hice en ningún accidente de coche. —Se señaló la comisura del labio—. Tex y yo tuvimos una fuerte discusión y me golpeó. Rompí los cristales de una ventana con la cara. —Megan se estremeció—. Podría haber sido mucho peor, debo considerarme afortunada. Hice las maletas y me marché de Nueva York. Tex no sabe nada sobre mi paradero, pero tengo miedo de que algún día se entere y venga a buscarme.

Megan colocó la mano sobre la de Jodie, a modo de comprensión.

—Ahora intento rehacer mi vida. —Esbozó una sonrisa triste, aunque cargada de esperanza. Entonces cambió de tercio—. Le he contado a John que eres periodista y que andas investigando un concurso de belleza porque sospechas que es fraudulento. Necesitas las fotografías para infiltrarte en la organización y hacerte pasar por una concursante que aspira al premio—. A Megan se le encogió el estómago. Creyó que había descubierto su verdadera identidad—. No voy a contarle la verdad ya que podría sospechar de mí, ya sabes.

—Cla-claro —asintió.

Se la quedó mirando, indagando si había algo oculto tras la cristalina mirada de sus ojos, pero solo se trataba de una mera coincidencia.

—Si quieres inventarte algo diferente...

—Oh, no. Está bien así, es solo que... —Movié una mano en el aire—. Me da un poco de vergüenza ponerme delante de un fotógrafo en ropa interior.

—No te preocupes. Mi hermano es un profesional.

Megan siempre había sido intrépida y decidida, pero las palabras de

advertencia de Derek estaban más presentes de lo que deseaba y por eso había momentos en los que le preocupaba seguir dando pasos en el túnel oscuro y de camino incierto en el que se estaba metiendo. Hasta que Derek lo había mencionado, a ella no se le había ocurrido pensar que La Orquídea Azul pudiera ser una tapadera que encubriera los negocios ilícitos de Helsen. De ser así, Harris debía de estar tan implicado como él.

Se preguntó si Jodie conocería a Emily. Seguramente, sí. Quizás incluso podría ofrecerle información relevante, pero decidió que era demasiado pronto para realizar preguntas comprometidas. Prefería esperar a ganarse un poco más su confianza.

—¿Estás saliendo con alguien? Espero que no te incomode la pregunta...
—comentó Jodie.

—No, claro que no. —Movi6 la cabeza en sentido negativo—. Mi última relación terminó hace un par de años. Desde entonces no he estado con nadie.

—Eso mismo tendría que haber hecho yo —aseguró.

—¿Otra mala experiencia?

—He estado saliendo con un policía hasta hace poco tiempo. Pensé que podía tratarse de alguien especial, ya sabes, alguien de quien poder fiarse y con quien sentirse protegida y esas cosas, pero debo de ser un imán que atrae a todos los tíos sin escrúpulos. Menudo capullo, descubrí que se estaba acostando con una amiga mía y ninguna de las dos conocía su doble juego.

Megan le habló de Jim Randall, aunque fue inventándose sobre la marcha aspectos de su vida que Jodie no podía conocer. Fue agradable compartir experiencias sobre hombres con otra mujer, hacía siglos que no hablaba de esos temas. Sin embargo, no quiso mencionar a Derek, su cabeza estaba demasiado enredada.

Dejaron las maletas en el hotel Carlyle y pasaron la mañana realizando algunas compras por Manhattan. A pesar de las reticencias de Megan, Jodie eligió para ella un par de atrevidos conjuntos de lencería en Victoria's Secret. Pensar en que Gary Harris iba a distribuir sus fotografías con esas prendas tan íntimas entre la clientela de La Orquídea Azul le daba pavor, pero no había más remedio que hacerlo.

El taxi que las recogió en el hotel tomó la calle setenta y cuatro y se detuvo en el ciento tres, frente a un edificio antiguo y portentoso. La puerta era blanca, inmensa, de hierro forjado. La fachada de granito gris tenía inmensos ventanales con marcos oscuros, muy al estilo de los edificios antiguos del norte de Manhattan. Jodie pulsó el interfono. A Megan le ardió

el estómago cuando se escuchó el zumbido metálico y Jodie empujó la puerta hacia dentro.

Ascendieron en un montacargas. Jodie se dio cuenta de que los nudillos iban a traspasarle la piel como continuara apretando la bolsa de Victoria's Secret con tanta fuerza.

—Vamos, relájate.

—Estoy en ello. —Se aclaró la garganta.

En la puerta del estudio fotográfico había una pequeña placa de metacrilato donde se anunciaba el hermano de Jodie. En cuanto ésta apretó el timbre, una algarabía de ladridos explotó al otro lado de la puerta.

—Es Orson. —Sonrió con excitación.

En cuanto se abrió la puerta del estudio, un *Golden Retriever* de pelaje dorado se abalanzó a los brazos de Jodie, irguiéndose en toda su estatura. El perro le lanzó cariñosos lengüetazos que Jodie esquivó como pudo mientras revolvía su suave pelambrea y mantenía el equilibrio. ¡Estuvo a punto de tumbarla!

—¡Este es mi chico! —Palmeó el lomo del perro y lo abrazó con afecto — ¿Has crecido o son imaginaciones mías?

—Son imaginaciones tuyas. Deberías venir por aquí más a menudo.

El hermano de Jodie apoyó el hombro contra el marco de la puerta y mantuvo las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros. Sonreía mientras esperaba su turno para darle la bienvenida a su hermana. Megan se puso aún más nerviosa ya que el fotógrafo que iba a verla medio desnuda era guapísimo. Había imaginado algo así. Si los genes de Jodie eran formidables, cabía suponer que los de su hermano también lo serían. Se parecían físicamente. Pelo rubio, ojos azules, sonrisa amplia... Tan femenina era Jodie como masculino era John.

—Jodie, cariño. —Él abrió los brazos y apretujó a su hermana entre ellos. Luego le besó las mejillas—. Estás impresionante, hermanita.

—Tú también lo estás. —Se retiró unos centímetros y lo observó con cariño—. Te he echado mucho de menos.

—Y yo a ti. ¿Qué tal por Pittsburgh?

—Bien, no puedo quejarme. —Aunque hacía siete meses que Jodie no acudía por Nueva York, mantenía un contacto regular con todos los miembros de su familia—. Quiero presentarte a la amiga de la que te hablé.

Jodie la presentó como Hilary Meyer y él le estrechó la mano calurosamente. Notó su inquietud. Nada más entrar en el estudio le pidió que

se relajara.

—Es la primera vez que poso en lencería. —Le explicó.

—No te preocupes, déjalo todo en mis manos.

El estudio fotográfico era una nave grande rodeada de amplios ventanales desde los que se veía una hermosa panorámica de Manhattan. John comenzó a preparar todo el equipo fotográfico. Había focos, trípodes, pantallas reflectantes, una butaca blanca y vanguardista... Empezaron a sudarle las palmas de las manos.

—¿Dana continúa de mal humor? —Le preguntó Jodie a su hermano.

Él hizo un gesto de resignación

—Éste va a ser el embarazo más largo de la historia. Al menos a mí me lo está pareciendo. —Terminó de colocar los focos—. Se va a alegrar mucho de verte.

—Estoy deseando darle un abrazo, así que os dejo solos. ¿Cuánto crees que vas a tardar?

—Vuelve en un par de horas.

«¿Un par de horas?». ¡Eso le parecía una eternidad! Esperaba que valiera la pena pasar por aquello y que las fotografías le parecieran espectaculares a Gary Harris.

En cuanto Jodie se marchó, *Orson* salió disparado hacia el sofá que había en un rincón del estudio y saltó al mullido cojín. Megan se acercó al decorado con renuencia.

—Posar en lencería impone tanto como acudir a la consulta de un dentista —comentó ella, dejando escapar un suspiro.

John sonrió y la observó con actitud profesional.

—Jodie me ha dicho que eres periodista y que vas a infiltrarte en un concurso de belleza.

—Sí, eso es lo que pretendo al menos. Parece una locura, ¿no?

—Bueno, mi esposa es periodista y de vez en cuando se mete en algún que otro lío —comentó con buen humor—. Puedes cambiarte de ropa en aquella habitación, yo terminaré de prepararlo todo.

Megan se desvistió frente al espejo de la pequeña habitación y se puso el conjunto de seda de color burdeos. Era precioso y le sentaba de maravilla, pero no se quitaba de encima el pudor. Imaginó lo mucho que a Derek le gustaría verla así. Lo mucho que le gustaría a ella. Se preguntó si sería capaz de llevar a cabo su amenaza. Tenía ganas de verle, pero esperaba que no se presentase allí.

Detrás de la puerta encontró un albornoz blanco y se lo puso. En el estudio John orientaba los espejos de prisma y las superficies de refracción hacia la butaca blanca. Le indicó que se quitara el albornoz y que tomara asiento en la butaca. Estaba hecha un manojo de nervios, pero él le dio conversación para que se relajase y Megan terminó por olvidarse de las cámaras fotográficas.

Poco antes de terminar la sesión, John le preguntó por Jodie con deje de preocupación. Ella se dio cuenta de que él no confiaba plenamente en que a su hermana le fueran las cosas tan bien como se empeñaba en aparentar.

—Comprendo su decisión de largarse lejos de aquí pero no hubiera sido necesario. Mi hermano y yo le dejamos bien claro a ese hijo de puta que le romperíamos las piernas como volviera a acercarse a ella.

—Jodie me dijo que Tex era cantante de rock.

—Tex no era más que un miserable que vivió a costa de mi hermana mientras ella se lo permitió.

Hizo una nueva fotografía y le informó que estaban a punto de finalizar.

—Jodie os echa mucho de menos, pero es feliz en Pittsburgh. Es una mujer muy valiente.

—Lo es.

Terminaron poco después, cuando su desnudez no le incomodaba tanto como las mentiras que se veía obligada a contar.

—Trabajaré durante la tarde. Seguramente, esta noche pueda entregártelas.

Esa noche tenían planes para cenar con John y su esposa en el restaurante del hotel Carlyle. Dana se encontraba en su noveno mes de embarazo y tenía una tremenda barriga, aunque el vestido azul que llevaba revelaba que no había perdido la línea. John estaba pendiente de ella en todo momento. Se notaba que estaban muy enamorados.

Mantuvo con Dana una interesante conversación sobre sus respectivos trabajos mientras servían el segundo plato. Actualmente, Dana era reportera en un canal de noticias de la televisión local, pero antes había trabajado para la prensa y conocía perfectamente los entresijos de la profesión. Demostró admiración y un profundo interés en los planes que Megan estaba a punto de emprender.

—Estoy cansada de estar embarazada y encerrada en casa. Necesito

volver al trabajo o terminaré volviéndome loca.

John, que aparentemente estaba enfrascado en una conversación con Jodie sobre unos asuntos familiares, se giró hacia su mujer y con una sonrisa amable le dijo:

—Todos acabaremos volviéndonos locos, cariño. —Ella entornó los ojos al captar su ironía.

—Se nota que tú no tienes que a llevar auestas una inmensa barriga que pesa treinta kilos.

—Solo has engordado ocho kilos.

—Ayer saliste de cuentas, ya te queda menos. —Jodie le insufló ánimos.

—A veces tengo la sensación de que quiere quedarse aquí dentro para siempre.

—¿Estás insinuando que nuestro pequeño Jesse es un cobarde? De eso ni hablar. Está deseando asomar la cabecita.

Y de repente, el buen humor que imperaba en la mesa se vio interrumpido cuando Dana puso ceño y se llevó la mano a la barriga.

—¿Ocurre algo? ¿Una patada?

—Creo que tienes razón, cariño. Jesse ha decidido que quiere salir. Acabo de romper aguas.

En recepción le confirmaron que había una habitación reservada a nombre de Hilary Meyer. Él pidió a la recepcionista que avisaran a la señorita Meyer por teléfono, pero la joven le dijo que no se encontraba en la habitación.

Se le pasó por la cabeza esperarla allí y darle una sorpresa, solo tenía que enseñar su placa para que se lo permitieran, pero mucho se temía que ella no iba a tomarse nada bien que usurpara su intimidad. Decidió que esperaría su regreso mientras tomaba una copa en el restaurante del hotel mataría el tiempo tomando una copa en el pub del hotel. Desde su posición frente a la barra se veía una parte del lujoso restaurante. Eran cerca de las diez de la noche y había poca gente cenando, por eso fue fácil localizarla a ella.

Cenaba animosamente junto a otras dos mujeres y un hombre. Una de ellas estaba embarazada y el tipo debía de ser el responsable ya que estaba muy pendiente de ella. Había una tercera mujer, una rubia guapa con un vestido verde cuya cara le resultaba familiar. Estaba seguro de que la había visto antes, y no hacía mucho tiempo de eso... El recuerdo le vino de

sopetón. Era una chica de La Orquídea Azul a la que había interrogado el día después del asesinato. Se llamaba Jodie Graham y había dicho que no tenía demasiada relación con Emily Williams. Se había mostrado muy vaga en sus respuestas. Ben había tenido una relación con ella, era la chica que le había empujado de su coche y lo había dejado tirado en medio de la autopista.

Bebió un trago de su cóctel daiquiri y observó a Megan.

Estaba bellísima.

Admiró el generoso escote de su vestido negro observó sus carnosos labios, que acababa de humedecerse con la lengua tras tomar un sorbo de su copa de vino blanco. Ella rio por algún comentario y él la deseó de una forma casi enfermiza.

Debía de estar perdiendo la cabeza porque nunca había actuado de una manera tan insensata por una mujer. Había salido de trabajar a las ocho de la tarde, se había plantado en casa tan rápido como le había permitido el coche y había esperado a que Annabelle llegase a casa para quedarse con Martha. Después, había vuelto a conducir como un suicida hacia el aeropuerto.

No había planeado nada, había actuado por impulso. Y ahora estaba allí, deseando tocarla, besarla, y despojarla de ese vestido tan sexy.

De repente, el buen humor imperante en la mesa se esfumó. Todos dirigieron su atención hacia la mujer embarazada que parecía indispuesta. El tipo que las acompañaba se puso en pie con tanta vehemencia que estuvo a punto de volcar la silla. Después, todo sucedió muy rápido. Por los gestos apremiantes y la celeridad con la que abandonaron la mesa, intuyó que la mujer se había puesto de parto justo en aquel momento.

Estaba atrapado en la indecisión. ¿Debía perseguir al grupo y hacerse visible ante Megan o quedarse allí hasta que volviera a aparecer? Esperaba que no hubiera decidido acompañarlos al hospital. Se puso en pie y abandonó el restaurante.

La vio a través de la amplia cristalera del vestíbulo y suspiró aliviado. No se había marchado. Estaba de espaldas a él, sola, sosteniéndose de puntillas mientras miraba hacia el final de la calle. El vestido negro destacaba la sensualidad de su cuerpo y la brisa nocturna acariciaba sus cabellos y ondeaba el bajo de su vestido.

¿Qué pensaría cuando le viera allí?

Derek empujó la puerta giratoria y salió al exterior. Se detuvo detrás de ella y la brisa le trajo a la nariz su suave aroma. Alzó las manos y las detuvo muy cerca de sus hombros. Vaciló un instante antes de posarlas sobre su piel

suave. Megan dio un respingo y se giró. Sus ojos grises se abrieron como platos.

—¿Qué... qué haces aquí?

En el fondo, muy en el fondo, estaba seguro de que se alegraba de verle. Tampoco esperaba que le recibiera con los brazos abiertos después de haberle dicho que podía convertirse en su sombra.

—Quería verte —susurró, con un matiz profundo. Deslizó las manos por sus hombros—. No he venido a Nueva York con la idea de disuadirte, solo quiero estar contigo y olvidarme durante unas horas de todo lo demás.

Ella frunció los labios, pero no llegó a decir nada. No podía negar que una emoción intensa y excitante la recorrió de los pies a la cabeza. Sin embargo, no llegaba a creerse del todo que hubiera hecho ese largo camino con el único propósito de estar con ella. Habría sido demasiado bonito para ser real.

Megan entornó los ojos.

—No me hablaste así la última vez que nos vimos.

—Pues lo hago ahora.

—Te comportaste como un asno.

—Ya lo sé.

Derek le tomó la cara entre las manos y le alzó el rostro. La miraba de ese modo tan intenso, como si fuera a besarla con pasión de un momento a otro. Sin embargo, y a pesar de que ella fue bajando las defensas, él no lo hizo.

—Estás acostumbrado a salirte con la tuya, ¿verdad?

Derek sonrió un poco y a ella se le aceleró el corazón.

—Tengo mis trucos. —Se acercó un poco más, pero continuó resistiéndose a besarla—. ¿Me perdonas?

Ella asintió y se le esfumó todo el enfado. Era una presa fácil en sus manos.

—Estás loco por venir aquí. —Su voz quedó laxa.

—Moría de ganas de estar contigo.

Capítulo 12



De vuelta al restaurante, Megan se detuvo junto a la mesa en la que habían estado cenado para recuperar el sobre con las fotografías. Con las prisas, lo había olvidado por completo. Se encaminaron hacia la zona del bar y tomaron asiento junto a la barra. Megan dejó el sobre en la superficie brillante y Derek se lo quedó mirando.

—¿Son las fotografías que te han hecho?

—Sí.

Derek se quedó con las ganas de hacer más preguntas, quería ver las fotos, pero se contuvo para evitar que se produjera una discusión. Megan lo notó. Creía que su actitud serena tenía una fecha de caducidad muy corta, así que no bajó la guardia.

Derek pidió al camarero un par de cócteles daiquiri.

—¿Cuándo has llegado?

—Aterricé hace una hora, pero ya conoces Nueva York. —Hizo una breve alusión al tráfico.

—No te creí capaz.

—Fue un impulso. Le pedí a Annabelle que pasara la noche con Martha y salí zumbando al aeropuerto. —No quería dar la sensación de que estaba desesperado por verla, pero ella lo estaba interpretando así. Una sonrisa divertida curvaba sus labios pintados de rojo—. Mi avión sale a las siete de la mañana, Martha ni se dará cuenta de mi ausencia. —El camarero depositó los cócteles en la barra— ¿Quiénes eran los que te acompañaban en la mesa?

—¿Me has estado espiando?

—No. Te vi de casualidad mientras me tomaba un cóctel. —Señaló con la cabeza hacia el fondo, donde la mesa que habían ocupado se veía perfectamente.

—John es el fotógrafo que me ha hecho las fotografías y la mujer embarazada es su esposa. Ha roto aguas cuando estábamos con los postres y hemos tenido que salir corriendo. Jodie es la hermana de John. Ella trabaja en La Orquídea Azul.

—Sé quién es. La interrogué por el asesinato de Emily.

—Me lo figuraba. Yo todavía no he tenido ocasión de hacerlo. —Le miró con cautela— ¿Jodie sabe algo?

Él sonrió y movió la cabeza.

—No he venido hasta aquí para hablar de trabajo. En cambio, me gustaría ver esas fotos.

Megan se aclaró la garganta.

—No, ni hablar. —Plantó la mano encima del sobre—. Ni siquiera yo las he visto, me dan un poco de respeto, aunque John Graham ha sido durante muchos años fotógrafo de Vanity Fair y me imagino que habrá hecho un trabajo estupendo.

—Si ese tío te ha visto en ropa interior, yo también tengo derecho a hacerlo.

—Tú has visto mucho más de mí que la ropa interior. —Se lamió el labio inferior tras beber un sorbo de su cóctel.

—No ha sido suficiente. —Derek colocó la mano sobre su rodilla y la acarició lentamente por encima del vestido—. Quiero ver todos los detalles. Y quiero tocarlos.

Sus ojos azules la hechizaron, y el cóctel empezó a darle vueltas en la cabeza.

—Y cuando regresemos a Pittsburgh volverás a sermonearme.

—Probablemente. Que te desee no significa que te considere juiciosa, pero en este instante me trae sin cuidado. —Introdujo los dedos por la abertura del vestido y le acarició el interior del muslo.

Aquel avance tan sensual la acaloró. Él se había inclinado ligeramente sobre ella, haciendo que sus hormonas se revolucionaran. Decidió resistir.

—Te comportaste como un cretino la última vez que nos vimos. Yo no me dejo embaucar por unas cuantas caricias y unas palabras seductoras.

—Tengo toda la noche para demostrarte lo contrario.

Ella tomó su copa para interrumpir el contacto visual. La crispaba que se sintiera tan seguro de sí mismo. Por supuesto que le deseaba, con todas sus fuerzas, pero no podía plantarse allí después de todo lo que se habían dicho la última vez y pretender que ella le recibiera con los brazos abiertos. Decidió romper el hechizo sexual y se puso a hablar de las compras que había hecho con Jodie por la mañana.

—Nos hemos topado con una tienda de antigüedades que tenía objetos preciosos, pero se nos echaba el tiempo encima y hemos tenido que regresar

al hotel. ¿Te gustan las antigüedades, Derek?

—No, no especialmente.

—También hemos estado en una floristería gigantesca en la Sexta Avenida, no te puedes ni imaginar la variedad de plantas y de flores que tenían.

Le habló de su pasión por la jardinería y la atención de Derek se fue desvaneciendo lentamente. Cuando llegó al límite de su tolerancia la interrumpió con sequedad.

—Ya basta, Megan. No tienes que hacer esto.

—¿Hacer qué? ¿Te aburro?

—No te hagas la ingenua. ¿Crees que me he tomado la molestia de venir hasta aquí con el único propósito de que tengamos sexo? —Ella no dijo nada, pero lo pensaba—. Soy perfectamente capaz de estar contigo sin rozarte ni un dedo. —Apartó las manos de ella. Estaba ofendido—. Mi avión sale a las siete de la mañana. ¿Me permites dormir en tu habitación o reservo otra?

En el ascensor Megan le estudió en silencio. Él tenía la espalda apoyada en la pared frontal y la mirada clavada en el indicador electrónico. Estaba serio. No, claro que no pensaba que fuera el sexo lo único que quería de ella, pero no podía aparecer de la nada y tratar de arreglar los problemas de esa manera. Era lo que había intentado decirle. De todos modos, como una vez en la habitación intentase rozarla, no iba a poder resistirse.

Caminaron por el largo pasillo hacia la habitación. Megan abrió la puerta con la tarjeta magnética y dejó el bolso sobre el aparador. La visión de la cama la puso un poco nerviosa; él, por el contrario, se movió por la habitación con una naturalidad que a ella le habría gustado sentir.

Echó la colcha hacia atrás y Derek se sacó la camiseta por encima de los hombros. La arrojó sobre una butaca. Era la primera vez que lo veía desnudo y la visión le causó estragos. Quiso tocar esos fuertes pectorales cubiertos de vello oscuro y acariciar los marcados abdominales para averiguar si eran tan duros como parecían. Se le hizo la boca agua. Derek interrumpió el curso de sus cavilaciones, clavando una mirada penetrante en ella. Megan se dio la vuelta para esconder su encendida mirada de él. Abrió un cajón y sacó el pijama que había traído mientras escuchaba el sonido inequívoco de la cremallera de sus pantalones.

—Espero que no te importe que duerma en calzoncillos. —La avisó con ironía—. Nunca uso pijama.

Ella negó apenas.

—Voy a cambiarme. —Se encerró en el baño e inspiró larga y profundamente.

Se quitó el vestido, se puso el pijama veraniego de dos piezas y se cepilló el pelo. Luego se lavó los dientes e hizo tiempo para que ver si él se dormía. Al cabo de diez minutos regresó a la habitación, pero Derek estaba despierto. Se había estirado en la cama y tenía las manos enlazadas detrás de la nuca. Y solo llevaba puestos unos bóxers negros. La observó mientras se movía por la habitación y ella comenzó a sentirse más y más tensa.

—¿Estás bien? ¿Te estás arrepintiendo de haberme invitado a pasar la noche en tu habitación?

—No, claro que no. —Sabía que no había sonado convincente. Dobló el vestido sobre el respaldo de una silla y se descalzó las zapatillas—. Estoy muy cansada. Ha sido un día muy largo.

Se metió en la cama y se cubrió con la sábana hasta el cuello. Luego alargó el brazo y apagó la luz, aunque las luces del rascacielos que había enfrente iluminaban suavemente la habitación.

—¿Te molesta la luz? ¿Quieres que deslice las cortinas? —Le preguntó ella.

Derek se había puesto de lado. Tenía la cabeza apoyada sobre el brazo flexionado.

—No. Me gusta verte a mi lado.

Ella sonrió un poco y los músculos se le fueron aflojando.

—Cuando te investigué no hallé información referente a cómo fue tu vida en Allentown —comentó él.

—No hay nada interesante que encontrar.

—¿Dónde están tus padres?

—No tengo ni idea.

—¿No sabes dónde están tus padres? ¿No tienes trato con ellos?

—Derek, no me apetece hablar de esto.

—No quieres hacer el amor y tampoco te apetece hablar de tu familia.

—No tergiverses mis palabras, yo no he dicho que no quisiera hacer el amor —musitó.

«Hacer el amor». Esa expresión sonaba de maravilla y le gustó que él la empleara, aunque también le daba miedo.

Derek la observó en silencio. Sus rasgos se habían relajado. Tenía los ojos grises entornados.

—¿Crees que habría hecho este viaje tan precipitado si solo buscara

sexo?

—Después del incidente en el *parking* público, yo... No quiero que pienses que soy una chica fácil porque no lo soy. Para nada. —Le aclaró.

Derek sonrió un poco.

—Eso no es lo que te preocupa. Sabes perfectamente que no te considero una chica fácil. —Se acercó a ella y le besó el hombro desnudo. —Dime qué es.

Megan suspiró. Se sentía tan segura cuando estaba a su lado, le resultaba tan agradable dejarse envolver por esa aura protectora de Derek... Estaba cansada de correr, si solo durante un rato fuese capaz de detenerse y plantarle cara a sus conflictos, de compartirlos con alguien que le inspirara la suficiente confianza...

—Mi padre se suicidó cuando yo tenía tres años. Tenía un trastorno maniaco depresivo y pasaba largas temporadas internado en un centro psiquiátrico de Allentown. Apenas le recuerdo. No teníamos dinero. Mi madre no pudo hacer frente al alquiler de la casa en la que vivíamos, así que nos expropiaron y nos fuimos a vivir a las afueras, a un campamento de caravanas donde convivíamos con lo peor de la población de Allentown. Nuestros vecinos eran drogadictos, prostitutas y proxenetas.

Notó la mano de Derek presionando suavemente su hombro y ella continuó hablando. Una vez que empezó a hacerlo fue como si no pudiera parar.

—Durante una larga temporada vivimos de la caridad, hasta que mi madre se vio obligada a prostituirse para sacarnos adelante. A los pocos días de mi décimo cumpleaños, Gina y yo aguardábamos a que mamá regresara a casa. Eran más de las once y estábamos muy preocupadas porque nunca solía llegar más tarde de las nueve. Yo estaba sentada en el sofá, mirando a través de la ventana hasta que un coche de policía se acercó por el camino del campamento.

En ese punto Megan se detuvo y respiró profundamente. Derek vio el dolor en sus ojos grises y también la lucha interna que libraba desde hacía tantos años.

—La policía encontró el cuerpo de mi madre abandonado en un descampado. A la mañana siguiente, vino a casa una mujer de asuntos sociales. Era antipática e insensible, y nos dijo a Gina y a mí que teníamos que acompañarla.

La auténtica pesadilla en la que se había convertido su vida comenzaba

en ese instante y Megan vaciló. No era nada fácil rasgar el caparazón en el que encerraba todo ese conglomerado de emociones demoledoras. Tenía miedo de que la desbordasen y acabara ahogándose en ellas. Derek le acariciaba el hombro y aguardaba silencioso a que continuase. Si se rompía el dique estaba segura de que él no la dejaría ahogarse.

—¿Gina era tu hermana?

Megan asintió.

—Gina le dijo a aquella mujer que no iríamos con ella, que no necesitábamos la ayuda de nadie y que no abandonaríamos nuestra casa. Aunque sólo tenía quince años era muy madura para su edad y estaba convencida de que podía cuidar de las dos. Pero la mujer de asuntos sociales nos obligó a recoger nuestras escasas pertenencias y nos llevó a un albergue juvenil.

—Jesús... —musitó él.

—Al cabo de unas pocas semanas nos separaron y nos enviaron a diferentes casas de acogida. El día en que me buscaron mi primer hogar, Gina me prometió que cuando cumpliera dieciocho años iría a buscarme. —Puso una mueca de amargura—. Durante los seis años siguientes estuve yendo de un hogar a otro, con estancias cortas en el orfanato. En el primero solo estuve unos meses. El padre de familia era alcohólico y pegaba a sus hijas y a su mujer. En una ocasión intentó darme una paliza porque salí en defensa de una de sus hijas. Me escabullí y logré esconderme en el cobertizo de la casa. Allí pasé toda la noche, estaba muerta de miedo, y por la mañana temprano me marché. —Megan volvió la cabeza hacia la ventana y Derek percibió que sus ojos brillaban, aunque mostraba un autocontrol encomiable—. En el segundo hogar no me fue mejor. La pareja que me acogió tenía un hijo que era disminuido psíquico y que trató de abusar de mí cuando tenía once años. Volví a escaparme.

—Megan... —Susurró su nombre muy cerca de su oído. Le tomó la mano por debajo de las sábanas y se la apretó para ofrecerle su apoyo. Sentía que ella estaba a punto de derrumbarse—. No tienes que continuar si no quieres.

—Estoy bien, quiero hacerlo. —Estaba decidida a llegar hasta el final—. Tuve suerte durante el siguiente año. La familia Sloan era muy amable y me trataron como si fuera su hija. El señor Sloan tenía una pequeña tienda de comestibles, pero una mala gestión por parte de su contable hizo que el negocio se fuera a la quiebra. Se quedaron en la ruina, apenas tenían recursos

para criar a sus cuatro hijos y se vieron obligados a devolverme a asuntos sociales. Pasé un año más en el orfanato porque no encontraban a ninguna familia interesada en una niña de doce años. Sin embargo, cuando cumplí trece me enviaron a un nuevo hogar. Tengo que agradecer que no se metieran conmigo ni me hicieran la vida imposible, pero en cuanto cumplí dieciséis tomé el dinero que había ahorrado y me marché a Pittsburgh.

Megan suspiró y se relajó un poco. Ya había pasado lo peor.

—¿Qué hiciste al llegar a Pittsburgh?

—Estuve dos meses viviendo en una pensión con el dinero que había ahorrado. Después, encontré un empleo de camarera y más tarde compartí un piso con un par de chicas que iban a la Universidad. Llegué a tener tres empleos diferentes al mismo tiempo. Servía hamburguesas en un McDonald's, cuidaba de los hijos de mi vecina y repartía propaganda para una agencia de publicidad. —Él la contemplaba con admiración—. Ahorré dinero para ir a la Universidad y, a partir de ahí, la vida fue más fácil.

Megan buscó sus ojos, pero la sonrisa que esbozó fue triste.

—¿Qué sucedió con Gina?

Hablar de su hermana era lo más difícil de todo. Creía haber resuelto sus emociones rotas con respecto a la muerte de sus padres, pero si acudía una y otra vez al orfanato de Allentown era porque no había superado la pérdida de Gina. No creía que fuera a hacerlo nunca.

—Jamás vino a buscarme.

—Imagino que tú sí la buscaste a ella.

—En cuanto llegué a Pittsburgh y ahorré un poco de dinero. En el orfanato no querían decirme dónde estaba. La señora Griffith, la directora del centro, me dijo que se trataba de información confidencial. ¡Pero si era mi hermana! —Tragó saliva para deshacer el nudo que se le estaba formando, aunque no dio resultado—. Contraté a un detective privado. El señor Malone me dijo que con el dinero que le ofrecía no podía hacer mucho por mí, pero me consiguió un número de teléfono y ese mismo día me puse en contacto con Gina.

» Habían pasado seis años y Gina ya era adulta, pensé que esa era la razón por la que no reconocí su voz, pero se trataba de algo más que eso. Estaba... creo que estaba colocada. —Los ojos se le llenaron de lágrimas—. Me dijo que no quería saber nada de mí, que no volviera a llamarla jamás. Y me colgó.

Apretó los labios y la barbilla le tembló. Volvió la cara hacia él en el

momento en que comenzó a acariciarle la mejilla. A través de las lágrimas que le empañaban los ojos percibió que las líneas gestuales de Derek estaban muy marcadas. Supo que había calado muy hondo en él y eso la conmovió profundamente.

Megan alzó su mano libre y acarició su rostro masculino como si quisiera suavizar su expresión. Él fue a decir algo, pero Megan silenció sus labios con la punta de los dedos. Aquellos ardían y calentaron sus gélidas yemas. Se mordió los labios mientras sus ojos se miraban en silencio y entonces ella lo besó. Le pasó los brazos alrededor de los hombros y se estrechó contra él. Gimió contra su boca y buscó su lengua, y Derek la sostuvo y la correspondió, aunque sabía que esa repentina desesperación por sentirle no solo obedecía al deseo, sino a una emoción mucho más profunda y lacerante.

—Tranquila, cariño —susurró.

—Te necesito.

Ella se rompió entre sus brazos y las lágrimas largamente retenidas terminaron por desbordarle los ojos. Estaba sucediendo lo que más temía, pero ya era tarde para recoger sus sentimientos y encerrarlos de nuevo en el lugar que había construido para ellos. Renunció a controlarse y escogió aferrarse a ese cuerpo cálido y grande que la abrazaba con tanta ternura, que le susurraba palabras de aliento, y le secaba las lágrimas con los dedos.

—Ya han pasado trece años y aquí me tienes, llorando como una niña.

—No podías retenerlo eternamente.

—No sabía que podía doler tanto.

—Con el paso del tiempo dolerá menos. —Le prometió.

Megan deslizó las manos sobre su pecho y acarició el vello que lo cubría. Lo deseaba. Lo necesitaba más de lo que en toda su vida había necesitado a nadie. Aquel nuevo sentimiento era desconcertante, pero también tranquilizador. Volvieron a tumbarse en la cama. Ella apoyó la cabeza sobre su hombro y se acurrucó a su lado. Continuó describiendo círculos en su pecho y él le acarició la cintura.

—Es la primera vez que hablo de esto con alguien.

—¿No se lo contaste al periodista?

—Muy por encima. Y nunca le mencioné a Gina.

Derek apoyó los labios en su sien y la besó con ternura.

—Soy un hombre afortunado.

—¿Afortunado de estar al lado de una mujer con un montón de heridas

emocionales?

—Afortunado de que confíes en mí. —Con el índice tocó el centro de su pecho, donde estaba su corazón. Megan sonrió lánguidamente— ¿No volviste a intentar ponerte en contacto con tu hermana?

Ella negó con la cabeza.

—Pensarás que soy una cobarde, pero acepté su decisión sin más. Me he preguntado mil veces qué fue lo que sucedió en su vida para que me apartara definitivamente de ella, pero no he tenido el valor de volver a llamarla. No podría soportar que me despreciara una segunda vez.

—Quizás estuviera atravesando un mal momento.

—Si hubiera sido así, podría haberse puesto en contacto conmigo después. —MoviÓ la cabeza—. Es mejor dejarlo estar, me ha costado mucho esfuerzo dejarlo todo atrás. —Cerró los ojos un momento—. A veces, voy a Allentown y visito el orfanato. Nunca he tenido las agallas de entrar, me quedo dentro del coche y lo observo. Sé que es contradictorio, quiero olvidarlo todo, pero, en cambio, continúo yendo allí.

Su voz se fue apagando, adormeciéndose, y Derek sintió que sería capaz de matar con sus propias manos a cualquiera que volviera a hacerle daño.

«Te acabas de meter en un buen lío».

Pensó en ello, en lo que ella despertaba en él, mientras escuchaba su respiración suave y acompasada.

Se despertó con el ruido de la ducha cuando eran cerca de las seis de la mañana. La pálida luz del amanecer despejaba la habitación de las tinieblas y su primer recuerdo fue tan agradable que se estiró satisfecha en la cama.

Había dormido con Derek. Y se sentía en la gloria.

El cobijo que le habían dado sus brazos era el lugar más reconfortante en el que había estado jamás, aunque no hubieran hecho el amor. Poco a poco fue recordando el tema de conversación que habían tenido y entonces no se sintió tan pletórica. Se lo había contado todo. No se había guardado nada para ella, y ahora se sentía vulnerable y expuesta.

Rodó hacia el lado de la cama que había ocupado Derek. Las sábanas todavía estaban calientes y olían a él. Deslizó la mano sobre ellas y lo añoró de una forma física. Y también emocional. Al cabo de unos minutos él salió el baño, con una toalla blanca ajustada alrededor de las caderas. El cabello mojado se le rizaba en la nuca y no se había afeitado. Había venido con lo

puesto.

—Buenos días. ¿Te he despertado? —La expresión de Derek podía ser dulce y atenta cuando quería, aunque siempre era igual de intensa—. He intentado no hacer ruido. ¿Cómo te encuentras?

—Bien. —Era cierto. Sincerarse con él había sido liberador—. ¿Pensabas irte sin despedirte?

Derek se acercó a la cama y se sentó en el lateral. Megan estaba preciosa recién despierta. Bajo aquella luz tan tenue su piel resplandecía en contraste con las sábanas oscuras. Derek se había despertado varias veces durante la noche, siempre con una erección. Había sido una auténtica tortura dormir con ella sin tocarla.

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque mi avión está a punto de despegar. Tengo el tiempo justo para vestirme y llegar al aeropuerto.

—Salen aviones a Pittsburgh cada media hora—. Entornó los ojos de manera sensual—. Piérdelo.

Derek sonrió y dio un tirón de la sábana con la que se cubría absurdamente. Debajo llevaba ese pijama de tela tan fina que se le transparentaban los pechos. Contempló los círculos oscuros de las areolas, pero no podía dejarse arrastrar por el deseo y volvió a cubrirla con la sábana. Se levantó de la cama bruscamente y se ajustó la toalla.

—No puedo perder el avión. —Se detuvo junto al aparador donde tenía su ropa—. Vuelve a dormirte, todavía es muy temprano.

Derek se quitó la toalla y la dejó a un lado. Su formidable cuerpo se movió entre las sombras de la habitación atrayendo su atención sobre sus órganos sexuales. El deseo la zarandó, le dolió, y saltó de la cama para acudir a su lado. Enlazó los brazos alrededor de sus hombros y le abrazó. Con los labios sedientos buscó los suyos y lo besó con avidez. Alzó las caderas y se apretó contra su miembro, generando en él una respuesta inmediata.

—Te deseo, Derek. Quédate conmigo. —Rozó su lengua, provocándolo.

Él le apresó las nalgas y apretó la dolorosa erección contra la unión de sus muslos. Aquello era una tortura. La necesidad de entrar en ella era tan desquiciante que estuvo a punto de perder la cabeza. Mientras se devoraban la boca luchó contra el impulso de arrancarse la toalla, bajarle los pantalones del pijama y embestirla con toda su pasión contenida, pero si hacía eso perdería el avión. No podía permitirse ese capricho.

Se separó de ella.

—Megan... No... no puedo, tengo que marcharme. Ya llego tarde.

—Pues llega tarde, Derek.

Con la voz desesperada, Megan deslizaba las manos sobre su pecho mientras reanudaba los besos. Le mordisqueó los labios, le acarició el paladar y le estrujó la lengua, y luego acopló la mano alrededor de la dura protuberancia de su entrepierna.

—Megan, por Dios, para... —Hubo de agarrarla de las muñecas para impedir que se le fuera la cabeza por completo. Los dos estaban excitados y se miraron con tanto deseo que hasta el aire quemaba—. Haré lo posible para que podamos vernos esta noche. ¿De acuerdo? —Se puso los bóxers y los vaqueros con rapidez y luego se metió la camiseta por encima de los hombros. La miró cuando su silencio se extendió más de lo normal— ¿Qué ocurre?

—No puedo esta noche.

—¿Por qué no?

—Tengo que entrevistarme con Gary Harris. Me citó a las nueve y no sé cuánto tiempo me demoraré. —Se mordió el labio.

Fue nombrar a Harris y los rasgos de Derek se endurecieron como el granito.

—Quiero verlas.

Señaló con la cabeza el sobre con las fotografías que estaba encima de la mesita de noche. Se le habían olvidado por completo, pero ahora que había vuelto a nombrar el tema su curiosidad se redobló.

—Después.

—Ahora. —Fue categórico.

Megan suspiró. Bien, se las enseñaría. No tenía nada que ocultar, así que agarró el sobre y se lo entregó con determinación. Él lo rasgó y sacó las fotografías mientras ella se dedicaba a estudiar sus reacciones. Pronto descubrió que no eran gratas. Pasaba el material deprisa, como si le hiciera daño a la vista. Cuando terminó volvió a meterlas en el sobre y lo lanzó sobre la cama como si acabara de arrojar una bolsa de basura a un contenedor.

—¿Quién va a ver esas fotografías?

—Los clientes.

Megan colocó las manos en las caderas, en actitud defensiva. Acababan de retomar la conversación inconclusa.

Derek movió la cabeza mientras sus ojos azules la aniquilaban.

—No puedo creer que quieras llegar tan lejos con esto. Es repugnante.

—Llegaré tan lejos como sea necesario para hacer méritos en mi trabajo
—dijo secamente.

Él fue a decir algo, pero se contuvo en el último momento.

—Me largo.

—Bien, lárgate. —Comenzó a sulfurarse ante su actitud inflexible—. Pero quiero que sepas que mi trabajo está por encima de todo y de todos.

—¿Crees que lo que pretendo es estar por encima de él o decirte lo que tienes o no tienes que hacer? —Apretó la mandíbula con indignación—. Me preocupo por ti y te digo que estás llevando esta historia demasiado lejos. ¡Te estás metiendo en la boca del lobo, joder!

—Soy periodista de investigación. A eso me dedico. —Recalcó cada palabra.

—Hay límites, y con esa basura los estás cruzando.

Señaló el sobre y eso fue lo último que dijo antes de abrir la puerta y desaparecer de su vista dando un sonoro portazo.

Capítulo 13



Martha no le recibió con demasiado entusiasmo cuando entró en su dormitorio y la despertó para acudir al colegio. Se frotó los ojos, salió de la cama sin mirarle y se encerró en el baño. Derek no le dio importancia, habría tenido un mal despertar, pero cuando bajó a la cocina y se encontró con Annabelle supo que allí había sucedido algo.

Su compañera estaba preparando el desayuno. Exprimía unas naranjas naturales y había puesto pan de molde en el tostador. Todavía llevaba puesto el pijama, unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas que le quedaba muy holgada. Tenía el pelo rojo recogido en un moño en lo alto de la cabeza y ya se había maquillado. Derek nunca la había visto con la cara lavada.

No le había dicho por qué había volado tan precipitadamente a Nueva York, pero le dio la sensación de que ella ya lo sabía.

—Buenos días, no te he visto al llegar. —La saludó él.

De ella tampoco obtuvo ninguna sonrisa. Estaba muy tirante. Pulsó el botón de apagado del exprimidor con demasiada contundencia y se limpió las manos con un paño que después arrojó sobre la encimera.

—¿Sucede algo?

—Eso me temo. —Comenzó a verter el zumo de naranja en un par de vasos— ¿Has desayunado?

—En el avión. ¿Qué es lo que ha ocurrido? —Frunció el ceño y se fijó en los impulsivos movimientos de la mujer.

—Se trata de Martha. —Tomó los vasos de zumo y los dejó sobre la mesa de la cocina—. Sabe que estuviste en Nueva York y también sabe con quién.

—¿Y cómo lo sabe?

—Porque se lo dije. Pensé que no tenía importancia que supiera dónde habías ido tan precipitadamente. Ella adivinó el resto.

—¿Qué lo adivinó? No me imagino cómo. Sé más explícita. —Le exigió.

—Os escuchó hablar el sábado por la noche, cuando trajiste a esa mujer a casa. Discutisteis y ella te dio la dirección de un hotel en Nueva York.

Martha es una niña muy inteligente y sacó sus propias conclusiones.

—Si sacó conclusiones fue porque tú se lo contaste. Yo no te di permiso para que lo hicieras. —Se estaba empezando a enfadar. Mucho.

—Pues lo siento. Ya te he dicho que no lo consideré importante.

Las tostadas saltaron del tostador y Annabelle las tomó para untarlas con mantequilla. Él blasfemó por lo bajo.

—¿Así que es cierto? —preguntó Annabelle—. ¿Tu viaje a Nueva York ha sido para pasar la noche con esa mujer? ¿La periodista que montó el numerito en comisaría?

—Eso es asunto mío.

—Ya veo. —Apretó los labios con beligerancia mientras extendía la mantequilla sobre la tostada.

A Derek no le gustaba el tono desdeñoso que estaba empleando. Siempre lo utilizaba para referirse a las mujeres con las que había tenido algún tipo de acercamiento. Había criticado duramente su relación con Charleze y su amistad con Emily. Y ahora tenía la misma actitud hacia Megan.

Martha apareció junto a la puerta de la cocina sin hacer ruido. Iba vestida con unos vaqueros y una blusa de color naranja, pero no se había peinado ni atado los cordones de las zapatillas. Se los quedó mirando en silencio, haciéndoles interrumpir la conversación bruscamente. Sus ojos azules indicaban que sabía muy bien de lo que estaban hablando. Se sentó a la mesa y bebió un trago de su zumo de naranja. Annabelle colocó las tostadas en la mesa, frente a la niña.

—¿Por qué no te has peinado ni te has atado las zapatillas? —Le preguntó Derek, con ceño.

Martha alzó la barbilla y le dirigió una díscola mirada.

—Yo lo haré. —Intervino Annabelle.

—Martha sabe hacerlo. —Colocó la mano sobre el hombro de Annabelle, para frenar su avance—. Cuando termines de desayunar quiero que subas, te peines esa maraña de pelo, te ates los cordones y recojas tus libros.

Martha hizo un mohín.

—¡No me gusta esa mujer! —replicó.

—Habla de ese tema más tarde, cuando regreses del colegio.

Su tono imperativo hizo mella en Martha, que terminó rápidamente su desayuno mientras él se tomaba un café y Annabelle terminaba de recoger la cocina. Después, se marchó como un torbellino y se escuchó un portazo en la

planta de arriba.

—Espero que te sientas orgullosa de que mi hija me odie en estos momentos.

—Yo no soy responsable de tus acciones.

—¿De mis acciones?

—Sí, de tus meteduras de pata.

Derek apoyó las manos en las caderas.

—Mi única metedura de pata ha sido confiar en que serías discreta, ¡maldita sea!

Annabelle se desató el delantal y lo arrojó sobre la mesa.

—Es muy injusto que me hables así después de todo lo que estoy haciendo por vosotros.

—Y te lo agradezco, por supuesto, pero no pienso tolerar que interfieras en la educación de Martha y mucho menos que la pongas en mi contra.

—¡Yo no he hecho tal cosa!

—¡Claro que lo haces! —El tono de la discusión desencajó la expresión de Annabelle y él trató de apaciguarse. Nunca le había pedido que se hiciera cargo de tantas funciones. Había sido ella la que, poco a poco, había ido asumiendo más y más tareas en la casa. Debería haber intervenido mucho antes, en el momento en que no quiso el dinero que él se empeñaba en ofrecerle por su ayuda, pero lo había dejado pasar por miedo a herir sus sentimientos. Que actuara como madre de Martha era la gota que había colmado el vaso—. Oye, Annabelle, todo esto me parece... desmesurado. No quiero que lo sigas haciendo.

Si las miradas matasen, él estaría muerto.

Annabelle abandonó la cocina como una exhalación. Derek le dio alcance en la escalera, cuando se disponía a subir a la habitación de invitados para recoger sus cosas.

—¡Suéltame! —Tiró de su brazo para desasirse—. No puedo creer que me hayas hablado con tanta crueldad. Yo me preocupo por Martha, ¿entiendes? Muchísimo más que esas mujeres vulgares con las que te acuestas.

La osadía de hablarle así lo dejó tan noqueado que ella aprovechó la ocasión para salir disparada escaleras arriba. Dio un portazo al encerrarse en la habitación de invitados, que causó tanto estruendo como los rápidos pasos de Derek ascendiendo por la escalera. No iba a permitirlo. Golpeó la puerta con los nudillos, pero ella le dijo que se marchara. Abrió y entró. Annabelle

estaba metiendo sus artículos de baño en el neceser.

—Me importa un pimiento lo que opines de las mujeres con las que me acuesto porque no es asunto tuyo, ¿entiendes? Pero no pienso consentir que hables de ese modo en mi casa, y mucho menos cuando esté Martha. —Se acercó a ella, las manos le temblaban mientras agarraba sus artículos de aseo — ¿Qué cojones te pasa? Tú y yo somos amigos, ¿de qué va todo esto?

—No te enteras de nada.

—¿De qué debo enterarme? Dímelo tú.

Annabelle cabeceó con rabia antes de encararlo.

—¡De que no quiero ser tu maldita amiga!

Volvió a quedar fuera de juego. Jamás habría sospechado que ella albergaba un interés romántico en él. Eran amigos, colegas, nada en la actitud de Annabelle apuntaba lo contrario. ¡Joder, era de locos!

—Creo que estás cansada y que estás sacándolo todo de contexto...

—No me trates de loca. Sé muy bien lo que estoy diciendo.

Él se cruzó de brazos y se tomó un momento para asimilar toda aquella disparatada e inesperada información.

—No tenía ni idea —dijo al fin, con la voz más calmada.

—Pues ahora ya lo sabes. —Cerró la cremallera de su neceser, lo arrojó sobre la cama y cogió la bolsa de viaje donde guardó unos vaqueros y un par de camisetas—. Esa mujer, la periodista, es una equivocación. Lo mismo que lo fue Charleze o la chica drogadicta. Ellas no tienen ni idea de lo que os conviene ni a ti ni a Martha.

—¿Qué quieres decir con la chica drogadicta?

—No recuerdo su nombre.

—No hubo nada entre Emily y yo.

Annabelle movió la cabeza como si no le creyera.

—Estoy siendo muy paciente, Derek, siempre me digo: «bueno, ya se dará cuenta de quién es la mujer que le conviene». Me pregunto qué más tengo que hacer para que te des cuenta de que estoy aquí. De que existo.

—Annabelle...

—¿Cuándo va a suceder?

Derek expelió el aire con pesadez. Reunió la mayor delicadeza posible para tratar ese tema.

—Siento si en algún momento he hecho o dicho algo que te haya generado expectativas, pero no concibo nuestra relación de esa forma.

—No quiero que sigas hablando. —Alzó una mano—. Las personas

podemos cambiar de opinión, por eso es mejor que no digas nada de lo que luego puedas arrepentirte.

—No voy a cambiar de opinión, Annabelle.

—¡No puedes continuar tratándome como si no existiera! —Explotó.

El rostro se le enrojeció y los ojos verdes le brillaron de rabia. Nunca la había visto perder los estribos de aquella manera. La consideraba cándida y juiciosa, de un temperamento sereno y amable. Aquella mujer que tenía enfrente parecía otra persona.

—Sabes bien que te aprecio y que...

—¡No quiero tu aprecio, Derek! —Lo interrumpió

—¿No te das cuenta de que no puedes obligar a nadie a sentir lo que no siente?

—No seas condescendiente conmigo, hazme el favor.

—Debiste decírmelo mucho antes.

—¿Acaso no resultaba obvio? ¿Qué más necesitabas? ¿Qué me arrojara a tus brazos y te pidiera que me follaras?

Derek desistió de razonar con ella. La paciencia se le había acabado y no estaba dispuesto a escuchar más disparates. Parecía otra persona. Aquella no era su amiga.

—Ya basta, Annabelle. Márchate a casa y reflexiona sobre lo que estás diciendo. Ya hablaremos cuando estés más tranquila.

—Tu problema es que no sabes lo que quieres.

Ella no parecía tan dispuesta a seguir su consejo.

—¡He dicho que lo dejes, no pienso seguir hablando de esto!

—Pues tendrás que escucharme hasta el final. —Le increpó—. No tienes ni idea de lo que Martha necesita para ser feliz, y no lo sabes porque estás demasiado ocupado pensando en tus propias necesidades. —Alzó un dedo hacia él— ¿De verdad crees que esa periodista es apropiada para Martha? Ni siquiera lo fue su propia madre. Siempre haces malas elecciones

Aunque evitaba un enfrentamiento con Annabelle, aquellas acusaciones eran más de lo que podía tolerar.

—Educo a Martha de la mejor manera que sé. Me sacrifico por ella y trabajo dieciséis horas al día para que no le falte de nada, así que no te atrevas a juzgarme. —Con un brusco ademán, apartó el dedo de Annabelle con el que todavía lo señalaba—. Karen cometió muchos errores, estaba lejos de ser la madre perfecta. Pero sigue siendo su madre y no permitiré que la descalifiques, como tampoco te permito que vuelvas a mencionar a Megan.

Tú no la conoces, no tienes ni idea de cómo es. Sólo porque Martha te acepte a ti y no a otra mujer, no significa que seas mejor que las demás.

Lágrimas de impotencia arrasaron los furiosos ojos de Annabelle. Cuando por fin se marchó, a él le pareció haber vivido el episodio más surrealista de toda su vida.

Megan deslizó la mano sobre la suave textura de los vestidos del enorme vestidor. Había una mezcla variopinta y rica de estilos, telas y colores. Eran diseños de mucha calidad. Jodie le había comentado que importantes diseñadores de Pensilvania prestaban algunas de sus creaciones para que las chicas las exhibieran ante la selecta clientela de La Orquídea Azul.

Echó un vistazo a un par de vestidos de color rojo, ya que su primera cita —un multimillonario propietario de muchas de las galerías de arte más importantes de la ciudad—, había expresado su deseo de que vistiera con ese color. Se decantó por el más discreto de los dos y cerró las elegantes puertas blancas del vestidor. La sala donde se hallaba también era majestuosa. Estaba decorada en tonos blancos y grises y había grandes espejos en las paredes.

No estaba sola. Dos chicas también se acicalaban para sus citas de la noche. Eve, la recepcionista, se las había presentado hacía un rato, pero apenas habían cruzado unas palabras de cortesía. En el ambiente se respiraba demasiada competitividad. Jodie le había contado que lo que más odiaba una chica de La Orquídea Azul era que alguno de sus clientes más habituales escogiera a otra compañera para una cita.

Tomó asiento frente a un tocador repleto de cosméticos y mientras se aplicaba la base para el maquillaje, pensó en lo sencillo que había sido convertirse en una chica de La Orquídea Azul. Había sucedido hacía dos días, nada más regresar de Nueva York para entrevistarse nuevamente con Gary Harris, que se había quedado prendado con las fotografías.

Y esa misma noche había firmado el contrato.

Los clientes que ya habían visto las fotografías habían mostrado interés en ella, pero para su estreno en la empresa Harris se había decantado por Edgar Clayton, uno de los hombres más amables y educados.

Eligió un tono ahumado para la sombra de ojos y repasó sus planes.

Durante los primeros días iba a limitarse a observar el entorno sin hacer preguntas. Quería pasar desapercibida. Pero cuando la novedad de ser la chica nueva pasara, se dedicaría a desempeñar su verdadero trabajo. Mientras

tanto, tenía que encontrar la manera de colarse en el despacho de Harris. Seguro que allí encontraría las pruebas de que La Orquídea azul era una tapadera.

Comenzó a pintarse los labios y sus pensamientos se perdieron en la noche que pasó con Derek en Nueva York. Lo que había comenzado bien había acabado fatal. En lo personal funcionaban de maravilla, pero sus respectivos trabajos no paraban de enfrentarles. Era frustrante. Había compartido con él sus experiencias y sus sentimientos más íntimos y, al cabo de unas horas, todo les había vuelto a explotar en la cara. Y de qué manera.

No había vuelto a saber nada más de él.

No estaba muy segura de que aquello tuviera solución. Eso la entristecía muchísimo.

Desenroscó el envase de máscara para pestañas y pensó en otra cosa. Todavía estaba impresionada por la conversación que había tenido con Hugh Fagerman a la hora del almuerzo. Él había aparecido por su mesa con un par de sándwiches, una ensalada y dos cervezas, y le había pedido que lo acompañase a la sala de descanso.

—Quiero hablar contigo. —Le había dicho.

—Te advierto que, si vas a utilizar alguna treta para fastidiar a Jim, no me interesa.

—Vaya, me partes el corazón. ¿Cómo puedes tener ese concepto de mí? —Ella le había mandado al infierno con la mirada—. Sé que no tengo credibilidad para ti, pero aun así quiero contarte algo que te va a encantar.

Se había alisado la corbata de su impecable traje azul oscuro y había esperado a que ella le contestara. Y ella se había dejado convencer sin saber muy bien por qué.

Luego habían tomado asiento en una mesa apartada de la sala de descanso y, mientras ella abría el envase del sándwich de pollo, Hugh había torcido los labios en una sonrisa maquiavélica y había soltado su artillería.

—¿Conoces a Ben Cole? —Obtuvo el efecto deseado. Había acaparado su total atención—. Anoche me lo encontré en un bar que hay en la autopista, un sitio retirado al que voy en algunas ocasiones cuando quiero... bueno, no importa a lo que yo vaya. —Hizo un gesto con la mano—. Estaba con Keiko Syagio y no hablaban, precisamente. Ben tenía la lengua metida en su boca.

Megan se había quedado impactada.

—Te lo estás inventado.

—Sabía que dirías eso, así que he venido preparado. —Él había agarrado

su móvil para buscar algo y luego se lo había tendido—. Hice las fotografías pensando en ti.

Aunque la iluminación del bar era escasa, Megan había reconocido a ambos. En las primeras instantáneas sus bocas estaban fundidas. En las otras hablaban y reían, ajenos a lo que sucedía a su alrededor.

—¡Esto es completamente repugnante! ¡Hace apenas un año que Jim se casó con ella!

—Pues me temo que la luna de miel se ha acabado, al menos para ella.
—Había comentado, chistoso.

—Y con ese tipo, con... ¡Cole!

—¿Tú también has tenido algo con él?

—Vete a la mierda.

Él se había echado a reír.

—Quizás... Creo que debería advertir a Jim.

—¿Bromeas? No te he enseñado las fotografías con esa finalidad. El *Gazzete* es la competencia y nos viene muy bien conocer los puntos flacos de nuestros adversarios. ¡Esto es una bomba! —Había agitado el móvil en el aire—. Y si sabes utilizarla nos reportará muchos beneficios. La pareja perfecta del *Post-Gazette* resulta que no es tan idílica como aparenta porque ella se está tirando al policía que investiga el caso en el que ella trabaja. —Soltó otra carcajada—. Me encantaría escribir sobre esto, pero no es mi competencia, sino la tuya.

—Olvídalo. No le haría algo así a Jim. No es mi estilo.

—¿Vas a quedarte impasible, entonces? ¿Vas a permitir que tus esfuerzos no sirvan de nada porque ella se tira a Cole y obtiene la información de primera mano?

Megan no había picado el anzuelo.

—Hablas de él como si le conocieras.

—Porque lo conozco.

—¿De qué?

—Estudié con él secundaria.

—Hace muchos años de eso.

—Hemos conservado el contacto.

Esa información le había animado de manera repentina. Se había sentido como si acabara de encontrar la punta del hilo del que tenía que tirar.

—¿Sois amigos?

—Nos tomamos unas copas de vez en cuando. Pero no, no somos

amigos. No nos llamamos por nuestros cumpleaños ni nos felicitamos la Navidad. —Se había burlado.

La oportunidad de indagar sobre Cole se le había presentado como caída del cielo y decidió que aprovecharía la oportunidad, aunque tuviera que rebajarse a tratar con Hugh.

—¿Los padres de Cole son ricos?

Necesitaba saber cuáles eran las fuentes de ingresos de Cole. A no ser que su familia fuera adinerada, sus caprichos no podían salir de su sueldo de policía.

—¿Ricos? Ben nunca ha tenido donde caerse muerto. Pasaba penurias cuando era joven. Su padre era militar y se gastaba todo el dinero en putas, y su madre era alcohólica y se pasaba el día metida en la cama. Ben tuvo un montón de empleos basura para poder comprarse unos zapatos nuevos. —Había sonreído—. No pudo ir al baile de graduación porque su madre se gastó todos sus ahorros en botellas de Whisky.

¿Entonces de dónde diablos sacaba el dinero para permitirse un coche de cincuenta mil dólares, ropa de diseño y hasta un rólex de oro?

Megan había establecido relaciones entre los hechos que ya conocía y la nueva información, y todo había comenzado a encajar como las piezas de un puzzle. Helsen y Harris eran amigos del padre de Cole —por lo que Ben también los conocía— y ambos tenían un poder adquisitivo enorme. Uno era el dueño de La Orquídea azul, y el otro era un cliente habitual. Emily había descubierto algo en el ordenador de Helsen y había muerto por ello. ¿Qué escondía La Orquídea Azul? ¿De qué manera estaba relacionado el detective Cole con todo aquello? ¿Estaría el policía implicado en la muerte de Emily?

—¿En qué estás pensando? —Hugh había interrumpido sus cavilaciones.

—¿Te vio él anoche?

—No, como comprenderás no me acerqué a saludarle. Consideré que era más importante echarle una mano a ti que estrechar la de él.

—Vamos Hugh, no me vengas con esas. No me ayudarías a menos que tú sacaras tajada.

—No tiene nada de malo que los dos nos beneficiemos de esta historia. A Keiko seguro que la despedirán del periódico por desprestigiar su buen nombre. Y Jim tendrá que pillarse la baja por depresión cuando quede como un cornudo delante de todo el mundo.

—No es ético. Jim siempre se portó bien contigo.

—Jim siempre fue un imbécil. Ni siquiera fue capaz de llevarte con él.

—No pienso hacerle daño a Jim deliberadamente. —Había asegurado.

Y aquellas habían sido sus últimas palabras antes de dejarlo plantado y regresar al trabajo.

Había meditado mucho sobre todo lo que habían hablado, pero en ningún momento se le había pasado por la cabeza traicionar a Jim de ese modo tan mezquino. Tendría que enterarse por sí mismo. Respecto a Cole, ardía de impaciencia por encontrar otro hilo del que estirar, y para ello tenía que entrar en el despacho de Harris.

Annabelle ya estaba en recepción cuando Derek llegó a comisaría. Desde la acalorada discusión, ella no había vuelto a dirigirle la palabra. Miraba hacia otro lado cada vez que él pasaba por su lado. Sin embargo, ese día le dedicó una sonrisa. Le dijo que más tarde, cuando tuviera un hueco, le gustaría hablar con él. Derek asintió.

Ben estaba al fondo, junto a la cafetera. Tenían que comentar el caso Williams con Flint, pero eso no sería hasta que entrara en su despacho y se tomara su propio café. No había dormido ni dos horas seguidas desde que regresara de Nueva York y sus problemas se multiplicaban como las setas después de la lluvia.

La fiscal adjunta se estaba poniendo nerviosa. El secreto de sumario ya había sido levantado y todos los periódicos de la ciudad destacaban la noticia en portada. Holly Blair quería un culpable y no quería esperar mucho más tiempo a llevarle ante los tribunales. Derek quería que ese sujeto fuera Malcom Helsen, aunque no hubiera sido él quien hubiera empuñado el arma del crimen. Si encontraban pruebas para acusarle formalmente de inducción al asesinato, el resto vendría solo. Estaban muy cerca, Derek ya se hacía una idea clara de la clase de negocios en los que andaba metido Helsen y de la razón por la que Emily debía desaparecer.

Pese a que el segundo interrogatorio con el arquitecto había sido exhaustivo y dilatado, no le habían arrancado una confesión. Helsen se había mantenido firme en su primera versión. Había dicho que amaba a Emily y que no tenía ni la más remota idea de quién podía haberle hecho algo así.

Aunque Derek le había presionado para que confesase, Helsen había aguantado la presión del interrogatorio con frialdad, sin pestañear. Tampoco había entrado en detalles respecto a su relación con Gary Harris. Se habían conocido cuando fueron reclutados para combatir en la guerra de Vietnam,

pero su amistad a lo largo de los años, según Helsen, había sido intermitente y esporádica.

Derek bebió un sorbo del asqueroso café de la oficina, tomó el sobre con las fotografías que había traído de casa y acudió al despacho de Flint. Ben ya estaba allí.

A pesar de que su orgullo había sido gravemente mermado y su credibilidad puesta en entredicho, Ben volvía a exudar su habitual seguridad en sí mismo. De cualquier manera, Derek sabía de buena tinta que las bromas con las que solía hacer reír a sus compañeros ya no les ocasionaban las mismas carcajadas.

—¿Qué tienes, Cole? —preguntó Flint una vez Derek tomó asiento.

Cole cruzó las piernas y dijo que no tenía nada definitivo. Seguía la pista de Sean Greer, el exnovio de Emily, que tenía antecedentes penales y que había cumplido una condena en la cárcel del condado de Armstrong. La policía había arrestado a Sean Greer tras dismantelar una complicada operación de contrabando de drogas de la que Greer era el principal cabecilla. Había cumplido condena durante un año y había salido en libertad hacía cinco meses. Le habían rebajado la condena por buena conducta.

Aunque Greer tenía una coartada sólida que le situaba en Philadelphia la noche de los autos, Ben continuaba insistiendo en encauzar su línea de investigación hacia el exconvicto.

—Su coartada es una mierda. Miente descaradamente —aseguró Cole—. Continuaré apretándole las clavijas, estoy convencido de que es nuestro hombre.

—Déjalo. —Le indicó Flint.

—¿Que lo deje?

—Eso he dicho. Pierdes el tiempo con ese tipejo y la investigación te va a conducir a un callejón sin salida. Su coartada es perfecta, propietarios de diferentes bares de moda le vieron esa noche en Philadelphia.

—Amigos suyos en su gran mayoría —replicó.

—La fulana a la que se tiró no era amiga suya. No perderemos más tiempo ni energías buscando culpables contra los que no existe ni una puñetera sospecha —dijo con contundencia— ¿Algo nuevo sobre Helsen? —. Se dirigió a Derek y pasó por alto el bufido de Cole.

—Los del departamento de informática me adelantaron esto por fax. — La mayor parte de la información rescatada eran fotografías, pero también había fragmentos de textos con fechas y datos—. Tiene una buena colección

de fotografías de mujeres orientales. —Las dejó sobre la mesa para que Flint pudiera revisarlas—. En los textos aparecen nombres y fechas. Supongo se corresponden con las chicas de las fotografías.

—¿Hacia dónde nos lleva todo eso? —Oteaba concienzudamente el material.

—No estoy seguro. Me huele a red de contrabando de mujeres. Williams se acercó demasiado a la verdad y Helsen ordenó que la quitaran de en medio.

—Todavía no estamos seguros de que tenga negocios ilegales —repuso Cole—. Quizás Helsen solo sea un fetichista.

—Hay algo que sigue sin cuadrarme. —Flint no prestó atención al comentario de Ben—. Si Helsen contrató a alguien para que matara a Williams desde luego no fue a un asesino profesional. Quien quiera que lo hiciera parecía tener algo personal contra la mujer porque, de lo contrario, no habría hecho semejante carnicería.

Capítulo 14



Megan pasó una agradable velada en compañía de Edgar Clayton. El sexagenario era un hombre culto, elegante y de modales exquisitos. Incluso hizo que olvidara que estaba ejerciendo de chica de compañía. No detectó ningún interés sexual tras la amabilidad de sus palabras o la bondad que expresaban sus ojos castaños. Clayton le explicó que había enviudado tiempo atrás y que se sentía terriblemente solo, pero que lo único que buscaba cuando solicitaba los servicios de La Orquídea Azul era compañía.

El motivo principal de la velada era la nueva galería de arte que Clayton inauguraba esa noche. Estaba ubicada en el centro neurálgico de la ciudad, en el Triángulo Dorado. Frente a la catedral del aprendizaje, el edificio habilitado para la nueva galería de Clayton se erigía en forma de esbelta torre de cristal de hermosa arquitectura. Los invitados iban vestidos con sus mejores galas y atravesaban la oscuridad de la noche de Pittsburgh para acceder al resplandeciente edificio.

Cruzaron las elegantes puertas acristaladas de la galería y, ya en el interior, comprendió la razón de su vestido rojo. La exposición de pintura impresionista recogía una colección de cuadros de James Whistler, Mary Cassat y John Sargent, donde el rojo destacaba con fuerza.

Al darse cuenta de que Megan lo captaba, Clayton le sonrió con dulzura.

No entendía de pintura, pero no tuvo problemas para dialogar con los invitados, en su mayoría, gente de la alta sociedad de Pittsburgh. Edgar Clayton fue un anfitrión excelente y no se separó de ella para hacerle más sencilla la velada.

Cerca de las once de la noche y tras una cena exquisita en el restaurante Zorba's Gyros, el conductor particular de Clayton condujo el lujoso Mercedes de regreso a La Orquídea Azul.

Durante el trayecto compartieron opiniones sobre la exposición y Clayton se deleitó con todos los conocimientos que ella había adquirido sobre pintura impresionista. La conversación resultaba tan amena que no se dio cuenta de que el mismo Pontiac Gto. de color azul que se había pegado al

Mercedes de Clayton desde que abandonaran el restaurante, continuaba siguiéndoles cuando entraron en el distrito de Arlington. Ella lo veía claramente desde el espejo retrovisor interior, y aunque las tinieblas de la noche oscurecían el rostro de su conductor, estaba segura de que se trataba de Derek.

Clayton continuaba hablando, pero su voz pasó a un segundo plano. Ella enfocaba la mirada para distinguir los rasgos del conductor, pero lo único que consiguió fue que le dolieran los ojos. ¿De verdad estaba siguiéndola? Otra vez notó esa dualidad de emociones que amenazaba con volverla loca. Le irritaba que estuviera allí, pero, a la vez, le gustaba. Sí, lo extrañaba. Muchísimo. Sus sentimientos estaban creciendo demasiado rápido. Confiaba en que no se hubieran arraigado a zonas demasiado profundas.

Intentó relajarse y recondujo su misión, que era interrogar a Clayton antes de que se marchase. Tenía la certeza de que cualquier tipo de pregunta que le hiciera quedaría entre los dos. Clayton parecía un hombre honesto.

—¿Suele utilizar los servicios de La Orquídea Azul, señor Clayton?

—No excesivamente, solo cuando acudo a algún acto social. No me gusta ir solo a eventos públicos. Ésta ha sido una de las noches más encantadoras que he pasado. Gracias a ti. Sabía que no me equivocaba cuando te elegí —dijo con galantería.

—Es muy amable, Clayton. Yo también lo he pasado muy bien. — Sonrió. Luego contraatacó—. Por cierto, usted... ¿Llegó a conocer a Emily Williams?

Clayton movió la cabeza con pesadumbre.

—Qué desgracia tan terrible la de la señorita Emily. Lo lamento muchísimo, ojalá atrapen pronto a ese malnacido.

—Yo también lo deseo. Era mi vecina, una buena chica. Me pregunto quién le haría algo así.

—Quién sabe. El mundo en el que ella se movía no era el lugar adecuado para una señorita.

—¿Salió alguna vez con ella?

—No, pero sus compañeras decían que andaba metida en drogas. Una auténtica lástima.

—Creo que tenía una relación con un cliente. —Le tentó.

—Eso es lo que comentan. —Se llevó una mano a la corbata y se la ajustó—. Yo soy enemigo de las habladurías y los chismorreos.

Quedó desencantada. Tanto si sabía algo como si no, no iba a

compartirlo con ella. Se removió en su asiento y miró el espejo retrovisor. El Pontiac Gto. ya no les seguía.

El chofer estacionó frente a la puerta de la agencia, pero antes de apearse, Clayton le contó que unos amigos suyos habían organizado una partida de golf en el club de campo y que le gustaría que ella le acompañara. Era dentro de un par de semanas y Megan accedió con agrado. De todos modos, esperaba estar muy lejos de La Orquídea Azul para entonces. En dos semanas ya tenían que tener a un culpable sentado en el banquillo de los acusados.

Edgar le abrió la puerta del coche y la acompañó hasta la entrada de la agencia. Mientras se despedían, se dio cuenta de que al otro lado de la avenida el Pontiac que les había seguido acababa de detenerse. Y ahora sí que le vio con nitidez.

¿Así que se proponía escoltarla cada vez que tuviera una cita?

Edgar Clayton regresó a su coche y el Mercedes se puso en marcha. El motor del Pontiac también rugió y luego desapareció en la dirección inversa.

Megan contuvo el aliento y apretó los puños. Estaba enfadada. ¡Mucho! Y no perdió el tiempo en devolver el vestido a la agencia, sino que salió volando hacia su coche, pisó el acelerador y siguió la huella de Derek. Sin embargo, los semáforos se confabularon contra ella y no logró darle alcance. Desapareció de la vista como un fantasma en la noche.

Daba igual. Sabía perfectamente dónde vivía.

Bajó las ventanillas en busca de aire fresco porque su indignación era tan elevada que le provocaba un sofocante calor. La brisa nocturna agitó sus cabellos, aunque no aquietó su ira, que era inmensa cuando se plantó frente a la casa de Derek.

La calle estaba sumida en la quietud de la noche veraniega y todas las luces estaban apagadas. Sí que era rápido conduciendo. ¿O acaso no había ido allí?

Cruzó la calle y se detuvo en mitad del jardín para observar la distribución de la vivienda. La ventana del dormitorio de Derek debía de ser la segunda a la izquierda, en la planta superior. Había una cortina en el interior que la brisa ondeada.

Se subió el vestido hasta las rodillas y se quitó un zapato de tacón. No iba a ponerse a gritar en la calle porque llamaría la atención de los vecinos y tampoco quería llamar a la puerta por temor a despertar a Martha.

Agarró el zapato y ensayó un movimiento con el brazo en alto. En la

Universidad ganaba todos los campeonatos femeninos lanzando dardos, ahora el dardo era más grande pero la diana también. Dio un pequeño salto hasta donde le permitió el vestido, y con el tacón despuntado hacia el cielo lo lanzó con todas sus fuerzas. El zapato describió un arco preciso por los aires, pero erró en el tiro y no atravesó su objetivo. Golpeó la pared, después rebotó sobre el tejado del porche y cayó sobre el césped del jardín.

A Derek le sobresaltó el ruido y se irguió con rapidez en la cama. No estaba durmiendo, tan solo hacía un minuto que había apagado la luz. Agarró el revólver de la mesita de noche, le quitó el seguro y se acercó lentamente a la ventana. De repente, un objeto extraño se coló por allí y se estrelló contra la pared de enfrente. Se llevó un buen susto y apuntó el artefacto con su arma. Pero solo era un... ¡un puñetero zapato de tacón!

—Pero qué cojones...

Pasada la sorpresa inicial, supo a quién iba a encontrarse en el jardín con un zapato de menos. Se asomó y allí estaba, preciosa pero ceñuda, envuelta en un remolino de seda roja.

—¡Baja ahora mismo! —Le increpó.

—¿Si no lo hago me lanzarás el otro? —Se burló.

—Sí, y te daré directamente en la cabeza. —Se sacó el otro zapato y lo blandió.

Derek contuvo la risa y se retiró de la ventana. Se colocó los vaqueros y ensayó una pose seria, pero cuando bajaba las escaleras se le escapó una carcajada. A pesar de que la situación no era para tomársela a guasa, sí que era bastante cómico el modo en que ella había llamado su atención.

Aunque se había levantado algo de brisa todavía hacía calor. Era agradable pisar descalzo el césped húmedo que Martha se había encargado de regar al salir de clase. Megan también estaba descalza, pero estaba demasiado enfadada para disfrutar de esas banalidades.

—Me has estado persiguiendo. —Lo acusó.

—Sí, te dije que lo haría —dijo con tranquilidad—. No me digas que te sorprende.

—No me sorprende, ¡me cabrea y mucho! No quiero que me vigiles.

—Me has obligado a hacerlo.

—Yo no te he obligado a nada, así que deja de perseguirme como si fueras mi maldito guardaespaldas. —Le gritó.

—Tú no necesitas ningún guardaespaldas, cariño. Te defiendes muy bien tú sola, podrías haberme sacado un ojo con tu puñetero zapato.

Derek aprovechó para devolvérselo y ella se percató de lo bien que se le acoplaban los vaqueros desgastados a las piernas. Y no llevaba camiseta. El deseo despuntó de repente, pero intentó obviarlo. Estaba muy enfadada y quería continuar estándolo.

—Estoy hablando muy en serio, Derek. No quiero volver a verte merodeando a mi alrededor. —Le advirtió.

—¿Ha estado bien la exposición? —Le dedicó una media sonrisa.

—Vete al infierno.

Retrocedió y dio media vuelta, pero él no la dejó ni dar dos pasos seguidos.

—Te habrá parecido una velada fascinante, pero deberías saber que no todos los ricachones que acuden a la agencia son igual de amables que Edgar Clayton —dijo, ahora en tono cortante—. Les he investigado a todos y la mayoría esperan probar el pastel completo.

—¿Y te crees que yo voy a dejar que lo hagan? —Le indignó que lo pensara y por eso contraatacó—. Además, tú y yo no tenemos una relación seria, así que puedo hacer lo que me dé la gana.

—¿Eso crees? —Se irguió ante ella y le habló desde las alturas, con la voz férrea—. Nadie excepto yo va a ponerte las manos encima. Y lo sabes bien.

Megan apretó la mandíbula. Quiso decir algo que destruyera esa seguridad que tenía en sí mismo, pero no se le ocurrió nada.

—Si consideras a Clayton un buen hombre, ¿por qué me has seguido?

—Porque ha muerto una mujer en el lugar donde tú estás metiendo las narices.

Megan cabeceó.

—Estás celoso.

—¿Celoso?

—Sí, celoso.

—¿De un puñado de sexagenarios?

—Edgar Clayton es un auténtico caballero. Tú tendrías mucho que aprender de él.

—¿Te ha abierto la puerta del coche y ya estás impresionada? —Rio entre dientes—. Escúchame con atención. Si andas haciendo preguntas no tardarán en intentar liquidarte.

—Sé cuidar de mí misma. No he hecho otra cosa desde que cumplí diez años.

—Pues tendrás que acostumbrarte a que alguien más se preocupe por ti. No puedes hacerlo todo tú sola.

—No hables como si me conocieras de toda la vida. Claro que puedo hacerlo, puedo hacer todo lo que me proponga.

Derek suspiró. Aquella conversación les conducía a un callejón sin salida, así que la cortó porque no estaba dispuesto a debatir toda la noche sobre lo mismo.

—Eres la mujer más testaruda que he conocido en mi puñetera vida.

A ella pareció agradaarle.

—Clayton no llegó a salir con Emily y tampoco está al tanto de su relación con Helsen. No tengo nada nuevo en lo que trabajar. Supongo que eso te hace feliz.

—Escúchame con atención. Ya sé que anhelas el puesto de redactora jefe, pero te aseguro que, si continúas empeñada en hacer preguntas, arriesgarás la vida. —Megan puso los ojos en blanco, como si le considerara un exagerado. Pero no estaba exagerando, así que decidió hablarle claramente de lo que se estaba cocinando tras las bambalinas de La Orquídea Azul. Tal vez así, le haría entrar en razón—. Sentémonos.

Se sentaron en los escalones del porche de cara a la calle oscura y silenciosa, y Derek le puso al corriente de lo que habían descubierto hasta la fecha.

—La Orquídea Azul es la tapadera que encubre una red de contrabando ilegal de mujeres procedentes de oriente para su explotación sexual. Harris y Helsen son socios además de colegas. Los dos están metidos en esto. ■

Ella abrió los ojos como platos.

—¿Fue Harris quién asesinó a Emily?

—No. Harris estaba en una cena de negocios en Nueva York. Su coartada es tan consistente como la de Helsen. ¿Me crees ahora cuando te digo que estás metiéndote en la boca del lobo?

—Entonces fue eso lo que Emily descubrió en el portátil de Helsen... —Sacudió la cabeza—. ¿Cole tiene alguna otra fuente de ingresos además de su salario de policía?

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Tiene mucho que ver.

Derek movió la cabeza.

—Su familia es adinerada, sí.

—¿Eso es lo que Cole te ha contado? —Él se encogió de hombros. No

entendía nada—. No es cierto. Su padre despilfarraba su sueldo de militar en prostitutas y su madre era alcohólica. Ni siquiera tenía dinero para comprarse unos zapatos para el baile de graduación.

—¿Adónde quieres llegar?

Megan se lamió los labios y habló con excitación. Todas las piezas encajaban.

—Cole vive en un chalet de tres plantas en una de las urbanizaciones más lujosas de Pittsburgh y tiene tres coches deportivos en el garaje. Lleva un reloj en la muñeca y viste ropa de Armani. ¡Es imposible que pueda permitirse todo eso con su sueldo! —Levantó una mano para que no la interrumpiera—. Su padre era amigo de Helsen y de Harris, combatieron juntos en la guerra de Vietnam, así que Ben los conoce a los dos. ¡Y es policía! Sabes mejor que yo que hay muchos policías corruptos que aceptan sobornos a cambio de guardar silencio, o lo que es peor, a cambio de pasar información. Ben Cole está metido en esto, me apuesto el cuello, y tiene los escrúpulos suficientes para quitar de en medio a Emily si Helsen se lo pidió.

Primero se la quedó mirando como si le estuviese contando una broma, pero al percatarse de que hablaba muy en serio comenzó a cabecear.

—¿De verdad me estás diciendo que mantienes semejante teoría? —Ella asintió deprisa—. Por Dios, Megan, ¡es una locura!

—¿Dónde estaba Ben la noche de los hechos? ¿Puedes contestarme a eso?

—Con tu amiga, la señorita Graham. —Ella arqueó las cejas—. No tenías ni idea, ¿no?

—Ella... Me dijo que había estado saliendo con un policía, pero ¿cómo iba a imaginar que se trataba de Cole? —Con gran ofuscación, se quedó mirando más allá del jardín— ¿Cómo sabes que esa noche estaba con ella? También dijo que había estado conmigo y era mentira.

—Porque antes de llegar a la casa de Emily fui a recogerle a la autopista. —Más confusión—. Habían ido a un páramo cercano a Hazelwood para pasar un buen rato, ya sabes. Por lo visto, ella se enteró de algo que no le gustó y lo dejó allí tirado.

—¿Los viste juntos?

—No, no los vi juntos.

—Por lo tanto, Ben pudo mentirte.

—Déjalo, Megan. No quieras hilar tan fino.

—Acabas de decir que lo encontraste en un páramo cercano a

Hazelwood la noche del asesinato. Deberías comprobar su coartada. — Insistió.

—No hay razón para hacerlo.

—Si no lo haces tú lo haré yo. Le preguntaré a Jodie.

—¡Ya basta, Megan! ¿No te das cuenta de que estás llevando este asunto al terreno personal? Ben fue un imbécil contigo, pero eso no lo convierte en un asesino.

—¿Ni siquiera te llaman la atención las conexiones entre Harris, Helsen, el padre de Cole y el propio Cole? No me estoy inventando nada, puedes comprobarlo por ti mismo cuando quieras —replicó—. No me lo estoy llevando al terreno personal, eres tú quien lo hace. Comprendo que investigarle suponga un conflicto para ti porque es tu compañero, pero piénsalo al menos, ¿quieres?

—No hay nada que pensar, Megan.

Malhumorada, se puso en pie y se colocó los zapatos de tacón.

—Espero que cuando quieras darte cuenta no sea demasiado tarde.

Cruzó el jardín y se alejó de él mientras Derek diseminaba los recuerdos de la noche en que fue recoger a Ben en la autopista. No vio a la chica, él estaba completamente solo en aquel páramo cercano a la Avenida Gleenwood. Y tenía una especie de arañazos en la cara, aunque no habían hallado restos de piel bajo las uñas de Emily. Sin embargo, Ben era policía y conocía el procedimiento... No, aquello era una locura. No podía dejar volar su imaginación hacia un sentido equivocado. Pero, y si... reconocía que no perdía nada por contrastar que Graham había estado en compañía de Cole.

Al regresar al presente, Megan ya había cruzado el jardín. La alcanzó cuando ya había abierto la puerta de su coche y lanzaba el bolso en el asiento del copiloto. Su relación se había convertido en un estira y afloja constante.

—Megan, espera.

—Me marchó a casa, ya es tarde —le dijo con sequedad.

Metió un pie en el Víper, pero Derek tiró de su brazo para que volviera a sacarlo. La aprisionó contra la carrocería y la inmovilizó con su cuerpo. Estaba harto de tanta disputa, solo quería besarla hasta dejarla sin aliento. Le dolía la necesidad de quitarle el vestido, de verla desnuda, de tocarla donde ningún hombre la había tocado jamás y de hacerle el amor hasta que las fuerzas lo rindieran. Ella no le miraba, aunque no podía evitar que su cuerpo respondiera con deleite a su cercanía. Los pezones se le habían puesto rígidos.

—Mírame. —Le exigió él.

—Prueba a decírmelo sin que parezca una orden.

—No quiero pelearme más contigo, así que dame una tregua.

—¿Quién le ha gritado a quién? —Alzó la vista y le encaró por fin.

Derek suspiró y le habló ahora con la voz más serena, pero no aflojó la presión entre sus cuerpos.

—Lo siento, es que estoy bastante estresado. He tenido una fuerte discusión con Annabelle y ya no viene por casa, así que tengo que encontrar a una canguro que cuide de Martha cuando Thelma se marcha. Mientras tanto estoy dejándola con la señora Fellon, pero Martha la detesta y ahora también me odia a mí por obligarla a quedarse con ella. Se piensa que tengo la culpa de que Annabelle se haya ido y no me dirige la palabra desde entonces. —Expelió el aire con pesadez y a Megan se le fue deshaciendo el enfado—. Y sobre todo estoy jodido porque no encuentro el maldito momento de estar a solas contigo.

Derek volcó en un beso todo el agobio que sufría. Le devoró la boca de un modo casi salvaje que le hizo hervir la sangre. Megan le echó los brazos alrededor de los hombros y sus bocas se enzarzaron en una batalla erótica y carnal que les condujo rápidamente a un estado de excitación insoportable. Él le tomó la cabeza entre las manos y la sondeó con la lengua, y ella se pegó a su cuerpo y gimió de placer al notar su durísima erección.

A Derek se le fue la cabeza, se olvidó del lugar en el que estaba y tiró de su escote para liberar un seno. La luz de una farola iluminó su plenitud, y acarició el pezón rosado con el pulgar. Lo lamió. Lo succionó. Megan pensó que las piernas no la sostendrían.

Enterró los dedos en su espesa cabellera negra. El cosquilleo que notaba en la entrepierna era demoledor, pero no podía volver a suceder de esa manera.

—Derek. —Le tomó la cara entre las manos. Sus ojos estaban ciegos de deseo—. Estamos en la calle.

—Todo el mundo está durmiendo.

—Cualquiera podría asomarse a una ventana y vernos. Incluida Martha.

Su acelerada respiración se mezclaba con la de ella mientras procuraba recuperar el dominio, pero volvió a besarla con la misma intensidad. Una vez más. Luego se retiró a regañadientes. Se pasó una mano por el pelo revuelto y le dio la espalda un momento para tranquilizarse. Ella se alisó el vestido y se lamió los labios que sabían a él.

—Estoy harto de esperar. No puedo más.

—Yo tampoco.

—¿Cuándo?

—Cuando tú puedas, Derek. Si por mi fuera, ahora mismo te arrastraría hasta mi casa.

Él sonrió un poco y luego maldijo entre dientes. Tenía que encontrar pronto una solución a su problema o esa desquiciante tensión sexual acabaría con él.

Para que el aire volviera a circular entre los dos, Megan se aclaró la garganta y cambió de tercio.

—¿Por qué se ha enfadado Annabelle contigo?

Lo último de lo que a él le apetecía hablar era de Annabelle, pero como remedio para enfriarse era incluso mejor que tomar una ducha. Se lo contó todo, aunque fue al grano.

—Incluso se atrevió a juzgar la manera en que educo a Martha. Es como si en comisaría todo el jodido mundo se estuviera volviendo loco. —Cabeceó y, a continuación, le acarició el sedoso cabello rubio. Su mirada se volvió penetrante, como si estuviera a punto de confesarle algo importante. Se tomó su tiempo y habló—. Eres la única persona que me ha importado en años y me mata pensar que puedas estar en peligro. Es por eso por lo que pierdo los estribos con tanta facilidad. Quiero que te alejes de este caso, aunque sé que no vas a hacerlo. No quiero perderte, Megan.

Su corazón se saltó un latido al escucharle. Él era más rápido ganando terreno que ella retrocediendo.

Su pasado la había marcado de tal forma que nunca había sido capaz de implicarse emocionalmente con nadie. Había querido a Jim, pero cuando llegó el momento de dar un paso más se acobardó y arrojó dos años de relación por la borda. Ahora era diferente. Era más fuerte, no podía manejar aquello. Cada vez que insistía en tomar las riendas él aparecía y se le escapaban de las manos. Ahora solo quería abrazarlo y mandar sus inseguridades al diablo.

Alzó una mano y le tocó la cara. Sus rasgos duros se relajaron con su suave caricia. La barba le hizo cosquillas en la palma.

—No va a pasarme nada. No vas a perderme. Te lo prometo. —Megan se irguió de puntillas y le dio un beso—. Preguntaré en el trabajo por si alguien conoce a alguna chica que esté disponible para cuidar de Martha.

—Te lo agradecería.

—Me detesta, ¿verdad?

—No más que a mí, pero se le pasará. Es solo una niña. Si te conociera te adoraría.

Megan esbozó una leve sonrisa

—¿Tú crees? —Él afirmó—. He pensado que tal vez el lunes, yo... podría acompañar a Martha al colegio y así pasaría un rato con *Abby*. —La calidez con la que Derek la miró le fundió el corazón—. Tal vez le haga ilusión y deje de estar enfadada contigo. A lo mejor incluso termino cayéndole un poquito mejor.

Derek volvió a besarla.

—Si a Martha le parece bien, a mí también.

—Estupendo. Entonces vendré a las ocho si no me avisas de lo contrario. ¿Trabajas este fin de semana?

—Sí, pero te llamaré.

Megan subió al coche y se acomodó tras el volante. Él se inclinó para asomarse por la ventanilla.

—Leí tu artículo sobre el informe forense. Es bueno.

—Gracias. Necesitaré artículos buenos con los que superar al *Gazette* ahora que Keiko se está acostando con Cole.

Cada vez que pensaba en ello ardía de indignación.

—¿Ben se está acostando con la periodista japonesa?

Megan asintió.

—Joder, eso es lo que faltaba.

Capítulo 15



Escogió cuidadosamente la ropa que iba a ponerse para acompañar a Martha al colegio. Estaba más nerviosa que cuando cruzó el umbral de La Orquídea Azul con una identidad falsa. Martha era una niña, pero no era cualquier niña. Era la hija de Derek y sentía la necesidad de que conectasen. No tenía mucha mano con los niños, esa era la verdad, pero de alguna manera se sentía identificada con ella. Su infancia había sido mucho más dura que la de Martha, pero había ciertas similitudes. Ella también iba a crecer sin una madre a su lado.

Se puso unos vaqueros, una camiseta azul y se recogió el cabello con una goma a la altura de la nuca. Pensó que la niña se sentiría más cercana a ella si escogía ropas desenfadadas y juveniles. Después de dejarla en el colegio tendría que regresar a casa y cambiarse de vestuario para ir al periódico.

Diez minutos antes de las ocho llegó a la casa de Derek. Estaban puestos los aspersores para regar el jardín, aunque el césped había crecido demasiado y necesitaba cortarse. A ella le gustaba tanto la jardinería que siempre que veía un jardín descuidado no podía evitar imaginarse cien maneras distintas de alegrarlo.

Soltó el collar de *Abby* y echó a correr por el jardín. Ella lo cruzó por el sendero empedrado mientras decidía que quedarían muy bien unas violetas africanas en los parterres que había a la izquierda y unos rosales en la derecha.

Derek abrió la puerta cuando subía los escalones del porche. Estaba guapo y descansado. Después de dos días sin verle la necesidad de tener contacto físico con él se había multiplicado, pero se detuvo a una distancia prudencial. Sería un desastre que Martha apareciera de repente y los viera en actitud cariñosa.

—Llegas diez minutos antes.

—Ya no sabía qué hacer para matar el tiempo.

Esbozó una sonrisa perezosa y se acercó a ella. Le dio un suave beso en los labios que le supo a gloria.

—Martha todavía está arriba. ¿Estás nerviosa?

—Un poco. No suelo tratar con niños.

—Relájate, seguramente ella hará todo el trabajo. —Señaló a *Abby* con la cabeza, que jugaba sobre el césped a alcanzarse el rabo con la boca.

El aspecto juvenil de Megan le enterneció. Le encantaba que hiciera esfuerzos por ganarse la confianza de su hija. No lo tenía fácil, pero poseía todo lo necesario para llegar hasta ella.

—¿Cómo ha reaccionado?

—Le ha parecido bien, pero si se porta mal o se enfrenta a ti no le sigas la corriente.

—Tengo todo bajo control.

«Y un cuerno».

Nada estaba bajo control. Su perfecta y controlada vida había descarrilado y no hacía más que encontrarse con situaciones que no sabía cómo manejar. Aquella solo era una más entre tantas otras. Estaba sorprendida por su necesidad de congeniar con Martha y por la intensidad con la que vivía sus encuentros con Derek.

Martha apareció por la puerta. Iba ataviada con unas bermudas rojas, una gorra rosa con la palabra *Pittsburgh* estampada en blanco, y una camiseta también blanca. Llevaba la mochila cargada a la espalda y sus inmensos ojos azules la miraron con cautela. Megan sonrió un poco.

—Hola Martha. Me alegra volver a verte.

—Hola —dijo escuetamente, pero su expresión se alegró en cuanto vio a *Abby* en su jardín— ¡*Abby*!

Corrió con entusiasmo hacia la ella y la caniche la recibió con una procesión de vigorosos ladridos y cariñosos lengüetazos.

—Es un buen comienzo —comentó ella.

Derek la tomó del brazo y la instó a que cruzaran el jardín. Mientras Martha colocaba la correa al arnés de *Abby*, él aprovechó para acercar los labios a su oreja.

—Se marcha pasado mañana a Los Ángeles para pasar unos cuantos días con su madre. Ya sabes lo que eso significa. —Su voz se tornó sugerente.

No es que quisiera que Martha se marchase, pero para ella fueron buenas noticias. Sintió una punzada de impaciencia al pensar en esos dos días.

Emprendieron el camino hacia la escuela sin comunicarse la una con la otra. Martha se limitaba a hablarle a *Abby* y Megan solo estaba pendiente de sujetar a Martha por la mochila cada vez que cruzaban una calle. Cuando

entraron en el parque Schenly se relajó y trató de buscar un tema de conversación. Su sorpresa fue mayúscula cuando Martha rompió el hielo con un comentario que casi la hizo atragantarse con su propia saliva.

—Yo que tú no perdería el tiempo con mi padre. No le gustas.

Megan la miró con precaución y se esforzó en evaluar la situación tal y como lo haría una niña de su edad.

—¿No le gusto? ¿Tú crees?

—No. A mi padre le gustan las chicas morenas y con los pechos mucho más grandes que los tuyos. —Torció el gesto—. Y eres demasiado alta.

—Bueno, tu padre también es muy alto.

—Pero a él le gustan bajitas.

—Vaya, pues... eso sí que es un problema. —Puso ceño—. ¿Crees que hay algo que pueda gustarle de mí?

Martha negó con la cabeza.

—No. Tienes los dientes perfectos y son muy blancos, pero no es suficiente. Un chico no debe elegir a una chica porque sus dientes sean bonitos.

—En eso estoy de acuerdo contigo. —Admitió—. O sea, que Derek solo te ha hablado de mis dientes.

—Sí, solo de eso.

Megan fingió un suspiro de abatimiento y eso gustó a Martha. No sabía demasiado de niños, pero tampoco era tan difícil entender su psicología.

—¿Algún consejo? —Su voz sonó deliberadamente ingenua.

—¿Para ligar con mi padre? —Se ofendió.

—No, claro. —Aplacó las aguas turbulentas—. Para que cuando me mencione no sea para hablar solo de mis dientes —repuso con simpatía.

—Pues lo siento. —Martha se encogió de hombros—. Lo mejor que puedes hacer es olvidarle para que no te haga sufrir. Papá enamora a las mujeres y luego les destroza el corazón, pero tú ni siquiera le gustas y nada va a cambiar eso.

Abby se detuvo junto a unos arbustos y olisqueó las flores amarillas que crecían alrededor. Luego se puso a tirar de la correa como una loca porque una lagartija de gran tamaño pasó por delante de su hocico y se ocultó en el arbusto. Empezó a escarbar con ahínco, lanzando trocitos de tierra que saltaban de sus pequeñas patas.

—¿Para, *Abby*! —Megan tiró de la correa— ¡Vas a ponerte perdida!

—¿Era enorme! —exclamó Martha con los ojos muy abiertos— ¿La has

visto?

—Sí, era casi igual de grande que ella, pero esta perra tonta no le tiene miedo a nada.

Consiguió sacarla de allí, pero no le hizo mucha gracia porque se puso a ladrar.

—¿Quieres que la tome en brazos? —preguntó la niña.

—Buena idea, será la única manera de llevárnosla de aquí.

Martha se agachó y sacudió el barro que había quedado adherido a sus pequeñas patitas. Luego la levantó en sus brazos.

—Perrita mala.

Le dio un beso en la cabeza y reanudaron la marcha por un sendero del Schenly, a esas horas transitado por padres e hijos.

—Las lagartijas grandes y los gatos son su gran pasión —comentó Megan. Martha sonrió por primera vez— ¿Has hablado ya con tu padre sobre lo de tener un animal en casa?

—No. Todavía no me gustan las mujeres que a él le gustan —dijo con aire solemne.

—Es verdad, lo había olvidado. —Metió la mano en el bolsillo y le ofreció un chicle de menta que aceptó gustosa— ¿A ti te gusta algún chico?

—¿A mí? —Sus bonitos ojos azules se abrieron desmesuradamente y sus mejillas se ruborizaron—. Solo tengo nueve años —respondió con timidez.

—Cuando yo tenía tu edad estaba locamente enamorada de Travis.

—¿Quién era Travis?

—Un chico de mi clase. Era rubio y tenía los ojos azules, como los tuyos. Era guapísimo.

—¿Y qué pasó?

El repentino interés de Martha fue la primera señal de entendimiento que surgió entre las dos, así que se aferró a él

—Que a Travis le gustaba Helen.

—¿Quién era Helen?

—La chica más guapa de toda la escuela. Todos iban detrás de Helen, incluso algunos chicos le hacían los deberes con tal de poder hablar con ella. Travis era uno de ellos, así que se pasó todo el año ignorándome.

—¿Y tú qué hiciste?

—¿Además de llorar? —Martha asintió—. Hice algo de lo que no me siento especialmente orgullosa. Un día le pegué un chicle cerca de la raíz del cabello sin que ella se diera cuenta. Quería que tuviera que cortárselo.

—¿Y lo hizo?

Martha tenía los ojos muy abiertos. Estaba fascinada.

—Sí. No le quedó más remedio que cortárselo. Y entonces todos descubrimos que tenía unas orejas gigantescas. ¡Todo el mundo comenzó a llamarla Dumbo! Así que los chicos, incluido Travis, dejaron de fijarse en ella.

A Martha se le escapó una risita espontánea y contagiosa y Megan también rio. Sin embargo, pronto volvió a ponerse seria. Seguro que no quería ser simpática con la mujer que le gustaba a su padre.

—¿Qué sucedió después? —Recuperó el ademán solemne.

—Bueno, el curso estaba a punto de finalizar así que... dejé escapar la oportunidad de decirle a Travis lo mucho que me gustaba.

—¿Y no volviste a verle en el curso siguiente?

—No. Sus padres se mudaron a Philadelphia y nunca más supe de él. Pero aprendí una lección importante.

—¿Que las chicas guapas también tienen defectos?

—Eso también. —Sonrió—. Pero lo más importante que aprendí fue que cuando deseas algo con mucha fuerza hay que esforzarse por conseguirlo. Nunca hay que tirar la toalla.

Aquella historia pareció calar hondo en Martha, que guardó silencio durante unos instantes.

—Se llama Dean —dijo de repente.

—¿Quién se llama Dean?

—El chico que me gusta.

¡Bien! ¡Se estaba abriendo a ella!

—¿Va a clase contigo?

Martha asintió. Tenía la mirada clavada en *Abby* y muy pocas intenciones de hablar de sí misma a no ser que Megan le sacara las palabras con sacacorchos.

—¿Sois amigos? ¿Hacéis los deberes juntos y esas cosas?

—No.

—¿No habláis?

Negó con la cabeza. La coleta morena que asomaba por detrás de la gorra se balanceó en un gracioso movimiento.

—¿Es que hay una Helen? —Asintió—. Y Dean y esa chica son...

—Novios. Le lleva los libros a casa y comparten el desayuno en el descanso. Tienen muchas cosas en común —dijo quedamente—. Viven en el

mismo barrio, sus padres son profesores y les gusta la mermelada de cacahuete. Yo odio la mermelada con sabor a cacahuete. —Hizo un gesto de repugnancia que hizo sonreír a Megan.

—Seguro que hay algo que a Dean no le gusta de ella o viceversa. Es cuestión de adivinarlo.

—Sé lo que es. A Dean le encantan los perros, aunque sus padres no quieren comprarle uno. Ayleen los odia.

A Megan se le ocurrió una idea que corrió a compartir con ella.

—Mañana es tu último día de colegio, ¿no? —Martha asintió—. Si te parece bien, mañana podríamos asegurarnos de que Dean te vea con *Abby*. Podría ir a recogerte a la salida.

—No sé —dijo con recelo, como si dudara de que las intenciones reales de Megan fueran las de interceder entre ella y Dean.

Aquel pequeño retroceso le obligó a andarse con pies de plomo, así que mientras Martha quedaba pensativa ella le hizo otra propuesta.

—Aunque, si lo prefieres, puedes decirle a tu padre que venga él a recogerte. Yo le prestaré a *Abby* encantada.

—Papá nunca puede venir a recogerme al colegio, siempre vienen Thelma o Annabelle porque él sale más tarde de trabajar. —Se mordió la cara interna de la mejilla—. Pero tendrás que ser puntual, Dean siempre sale de los primeros.

—No te preocupes por eso. Estaré esperando a la hora en punto.

Martha quiso ocultar lo contenta que estaba con su plan, pero por mucho que quisiera contenerse las comisuras de sus labios se empeñaban obstinadamente en curvarse hacia arriba. Ella lo percibió y se relajó por fin. Quizás ya había superado la fase en la que Martha espantaba a las novias de su padre recurriendo a artimañas infantiles, como soltar a su pareja de hámsteres frente a una mujer que tenía fobia a los roedores.

No podía culparla, la entendía. Durante muchos años ella también se había ocupado de espantar a todo aquel desfile de gente que entraba y salía de su vida. Era la única manera de mantenerse a salvo, y muy a su pesar, ese era un patrón de conducta que había arrastrado a su vida adulta.

Cuando dejaron atrás el parque Schenly y cruzaron la Avenida Darlington, el patio del colegio de Martha ya estaba inundado de niños y padres que aguardaban a que el conserje abriera las puertas. Rodearon la verja verde mientras Martha lanzaba miraditas al interior del patio, Megan suponía que para tratar de localizar a Dean.

Cuando llegaron frente a la puerta se paró en seco y Megan se temió que no deseaba que las madres de sus compañeros de clase la vieran con ella. Martha se agachó frente a *Abby*, la tomó en brazos y la acurrucó contra su cuerpo mientras le besaba la cabeza rizada.

—Eres una perrita muy buena.

Abby le dio un afectuoso lametón en la mejilla y Martha se echó a reír. Luego, le dio quedamente las gracias y echó a correr hacia el interior del patio.

Megan esperó junto a la verja hasta que Martha desapareció de la vista. Le habría gustado acompañarla hasta que fuera la hora de entrar al colegio, pero suponía que no podía exigirle mucho más. Como comienzo no estaba tan mal. *Abby* parecía estar de acuerdo con ella, pues lanzó un ladrido al aire y agitó la cola mientras la observaba con sus diminutos ojos negros.

Derek no se apartó del móvil. Temía que Megan le llamase para decirle que Martha era una niña terrible y que renunciaba a acompañarla al colegio. Afortunadamente, eso no sucedió. Megan era una mujer obstinada, la creía capaz de ganarse el cariño de su hija. Ojalá fuera así.

Annabelle quería hablar con él y así se lo hizo saber en cuanto cruzó las puertas de comisaría. Sus rasgos continuaban tensos y sus ojos opacos, pero le habló en un tono amistoso.

—Más tarde, ahora tengo un asunto importante que atender. —Le dijo él, sin detenerse.

Cinco minutos después Connor Lawson llamaba a su despacho.

—Necesito que me hagas un favor. —Derek mantuvo abierta la puerta para que Connor pasara.

Connor Lawson era un policía veterano que trabajaba para el departamento de personas desaparecidas. Tenía una barriga voluminosa, patillas pobladas que casi se le juntaban en la barbilla, y unas manos tan grandes y robustas que podría talar un árbol de un solo manotazo. Siempre estaba de buen humor y se ofrecía gustosamente a echar una mano a cualquiera que lo necesitara.

Derek abrió el cajón de su escritorio y le entregó un folio mecanografiado dentro de una carpetilla de plástico. Connor lo tomó con una de sus manos de leñador.

—No tengo demasiada información sobre la que trabajar. Pero tú eres de

los mejores.

Connor echó un vistazo a la información y su rostro inexpresivo se fue tensando. Cuando terminó de leer el informe alzó los ojos hacia él.

—¿Quieres que encuentre a una mujer que desapareció hace más de veinte años?

—Así es.

—¿Quién es? —Se le juntaron las pobladas cejas en el centro.

—No puedo decírtelo. He recurrido a ti porque confío en que harás el trabajo con la máxima discreción posible. —Le explicó.

Connor devolvió la vista al informe.

—¿Lo último que se sabe de ella es que a los quince años fue a parar a un hogar de acogida en Allentown?

—Así es. No creo que haya muchos albergues juveniles en Allentown, no te costará trabajo seguirle la pista. ¿Cuándo consideras que podrías tener algo?

Connor se encogió de hombros, tan anchos como una portería de fútbol.

—Todo depende del sistema de archivos que utilicen en ese albergue y lo dispuesta que la gente se muestre a cooperar. No más de un par de días.

Dos días estaba bien. Derek le dio un par de palmadas en el hombro.

—Gracias, te debo una.

—No amigo, con esta ya son tres.

Derek sonrió entre dientes, pero la sonrisa se le congeló en los ojos cuando Annabelle apareció por la puerta de su despacho. No parecía dispuesta a esperar ni un minuto más para tener esa conversación que había pendiente. Connor se marchó y Annabelle entró sin esperar a que él le diera su consentimiento. Luego cerró la puerta y enlazó las manos con gesto nervioso.

—Lo siento. —Su tono fue suave, más parecido a un murmullo—. Siento todo lo que te dije el otro día. Estaba alterada y hablé sin pensar.

Derek se apoyó sobre la mesa y cruzó los brazos.

—Dijiste lo que pensabas.

—Bueno, yo... Es cierto que siento algo por ti y que las mujeres con las que sales no me parecen adecuadas para Martha, pero me perdieron las formas y te pido disculpas por eso.

—No solo te perdieron las formas, Annabelle. Entraste en un territorio que no te correspondía.

—Lo sé, estaba muy nerviosa. —De verdad parecía arrepentida—.

Necesito verla. Ella me necesita y yo la necesito a ella. —Su voz se atribuló ante el rechazo que leyó en sus ojos—. Martha es tan pequeña y pasa tanto tiempo sola... la quiero con toda mi alma, Derek.

Los ojos le brillaron y Derek se ablandó un poco. Sabía que Annabelle quería a Martha y que le dolía estar apartada de ella, pero mucho se temía que su actitud no iba a cambiar y que continuaría manipulándola si él cedía.

—Dejemos pasar un tiempo y después ya se verá.

—¿Por qué hemos de esperar? Mis sentimientos hacia ti no tienen nada que ver con esto.

—Tienen todo que ver. Permitiste que interfirieran en tu relación con Martha para llevarla a tu terreno.

—Jamás le he hablado mal de ti. —Las lágrimas comenzaron a desbordarle los ojos.

—La pusiste en contra de Charleze y me odió mientras estuve con ella, y desde que le contaste que estuve en Nueva York con Megan apenas me dirige la palabra.

—Adora a su madre, Derek, y todas las mujeres representan una amenaza para ella. Yo no tengo la culpa.

Él cabeceó. No iba a sucumbir a sus lágrimas. Annabelle tenía dos caras muy diferentes y no podía arriesgarse a que esa personalidad manipuladora y furibunda volviera a surgir para explotar en su casa.

Cruzó la oficina y se detuvo junto a la pizarra de corcho que estaba repleta de fotografías. Caras de desconocidos cuyos ojos sin vida suplicaban que encontrase a sus verdugos.

—En unos días Martha se marchará a Los Ángeles —dijo con la voz vacía—. Podemos retomar el tema cuando regrese.

—Quiero despedirme de ella.

—Por supuesto. —Paseó la mirada por las horripilantes fotografías y luego la miró a ella—. No voy a negarte que la veas porque sé que la quieres y que ella te quiere a ti, pero en cuanto a la relación que teníamos antes... Creo que debemos tomarnos un tiempo para recuperar la perspectiva.

A ella se le desplomaron los hombros

—¿Vas en serio con esa chica? —Se enjugó las lágrimas—. ¿Con la periodista?

—Totalmente en serio.

El dolor distorsionó sus rasgos y sus ojos verdes se volvieron huidizos.

—De acuerdo.

Annabelle abandonó el despacho, dejando tras de sí la fragancia de su perfume caro flotando en el aire.

Derek se dejó caer sobre su silla y se masajeó el puente de la nariz antes de volver al trabajo.

Capítulo 16



Cuando la oportunidad de husmear en la agencia se le presentó tan repentinamente, se le inundó el cuerpo de adrenalina.

Había planeado registrar la oficina de Harris entrada la noche, cuando ella regresara de su cita con Robert Farrell y en la agencia apenas hubiera movimiento. Era la mejor hora del día para hacerlo. Eve se marchaba a las ocho y Harris no solía ir por la noche, solo tenía que saltar el obstáculo de las otras chicas que también regresaban de sus citas.

Pero a última hora de la tarde Eve le comunicó que Farrell, el presidente del banco central de Pittsburgh se había puesto enfermo y anulaba la cita. Ya estaba vestida y se retocaba el maquillaje cuando Eve entró en el vestuario para anunciárselo. Al principio pensó que Farrell no podía haber escogido un día peor para caer enfermo. Reconocía que se estaba impacientando porque con cada día que pasaba allí aumentaban las posibilidades de que alguien descubriera su tapadera. Luego pensó que había tenido suerte, pues se había librado del Farrell —del que se decía que insistía en terminar sus veladas en la cama y que era tan exigente con las mujeres como con los negocios que le habían reportado tanto éxito— y la agencia quedaría desierta entre las ocho y las once, intervalo de tiempo en que todas las chicas estaban fuera.

—Siento no haberte podido avisar con más antelación, pero Robert acaba de llamar hace un momento. Yo ya me marché a casa, si necesitas cualquier cosa...

—¿Sabes si Harris regresará esta tarde?

Gary Harris se marchaba a una reunión cuando Megan había llegado esa tarde a La Orquídea azul. Normalmente, sus reuniones solían extenderse durante horas y era probable que ya no volviera hasta el día siguiente, pero prefería guardarse las espaldas.

—No lo creo, aunque es bastante impredecible. ¿Necesitas hablar con él?

—No, yo solo... Es una cuestión sin importancia. Esperaré a mañana.

Tan pronto como Eve desapareció se levantó de la silla y comenzó a desvestirse. Por fortuna no había ninguna chica por allí. Nadie que fuera a

extrañarse de la velocidad con la que se despojó de su vestido y volvió a ponerse su ropa.

Asomó la nariz al pasillo principal. Estaba en silencio y no había nadie merodeando por los alrededores. Una suave luz azulada procedente de los halógenos del techo dibujaba formas sobre la estructura de la escalera y dirigió la mirada hacia allí. En recepción tampoco había movimiento. Descendió por la escalera de caracol sin hacer ruido.

Recepción estaba en penumbras. Eve siempre dejaba encendida una pequeña lamparilla sobre su mostrador de recepción por si Gary Harris regresaba a la agencia después de que ella se hubiera marchado. Se acercó hasta allí y vigiló un par de veces por encima de su hombro para asegurarse de que arriba todo continuaba en silencio, pues en la agencia todavía había chicas que andaban preparándose para sus respectivas veladas nocturnas.

Rodeó la mesa de Eve y tiró del asa del cajón superior donde guardaba las tarjetas que abrían las puertas. Lo suponía, estaba cerrado con llave. Se llevó la mano al pelo y se quitó una horquilla que había cogido del tocador por si se topaba con aquel pequeño inconveniente. No todas las experiencias de su niñez habían sido negativas. Durante sus años en el internado aprendió a abrir cerraduras con una simple horquilla.

Megan se arrodilló en el suelo, desplegó la horquilla e introdujo un extremo en el diminuto agujero. La hizo girar hacia un lado y otro hasta que la cerradura del cajón emitió un chasquido. Lo abrió despacio y agarró las tarjetas magnéticas.

El despacho de Harris estaba en la misma planta que recepción, tras una elegantísima pared de cristal templado. Fue probando las tarjetas hasta que una de ellas abrió la puerta. Dentro había cierta visibilidad gracias a la luz reflectante del acuario. La luz la guio hacia la mesa y encendió la lamparilla. hacia la lamparilla de pie que había junto a su mesa. Vio el portátil, pero seguro que estaría protegido con una contraseña. Probó a encenderlo y así fue, por lo que se centró en los armarios archivadores. Estaban cerrados con llave, pero los cajones no se resistieron a su horquilla. Comenzó a repasar las carpetas con dedos raudos. Los expedientes de las chicas de La Orquídea Azul estaban ordenados alfabéticamente y, en el cajón inferior, los clientes se hallaban clasificados siguiendo el mismo criterio. Se detuvo sobre el expediente de Malcom Helsen y lo sacó. Lo colocó bajo la luz de la lamparilla y ojeó el contenido con impaciencia.

Leyó por encima buscando información confidencial, hasta que se topó

con la fotografía tamaño folio. Malcom Helsen estaba situado en el centro de la fotografía, sonriente. Tenía los brazos colocados sobre los hombros de sus compañeros y los estrechaba contra él con ademán afectuoso. A su derecha, Gary Harris miraba a la cámara con expresión risueña y Ben Cole cerraba el inquietante grupo. Como siempre, iba impecablemente vestido con una camisa de seda azul y una corbata gris. A pie de página aparecía la fecha en que la fotografía había sido tomada: sólo hacía tres semanas.

Un ruido procedente del vestíbulo la sobresaltó y devolvió el expediente al archivador, aunque antes se quedó con la fotografía. Luego corrió de puntillas hacia la lamparilla para apagar la luz.

Escuchó pasos, el inequívoco sonido que producían las suelas de los zapatos italianos perfectamente bruñidos de Harris en fricción con el suelo de mármol. Cada vez más cerca. Las pulsaciones se le aceleraron mientras buscaba un refugio. El hueco que había entre el sofá blanco de dos plazas y la pared era angosto, pero se escurrió como pudo y logró encajar.

La puerta del despacho se abrió y ella aguantó la respiración.

¿Encontraría Harris algún indicio que le hiciera sospechar que alguien había entrado en su despacho? Hizo un rápido repaso mental de todo lo que había tocado y creía que había dejado las cosas tal cual las había encontrado. La recorrió una oleada de miedo al imaginar que la sorprendía allí acechada. La harían desaparecer como habían hecho con Emily.

La luz de la lámpara despejó el despacho de las tinieblas y escuchó que Harris tomaba asiento en el sillón orejero reclinable. Se oyó un cajón y luego las teclas de su portátil. Esperaba que no hubiera regresado para pasarse toda la noche trabajando. Sus piernas no soportarían mucho tiempo aquella postura tan forzada.

Harris activó el altavoz del teléfono, tecleó un número y una voz masculina contestó a la tercera señal de llamada. Contestó la voz de un hombre. ¡La voz de Ben Cole! Entonces Harris desactivó el altavoz y solo pudo escucharle a él, aunque fue más que suficiente.

Durante los siguientes diez minutos, Harris mantuvo una airada conversación sobre una nueva remesa de mujeres orientales que venían en un barco procedente de Foxburg, y que atracaría en el puerto de Pittsburgh a las diez de la noche del día siguiente. Al parecer y, según los planes originales, la entrega de las mujeres no estaba prevista hasta dentro de cinco días, pero Harris había agilizado los trámites porque la policía andaba pisándole los talones y tenía todo preparado para largarse del país cuanto antes.

Ese hecho fue motivo de discusión entre los dos hombres. Cole no estaba seguro de poder retirar a la policía portuaria con tan poca antelación, pero Harris no atendía a sus razonamientos. El buque llegaría al día siguiente y le importaba un bledo cómo se las apañaría Cole para sacar a la policía de allí. Se trataba de la operación más importantes y arriesgadas de las que habían llevado a cabo y, probablemente, una de las últimas hasta que las aguas se calmaran.

Harris habló de la investigación a la que estaban sometiendo a Helsen y de los discos duros confiscados. Era probable que la información recuperada hasta el momento no sirviera para arrestar a Helsen, pero sabía que tarde o temprano encontrarían algo que sí serviría. Por añadidura, la policía también había puesto los ojos en la agencia y era cuestión de tiempo que también le investigaran a él. Debían ser cuidadosos y acelerar el trabajo. No se alteró lo más mínimo al asegurarle a su interlocutor que si él caía le arrastraría con él.

La conversación llegó a su fin con un tono cortante y agrio que ponía de manifiesto que Harris estaba relativamente preocupado. No era para menos. Había mencionado que ésa sería la última operación de contrabando que se llevaría a cabo en aguas de Pittsburgh hasta que la policía diera carpetazo al asunto por falta de pruebas o bien arrestaran a Helsen si encontraban indicios suficientes para hacerlo. Sucediera lo que sucediera con el arquitecto, a él no le importaba lo más mínimo; en realidad, dijo que se lo merecía por haber puesto en peligro su pellejo y el de los demás al liarse con esa putilla rubia que había fisgoneado en su ordenador. Por sus estúpidos errores ahora tenía a la policía de Pittsburgh investigándoles de cerca, así que no le quedaba más remedio que desaparecer hasta que dejara de estar en el punto de mira.

Harris se pasó la mano libre por el pelo con ademán intranquilo y después se sirvió un whisky que paladeó con lentitud. No iba a tolerar más fallos como el de Emily Williams. La chica estaba muerta y no tenía ni puñetera idea de quién lo había hecho. Había encargado ese trabajo a su persona de confianza, pero se había negado a mancharse las manos de sangre, como si no las tuviera ya manchadas. Quizás no de sangre, pero sí de otras sustancias que también podían conducirlo directamente a la cárcel. A veces parecía que estaba tratando con un montón de incompetentes, pero no iba a tolerar un segundo error.

Harris agitó los cubitos de hielo dentro del vaso y bebió otro sorbo mientras observaba la graciosa danza que sus peces tropicales trazaban en el agua del enorme acuario.

No le gustaba que hubiera cabos sueltos, y el asesinato de Emily Williams era una pieza que no conseguía encajar en ningún sitio. Él había ordenado su muerte por los errores de Helsen, pero había sido alguien ajeno a su círculo quién la había liquidado. Pero, ¿quién y por qué? Estaba seguro de que no era una mera casualidad.

Megan notaba un tremendo torrente de adrenalina inundándole las arterias. ¡No podía soportar continuar allí escondida, inmóvil como una estatua! El sonido de los cubitos de hielo chocando entre sí le proporcionó una carga extra de ansiedad. ¿Pensaba quedarse en el despacho toda la noche? La desesperación por salir de allí y contactar con Derek la estaba matando, y eso era lo que haría Harris si la encontraba. Después de todo lo que había escuchado, su muerte sería tan agónica y espeluznante como la de Emily.

¿Quién de los tres había empuñado el arma que sesgó la vida de su vecina? Ben Cole era el único que no tenía una coartada contrastada y, aunque a los tres los consideraba capaces de cometer un crimen, si se basaba en los hechos su mejor candidato era Cole. El policía era un hombre violento y peligroso, Ella había sido blanco de su ira en sus propias carnes. Y también era el último eslabón en aquella cadena de mando, la clase de persona a la que se le encargaría tanto un asesinato como una operación de contrabando en el puerto Marina.

Pensó en el titular de su próximo artículo. Habría una fotografía del puerto de Pittsburgh una vez la red de contrabando fuera incautada, y ella sería la primera en mencionar los nombres de los tres principales cabecillas. Preston la felicitaría y la nombraría redactora jefe y Derek no tendría más remedio que admitir que se había equivocado desde el principio.

El sillón reclinable volvió a chirriar, la luz se apagó y los zapatos de Harris se pusieron en movimiento. Y, de repente, todo volvió a quedar en silencio.

Esperó unos minutos más, dando tiempo a Harris a que abandonara la agencia. Por fin, asomó la cabeza por encima del respaldo. Las piernas se le habían quedado dormidas y le costó ponerse en pie. Los calambres se las recorrieron mientras se acercaba a la puerta. Apoyó la oreja en la madera por si escuchaba algún ruido en el exterior, pero todo estaba en silencio. Abrió la puerta y se asomó con lentitud. Allí no había nadie. Harris se había marchado.

Cruzó el vestíbulo de punta a punta con el corazón al galope y devolvió

las tarjetas metálicas al cajón de Eve. Después, subió por la escalera de caracol porque una vez Eve se marchaba, nadie podía salir por la puerta que había en el vestíbulo.

Se topó con Jodie en la planta superior. Iba envuelta en seda y raso. No había tenido ocasión de verla desde hacía días, y pese a que tenía que hablar con ella para contrastar la coartada de Cole, ahora tenía asuntos más acuciantes que atender.

—¿Te marchas ya? —Le preguntó Jodie.

—Sí, se ha anulado mi cita con Robert Farrell.

Jodie llevaba un vestido precioso de seda azul y un moño alto del que escapaban algunos mechones platino que rozaban sus clavículas desnudas. Estaba radiante pero la expresión de sus ojos no se correspondía con el resto del envoltorio. Parecía permanentemente preocupada por algo. A ella le caía muy bien y cuando su misión en la agencia hubiera concluido, tenía pendiente una charla sincera y amistosa con ella. Si Jodie quería, claro

—Estás de suerte. Farrell es un tipo despreciable.

—Eso me han comentado. Bueno, yo... Tengo un poco de prisa, me esperan. Hablamos en otra ocasión, ¿vale?

—Claro, cuando quieras. —Sonrieron, pero antes de seguir cada una con su camino, Jodie le lanzó una pregunta inesperada—. Hilary, ¿estás saliendo con el policía de homicidios que investiga el asesinato de Emily? ¿El detective Derek Taylor? No es indiscreción, es que me lo encontré en el hotel Carlyle de Nueva York. Cuando regresaba del hospital él salía del ascensor. No creo en las casualidades, así que me pregunto si está sucediendo algo que me repercute de alguna forma. ¿Eres una poli infiltrada o algo por el estilo? —Bajó un poco más el tono de voz—. ¿Qué está pasando aquí?

Megan suspiró con lentitud y movió la cabeza.

—No, no soy policía.

—Están sucediendo cosas muy extrañas. La policía ya me ha interrogado dos veces y la prensa menciona sin cesar a La Orquídea Azul y la vincula con el asesinato de Emily. Quiero saber si estoy en peligro. —Se impacientó.

Megan levantó una mano para indicarle que no alzara la voz. Había chicas en las habitaciones que podían escucharlas.

—Limítate a hacer tu trabajo, no hables con nadie y todo irá bien. No puedo decirte nada más, solo te pido que confíes en mí.

—Así que sucede algo...

—Por favor, Jodie, haz lo que te digo. —Le suplicó con la mirada.

Se alejó de ella cuando sus ojos azules le transmitieron esa confianza que le había pedido. Comprendía su malestar, sus dudas y sus miedos, pero esperaba que ella también hubiese captado lo delicado que era ese asunto y que fuese discreta.

Mientras caminaba hacia el coche consultó su reloj de pulsera. Ya eran casi las diez de la noche. Había llovido mientras estaba en la agencia. Era agradable pasear por Pittsburgh cuando la lluvia aplacaba el calor bochornoso del día, pero no podía recrearse en la maravillosa caricia del viento sobre su cuerpo cargado de adrenalina. Le sudaba la espalda y estaba rígida de ansiedad.

Agarró el móvil y llamó a Derek tras colocarse al volante, pero él tenía el móvil apagado o estaba fuera de cobertura. ¿Acaso esa noche estaría de servicio? Llamó a comisaría y le pidió a Annabelle que le pasara con el detective Taylor. La pelirroja le pidió que se identificara y al hacerlo le comunicó que el detective Taylor no se encontraba en comisaría en aquellos momentos.

Hirvió de frustración.

—¿Cuándo regresará?

—No tengo ni idea, está de servicio —dijo con hostilidad—. Necesito tener la línea libre para las emergencias.

—¡Escuche, se trata de una emergencia! —Le gritó.

Annabelle cortó la comunicación y Megan soltó una maldición. Hecha una furia, arrojó el móvil al interior del bolso y pensó qué podía hacer. O bien iba a casa de Derek y aguardaba en la puerta hasta que regresara, o bien se dirigía a comisaría y lo esperaba allí.

No se le ocurría otra forma de localizarle.

Capítulo 17



La calle Northumberland gozaba de gran bullicio durante el día a causa de los muchos negocios y tiendas de ropa que había en ella, pero, por la noche, una vez los locales comerciales cerraban al público, la calle quedaba desierta y silenciosa. Encontró un hueco para aparcar frente comisaría, donde la luz blanquecina del interior se reflejaba sobre los charcos que se habían formado tras la lluvia.

Había llegado a la conclusión de que Derek regresaría a comisaría antes de ir a su casa, y por eso se había plantado allí. Estaba dispuesta a hacer guardia durante toda la noche si era preciso. Tenía una excelente visibilidad de la entrada e incluso de las puertas automáticas del garaje subterráneo que tan buenos recuerdos le traía. En cuanto él apareciera le vería. Esperaba que no utilizara la puerta de atrás.

Volvió a llamarle, pero su móvil continuaba apagado. Suspiró. Su cabeza era un hervidero de pensamientos, de teorías, de ideas que iban y venían. No podía dejar de pensar en la conversación que acababa de escuchar y en lo poco que había faltado para que Harris la descubriera.

Sin nada que hacer salvo esperar, encendió la radio y probó varias emisoras hasta que encontró una que le gustaba. Sonaba *Have a nice day* de Bon Jovi, su grupo favorito. Lo cierto es que sí que había tenido un buen día. El descubrimiento que había hecho podía catapultarla al éxito y no veía el momento de comunicárselo a Preston, aunque antes tenía que hablarlo con Derek.

«¡Derek, aparece de una vez!»

El estómago le gruñó. ¡Estaba famélica! Desde la triste ensalada que había comido a mediodía, no había vuelto a probar bocado.

A lo lejos divisó la gigantesca M amarilla de un McDonald's y la boca se le hizo agua, pero no podía abandonar el coche en ese momento. ¿Y si Derek regresaba justo entonces? Subió el volumen de la radio y cantó, pero la imagen de una enorme hamburguesa de pollo con su correspondiente ración de patatas fritas atormentó su estómago. Si hasta le pareció oler su sabrosa

fragancia.

¿Cuánto podía tardar en ir y volver? ¿Cinco? ¿Diez minutos? Ya sería casualidad que Derek regresara justo entonces.

Salió del coche y se dirigió hasta allí a toda velocidad, sin apartar la vista de la entrada de comisaría. No hubo movimiento. De regreso al coche, dio buena cuenta de la hamburguesa y de las sabrosas patatas fritas. Luego se acomodó en el asiento y esperó. Sabía que no pegaría ojo en toda la noche, ya que estaba demasiado excitada como para dormir, pero conforme las horas iban pasando, lentas, monótonas e interminables, el aburrimiento la fue conduciendo a un estado de semiinconsciencia.

Y todo se cubrió de tinieblas.

Unos golpecitos en el cristal de su ventanilla la despertaron cuando ya había amanecido. ¿Dónde diablos estaba? Tardó unos segundos en ubicarse y en comprender con pesadumbre, que se había quedado dormida. Se incorporó rápidamente y se frotó el dolorido cuello. Enfocó la vista hacia la claridad de la mañana y buscó la razón de su sobresalto.

Junto a la ventanilla de su asiento, había un vagabundo mugriento y desdentado que llevaba un pequeño y sucio cartón en la mano. Con una ilegible caligrafía, informaba que tenía tres hijos a su cargo a los que tenía que alimentar y que había perdido su empleo. Seguro que mentía, ese hombre hacía décadas que no sabía lo que era un trabajo, pero Megan sacó unas monedas de su bolso para quitárselo de encima. Abrió unos centímetros la ventanilla, lo suficiente para que le cupiera la mano, y las dejó caer sobre la palma extendida del mendigo.

Luego se puso en marcha.

Tras comprobar que el móvil de Derek continuaba apagado, llegó ante su puerta pasadas las seis de la mañana. Si había trabajado durante la noche, Martha debía de estar durmiendo en la casa de su vecina, así que llamó al timbre sin contemplaciones. Su sueño debía de ser muy profundo porque no contestaba. Era eso o que no estaba en la casa. Clavó el dedo en el botoncito blanco y no lo despegó de allí hasta que vio que una luz se encendía a través de la ventana.

—¡Oh, gracias a Dios!

Derek abrió la puerta y Megan se quedó sin habla. La mitad de su cuerpo desnudo y perfectamente musculado apareció detrás de la puerta. ¡Ni siquiera llevaba ropa interior! Se le atascaron las palabras. Vestido era imponente, pero desnudo era... El doble de imponente. Incluso el triple.

Su estatura la empequeñecía y eso que ella medía un metro setenta. Y aquella armadura de músculos duros y bronceados le hacía sentirse muy femenina. No puedo remediar echar un rápido vistazo a sus amplios pectorales, a la piel morena que se volvía más pálida a la altura de la cadera desnuda, y a su pierna larga y fibrosa. Tenía un aspecto cautivador, era virilidad y fuerza. Lo deseaba con tanta ansia que dolía.

Lo miró a la cara y supo que lo había despertado. Tenía los ojos entornados, el pelo revuelto y parecía un poco ido.

—Tengo que hablar contigo. —Le dijo.

Él murmuró algo, pero se retiró de la puerta y cruzó el salón hacia las escaleras del piso superior con paso tambaleante. Tenía algo muy importante que comunicarle, pero eso no estaba reñido con observar sus glúteos. Recordaba que eran duros como rocas.

—¿Siempre abres desnudo la puerta de tu casa? —Él no contestó, ya subía las escaleras. Megan le siguió hasta la segunda planta—. ¿Y si llega a ser tu vecina?

Derek se metió en su dormitorio y cayó desplomado sobre la cama. La habitación estaba tan oscura que Megan se golpeó un pie contra el aparador que había junto a la puerta.

—Derek. —Descorrió un poco las cortinas para saber por dónde se andaba—. Tenemos que hablar.

Él estaba boca abajo, con la cabeza vuelta hacia ella, los ojos cerrados y los labios ligeramente abiertos. Se arrodilló a su lado y lo zarandó con suavidad. Él emitió un gruñido ronco y pesado.

—Siento despertarte, pero tengo que contarte algo muy importante.

—Largo —murmuró.

—Derek, ¡despierta!

Volvió a zarandearlo y él blasfemó.

—A menos que te quites toda la ropa y te metas en la cama conmigo... será mejor que desaparezcas —murmuró.

No lo decía en serio, sus palabras no eran más que un reflejo apagado de sus deseos. ¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué tenía el sueño tan pesado? Miró alrededor y en la mesilla de noche descubrió una botella de agua mineral junto a un pequeño frasco que contenía píldoras de color amarillo. Lo cogió y leyó la etiqueta. Eran somníferos y eran potentes. Él le había dicho que a veces padecía de insomnio. Frustrada, se preguntó cuánto tiempo haría que los había tomado. Volvió a intentarlo.

—¡Necesito que me prestes atención! ¿Me escuchas? —Le habló cerca del oído. Esperaba que lo que iba a transmitirle le hiciese despertar de golpe—. Anoche estuve en el despacho de Gary Harris y escuché una conversación telefónica. Esta noche llegará un barco al puerto Marina con una nueva remesa de chicas orientales. Cole es su cómplice y va a encargarse de retirar a la policía. —Derek no la escuchaba, su respiración se había vuelto más pesada. Tuvo ganas de gritar—. ¡Diablos!

No podía quedarse allí hasta que se le pasara el efecto, tenía que ir a redacción.

Abandonó la habitación y se dirigió al despacho de Derek. Agarró un papel y un bolígrafo y le escribió un mensaje. Luego fue al baño de su dormitorio y lo pegó con un trozo de celo en el cristal. Le decía que la llamara urgentemente en cuanto despertara, y de paso le recordó que a mediodía iría al colegio a recoger a Martha.

Al volver a la habitación y verlo derrumbado sobre la cama, se dijo que podía perder un minuto más. Lo cubrió con la sábana hasta la cintura y luego se lo quedó mirando. Las emociones eran firmes y fuertes. Le atravesaban el corazón. Colocó la mano sobre los músculos relajados de su espalda y la fue deslizado hasta que sus dedos tocaron el nacimiento de su cabello. Lo acarició y luego se inclinó para darle un beso suave en los labios. Sintió miedo, el mismo temor añejo que la invadía cuando los lazos emocionales se estrechaban. Se preguntó quién sería más fuerte esta vez, si su mente o su corazón.

«Ahora no puedes pensar en eso. Tienes algo urgente que hacer».

De camino al periódico hizo un alto en el camino para comprar la prensa. En la portada del *Post-Gazette* había una fotografía de Malcom Helsen, así que perdió unos cuantos minutos más porque no podía esperar a llegar a redacción para leer el artículo de Keiko.

Keiko se estaba acostando con Cole para estar cerca del foco de la investigación, pero lo que la japonesa no sabía era que Cole no era trigo limpio. Por eso su artículo apestaba y seguía una línea de investigación completamente alejada de la realidad. Hacía hincapié en lavar el nombre del arquitecto y dirigir las sospechas hacia algunos de los ex de Emily. En cuanto a los hechos que relacionaban a Helsen con la red de prostitución, Keiko se había limitado a mencionarlos por encima como si no fueran de interés popular, y todas sus energías estaba encaminadas a hacer conjeturas absurdas sobre el asesino.

Era evidente que detrás de aquellas líneas se hallaba la mano de Ben. El policía sabía muy bien a quién debía arrimarse para desviar la atención de la prensa y del público hacia un callejón sin salida. Megan todavía no disponía de pruebas para demostrar el vínculo que existía entre Cole y los otros dos hombres —a parte de la fotografía que esperaba publicar en breve—, pero esperaba encontrarlas esa noche, en el puerto Marina.

Recibió la llamada de Derek a media mañana, cuando preparaba el borrador de la noticia del día siguiente. Pensó que cuando por fin contactaran ella le gritaría por haberla tenido más de medio día detrás de él, pero escuchó su voz taimada y se relajó.

—¿Estuviste esta mañana en mi casa o lo he soñado?

—¿No recuerdas nada?

—Recuerdo que abrí la puerta desnudo. Espero que fueras tú la rubia sexy que había al otro lado. —Rio entre dientes—. Dime que no hicimos el amor. No soportaría haberlo hecho y no poder recordarlo.

A Megan se le sonrojaron las mejillas y abandonó la oficina para hablar con él en el pasillo, lejos de las miradas de sus compañeros.

—No sucedió nada. Te tomaste un somnífero y no escuchaste ni una sola palabra de todo lo que te dije.

Derek suspiró con alivio.

—Llevo tres noches sin dormir más de tres horas seguidas. Pero ahora soy todo oídos.

Megan deslizó la mirada por los perfiles plateados de los edificios colindantes y comenzó por el principio, por su incursión en el despacho de Harris. No llegó muy lejos en sus explicaciones porque él la cortó para soltarle una buena reprimenda. Incluso tuvo que separarse el móvil de la oreja para que no la ensordeciera.

—Sí, ya sé que corrí peligro, pero estoy bien, no me ha pasado nada. —Le habló con suavidad—. ¿Me dejas continuar, por favor?

—No, claro que no te dejas continuar. Tú no eres policía. No tienes un arma con la que defenderse, ni estás preparada para afrontar situaciones de riesgo. ¡Te has librado por los pelos!

—Ya lo sé, pero he descubierto algo muy gordo, Derek. —Ella le hablaba desde la tranquilidad—. Necesito que te calmes para contártelo.

Él soltó un suspiro áspero y ella esperó unos segundos a que se tranquilizara. Como eso no sucedió, comenzó a contarle la conversación que había escuchado entre Harris y Cole, y de la operación que iba a tener lugar

esa noche en el puerto Marina.

—Tienes que atrapar a esos cabrones.

Él se tomó su tiempo. Lidiaba entre su preocupación por ella y la impactante información que acababa de soltarle. Por fin habló.

—Anoche detuvimos a Helsen y a Harris.

—¿Cómo?

—Recuperamos toda la información de los discos duros y encontramos las pruebas que necesitábamos para inculparlos. Obtuvimos la orden judicial para registrar la casa de Harris poco después de las diez y entramos en su casa. Tenía dos maletas preparadas en la entrada y un billete de avión a Méjico para esa misma noche. —Le explicó—. La Orquídea Azul es lo que pensábamos, una tapadera para encubrir el tráfico ilegal de mujeres. El dinero entraba allí, se ocultaba y después se distribuía de tal forma que al final ya no resultaba posible localizar su origen. Anoche cerramos sus puertas.

—¿Por qué no me llamaste? Podría haber incluido la noticia en la edición de hoy...

—Estuvimos interrogándoles hasta las cinco de la madrugada. Después fueron puestos a disposición judicial.

Resulta que a esa hora había habido movimiento en comisaría y ella no se había enterado de nada porque estaba durmiendo. ¡Idiota!

—¿Cole participó en la detención y en el interrogatorio?

—No —contestó con sequedad— ¿Estás segura de que fue su voz la que escuchaste?

—Completamente. Lo descubrirás tú mismo esta noche a las diez, en el puerto Marina.

Ella no esperaba que la felicitase por el brillante trabajo que había hecho, pero sí le habría gustado escuchar unas palabras de reconocimiento. Estaba claro que pesaban más sus sentimientos y que no podía ser objetivo ante esa situación. Él debió de percibir su desconsuelo porque recuperó la templanza y le habló en un tono más cariñoso, aunque igual de firme.

—Perdona que haya reaccionado como un energúmeno, pero en lo que respecta a tu seguridad no tengo filtros. Me importas mucho, Megan, quiero que lo sepas.

Y él también le importaba mucho. Muchísimo. Pero no conseguía decírselo. Emitió un suspiro tembloroso y las lágrimas le nublaron la vista. Derek había logrado traspasar el grueso impermeable con el que protegía su corazón y había visto parte de sus miedos. Aun así, no había salido corriendo.

Seguía a su lado, con los sentimientos fortaleciéndose y navegando en la misma dirección que ella. Estaba emocionada, pero seguía teniendo miedo. Cada vez más.

Cuando estaba con Derek, cuando la sujetaba entre sus brazos y la besaba como si se acabara el mundo, ella sentía que sí sería capaz de entregarse a él sin reservas, que no había miedo suficiente que pudiera interponerse entre los dos. Su fracaso con Jim, las razones por las que se alejó de él, no tenían por qué ser más fuertes esta vez.

Había muchas diferencias entre lo que sintió por Jim y lo que ahora sentía Derek. El amor con Jim siempre fue dulce y controlado. Había un perfecto orden y equilibrio en su vida. Con Derek le sucedía algo completamente distinto. Sus sentimientos eran vivos, descontrolados, apasionados... No existía ningún orden, todo daba vueltas como si estuviera montada en un carrusel.

Se secó las lágrimas con la yema de los dedos y se recompuso como pudo, ya que no quería que él notara sus emociones.

—Acepto tus disculpas.

Se creó un silencio agradable entre los dos y una intensa corriente fluctuó a través de la línea. Derek se aclaró la garganta.

—Escucha... Jodie Graham no estuvo con Ben la noche del asesinato. Estuvo en casa de una amiga.

—¿Lo ves? ¡Lo sabía! —Nadie pudo frenar su repentino entusiasmo—. Emily descubrió la tapadera y Harris ordenó a Cole que la liquidara.

—¿Por qué con un arma blanca? ¿Por qué el ensañamiento?

Le dio la sensación de que Derek ya conocía la respuesta y que solo la ponía a prueba. Pensó rápido.

—Porque Cole también andaba detrás de ella y Emily no le correspondía. ¡Por eso fue un crimen pasional! —Estaba muy excitada—. Luego se largó a la autopista donde habría dejado su coche y ese fue el momento en que yo descubrí el cadáver y tú le llamaste.

Sus pensamientos se detuvieron en seco cuando escuchó que Derek le decía:

—Tu jefe sería un imbécil si le diera el puesto a otro. —Ella sonrió—. ¿Puedo por fin relajarme contigo?

—¿Me estás preguntando si voy a acudir al Marina?

—No, porque ya sé que irás. Pero trata de mantenerte apartada y ni se te ocurra hacerte la heroína. —Le advirtió.

—Te lo prometo.

—Y una cosa más, Megan. Buen trabajo.

—Gracias —susurró encantada.

Derek cortó la comunicación. Estaba deseando ponerle punto y final a ese día, pero aún quedaba mucho por hacer antes de que llegase la noche. Tenía que llevar a Martha al aeropuerto y afrontar el amargo trago de la despedida. Ella siempre se marchaba muy ilusionada por reencontrarse con su madre, pero él tenía que hacer un esfuerzo enorme por fingir que compartía su ilusión.

Connor asomó la cabeza por la puerta del despacho y agitó en el aire una carpetilla de color amarillo.

—No sé qué relación te une a esta chica, pero no va a gustarte lo que he descubierto. —Le dijo.

A mediodía, estacionó frente a la puerta del colegio de Martha, colocó la correa al arnés de *Abby* y cruzó la verja verde que accedía al patio.

Ya había padres aguardando a que sonara la alarma que ponía fin a las clases y también al curso de ese año. Martha fue de los primeros alumnos en abandonar el colegio. Megan la vio bajar los escalones de dos en dos y emprender la carrera sonriente. Llevaba el pelo recogido en una coleta en lo alto de la cabeza y un vestido veraniego de color verde pistacho. Imaginaba que estaba así de contenta porque se marchaba a Los Ángeles con su madre, aunque sus ojos azules también se iluminaron al encontrarse con *Abby*, a la que apretujó con cariño.

—Voy a echarte mucho de menos, *Abby*. —La besó en la cabeza y entre risas sorteó sus lengüetazos, luego alzó la vista hacia Megan—. Dean está a punto de salir. Le he dicho que has venido con mi perrita y quiere verla.

Megan le tendió la correa y caminaron juntas hacia la entrada del colegio. En esta ocasión, no rechazó su compañía y ella agradeció ese pequeño acercamiento en silencio, mientras Martha se ponía la mano sobre la frente a modo de visera. De repente, dio un respingo.

—Allí está, es el chico de la camiseta roja. Se supone que tú eres mi canguro, pero es mejor que me esperes aquí.

—Claro, no hay ningún problema. Por cierto, es un chico muy guapo. Seguro que está deseando que le presentes a *Abby*.

—¿Me harás un favor? —Megan asintió a la súplica que leyó en sus ojos

inocentes—. No le cuentes a mi padre que me gusta un chico. Según él, no puedo salir con ninguno hasta que cumpla los treinta.

Megan se echó a reír y Martha puso ceño. No pretendía relativizar los problemas de Martha, pero imaginar a Derek diciéndole eso a su hija era lo más chistoso que había imaginado nunca.

—Lo siento cariño, no me estoy riendo de ti. —Le aseguró—. Tu padre es un pelín exagerado, aunque supongo que es normal que piense así. Eres su hija y quiere protegerte.

—Mi mamá tenía veintisiete cuando se casó con él —dijo Martha.

—¿Lo ves? No te preocupes, no pienso decirle nada.

Martha se lo agradeció esbozando una sonrisa que curvó suavemente sus labios y luego echó a correr con *Abby*.

Vaya, le había arrancado incluso una sonrisa, muy ligera, pero sonrisa, al fin y al cabo. Tendría que permitir a *Abby* que se subiera a los pies de su cama con mayor frecuencia, pues era increíble la labor que estaba haciendo como nexo de unión entre ella y la niña.

Los vio hablar a través de los niños y los padres que circulaban por el patio, hasta que pasados unos minutos regresó a su lado mostrando lo que contenta que estaba.

—¿Qué tal? ¿Ha ido todo bien?

Le puso una mano en el hombro para dirigirla hacia la salida, y Martha no se la quitó.

—Me ha invitado a patinar en el parque Schenly. Va todos los domingos por la tarde con sus padres y cuando le he dicho que yo no sé patinar, se ha ofrecido a enseñarme. —Su mirada azul brillaba—. Le ha encantado *Abby* y me ha dicho que también le gustaría que viniera ella y claro, entonces tú también tendrás que venir. ¡Ah! Y papá seguramente también querrá venir porque a lo mejor no me deja que vaya al parque sola contigo. —Megan abrió la puerta del coche y Martha entró con *Abby*, después lo rodeó y subió ella—. Entonces conocerá a Dean y sabrá que me gusta mucho porque se me queda esa cara de tonta cuando me mira con sus ojos verdes, pero no me importará porque a papá también se le queda esa cara cuando te mira a ti y tampoco tienes treinta. ¿No es genial?

Megan sintió como si algo cálido le fundiera el corazón.

—Es absolutamente genial, cariño.

Capítulo 18



Sobre las ocho llegó a las inmediaciones del puerto Marina con Martin Spencer, el fotógrafo que había hecho los montajes de las barras de labios para los anuncios publicitarios de su currículum ficticio. Estaba deseando que empezara la acción, no se habría perdido por nada del mundo ser testigo directo de la detención de Cole.

Había empezado a llover a media tarde y todavía continuaba, así que buscaron un refugio en la espesa alameda que había junto al puerto. Las frondosas copas frenaron la lluvia. Bajo el peso plumizo de las nubes las aguas del puerto parecían más oscuras y las luces de las farolas comenzaron a encenderse. En breve anochecería, pero desde su escondite tenían una buena visibilidad del muelle. Estaba tan nerviosa que no dejaba de dar vueltas en círculo y Martin no paraba de fumarse un cigarrillo tras otro.

—Es imposible dejar de fumar contigo al lado, ¿lo sabías? —Le dijo Martin—. Me pones de los nervios.

—Pero si tú nunca te has planteado dejar de fumar. Estás enganchado a la nicotina y lo peor de todo es que te gusta estarlo.

—Aunque quisiera no podría, mi mujer es una histérica y tú te estás comportando como ella. Vamos, relájate.

Martin apagó el último cigarrillo en la corteza de un árbol y clavó los ojos en el puerto donde todo permanecía en calma.

Él era un reportero gráfico muy experimentado que en el pasado había cubierto algunas guerras en oriente medio. Con los años, y conforme se acercaba a la cincuentena, decidió que le apetecía una vida más tranquila junto a su familia y un trabajo exento de riesgos. Enfrentarse a un puñado de contrabandistas debía de ser pan comido para él.

El sonido de un motor se elevó por encima del estruendo de la lluvia y Megan se puso en guardia.

—Empieza a hacer fotos, solo por si acaso. —Le indicó.

Un Mustang de color negro se detuvo en el *parking* que había en el ala izquierda del puerto y que a esas horas estaba vacío. No salió nadie de su

interior. Los cristales del Mustang estaban tintados y por ello no hubo forma de saber cuántas personas iban en el coche. El zoom de la cámara de Martin tampoco les sacó de dudas.

—Por un momento pensé que la detención de Helsen y de Harris les haría cancelar la operación, pero ya veo que no —musitó Megan—. Debe de haber muchos millones de dólares en juego.

Cerca de las nueve llegó un segundo coche, un Blazer azul que aparcó junto al Mustang. La lluvia había aflojado en los últimos minutos y las personas que ocupaban los coches se decidieron a salir.

Y allí estaba Cole.

Vestía unos vaqueros negros que combinaba con una camisa también negra. Megan tomó los pequeños prismáticos que colgaban de su cuello y se encontró con sus facciones tensas. Estaba nervioso y miraba a su alrededor con aire precavido. Era imposible que los viera, pero hubo un momento en que pareció ser así y a Megan se le heló la sangre. Del Mustang también se apeó el detective Spangler y un policía más. Del Blazer azul bajaron dos hombres a los que no había visto antes.

—¿Estás haciendo fotos? No escucho el disparador.

—Está en la modalidad de silencio. ¿Quieres callarte y dejar que haga mi trabajo?

A pesar de las frondosas copas de los álamos, ya estaban como una sopa, pero lo que estaban viendo era tan importante que Megan no habría sentido ni el pinchazo de una aguja.

—¿En qué piensan matar el tiempo hasta que llegue el barco? —Se preguntó ella.

—No tengo ni idea.

Solo faltaba media hora para las diez. Imaginó que la policía ya debía de haber tomado posiciones alrededor del perímetro del puerto. Se apoyó en el tronco de un árbol y trató de relajar los músculos mientras Martin se dedicaba a fotografiar.

—¿Has puesto la opción de visión nocturna? —Le preguntó.

—Claro que sí. —Movié la cabeza y volvió a repetirle que se relajara—. Voy un momento en aquella dirección, desde ese ángulo parece que hay mayor visibilidad. —Le dijo él.

—Voy contigo.

—No, tú quédate aquí. Es menos arriesgado si me muevo yo solo. Vuelvo en unos minutos.

—No me parece buena idea que nos separemos —replicó.

—Vamos, esto no es una película de terror. Además, están muy lejos. Es pan comido, no hay nada que temer.

—De acuerdo, pero no tardes demasiado o iré a buscarte.

Su compañero se alejó y ella regresó la atención a la escena que acontecía en el muelle. Pronto la noche se cernió sobre el bosque, pero se sintió más segura a pesar de que estaba sola. La oscuridad la protegía. Solo la separaban treinta metros de distancia de aquellos hombres. Seguían en el mismo lugar y le llegaba el murmullo de las voces, pero no era capaz de entender ni una sola palabra.

Con lentitud y mucha prudencia, se fue acercando al perímetro de la alameda porque ya no tenía tan buena visibilidad como antes. ¡Tenía que darle a su artículo un enfoque lo más realista posible! Supo que algo iba mal cuando apartó una rama y se percató de que ahora solo había cuatro hombres.

El detective Cole ya no estaba con los demás.

Eso la inquietó y lo buscó con la mirada por todas partes, en los barcos en el puerto, en el área de estacionamiento para coches... Nada, Cole no estaba a la vista. Su inquietud empeoró y decidió reunirse con Martin. Se puso en movimiento, pero paró en seco al escuchar un ruido sordo detrás de ella.

—¿Vas a algún sitio?

El corazón se le paralizó un instante y luego se puso a bombear frenéticamente. Cole estaba justo detrás. La había descubierto. Con el cuerpo tenso como una estaca, se quedó mirando la infranqueable oscuridad que se extendía ante ella. Quiso echar a correr, pero algo la detuvo.

El miedo. El temor a que no le diera tiempo suficiente a escabullirse y que él le disparara por la espalda. Prefería enfrentarle y rogar que Martin se diera cuenta del peligro.

La expresión de Cole era todavía más amenazante que su voz. Sus ojos castaños destilaban un brillo de demencia que le puso el vello de punta.

—Supongo que no has venido hasta aquí para pasear al chucho, ¿me equivoco, guapa?

—Lo sé todo, Cole. Sé lo que tú y tus compañeros corruptos os traéis entre manos. —Intentó aparentar serenidad, aunque por dentro temblaba.

—Tienes un par de pelotas, ¿sabes? —Cole sonrió—. Pero esa valentía tuya no va a servirte de nada.

—La policía también lo sabe. Ahora mismo os rodean. —Se preguntó si

eso sería cierto, si ya habrían tomado el puerto.

—No quieras marcarte faroles para poner tu *culito* a salvo. Hemos inspeccionado la zona. —Su sonrisa de hiena se ensanchó al oler su miedo—. Estamos tú y yo solos.

—Derek sabe que estoy aquí. Si me haces daño te buscará y te aplastará como a una cucaracha.

Cole se echó a reír. Luego ladeó la cabeza en gesto orgulloso y apoyó las manos en la cintura. Una sonrisa peligrosa despuntó en sus labios. El revólver asomaba por debajo de su camisa.

—El único que va a aplastar a alguien soy yo a ti. —Dio un paso adelante—. Dime, ¿cómo te gustaría morir? ¿Prefieres una muerte rápida... —acarició la culata del revólver—...o lenta y agónica?

Un sudor frío y pegajoso le cubrió la espalda. Estaba allí para matarla. Y estaban ocultos en una arboleda grande y espesa, fuera del campo de visión de la policía, si es que ya estaban allí.

Entre quedarse allí para recibir un disparo letal o echar a correr y adentrarse en el bosque, escogió la segunda opción. ¿Cuánto tiempo tardaría en atraparla? Quizás un poco más de lo que tardaría en morir si se quedaba allí quieta. Con un movimiento rápido, giró sobre sus talones y emprendió la carrera.

—¿Así que quieres jugar, pequeña zorra?

Cole soltó una carcajada a sus espaldas que resonó entre las sombras del bosque. Enseguida escuchó sus pasos rápidos y uniformes detrás de ella. Estaba perdida, lo sabía, él era mucho más rápido y más fuerte y, además, llevaba un arma. Zigzagueó entre los álamos con los brazos pegados a los costados y reprimió el impulso de llamar a gritos a Martin, pues sabía que si acudía en su ayuda Cole le dispararía. No sabía por dónde se movía. Las ramas más bajas de los árboles le azotaron el rostro y trastabilló unas cuantas veces al tropezar con las raíces que sobresalían del suelo. No tenía ni idea de hacia dónde iba, lo único importante era correr, cuanto más rápido mejor, y rezar para pedirle de vista.

Sintió un fuerte tirón en el cabello y frenó en seco. Le dolió tanto que gritó. Cole le propinó un empujón y cayó de bruces sobre el manto de hierba mojada. Al intentar incorporarse le asestó un fuerte puntapié en el abdomen que le cortó la respiración.

—Todavía no has contestado a mi pregunta.

—¡Vete al infierno! —Le espetó—. La policía os rodea. Yo misma les

informé de vuestra operación tras escucharos a ti y a Harris.

—Eres una maldita mentirosa.

La agarró por el brazo, hundió sus garras en su trémula carne y le dio la vuelta. La lluvia cayó sobre su rostro y le cubrió los ojos. Megan parpadeó furiosamente y lanzó patadas al aire, pero Cole la zarandeó como si fuera una muñequita de trapo. Se colocó encima de ella. Con una mano le aferró las muñecas y se las aplastó contra el suelo, por encima de su cabeza.

—Mataste a Emily, ¡bastardo hijo de puta!

—Yo no maté a esa fulana, pero voy a matarte a ti.

Su mano libre se cerró en torno a su cuello y el aire dejó de entrarle en los pulmones. Boqueó y los ojos se le cubrieron de lágrimas, intentó llamar a Martin a gritos, pero aquel animal le estaba aplastando la tráquea. No quería morir, todavía tenía muchas cosas que hacer. Pensó en Gina, en la hermana que nunca había regresado para salvarla del orfanato y de los hogares de acogida, en la mujer ya adulta que le pidió que no volviera a inmiscuirse en su vida. También pensó en Martha, en su sonrisa inocente y en sus ojos hambrientos de afecto. Y quería conocerla e ir a patinar con ella. Y por último pensó en Derek. No quería morir sin decirle lo que sentía. ¡Estaba enamorada de él! Le quería con todas sus fuerzas y él tenía que saberlo. ¡No podía morir sin decírselo!

Tuvo una alucinación y por eso supo que se estaba muriendo. Vio a Derek aparecer entre los árboles, empuñando una pistola y con las facciones desencajadas por la furia. Cole continuaba apretando su cuello mientras el cerebro se le nublaba y el corazón le latía cada vez más despacio.

—¡Suéltala!

Derek hundió el cañón de su Glock en la sien de Ben hasta que el metal chocó con el hueso, pero éste ni se inmutó, como si no le creyera capaz de dispararle.

—¡He dicho que la sueltes, joder!

Su voz tronó por encima de la lluvia al tiempo que agarraba a Cole por los hombros y tiraba de él con todas sus fuerzas. El aire volvió a entrarle en las vías respiratorias y entonces se dio cuenta de que no estaba alucinando. Él realmente estaba allí. ¡No iba a morir!

Derek le asestó un fuerte puñetazo con la mano que asía el revólver y notó el crujido de su nariz contra la culata. La sangre comenzó a salir a borbotones y Cole soltó un alarido de dolor. Le había roto la nariz, pero deseaba romperle el cráneo.

Pensar en que había estado a punto de matarla lo enloqueció de tal modo, que la emprendió a puñetazos con él. Sus golpes fueron brutales y, aunque Cole también era fuerte y estaba en forma, no pudo competir con la ira que le dominaba.

Megan se incorporó con lentitud y apoyó la espalda en la corteza de un árbol. Se dobló hacia delante y tosió espasmódicamente hasta que los pulmones se le llenaron de aire y consiguió volver a respirar. Cuando el acceso de tos remitió, alzó la cabeza y contempló la escena a través de sus ojos anegados en lágrimas.

Las sombras plateadas que formaba la lluvia acentuaban la violencia de la pelea, y oscurecía la sangre fresca que cubría el rostro de Cole. Los puñetazos de Derek eran de una violencia extrema y vapuleaban el cuerpo de su compañero como si fuera una masa informe y maleable. Sus puños se hundían reiteradamente en el estómago Cole, haciéndolo alzar del suelo y que tambaleara como un borracho. Le golpeó la cara hasta que sus rasgos fueron irreconocibles, pero lo más terrorífico de todo era que a Cole no se le borró esa siniestra expresión que a Megan le ponía los pelos de punta. Tenía la boca torcida en una sonrisa espantosa y sangrienta.

Derek estaba fuera de control, sus gruñidos de rabia se confundían con los alaridos de dolor de su compañero. La lluvia y la oscuridad volvían fieras sus facciones. Megan se frotó el cuello, todavía aturdida y mareada, horrorizada por la contundente paliza que no tenía otra finalidad para Derek que terminar con la vida de Cole. Si continuaba golpeándole así, acabaría matándole con sus propias manos.

Acudió junto a Derek e intentó hablar, pero le salió un hilillo de voz que no se impuso por encima del sonido de la lluvia y los gruñidos de los hombres. Carraspeó y lo volvió a intentar, colocando al mismo tiempo una mano sobre su hombro.

—Ya basta, Derek. Muerto no nos servirá de nada.

—¡Me servirá a mí! ¡Así me aseguraré de que no vuelva a ponerte sus asquerosas manos encima!

—Oh, qué romántico. —Barbotó Cole, casi tan flácido como un muñeco de trapo. Escupió la sangre que le cubría la boca y dio un traspié. El tronco de un árbol y las manos de Derek aferradas al cuello de su camisa, impidieron que cayera al suelo—. Podéis iros los dos al infierno.

—Tú irás primero.

Derek le estrelló el puño contra el estómago y Cole cayó hacia delante,

doblado por la mitad. Ella le apretó el hombro, pidiéndole en mudo silencio que finalizara la pelea. El tacto de sus dedos temblorosos pareció relajarle, aunque su respiración era agitada por el esfuerzo y la cólera. Ben Cole no volvió a levantarse del suelo, se quedó allí agachado, escupiendo sangre y jadeando en busca de aire. Derek lo agarró por las solapas de la camisa ensangrentada, le hizo girar y lo empujó sin contemplaciones contra el tronco de un árbol. Cogió las esposas del bolsillo trasero de sus vaqueros y se las colocó en las muñecas con un brusco movimiento.

Martin Spencer regresó justo entonces, también a él le faltaba el aliento por la carrera. Sujetaba contra el pecho la cámara de fotos que pendía de la correa y abrió los ojos desmesuradamente tras observar el espectáculo.

—¿Qué ha sucedido? Te escuché gritar cuando el barco atracaba en el puerto. —Su mirada se paseó inquieta desde Cole hasta Megan pasando por Derek.

—¿El barco? —Se aclaró la garganta, le dolía muchísimo—. ¿El barco ya ha llegado al puerto? —inquirió ella.

Tras la angustia de los últimos minutos, la nueva noticia consiguió que recuperara el interés por el trabajo.

—La policía tiene el puerto rodeado. No sé cómo habéis entrado aquí sin que os vean —dijo Derek, al tiempo que tiraba de las muñecas de su compañero y le obligaba a empujones que se pusiera en marcha.

—Vinimos temprano. —Le aclaró ella con un hilillo de voz.

Derek la miró y por fin consiguió respirar hondo. El alivio de verla con vida era superior a la necesidad de espetarle a la cara que era una imprudente, una temeraria y una insensata, y que no podía ir por la vida como si solo importase ella. Tenía esa conversación pendiente. Ahora solo deseaba rodearla entre sus brazos, hundir el rostro en su pelo y sentir cómo su corazón latía junto al suyo. Ella agachó la mirada, como si hubiera leído en sus ojos y se sintiera abrumada por el exceso de información.

Empujó a Cole a través de los árboles en dirección al puerto. La policía de Pittsburgh ya hacía su trabajo y un par de coches estaban aparcados en medio del caos con las luces azules, lanzando destellos en la negra espesura de la noche. Un helicóptero sobrevolaba el barco y removía las aguas del puerto con la potencia de sus hélices. El haz de luz de un foco muy luminoso alumbraba la cubierta del barco y, a través de un megáfono, la policía ordenaba al capitán que abandonara la cabina de mandos. Spangler, Dane y los otros dos policías del distrito de Oakland a los que Derek reconoció

mientras empujaba a Ben a través del muelle, estaban siendo dirigidos por sus compañeros hacia los coches patrulla.

También habían llegado un par de ambulancias. Se decía que había más de cincuenta mujeres encerradas en el camarote, y que llevaban varios días allí en condiciones inhumanas. Cuando fueron apareciendo cubierta tenían las caras desencajadas por el miedo, parecían espectros recortados contra la noche. Esas pobres mujeres habían dado todo su dinero por la promesa de una vida mejor en Estados Unidos, pero habían sido engañadas y desposeídas de todo cuanto tenían, desconociendo el amargo futuro que les esperaba.

Instintivamente, Derek clavó el revólver entre los omoplatos de Cole.

—¿Te sientes orgulloso, Cole? ¿Crees que ha valido la pena? —Le preguntó.

—Ahórrate tus lecciones de moral, tú tampoco tienes motivos para sentirte orgulloso con tu mierda de vida. Tu mujer te abandonó, tu novia se suicidó y he tenido que ser yo quien se folle a Annabelle porque no has sido lo suficientemente hombre para hacerlo tú. —Lanzó una carcajada que se vio interrumpida por un ahogado acceso de tos—. Y ahora te has colado de esa *putilla* y ni siquiera te ha agradecido que le salves la vida.

Ahora que estaba más calmado, ignoró sus provocaciones. Cuando llegaron al coche patrulla, abrió la puerta y empujó a Ben hacia el asiento trasero, donde el detective Spangler aguardaba con las manos esposadas y la barbilla clavada en el pecho. Después se agachó y los miró con desprecio.

—Sois escoria, la vergüenza del departamento. Pero me satisface saber que en la cárcel habrá un montón de tíos que os lo recordarán cada día que paséis allí. Y yo me encargaré de que sean muchos. —Cerró de un portazo y el coche patrulla se puso en movimiento.

A pesar de que en el puerto todo estaba bajo control y debía regresar a comisaría para los interrogatorios, Derek decidió quedarse un rato más por allí. Las mujeres descendían del barco temblorosas, desaliñadas y demacradas. Las que podían andar por si mismas abandonaron el puerto en coches patrulla que las condujeron hacia el hospital, pero algunas se desmoronaron y tuvieron que ser atendidas médicamente y conducidas hacia las ambulancias que iban llegando al puerto. El barco quedó confiscado y el capitán, al que habían pagado una fortuna por trasladar a las mujeres desde Foxburg a Pittsburgh, fue detenido junto a los demás.

Mientras conversaba con algunos compañeros, Megan aparecía y desaparecía de su campo visual. Iba colocando la grabadora en la boca de los

detectives para arrancarles información, pero era en vano. La policía no estaba de buen humor y un tipo de asuntos internos con cara de malas pulgas y más de dos metros de estatura, gritó a Megan y a su compañero para que se largaran y dejaran de entrometerse en la investigación, pero se quedaron merodeando en el perímetro de la alameda. Ya no había mucho más que hacer por allí, pero estaba seguro de que ella no se marcharía hasta que desapareciera el último detective.

En un momento dado vio que se acercaba a él, así que se alejó unos pasos del compañero con el que estaba hablando para atenderla. Ella tenía los pantalones negros y la camiseta marrón pegadas al cuerpo. Parpadeaba para apartar la lluvia de sus ojos grises, ahora oscurecidos por la noche, y algunos mechones de cabello le caían chorreando sobre las mejillas. Estaba pálida y sin color en los labios, pero esbozó una suave sonrisa cuando sus ojos establecieron contacto. Por primera vez desde que la conocía, le pareció vulnerable, aunque a lo mejor solo era una falsa ilusión por haber estado a punto de perderla. Regresó a él esa ira monstruosa que lo poseyó mientras golpeaba a Cole cuando vio las señales en el cuello de Megan.

Ella percibió su exaltación y se apresuró en calmarle, acariciándole la cara con la yema de los dedos, justo en el lugar en el que Cole le había golpeado. Dio un respingo cuando él le apesó la muñeca para besar con delicadeza el dorso de su mano.

—¿Cómo estás? —Le preguntó él.

Estaba satisfecha con el resultado de la operación y con toda la información que había recopilado, pero también se sentía confusa, desorientada y más sensible de lo habitual. Había estado a punto de morir. Quería abrazarle, no solo para expresarle su gratitud por haberle salvado la vida, también para transmitirle lo mucho que lo quería.

—Estoy bien. —El corazón le comenzó a latir más deprisa mientras se miraban a los ojos. Apoyó las manos en pecho y los músculos se tensaron—. No puedo expresar con palabras lo que siento ahora mismo. —La voz se le quebró.

Él movió la cabeza con lentitud y acarició sus mejillas, atrayendo su rostro. Inclino la cabeza y apoyó la frente en la de ella.

—Nunca más vuelvas a hacerme esto ¿me oyes? Te lo digo más en serio que nunca.

Deslizó los dedos entre sus cabellos mojados y la atrajo hacia su boca. Megan se aferró a él como si fuera un salvavidas en medio de la tempestad y

le devolvió el beso con la misma urgencia con la que él se lo entregaba. Le pasó los brazos por encima de los hombros y gimió contra su boca hambrienta. La necesidad que tenía de él era mucho más que física, estaba desesperada por tocar su alma y ofrecerle la suya. Estaba cansada de tener miedo y se lo hizo saber con sus besos apremiantes, con las manos que se enlazaban a él como si tuviera miedo de soltarle.

Derek terminó el beso, aunque a regañadientes.

—Vete a casa y date un baño, necesitas descansar.

—No puedo descansar. Tengo que escribir un artículo que ha de salir en la edición de mañana. Y tengo que esperarte a ti. —Se mordió el labio inferior que sabía a lluvia y sabía a él.

Derek observó encantado el destello plateado de sus ojos. Habría dado lo que fuera por marcharse con ella.

—El interrogatorio puede alargarse durante toda la noche —comentó.

—No me importa, te esperaré igualmente.

Volvieron a besarse.

Niveló el grifo de la ducha hasta que el agua salió caliente. Era julio y hacía calor, pero estaba destemplada y le dolía todo el cuerpo. Mientras se llenaba la bañera y el vapor con olor a vainilla del gel impregnaba el baño, se observó el cuello en el espejo. Le dolía cuando tragaba saliva y tenía unas marcas violáceas en la base de la garganta. Se las acarició suavemente con la punta de los dedos. Qué poco había faltado. Al sumergirse en la bañera el agua caliente aflojó la tensión y los ojos se le anegaron en lágrimas.

Sollozó.

Se puso un conjunto de lencería de color rojo burdeos y una bata de seda de color negro. Quería estar sexy a la vez que elegante. Necesitaba que él la deseara, que le hiciera el amor durante toda la noche hasta que inundara de calor cada rincón de su alma.

Era medianoche cuando se puso a trabajar en el portátil. *Abby* dormitaba a su lado mientras sus dedos tecleaban frenéticamente. Aunque se sentía agotada, la adrenalina la impulsaba a través de los minutos y de las horas. A la una de la madrugada el artículo estaba listo. Se lo envió a Preston y luego charló con Martin para asegurarse de que el material fotográfico también estaba listo. Con el trabajo concluido, se tumbó en el sofá y esperó a que Derek llegara. Era probable que se quedara durmiendo, pero se despejaría de

inmediato en cuanto él llamara a la puerta.

Pero el sueño no acudió. Cada vez se sentía más inquieta. *Abby* se había retirado a su canasto acolchado y dormía plácidamente. Cómo deseaba poder imitarla.

Empezó a dar vueltas por el salón. Arregló los cojines, cambió de sitio los jarrones, colocó los cuadros hasta que quedaron milimétricamente rectos y hasta movió un sillón de sitio. Cualquier cosa con tal de no pensar en las manos de Cole cerrándose alrededor de su cuello.

Preston la telefoneó y se deshizo en halagos por su magnífica labor periodística. Esperaba que lo tuviera en cuenta cuando nombrara al próximo redactor jefe. Al cabo de un rato, el móvil volvió a sonar. El corazón se le aceleró al pensar que se trataría de Derek, pero le apareció un número que no estaba en su agenda y al atender la llamada fue la voz de un desconocido la que contestó.

—¿Megan Lewis?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—Soy el propietario del bar Blue Lagoon. Tengo aquí a Jim Randall y estoy preocupado por él. Jamás le había visto beber tanto. Se niega a irse a casa y si continúa bebiendo así, se caerá redondo al suelo.

El propietario del Blue Lagoon se llamaba Sam Clyde. Hacía dos años que Megan no acudía por allí, pero mientras estuvo saliendo con Jim lo había visitado con frecuencia. Estaba muy cerca del *Pittsburgh Enquirer*.

—¿Jim está bebiendo?

—Como un cosaco. No quiere contarme lo que ha sucedido, pero a juzgar por su aspecto debe haber sido grave. No sabía a quién llamar y tampoco puedo abandonar el bar para llevarle a casa. He pensado que tal vez a ti te haría caso. —Le dijo—. Ya regresa del baño, tengo que cortar.

El hombre le colgó y Megan se quedó en silencio con el móvil entre las manos. ¿Jim borracho en un bar? Jim no bebía, debía de haber ocurrido algo grave para actuar así. Keiko. A lo mejor había descubierto sus aventuras sexuales con Cole. Bueno, él ya era mayorcito y sabía apañárselas solo, ya no estaba dentro de su vida.

Intentó distraerse con una revista que agarró del revistero, pero no pasó de la primera página porque sus pensamientos seguían anclados a las palabras de Sam Clyde. Sintió lástima por Jim. Si Hugh había sido capaz de decirle que su esposa estaba acostándose con otro hombre lo habría destrozado.

Dejó la revista a un lado y se puso en pie.

Capítulo 19



Todavía arrastraba sentimientos de culpa por haber pisoteado el corazón de Jim dos años atrás. Sentía que se lo debía. Se quitó el conjunto de lencería y se colocó unos vaqueros y una camiseta limpia.

El Blue Lagoon estaba en el Triángulo dorado, muy cerca del Enquirer. Como no había tráfico a esas horas de la madrugada, tomaría la autopista y en un cuarto de hora estaría allí. Esperaba que no le llevase demasiado tiempo convencer a Jim para que dejara de beber y se marchara a casa. Ella quería estar de vuelta en la suya para cuando Derek llegase.

Apretó el mando a distancia para elevar la puerta del garaje y los faros de un coche que accedía a su jardín la deslumbraron.

Era un Pontiac Gto. azul plateado.

Derek salió del coche y se la quedó mirando bajo la lluvia, con las manos apoyadas en las caderas y la expresión interrogante. Megan exhaló un suspiro de derrota y le hizo un gesto con la mano para que entrara en el garaje y se resguardara de la lluvia.

—¿Qué haces? —Cruzó lentamente el jardín mientras la miraba con ceño— ¿Vas a algún sitio?

Se detuvo bajo el umbral. Una enorme silueta oscura recortada contra la lluvia plateada que caía sobre su jardín.

—No tardaré mucho en regresar, ¿por qué no me esperas dentro? —Le sugirió, sin mucha convicción— ¿Qué tal el interrogatorio? ¿Ha confesado Cole que asesinó a Emily?

—Son las dos de la madrugada. ¿Se puede saber dónde vas?

—Hablaemos de eso en cuanto regrese.

Le tembló la mano al abrir la portezuela del coche, pero no le dio tiempo a meterse dentro. Derek cruzó el garaje en dos zancadas y cerró la puerta del Viper.

—¿Dónde vas? —Repitió.

Estaba segura de que no lo iba a entender, incluso a ella misma le costaba hacerlo. Pero no iba a mentirle.

—He recibido la llamada de un tipo que... —Movi6 una mano en el aire y decidi6 ir al grano—. Jim est1 mal. El imb6cil de Hugh ha debido de ponerle al corriente de las infidelidades de Keiko y ahora est1 emborrach1ndose en un bar. S6 que no es asunto mío, pero siento que se lo debo a Jim.

—¿Que se lo debes? ¿Me he perdido algo?

—No, no te has perdido nada. —Se mordi6 el labio—. Es que... Necesito hacer esto, ¿sabes? Yo... yo le destroc6 el coraz6n, no le di ning6n tipo de explicaci6n y siempre me he sentido culpable por no haber tenido las agallas de enfrentarlo. Esto es lo menos que puedo hacer por 6l. ¿Lo entiendes?

Solt6 un suspiro de hastío.

—Megan, no me pidas que entienda nada m1s esta noche... —Se qued6 mirando las marcas viol1ceas de su garganta y se sinti6 enfermo—. Nunca puedes parar, ¿verdad?

—Volver6 enseguida. Ni te dar1s cuenta de que me he ido.

—Desde luego que no. Porque voy a ir contigo.

—Creo que no deberías...

—Ir6. —Cuando era tan categorico, sus ojos azules llameaban.

—De acuerdo. —Sonri6 un poco.

—Vamos en mi coche.

—Puedo conducir.

—Ya lo creo que s6, se1orita *heroína*. Pero iremos en el mío. Vamos, sube.

Durante el trayecto no hablaron mucho. Hicieron comentarios sobre la redada en el puerto y luego ella qued6 sumida en sus oscuros pensamientos sobre la muerte. La mirada se le perdía m1s all1 del movimiento del limpiaparabrisas que trabajaba a destajo para apartar de la luna delantera el tremendo aguacero. Cada vez que se quedaba callada 6l volví la cabeza para mirarla. Tenía el rostro p1lido, desencajado... Era una mujer muy fuerte, pero nadie era emocionalmente inmune a la terrible experiencia que había vivido en el bosque.

Terminarí por desmoronarse y 6l estaría a su lado para sostenerla. Coloc6 la mano por encima de su rodilla y la apret6 con ligereza. Ella le mir6 y le dedic6 una leve y dulce sonrisa.

Le habl6 del curso de los interrogatorios para animarla.

—Cole niega haber asesinado a Emily. Ha reconocido, por el contrario,

el resto de cargos de los que se le acusa. Lleva colaborando con Helsen y Harris desde hace tres años. —Ella le escuchó con los cinco sentidos—. Un compañero sigue interrogándolo y otros están registrando su casa en este momento. Debo haberme vuelto un blando porque en lugar de hacer mi trabajo he decidido tomarme la noche libre porque no podía dejar de pensar en estar contigo.

Agarró su mano fría e inerte, y se la llevó a los labios para besarle el dorso. Luego la sostuvo un momento contra su áspera mejilla, mientras ella le observaba con el pecho encogido. Estaba enamorada de él. Locamente enamorada. Lo empezó a querer desde el instante en que aguardó junto a ella mientras vomitaba en el baño de Emily.

Suspiró y cerró un momento los ojos. En lugar de inspirar aire, parecía como si respirara un poco más de amor.

—¿Y tú qué opinas? ¿Crees que Cole lo hizo?

—Es pronto para saberlo.

—Ya ha demostrado que fue capaz de hacerlo.

—Lo sé. —Tensó la mandíbula—. Pero sin una confesión o una jodida prueba no podemos inculparlo por ese delito.

Llegaron a la puerta del Blue Lagoon en la tranquila calle Graeme. Pittsburgh dormía y sólo se movía el aire que fustigaba la lluvia y las copas de los árboles. La luz azulada del letrero de neón se reflejaba sobre la oscurísima superficie de un charco que había en la entrada. Derek aparcó el Pontiac Gto sobre él y las ruedas impulsaron el agua estancada sobre la acera.

—Preferiría que te quedaras aquí.

—No te preocupes, no voy a interferir. Entraré y me tomaré una cerveza mientras su resuelves tus asuntos.

Ella se mordió el labio.

—De acuerdo.

En el Blue Lagoon apenas había clientela. Eran pocos los bares que entre semana permanecían abiertos hasta la madrugada y pocas las personas que los frecuentaban. Haciendo honor a su nombre, un enorme letrero reflectante de una inmensa laguna azul presidía la zona que había situada detrás la barra. Las botellas de alcohol y los vasos estaban teñidos de diferentes tonalidades de azul. En general, el bar tenía un aspecto muy elegante y relajante.

Megan vio a Jim. Estaba de pie frente a la barra, con un vaso de una bebida de color ámbar entre las manos. Suponía que era whisky.

—Esperaré allí.

Se alejó hacia el fondo y se pidió esa cerveza que necesitaba con desesperación. Había sido un martirio separarse de ella en las últimas horas. Mientras se daban curso a las denuncias correspondientes y a los interrogatorios a los detenidos, la preocupación lo había machacado. No había cesado de preguntarse cómo se encontraría ella. Ahora que estaba a su lado, había comenzado a calmarse. Bebió un trago de cerveza que le supo a gloria. Podía verlos si volvía la cabeza, pero decidió entretenerse con el partido de béisbol que en esos momentos estaba retransmitiendo el televisor.

Jim tenía los hombros caídos, como si cargara con un enorme peso sobre la espalda. Debía de haber caminado horas bajo la lluvia. Tenía toda la ropa arrugada y adherida a la piel. Arrimó el vaso hacia Sam para que volviera a llenárselo, pero éste se negó.

—Ya está bien por hoy. Lárgate a casa. —Insistió por enésima vez.

—Te pago para que me sirvas, así que trae la maldita botella, Sam. — Gruñó con la voz torpe y enronquecida.

Sam suplicó a Megan con la mirada y ella asintió.

—Jim.

Apoyó una mano sobre su hombro y él dio un respingo. Al verla sonrió, pero no dijo nada, se limitó a tomar el vaso de whisky para beber su contenido de un solo trago. Pero el vaso ya estaba vacío.

—Disculpa si te he molestado, pero no sabía a quién llamar. —Le dijo Sam—. Llévatelo de aquí, ha bebido lo suficiente como para tumbar a un elefante.

—No hables de mi como si no estuviera delante, viejo gordo. ¡Quiero que me sirvas otro!

Megan tomó a Jim por el brazo y le obligó a que la mirara.

—Jim, vámonos a casa. —Le pidió con la voz suave.

Él arqueó las cejas con sorpresa y comenzó a reírse. Tenía los ojos brillantes e hinchados, y la mirada desenfocada. Daba la sensación de que había llorado durante horas.

—¿Qué diablos haces tú aquí?

—Tienes buenos amigos. —Señaló a Sam con un movimiento de cabeza—. Beber tanto no te beneficia en nada, tienes que parar. Te acompaño a casa y hablamos, ¿de acuerdo?

—¿A casa? —Otra risa, ahora desolada—. Ya no tengo casa.

—Pues charlaremos en otro sitio, Jim. —Señaló una mesa alejada de la barra—. Por favor.

—No tengo nada que decir. Solo quiero que me dejéis en paz.

—Hazle caso a Megan o de lo contrario cerraré el bar para ti. —Le advirtió Sam con la mirada dura—. Sabes que no es la primera vez que echo a un borracho del Blue Lagoon.

—No estoy borracho. —Protestó—. Y no tienes pelotas para echarme de aquí.

—No me pongas a prueba.

Sam hablaba en serio y Jim debió percibirlo porque terminó por aceptar la sugerencia de Megan. Ella miró hacia Derek y agradeció que estuviera pendiente del partido de béisbol.

Los ventiladores del techo refrescaban el ambiente, pero Megan sintió frío cuando pasó por debajo. Deseó estar metida bajo las sábanas, con el cuerpo caliente de Derek tendido a su lado. Había quien se sentía peor, pensó, mientras observaba a Jim tomar asiento. Se sentó a su lado y buscó su mirada huidiza y acuosa.

—¿Qué es lo que ha sucedido?

Jim se pasó los dedos entre los cabellos húmedos y apelmazados y se sostuvo un momento la cabeza entre las manos. Habló en esa postura, con la voz ahogada por el alcohol y la desdicha.

—No te hagas la ingenua, no lo soporto. Todo el jodido mundo sabe lo que pasa, he sido yo el último en enterarse.

—Lo siento.

Megan posó suavemente la mano sobre su hombro y éste se tensó. Con un movimiento de rechazo le indicó que no quería su compasión.

—Hugh te lo ha dicho, ¿verdad?

Jim afirmó con la cabeza.

Creía que lo mejor es que Jim hubiera terminado por enterarse, aunque no de aquella manera tan detestable. Él alzó la cabeza. Tenía los labios apretados y comenzó a mover la cabeza con lentitud.

—Keiko se estaba tirando a un policía. ¿Has visto las fotos? —La miró un momento—. No tienen desperdicio.

Maldito Hugh, pensó Megan. ¿Cómo podía haberle enseñado las fotografías? Sin duda se vengaba por todos aquellos años de trabajo en común en los que Hugh hubo de acatar las órdenes de Jim que, en aquel entonces, era su superior.

—Necesitas ir a casa y dormir. Sobrio y descansado podrás enfrentarte a esto, así no Jim.

—Te equivocas. Necesito emborracharme hasta perder el sentido. —Le lanzó una mirada cargada de recelo—. Hasta que no pueda recordar el nombre de esa zorra adúltera. Hasta que no pueda recordar ni el tuyo.

Ella tardó en procesar lo que acababa de decirle. El tiempo transcurrido y el nuevo amor deberían haber servido para superar lo de ambos. Esas palabras solo eran delirios de una mente empapada por el alcohol.

—No voy a dejarte aquí para que remojes tus penas en whisky. Esta noche casi pierdo la vida. —Su voz se endureció. —Mírame—. Le exigió. Con gran esfuerzo, Jim volvió sus ojos enrojecidos hacia ella—. El policía que ha estado viéndose con tu mujer ha tratado de matarme esta misma noche. —Le enseñó las marcas moradas del cuello—. Pero no permitiré que eso me hunda y tú tampoco debes consentirlo.

Consternado, Jim deslizó la vista por las magulladuras que Megan le mostraba.

—¿Estás bien?

—No. —Le dijo con sinceridad— ¿Cómo puedo estarlo?

—¿Sabes? Hugh ha disfrutado dándome la noticia. —Se frotó la cara con las palmas de las manos—. Ha disfrutado el muy bastardo.

—Ya le conoces. Siento que hayas tenido que enterarte así.

—Ahora mismo tengo una imagen tan patética de mí mismo que no soporto ni escuchar mi propia voz. Ella no estaba realmente enamorada de mí. —Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero Jim respiró hondo para serenarse y éstas desaparecieron. Después la miró a ella— ¿Qué es lo que hice mal?

—No hiciste nada mal, Jim. Hay personas que anteponen el trabajo a las relaciones personales, pero eso no significa que Keiko no te quisiera.

—No hablo de Keiko. Hablo de ti. De nosotros. —Él la arrojó a un pozo de confusión— ¿Te hubieras casado conmigo si no me hubiera marchado a Japón?

El frío se volvió más denso, como si la temperatura del local hubiera descendido al menos cinco grados.

—Ya han pasado dos años, no creo que nos convenga...

—Me siento como si hubiera sucedido ayer mismo. —La atajó—. Y necesito saberlo. ¿Qué fue lo que te apartó de mí? ¿Fue mi marcha a Japón o fue el anillo?

Megan extendió las palmas de las manos sobre la mesa y las miró pensativa. Tenía los ojos de Jim clavados en ella, y su silencio opresivo le

exigía una respuesta que ella no sabía cómo expresar. Retrocedió al día en el que sus mundos se separaron, al momento en que a él no le quedó más remedio que aceptar que no le acompañaría.

Fue el anillo. Él se lo leyó en la mirada y sus ojos verdes se ensombrecieron. Megan notó un terrible cansancio físico y psíquico. De repente, le tomó la barbilla entre los dedos y la obligó a enfrentar las miradas.

—No me amabas, al menos no como yo a ti.

Megan cerró los ojos un segundo. El olor a whisky de su aliento la mareaba tanto como las inseguridades que le habían acompañado durante tantos, tantísimos años de su vida. Y que todavía estaban ahí.

—¡Respóndeme! ¿Te hubieras casado conmigo de no ir a Japón?

—No, Jim. No me hubiera casado contigo. —Le respondió con franqueza.

A él se le crispó la cara y sus ojos brillaron con un nuevo furor.

—¿En serio me querías tanto como dices, Jim? Te casaste con Keiko a los pocos meses de marcharte de aquí.

—¡Estaba destrozado! —Cerró el puño sobre la mesa y ella giró la cabeza para desasirse de sus dedos que todavía le apresaban la barbilla—. Keiko me recordaba muchísimo a ti. Su belleza, su inteligencia, su osadía... ¡todo! —Su saliva la salpicó y Megan sintió una profunda tristeza—. Os apasionaba el mismo trabajo. Eras idénticas salvo en una cosa: ella sí estaba dispuesta a casarse conmigo.

Por el rabillo del ojo, Megan percibió que Derek cambiaba de postura. El exabrupto de Jim había llegado a sus oídos y se aseguraba de que todo iba bien. Ella inclinó ligeramente la cabeza y él volvió a centrar la atención en el televisor.

Sin embargo, las facultades de Jim no estaban tan mermadas porque se dio cuenta del cómplice intercambio de miradas.

—¿Has venido con el poli?

—Sí.

—¿Vas en serio con él?

—Pues... sí.

—¿En serio? Creo que debería charlar con él, de hombre a hombre.

Jim se levantó y Megan le sostuvo por la muñeca para tirar de él.

—¿Qué pretendes?

—Acabo de decírtelo.

Dio un traspié al echar la silla hacia atrás, pero enseguida recuperó el

equilibrio. Liberó su mano de la endeble prisión de la suya y echó a andar hacia Derek. Ella le siguió con los nervios alterados. En su estado, Jim era capaz de decir o de hacer cualquier cosa.

—Pareces un buen tipo, detective, y por eso quiero advertirte de que esta chica está defectuosa. Mejor que lo sepas ahora que no más tarde, cuando te de la patada en el culo como me la dio a mí.

Derek se dio la vuelta lentamente. Imperturbable, se quedó mirando a Jim mientras ella se mantenía un paso por detrás. Zaherida y cansada, ya no le quedaban fuerzas para enfrentarse a ese día.

—A mí me parece que está en perfecto estado. —Le contestó Derek—. En cualquier caso, me encanta tal y como es, con sus defectos y sus virtudes.

—Te hará perder el tiempo. —Insistió Jim—. Creerás que quiere pasar el resto de tu vida contigo, pero cuando le muestres la cajita con el anillo saldrá corriendo. Es una inválida emocional. —Repitió la odiosa frase con los labios rígidos.

—A lo mejor soy el tío que logra que no salga corriendo cuando se la enseñe.

Jim apretaba la mandíbula mientras Derek lo retaba a continuar manteniendo ese enfrentamiento dialéctico. Y a ella se le hinchó el pecho. ¡Se le aceleró el corazón! Estaba a punto de abalanzarse sobre Derek y abrazarle hasta que se le terminaran las pocas fuerzas que le quedaban.

—Tú sabrás lo que haces —espetó Jim.

Se retiró sin lograr su venganza. Cerca de la puerta tropezó con una silla que le hizo perder el equilibrio, pero se irguió rápidamente y luego salió a la calle.

Megan tomó aire y lo dejó escapar con lentitud. Le entristecía mucho lo que acababa de suceder, aunque por otra parte se sentía más unida a Derek que nunca.

Él le tomó las manos y la miró con cariño.

—Vámonos a casa, ha sido un día muy largo.

La lluvia tamborileaba sobre la carrocería del coche al igual que las duras palabras de Jim resonaban en su cabeza.

«Megan, eres una inválida emocional».

La primera vez que le había escuchado decírselo casi le creyó, pero ahora no, nunca más. No lo era, su capacidad para sentir era infinita. Amaba con todas sus fuerzas al hombre que tenía al lado. Apoyó la cabeza sobre el asiento y cerró los ojos.

Derek tomó el camino hacia su casa, evitando la autopista y conduciendo por calles oscuras, desiertas y bañadas por el manto de la lluvia. Eran las tres de la madrugada y su cuerpo también acusaba un cansancio debilitante, pero estaba más pendiente de ella y de sus reacciones que de las propias. Parecía dormida, aunque Derek sabía que no lo estaba. Había cerrado los ojos, así que le habló en susurros.

—¿Quieres hablar?

Megan negó despacio.

—Solo quiero cambiarme de ropa y entrar en calor —musitó—. Gracias por haber estado ahí.

—Siempre voy a estar para ti.

Capítulo 20



Sacó de un cajón de su armario una camiseta enorme de los Pittsburgh Steelers y se la tendió a Megan para que se quitara las ropas mojadas. Luego le cedió el baño para que se secara el pelo mientras él se desvestía y se ponía ropa seca. La esperó abajo, en el salón, vertiendo el contenido de una botella de Chardonnay espumoso en dos copas de cristal. Megan necesitaba beber algo que la hiciera entrar en calor.

La adoró con la mirada en cuanto la vio bajar por la escalera con la camiseta enorme que le cubría hasta la mitad de los muslos. Sus ojos grises volvían a estar despiertos y brillantes, y había recuperado el color de la piel. Era dulzura y sensualidad. Y olía de maravilla.

Ella volvía a sentirse como una persona normal. Encontrarle con dos copas de vino y tan aparentemente irrompible, renovaron sus fuerzas perdidas. Tomó la copa que le tendía e hizo girar el contenido burdeos mientras acercaba la nariz y olía el aroma fuerte y agresivo del vino.

—Sabe incluso mejor que huele. —Le dijo él.

Era cierto. El Chardonnay tenía un sabor amaderado que ella paladeó con lentitud. El primer sorbo le calentó el esófago y el segundo el estómago. El tercero le devolvió el color a las mejillas.

Megan se lamió el labio inferior y bebió un cuarto trago antes de dejar la copa sobre la mesa que había a su izquierda. El calorillo embriagador que le despertó el alcohol la alejó del frío y de los oscuros pensamientos. Dio un paso al frente y sus dedos desnudos rozaron los zapatos de él. Apoyó las manos en su abdomen y buscó sus ojos.

—Quiero volverte loco —susurró.

Ella introdujo los dedos bajo su camiseta. Tenía las manos suaves además de frías, pero le abarcaron la piel como si ardieran.

—Quiero volverte loca —murmuró él.

Dejó la copa a un lado y le tomó la cara entre las manos. Luego la besó. Lo hizo de un modo controlado, pero pronto se les fue de la manos. Sus lenguas se enlazaron con pasión. Quería devorarla. Quería devorarlo. Megan

gimió, buscando más de esa danza imparable. Tiró de su camiseta hacia arriba y él alzó los brazos para que pudiera sacársela por encima de los hombros. Se separaron un momento. Respiraciones aceleradas y pupilas dilatadas por el deseo. Ella arrojó la camiseta al suelo y le rozó los pezones con la punta de la lengua. Su piel sabía a lluvia y sabía a él. Le gustó mucho más que el sabor del vino.

Él se había puesto duro, durísimo, y cuando adivinó sus intenciones sintió un latigazo de placer que le recorrió el miembro. Ella fue dejando un reguero de besos descendente. Le mordisqueó ombligo mientras le desabrochaba la hebilla del cinturón. Luego le bajó la cremallera y acarició la tremenda erección por encima de la ropa interior. Derek apretó los dientes. Ella liberó su pene palpitante y se llevó a la boca. Lo lamió con lentitud, desde la base a la punta, y cuando sintió que lo empujaba al límite aumentó la rapidez y la intensidad de sus caricias. Quería que se corriera en su boca, lo quería todo de él, pero antes de que eso sucediera él tiró de ella para besarla de todas las formas que conocía.

Megan se irguió sobre sus talones y sus caderas le buscaron. Suspiró ansiosa al encontrarle y buscó la postura idónea para que él se rozase contra el lugar adecuado. Estaba ardiendo, no podía más. Casi lloró de entusiasmo cuando él le quitó la camiseta, cuando le arrancó el sujetador, cuando le apresó las nalgas y la levantó contra su cuerpo. Le mordisqueó los pechos. Megan se mordió los labios con fuerza.

—Nos vamos a la cama —dijo él, con la voz ronca.

Dejó la luz del pasillo encendida y la puerta del dormitorio abierta. Se dejaron caer sobre la cama. la depositó sobre el centro de la cama. Sus sábanas eran de color vino burdeos, como las bragas que todavía llevaba puestas. Aunque por poco tiempo. Agarró los elásticos de la prenda femenina y tiró hacia abajo. Ella levantó las nalgas y él le separó las piernas. Quería verla con detalle. Necesitaba probarla y degustar su sabor.

—Pensé que nunca le diría a un hombre que se saltase los preámbulos. —Admiró su miembro álgido e hinchado y lo deseó dentro de ella—. Ven conmigo, por favor. —Extendió un brazo hacia él.

—¿Sabes la de veces que he fantaseado con hacerte esto? —Derek se agachó entre sus piernas y besó suavemente el punto donde se unían—. Todos los días, a todas horas.

La tensión sexual ya era demasiado asfixiante y Derek exploró aquella zona sensible y resbaladiza a conciencia. La lamió reiteradamente, tironeó de

sus labios y succionó el tierno botoncito que se hinchó e irguió contra su lengua. Ella se arqueó, deslizó los dedos entre sus cabellos oscuros y se mordió los labios. Ése era su punto más placentero y se dedicó a él con esmero. Pronto le arrancó gemidos, palabras incoherentes que salían de sus labios entreabiertos, jadeos de éxtasis que le impelían a hacerla terminar en su boca.

—Derek, Derek....

Sus entrañas se estaban fundiendo. Su interior era líquido candente y el placer pulsátil despuntó afilado, perforándola por dentro. La mente se le nubló. Creía que se iba a desmayar.

Él alzó la cabeza un momento y se fijó en la plenitud de sus senos, en los montículos rosados de las areolas y en los pezones enhiestos que apuntaban al techo. Ella le suplicó que la penetrara y Derek se encendió como una tea. Se apresuró en acabar su labor, y movió la lengua dentro de ella con la rapidez que sus caderas le exigían. Cuando estaba a punto de alcanzar el orgasmo, le agarró las nalgas y la penetró de un solo empujón.

Megan se corrió inmediatamente. Las contracciones de su placer le apretaron la polla. Era delicioso y siguió moviéndose a un ritmo rápido.

Se miraron a los ojos repletos de emociones y de palabras no dichas.

—Te quiero, Megan.

Ella quiso decirle que también le amaba. Con cada nueva penetración se metía un poco más hondo en su cuerpo, pero también en su mente y en su alma. En aquel instante de dulce e intensa agonía, no existía nada que quisiera esconderle o negarle. Elevó una mano y tocó los ángulos fuertes y atractivos de su rostro sudoroso y él se embebió en los rasgos de ella. Sus sentimientos se liberaron y fluctuaron con los de él. Pensó que no había palabras que pudieran explicar lo que se decían con los ojos.

Derek besó su garganta magullada. Sus labios se movieron suavemente sobre su piel perfumada y lamió la zona donde su pulso vibraba. Luego la besó en la boca y ella le rodeó las caderas con las piernas, recibiendo una serie de furiosas acometidas volvieron a situarla muy cerca del precipicio. Le clavó los dedos en la espalda y echó la cabeza hacia atrás. Murmuró su nombre con la voz entrecortada y jadeante.

Derek no quería que todo terminara tan rápido, así que tomó el control y marcó una cadencia lenta y pausada. Se irguió de rodillas con ella colgando de su cuerpo y la sostuvo por las nalgas. Con aquella nueva postura, en la que ella estaba sentada a horcajadas sobre él, Megan tomó las riendas y le cabalgó

durante un buen rato, buscando y probando diferentes ritmos. Con cada nuevo golpe de caderas, a los dos se les escapaba el aire de los pulmones.

Megan se corrió, profiriendo un sensual grito. Echó la cabeza hacia atrás y gimió en tonos progresivamente más y más fuertes, entrando en una espiral de placer que giraba y giraba y la engullía hacia el centro, como si se hallara en el ojo de un huracán. Clavó las uñas en su espalda y él volvió a tenderse sobre su cuerpo, aplastándola deliciosamente contra el colchón. La embistió hasta que le faltó el aliento, hasta sentir que los huesos se le fundían como si fueran de gelatina.

Ella le arrastró con él y giraron juntos. Perdieron el sentido del espacio y del tiempo.

Él cayó derrumbado sobre el cuerpo laxo de Megan y enterró la cara en su hombro. Estaba exhausto, la respiración agitada y el pulso al galope. La besó en la sien y permanecieron abrazados mientras se iban recuperando.

En el profundo silencio del dormitorio se escuchaba claramente el rumor de la lluvia. Ella sentía una paz infinita. Su mente y su corazón estaban en perfecta sintonía y todas las dificultades parecían haber quedado muy atrás.

—Esto ha mejorado mucho el día, ¿no te parece? —comentó él, tan flojo, que a ella le habría costado escucharle de no ser porque tenía la frente apoyada en su mejilla.

—Lo ha arreglado por completo. Vuelvo a sentirme como una persona normal. ¿Cómo es posible que no lo echara de menos?

—¿El qué?

—Esto, el sexo.

—¿No lo echabas de menos?

—No hasta que apareciste tú. —Le confesó—. Cuando te vi por primera vez quise devorarte. —Le hincó los dientes en el hombro y esbozó una sonrisa.

Él giró la cabeza y sus ojos se movieron sobre su rostro. Su mirada azul tenía una cualidad casi táctil y se sintió amada por ella. Derek acarició la curva de su cadera y luego posó la palma de la mano sobre la concavidad de su cintura.

—Quédate conmigo. —Le pidió.

—No pienso irme a ningún sitio —aseguró ella.

—No me refiero a esta noche. Quiero que te quedes mañana, y pasado mañana, y la semana que viene.

Ella se quedó muda, reflexiva. Le recorrió la cara con una mirada serena

pero no se atrevió a contestarle.

Él la hizo que rodara hasta tenerle encima de su cuerpo y le tomó la cabeza entre las manos.

—Quiero poder hacer esto siempre que me plazca. —La besó en los labios y le rozó la lengua—. Y esto. —La alzó un poco para poder lamerle los pezones. Ella se estremeció de placer—. Quiero llegar a casa y encontrarte en mi cama, a la hora que sea y siempre dispuesta.

Hizo que girara para quedar sobre ella. Luego emprendió un recorrido de besos a lo largo de su cuerpo, hasta llegar al fino vello de su entrepierna.

—Eso es trampa. —Suspiró ella.

—¿Lo es?

—Sí.

Su voz languideció mientras él le abrasaba los labios de la vulva con la punta de la lengua.

—Quédate conmigo hasta que Martha regrese. Es una estupidez que tengamos que desplazarnos cada vez que disfrutemos de unas horas libres. ¿No te parece?

Su respuesta se demoraba y Derek entornó los ojos.

—¿No quieres?

—Claro que quiero, es que...

—¿Qué?

—Pues que yo... Algunas cosas de las que Jim te ha dicho son ciertas. —Le dijo con pesadumbre—. Le quería, pero rompí la relación cuando me mostró el anillo.

—No tienes que darme explicaciones.

—Me entró el pánico. —Insistió.

Derek se dejó caer hacia un lado y apoyó la cabeza en el brazo flexionado, sin dejar de mirarla. Ella le suplicaba comprensión.

—¿Por qué te entró el pánico?

—Porque... Porque me daba miedo vincularme a alguien de ese modo tan estrecho. No podía soportar la idea de que en el futuro volvieran a abandonarme. Así que decidí hacerlo yo. Era la única manera de sobrevivir.

Derek sabía que esos miedos se remontaban a sus años en Allentown. Allí era donde se habían fraguado todos los dramas existenciales que la habían acompañado a la edad adulta. La suya no había sido una infancia fácil. Una tras otra, todas las personas que se habían acercado a ella lo habían hecho con el único propósito de hacerle daño, de arrancarle su inocencia y de

mostrarle la parte más cruda de la vida. Su propia hermana le había dado la espalda, por eso a él no le sorprendía que le costase confiar y entregarse a alguien.

—Sobrevivir no es vivir. —Le dijo él.

—Prefiero sobrevivir a sufrir.

Era la primera vez que hablaba de ello, pero no se sintió incómoda. Él estaba en contacto con sus pensamientos más íntimos y era consciente de sus emociones. Podría entenderla o no, aceptarla o no aceptarla, pero jamás la juzgaría. La maraña que conformaban sus temores parecía perder toda su complejidad cuando la compartía con él.

—Creo que deberías descubrir la verdad de lo que le sucedió a Gina. Mientras no des ese paso arrastrarás una pesada mochila—. Le habló con dulzura y la miró con mayor ternura todavía—. Tienes que cerrar ese capítulo.

—Ya está cerrado, Derek. Gina no quiso saber nada de mí. Me apartó de su vida para siempre.

—¿Por qué?

—No lo sé.

—Mientras no lo sepas el capítulo seguirá abierto. Nunca volverás a confiar en nadie hasta que no hagas las paces contigo misma y con tu hermana.

La miró con fijeza, obligándola a que le respondiera, pero Megan cerró los ojos y no lo hizo. Derek esperó, no tenía prisa, pero cuando ella volvió a abrirlos le sonrió y se acercó un poco más a él. Lo besó, aunque él no le devolvió el beso. Megan se separó un poco de para buscar en sus ojos el motivo.

—Todavía no te has pronunciado sobre mi propuesta. —Le dijo.

—Me quedaré contigo hasta que regrese Martha —susurró.

Depositó un beso cerca de su nariz y colocó la mano sobre su entrepierna. Lo halló caliente y duro, y le buscó con las caderas. Sintió el roce de su miembro donde más lo necesitaba y luego la penetró.

Cuando el sueño la venciera y durmiera las horas que necesitaba, cuando el sol despuntara y anunciara un nuevo día, cuando las horas transcurridas borrarán los sinsabores de ese día terrible, volvería a insistir en que debía encontrar las piezas que faltaban en su pasado para poder vivir el presente y el futuro en paz consigo misma.

Él sabía la verdad desde hacía unas horas, pero no pensaba decírsela.

Tenía que ser ella la que lo descubriera por sí misma.

Pronto, muy pronto, el armonioso engranaje de sus cuerpos dejó sus mentes en blanco y Derek perdió el contacto con sus pensamientos. Ahora solo importaban sus cuerpos y lo que podían hacer con ellos. El sabor amargo que les había dejado la última conversación se evaporó y no dejó huella. La excitación y el deseo de entrega era una emoción mucho más poderosa, como una droga adictiva que en un instante ya circulaba por sus venas.

Lo que Megan había encontrado cuando hacía el amor con Derek era un refugio cálido y maravilloso con enormes puertas de acero donde todas las preocupaciones quedaban al otro lado. Y entre sus brazos se sentía viva y capaz de enfrentarse a todo. Derek la alejó una vez más de la densa bruma que la atenazaba tras el ataque de Ben Cole y la llevó a un lugar donde el cielo era de un azul intenso. Donde el sol brillaba todo el día.

Arrojada por sus brazos, ella se durmió primero. Él permaneció despierto durante un buen rato, aunque el insomnio no le pareció un enemigo. Si el paraíso existía debía parecerse a aquello.

Poco a poco, la respiración suave y regular de Megan junto al repiqueteo de la lluvia, le condujeron hacia el sueño.

La lluvia había cesado en algún momento de la madrugada y el nuevo amanecer trajo consigo un maravilloso día veraniego. La ventana mostraba el cielo, de un azul radiante, y la luz atravesaba las diáfanas cortinas blancas para iluminar la habitación. Ella entornó los ojos todavía sensibles a la luz y enfocó la vista en él, que dormía a su lado.

Rápidamente la invadió una carga de energía positiva. No estaba abatida ni hecha trizas por los sucesos del día anterior, ni tampoco tuvo miedo cuando capturó el recuerdo de aquellos ojos azules pidiéndole que se quedara con él. Se sentía como si él la hubiera devuelto a la vida en todos los aspectos.

Estaba desnudo y enredado entre las sábanas oscuras de la cama. Dormía boca abajo con los brazos extendidos por encima de la cabeza que tenía vuelta hacia ella. Se recreó los ojos en cada ángulo de su cuerpo, en cada músculo poderoso y en cada detalle fuerte y masculino. Experimentó un irrefrenable impulso de despertarle porque volvió a desearle, pero decidió que primero debía alimentarse para recuperar las fuerzas.

Se inclinó y le besó en el hombro, luego se deslizó sobre el colchón y

salió de la cama sin hacer ruido. Desnuda, cruzó el pasillo para utilizar el baño que había junto a la habitación de Martha. Mientras el agua mojaba su cabello y caía en cascada por su cuerpo planeó un poco el resto del día. Primero haría el desayuno o, mejor dicho, el almuerzo, porque ya era cerca del mediodía. Lo comerían en la cama, nada demasiado elaborado. Después volverían a hacer el amor. Luego tendría que ir a casa para comprobar qué había hecho *Abby* en su ausencia. Probablemente, la habría emprendido con los cojines, pero como ya estaban destrozados no le importaba.

Volvió a ponerse las mismas ropas que se habían secado durante la noche y bajó a la cocina. Abrió el frigorífico que estaba rebosante de alimentos gracias a *Thelma* y tomó unos huevos para hacerlos revueltos, pan para hacer tostadas y mantequilla, y lo fue dejando todo sobre la mesa de la cocina.

Retiró una carpetilla de plástico para dejar el envase de zumo de naranja y la colocó en la encimera. Sin quererlo, leyó el nombre que había escrito con gruesos trazos negros sobre la cubierta de cartón.

El corazón se le paró y las cucharillas para el desayuno se le cayeron al suelo.

Tragó saliva y alzó una mano temblorosa hacia la carpeta. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué el nombre y el apellido de su hermana estaban impresos en un expediente que *Derek* tenía en su poder? Lo cogió sin mucha decisión y sintió que el miedo le recorría la espina dorsal. Se le erizó el vello de la nuca. Algo iba mal, lo presentía, la energía positiva con la que había despertado abandonó su cuerpo de golpe.

Se sentó a la mesa y extrajo de la carpetilla la documentación. Con las manos temblorosas e impacientes, abrió la cubierta de cartón y se puso a leer apresuradamente el contenido de una hoja amarillenta donde, a pie de página, aparecía el sello del registro censal de Allentown.

A *Derek* lo despertaron los ruidos de utensilios de cocina. *Megan* debía de estar preparando el desayuno. No hacía mucho tiempo que se había marchado porque las sábanas todavía estaban calientes.

La impaciencia por verla le hizo saltar de la cama. Postergó la ducha para más tarde y se colocó los vaqueros. Pasó al baño un momento para lavarse la cara y bajó las escaleras de buen humor. Cuando cruzó la puerta la sonrisa se le congeló en los labios y los pies se le atascaron en el suelo como si fueran de plomo.

Megan estaba sentada a la mesa, con los brazos flexionados y la cara

oculta entre las palmas de las manos, que temblaban perceptiblemente.

El expediente de Gina Lewis estaba a su lado, en el mismo lugar donde lo había olvidado la noche pasada.

Derek emitió un largo suspiro. ¡Cómo narices había sido tan descuidado! Así no era como Megan tenía que haberse enterado. Lo destrozaba por dentro pensar en el impacto que habría recibido al leer aquellas líneas.

Se acercó a la mesa y tomó asiento frente a ella. Se mantuvo en silencio durante unos instantes, buscando las palabras adecuadas que decir mientras la observaba. Sobre la carpetilla de plástico se había formado un pequeño charquito de lágrimas. Él la tomó suavemente por los codos.

—Megan, lo siento.

Ella movió la cabeza contra las manos y emitió un sollozo ahogado que le rompió el alma. Deslizó las manos sobre los temblorosos brazos para infundirle consuelo, pero ella se echó hacia atrás para que no pudiera tocarla.

—No era mi intención que te enteraras de esta manera. Quería que lo supieras por ti misma. —Inclinó la cabeza para buscarle la mirada, pero solo vio sus labios contraídos en una mueca de amargura. —Lo siento. Lo siento muchísimo.

—Gina está muerta. —Su voz estaba rota—. Todos estos años recriminándola por... por haberme abandonado y luego despreciado, y resulta que... ¡Que murió a los pocos días de ponerme en contacto con ella! ¡Por una sobredosis de heroína cuando sólo tenía veinte años!

Sollozó incontrolablemente. Incapaz de continuar sentado, se levantó de la silla y se arrodilló a su lado.

—Megan, cariño. —Le pasó los brazos alrededor de la cintura, no soportaba verla así—. Gina no te abandonó. Ella te quería y habría ido a buscarte si hubiera podido. Si no quiso que la localizaras, probablemente se debió a que no podía soportar que supieras lo enferma que estaba.

Sus palabras no parecían tener ningún efecto sobre ella, que movía la cabeza y lloraba con amargura. Su dolor era tan profundo que la desvinculaba del presente y la alejaba de él. Derek la atrajo hacia su cuerpo y la abrazó con fuerza. Ella hundió el rostro mojado en su cuello y sollozó. Trató de tranquilizarla acariciándole suavemente la espalda y pronunciando palabras de aliento en su oído, pero ella estaba muy lejos de allí.

Al cabo de unos minutos, cuando consiguió serenarse un poco, él le cedió terreno. Megan se secó las lágrimas y se levantó para tomar un trozo de papel de cocina con el que sonarse la nariz.

—¿Cómo te sientes?

Movió la cabeza, arrugó el papel con la mano y lo arrojó al cubo de la basura.

—¿Cómo crees que me encuentro? —Apoyó las manos sobre la encimera y agachó la cabeza—. No tenías ningún derecho a hacer esto.

—Necesitaba saber de qué forma podía ayudarte.

Negó con la cabeza al tiempo que arrancaba un nuevo trozo de papel del rollo. Se secó las nuevas lágrimas.

—¿Ayudarme? ¿Así es como tú me ayudas?

Derek intentó acercarse, pero ella alzó las manos, indicándole que se mantuviera a distancia.

—Solo deseo que estés en paz con tu pasado. Solo quiero que seas feliz.

—Yo seré quien decida cómo ser feliz, no tú. —Alzó la voz, que tembló de rabia y dolor—. Deja de decidir por mí lo que me conviene y lo que no. ¡Deja de hacerlo! ¡Deja de meterme en mi vida!

Megan trató de huir, pero Derek le cerró el paso

—Me meto en tu vida porque me importas. ¡Porque te quiero! Y solo deseo lo mejor para ti.

—A ti lo único que te importa es manejarme a tu antojo. —Se mordió los labios con tanta fuerza que pensó que se haría sangre—. Es lo que has estado haciendo durante todo el tiempo, desde que me obligaste a pasar la noche en una celda.

—Sabes que eso no es cierto.

Megan no le escuchó.

—Fuiste a Nueva York con el único afán de vigilarme y me perseguiste en tu coche para asegurarte de que no me entrometía en tu maldita investigación. ¿Y ahora qué es lo que pretendes hacer inmiscuyéndote en mi vida privada?

—Fui a Nueva York porque no podía soportar estar esa noche sin ti. —Las emociones también lo zarandeaban a él—. Y si te perseguí la noche que saliste con Edgar Clayton fue porque estaba enfermo de preocupación.

Ella negó con la cabeza.

—No sientes ningún respeto por mí. Te dije que el capítulo estaba cerrado y lo ignoraste. Al igual que ignoraste todo lo demás.

Derek sabía que el dolor hablaba por ella, y que no debía darle mucho crédito a lo que decía bajo sus efectos. Aun así, las palabras se le clavaban en el pecho como armas arrojadas.

—¿Alguna vez has querido a alguien hasta el punto de no concebir tu vida sin esa persona? —Habló con la voz contrita. Ella ocultó sus ojos llorosos de él, negando con la cabeza—. Eso es lo que yo siento por ti.

Una espesa neblina de sentimientos encontrados le impedía pensar con claridad y Derek aprovechó que perdía resistencia para aproximarse un poco más a ella.

—No... no te acerques. —Le suplicó—. Tengo que marcharme, no puedo seguir escuchándote.

—Me marchó, no quiero seguir escuchándote —dijo con desolación.

—Te amo, Megan. No te marches, por favor.

Ella se detuvo en seco. Tenía la sensación de que se ahogaba, de que su alma se arrastraba sobre un alambrado de espinas. Notó sus fuertes brazos deslizándose alrededor de su cintura. Su corazón latía tan fuerte como el de ella.

—La última vez que le dije a una mujer que la quería fue hace más de cinco años, antes de que mi matrimonio con Karen se nos fuera de las manos. Lo pasé jodidamente mal y creí que no volvería a enamorarme. —Derek acarició su oreja con los labios y apretó el abrazo cuando ella hizo amago de soltarse—. Pero cuando te miro o te toco siento que me robas la respiración. Te quiero con toda mi alma y todo lo que he hecho, tanto si ha sido acertado como si no, lo he hecho por amor.

Con los ojos cerrados, había permitido que sus palabras la inundasen de vida y de luz, pero ella solo quería sentirse marchita, vacía y muerta. Necesitaba salir corriendo de allí. Le suplicó que la soltara, pero él no lo hizo. Hizo unas inspiraciones y luego se insufló de valor para hablar sin echarse a llorar.

—No puedo... no puedo encajar esto que has hecho. Quiero marcharme a casa y quiero estar sola. Por favor, Derek.

Él aflojó los brazos y ella se liberó. No podía hacer nada más que respetar su decisión. Necesitaba su espacio y él tenía que dárselo. Lo entendía. Le había arrancado la coraza y la había empujado a un enfrentamiento con sus conflictos existenciales. Solo esperaba que cuando se recompusiera, dejase de verle como la persona manipuladora que había descrito hacía un momento.

Megan se marchó de su casa y cruzó el jardín sin mirar atrás. Desde el umbral de la puerta, él estuvo observándola hasta que se convirtió en un punto borroso que caminaba entre los árboles del Schenly. Estaba abatido y

se quedó allí de pie mirando al vacío, hasta que móvil sonó desde algún lugar de la casa.

Subió las escaleras hacia la planta superior y contestó con brusquedad.
Habían encontrado el arma homicida en la casa de Cole.

Capítulo 21



En su vida se había sentido más triste y desdichada. Tras marcharse de casa de Derek se había pasado toda la tarde en el sofá, con un paquete de pañuelos al alcance de la mano.

Gina estaba muerta. Así lo decía el registro censal.

Ahora entendía las razones por las que Gina no quería que la encontrara, aunque de haber sabido que su hermana había tocado fondo habría corrido a su lado para intentar ayudarla. No sabía si alguna vez podría perdonarse el haber adoptado una actitud tan pasiva.

Volvió a sonarse la nariz y a enjugarse los ojos. Los tenía tan hinchados que apenas podía abrirlos.

La declaración censal ponía punto y final a muchos años de tormento, pero abría la puerta a un nuevo dolor que era mucho más agudo y afilado. No estaba preparada para llorar la muerte de su hermana ni para decirle adiós de forma definitiva.

Pensar en Derek también le afligía profundamente. Él estaba empeñado en acudir siempre a su rescate y no se daba cuenta de que no necesitaba un salvador. No estaba segura de poder perdonarle aquello. Si no fuera porque ella también lo amaba...

Se restregó los ojos con las yemas de los dedos y se incorporó un poco sobre el sofá. Necesitaba algo de distracción y pensó en prepararse algo de comer ya que no había comido nada en todo el día. Sin embargo, tenía el estómago tan encogido que cualquier plato que cocinara acabaría en el cubo de la basura.

Buscó el mando a distancia del televisor y lo encendió. La cadena local KDKA-TV arrancó su emisión con la noticia de la detención de varios detectives de policía en el puerto Marina. Eso serviría para mantenerla entretenida. Megan era la única periodista que disponía de imágenes sobre la detención, y esas imágenes eran las que iban a emitir todos los informativos con su nombre y el de Martin Spencer bajo el titular.

No todo podía ser tan malo.

En todos ellos hablaron de la red de contrabando de mujeres orientales y los nombres de Helsen y Harris aparecieron en todos los titulares. Hacia las siete de la tarde se hizo oficial que el detective de policía Ben Cole, además de ser inculcado por cargos de corrupción y cohecho, era el presunto asesino de la exmodelo Emily Williams. La policía de Pittsburgh había encontrado durante el registro efectuado en su casa la pasada madrugada, el arma del crimen: un punzón de acero inoxidable que el policía guardaba en su cuarto de herramientas.

Tras verse todas las noticias los canales perdieron su interés y volvió a quedarse en compañía de sus tortuosos pensamientos. Decidió dar un paseo con *Abby* por el vecindario.

Hazelwood ya estaba sumido en densas tinieblas y *Abby* rompió el silencio que había en la calle lanzando efusivos ladridos al aire. La caniche husmeó todos los árboles y todos los matorrales que encontraba en su camino en busca de lagartijas y de gatos. El de la señora Simmons salió detrás de la mujer cuando se disponía a sacar la basura, y *Abby* se detuvo en seco y alzó las diminutas orejas, a la expectativa. Pero el gato negro, oliéndose el peligro inminente, dio media vuelta con el pelo del lomo erizado y se escabulló por la puerta de su casa.

Aquellos hechos cotidianos, junto a la brisa limpia y fresca que le acariciaba el rostro congestionado, le devolvieron una sensación de aparente tranquilidad. Y se sintió un poco mejor.

Se preparó un baño caliente antes de meterse en la cama. Se recogió el pelo en una coleta baja y se sumergió bajo las aguas espumosas de la bañera. El calor y el agradable olor a las sales de baño le aflojaron los músculos. Más relajada, empezó a sentirse en paz consigo misma. Ahora podría llorar a Gina como se lloraba a las personas a las que se les acababa la vida. Aquel era un dolor diferente al que le había corroído por dentro durante tantos años. Era desgarrador, pero no venenoso. Gina no la había abandonado.

Abby ya había caído rendida en su canasto acolchado. Cuando sacaba del frigorífico el envase de la leche sonó el timbre de la puerta.

No esperaba ninguna visita y menos a horas tan tardías. Seguro que se trataba de la señora Simmons, que algunas noches se acercaba a su casa para regalarle semillas o tallos que había cortado de su jardín para que Megan los plantara en el suyo.

¿Y si era él?

No podía negarlo. Derek era la persona a la que deseaba encontrar al otro

lado de la puerta, por mucho que le doliera tenerlo enfrente en esos momentos.

Se topó con la última persona a la que habría esperado encontrarse en su jardín.

Después de hablar con su hija durante más de cuarenta minutos, la madre se puso al teléfono para comunicarle que los planes iniciales para ese verano sufrirían una alteración. Derek se irguió sobre su asiento, con un nudo apretándole el estómago. El temor a que Karen deseara pasar más tiempo con su hija le llenó de ansiedad y vio que su vida se tambaleaba durante una fracción de segundo. Contuvo la respiración hasta que ella se explicó.

Su novio, el productor de cine, acababa de pedirle que se casara con él y en un par de semanas se marcharían a Las Vegas para formalizar su unión. Karen quería que Martha estuviera en la ceremonia, pero se marchaban de luna de miel a Hawái y no podían llevarla con ellos.

Derek se recostó sobre su silla de la oficina con el móvil pegado a la oreja y se pasó una mano por el pelo con ademán cansino. Lo sentía por Martha, había puesto muchas ilusiones en pasar todo el verano con su madre y ahora la mandaría de regreso a casa quince días después. Karen siempre se encargaba de deshacer en un solo mes, todos los logros que él conseguía durante el resto del año para sacar a Martha de su ostracismo. Constatar que las prioridades máximas de Karen no incluían a su hija le dolía, pero, egoístamente, lo prefería así. Necesitaba a Martha a su lado. Ese ser menudo de nueve años era el pilar sobre el que se sostenía su vida.

Se le ocurrieron cientos de actividades que hacer con su hija en cuanto la tuviera de regreso en casa.

Miró la mesa cubierta de papeles y echó un vistazo al reloj que había en la pared. Ya eran más de las once de la noche, pero no tenía ganas de regresar a casa. En cuanto despegaba la vista de los papeles se acordaba de Megan y eso no era nada bueno. ¿Tendría que haberse mantenido al margen? No paraba de hacerse esa pregunta, pero siempre llegaba a la misma respuesta: Había hecho lo correcto porque lo había hecho por amor. Su descuido al dejar la información sobre la mesa de la cocina sí que era imperdonable.

Se preguntó qué estaría haciendo ella ahora. ¿Contestaría al teléfono si la llamaba? Estaba preocupado.

Escuchó unos golpecitos en la puerta de la oficina y la rubia cabeza de

Jodie Graham apareció por la abertura.

—Detective Taylor, ¿tiene un momento?

Asintió y la invitó a entrar. Estaba nerviosa. Cruzaba los brazos fuertemente contra el pecho y declinó la silla que Derek le ofreció para que tomara asiento. Él no era el único que tenía ojeras. Jodie Graham era una mujer muy guapa pero su belleza estaba deformada por una mueca de profunda angustia.

—¿Se encuentra bien? —Rodeó la mesa y cerró la puerta que ella había dejado abierta— ¿Sabe que casi es medianoche?

—No, no me encuentro bien. En realidad, estoy aquí porque... porque quiero cambiar mi declaración.

Cuando una persona cambiaba su declaración era porque había mentido o había ocultado información a la policía. Derek había hablado dos veces con ella. La primera, el día después del asesinato y, la segunda, hacía unos días, cuando la llamó para comprobar la coartada de Cole.

—¿Qué es lo que quiere cambiar exactamente?

Jodie agachó la cabeza para evitar la mirada de aquellos ojos que la enjuiciaban y apretó los puños.

—El detective Cole no asesinó a Emily.

Los sentidos de Derek, ligeramente aletargados por el cansancio, se afilaron repentinamente.

—¿No lo hizo? —Se inclinó sobre ella— ¿Por qué no?

Jodie vaciló. Sus ojos azules expresaban culpabilidad y arrepentimiento.

—Porque es cierto que estuvo conmigo. Pasé a recogerle a las ocho de la tarde y estuvimos juntos hasta que le arrojé fuera del coche y le dejé plantado en la autopista.

—¿Por qué debería de creerla ahora cuando su versión anterior fue completamente distinta?

—Porque tenía miedo —dijo con un hilillo de voz.

—¿Miedo de qué?

—Si me deja continuar se lo explicaré todo.

—Hable. —La instó.

Jodie no podía pasarse toda la vida asustada ni podía permitir que nadie volviera a jugar con ella ni con la vida de terceras personas. Hacía demasiado tiempo que se sentía como una marioneta en manos de todos y había llegado el momento de ponerle punto y final a la última de sus pesadillas.

—Una compañera me telefoneó la mañana después del asesinato para

contarme lo que había sucedido. Poco después, esa mujer apareció frente a la puerta de mi casa. No sé de dónde salió ni por qué sabía que había estado con Ben Cole la noche anterior, pero se dirigió a mí como si ya me conociera. —Jodie se estremeció, Derek supuso que de miedo—. Fue muy concisa. Me dijo que si la policía me preguntaba dónde había estado la noche anterior, debía decir que la pasé en casa de una amiga. Yo no entendía nada y quise saber por qué razón tenía que mentir. No me dio ninguna explicación, pero me advirtió de lo que me sucedería si no cooperaba con ella. Conocía mi pasado y conocía a Tex. Sabía dónde podía localizarle. Entonces me amenazó. Si no hacía lo que me pedía informaría a Tex de mi paradero. Y yo la creí.

Derek no tenía ni idea de quién era Tex, pero ella se había puesto a temblar nada más pronunciar su nombre.

—¿Así que recibió amenazas para destruir la coartada de Cole? —Jodie asintió— ¿De qué mujer estamos hablando? —Se impacientó.

—No lo sé, no me dijo su nombre. En ese momento ni siquiera imaginé que estuviera directamente relacionada con lo que le sucedió a Emily. —Se aclaró la garganta—. Cuando esta mañana escuché en las noticias que se había acusado al detective Cole del asesinato, yo... —Movié la cabeza con aire nervioso—. Me alegro de que lo hayan detenido y de que hayan cerrado La Orquídea Azul, pero no pueden acusarle de haber matado a Emily

—Necesito una descripción de la mujer. ¿Era rubia, morena, alta, delgada? —Se dirigió a paso veloz hacia el teléfono—. En diez minutos tendremos aquí a un perito para que confeccione el retrato robot.

De espaldas a ella, el detective Taylor marcaba el número de teléfono mientras ella hacía memoria. El de la mujer no era un rostro muy común y por eso la recordaba perfectamente.

—Era una mujer de mediana edad, rondaría los cincuenta. Era muy atractiva e iba impecablemente vestida y maquillada. —El policía se había girado hacia ella y la animaba a continuar al tiempo que se comunicaba con alguien—. Tenía la piel muy blanca y unos increíbles ojos verdes. Pero lo que más me llamó la atención fue su cabello. Era de un rojo intenso, como el fuego, y se le formaban tirabuzones.

El teléfono casi se le resbaló de la mano y un millón de pensamientos le cruzaron por la cabeza a una velocidad fulminante. Su interlocutor seguía hablando a través del auricular, pero a él lo asaltó la certeza de que ya no necesitaban a ningún dibujante. Sus pensamientos atropellados la llevaron a

Megan y sintió que se le paraba el corazón. Soltó el teléfono sobre la horquilla y le pidió a Jodie que se marchara a casa. Después, cogió la Glock del cajón de su mesa y salió disparado de la oficina.

¿Era posible que hubiera estado delante de sus narices durante todo ese tiempo y no hubiera sabido verlo? ¿Pero cómo iba él a imaginar que su odio pudiera ser tan desmesurado como para orquestar un crimen a sangre fría e inculpar a otra persona?

Pisó con tanta fuerza el acelerador del Pontiac que creyó que lo partiría en dos. Zigzagueó entre oscuras calles y avenidas y estuvo a punto de atropellar a un peatón que cruzaba por un paso de peatones. Con una mano sostenía el volante y con la otra sujetaba su teléfono móvil para intentar comunicarse con Megan, pero saltó su buzón de voz.

—Siento molestarte a estas horas. —Le dijo Annabelle, en tono fingido —. Me gustaría tener contigo una conversación de mujer a mujer.

Megan la reconoció rápidamente a pesar de que llevaba una gorra calada hasta las orejas y ropa de deporte de color negro. Megan se vestía así cuando hacía senderismo o cuando salía a hacer algo de *footing*, pero Annabelle no había salido a correr. No estaba sudorosa e iba maquillada. Solía ir siempre muy arreglada y por eso su nuevo aspecto le llamó poderosamente la atención. Parecía que fuera disfrazada.

—Estoy segura de que cualquier cosa que quieras hablar conmigo puede esperar a mañana.

Los labios de la mujer se curvaron ligeramente y sus ojos verdes brillaron como dos piedras preciosas.

—¿Derek Taylor es para ti un tema que pueda esperar a mañana? Yo creo que no.

Hablaba con demasiada seguridad en sí misma y eso no le gustó en absoluto. No creía que Annabelle pudiera contarle algo sobre Derek que ella desconociera, pero la curiosidad la hizo dudar. Debería haberle cerrado la puerta en las narices, pero no lo hizo.

—Salí a andar sin rumbo fijo y llegué hasta aquí sin proponérmelo. Pero no voy a entretenerme mucho tiempo, yo también estoy cansada.

Megan cerró la puerta, quitó la cadena de seguridad y volvió a abrir. No pensaba dejarla pasar más allá del recibidor del salón.

—Tengo la lengua pegada al paladar. —Sus labios rojos le sonrieron—

¿Serías tan amable de ofrecerme un vaso de agua?

—Faltaría más —dijo, sin ninguna emoción—. Ahora mismo vuelvo.

La mujer no la esperó en el salón, sino que se tomó la licencia de entrar en su casa y aparecer en su cocina cuando Megan vertía el agua de la botella mineral en un vaso.

Ese gesto insolente la puso de malhumor.

—Te doy cinco minutos

Le entregó el vaso. La mujer inspeccionaba meticulosamente su cocina.

—Tienes buen gusto.

—No creo que estés aquí para hablarme de decoración —dijo secamente.

—Tienes razón. —Sonrió, antes de dar un sorbo—. Quiero que te alejes de Derek. Le has cautivado con tu belleza y con tu juventud, pero le conozco, y cuando la emoción inicial se evapore, se dará cuenta de que tú no eres la mujer que le conviene.

—¿Has venido a decirme que tú sí eres esa mujer? —preguntó con mordacidad.

Los rasgos de Annabelle se endurecieron bajo la visera de su gorra de béisbol.

—He estado a su lado en los últimos años. He cuidado de él y de Martha y no pienso tolerar que tú destruyas todo por lo que he luchado.

—Creo que le corresponde a Derek decidir con quién quiere estar.

Annabelle se quitó la gorra que dejó sobre la encimera, y se atusó los rizos rojos. A continuación, se paseó lentamente por la cocina bajo la mirada cautelosa de Megan. No le gustaba esa mujer y quería que se marchara de su casa.

—Siento que no tengas en cuenta mi consejo, te creía más inteligente que a las otras.

Su mano delgada y cubierta de anillos de plata se deslizó por la superficie de la encimera, como si la acariciara.

—¿Qué otras? —Puso ceño.

La mujer se detuvo junto a los cuchillos de cocina.

—La maestra, la drogadicta... Ellas también estaban empeñadas en arrebatarme a Derek. Pero no lo consiguieron. —Tomó un cuchillo por el mango de madera y lo extrajo lentamente de su estuche. La luz blanca del techo le arrancó a la hoja un escalofriante destello. —Y tú tampoco.

El corazón le alcanzó un ritmo frenético. No tardó ni un segundo en comprender las implicaciones de su confesión. Estaba en peligro, pero su

necesidad de indagar se puso por encima de su instinto de supervivencia.

Megan dio un paso atrás y sus talones toparon con el frigorífico. Sin apartar la mirada de la mujer, que parecía fascinada por el brillo que desprendía la hoja del cuchillo, puso orden en su cabeza y las piezas encajaron una detrás de la otra.

—Mataste a Charleze y también a Emily...

—La muerte de Charleze fue menos desagradable que la de Emily, al menos no tuve que mancharme las manos de sangre. —Su voz sonó cantarina y erizó el vello de Megan—. Un empujón fue suficiente para ayudarla a decidirse. En cambio, la perra de Emily luchó con uñas y dientes. Aunque no le sirvió de mucho.

La visión del cuchillo de veinte centímetros de hoja que Annabelle esgrimía en la mano era escalofriante. No tenía dudas de que iba a utilizarlo contra ella. Una fría pátina de sudor comenzó a cubrirle la espalda y la nuca.

«¡Mantén la calma!».

Como Annabelle olera su miedo saltaría sobre ella al mínimo movimiento. Tenía que ganar tiempo.

La mujer bloqueaba la salida exterior al patio trasero, por lo que esa escapatoria estaba descartada. La única posibilidad de ponerse a salvo era echar a correr hacia la puerta que comunicaba la cocina con el resto de las dependencias.

—Lo planeaste todo para que inculparan a Cole...

—Fue pan comido. Todas sabemos cuál es la parte de su cuerpo que utiliza para pensar. Me lo puso en bandeja. Además, es un poli corrupto, ¿qué importa que lo condenen por un cargo más?

Annabelle hizo un movimiento leve y Megan lanzó una rápida mirada hacia la puerta.

—¿Cómo supiste que La Orquídea azul era una tapadera? —Tenía que distraerla hasta que encontrara el momento oportuno de huir.

Annabelle esbozó una sonrisa siniestra.

—¿Para qué quieres saberlo si vas a morir?

Dio un par de pasos y Megan retrocedió. La mesa de la cocina era lo único que las separaba.

—Deformación... profesional. —Titubeó.

—Está bien. Satisfaré tu curiosidad. —Se encogió de hombros—. Estaba en la cama con Cole, acabábamos de follar cuando recibió una llamada de Harris. Contestó desde otro teléfono, pero escuché la conversación. Tuve la

sensación de que podría interesarme. Y no me equivoqué. Al parecer, la señorita Williams había estado curioseando en el ordenador de Helsen y había descubierto sus trapicheos. —Movi6 la cabeza y un rizo rojo le acarici6 la ceja derecha—. Harris le orden6 a Cole que la quitara de en medio, pero 6ste se opuso. Est6pido cobarde —dijo con desprecio—. Sin embargo, las circunstancias me brindaron la oportunidad de matar a Emily y que las sospechas recayeran en Cole.

—No entiendo por qu6 la mataste, ella y Derek solo eran amigos.

Annabelle comenz6 a rodear la mesa con el cuchillo en alto. Megan retrocedi6 con los sentidos alerta, aguardando a que se diera la ocasi6n de echar a correr.

—Eso es lo que 6l me dijo, pero tarde o temprano habr6a acabado sucediendo. Emily era una zorra sin escr6pulos que puso todo su empe6o en arrebatarme a Derek.

La voz de Annabelle se alz6 con irritaci6n. Los psic6patas eran doblemente peligrosos cuando enfurec6an. Megan trag6 saliva.

—Encontraron el arma del crimen en la casa de Cole...

—Ya te he dicho que nos acost6bamos juntos. Entro y salgo de su casa muy a menudo. Tom6 prestado el punz6n y volvi6 a dejarlo en su sitio. Y ahora dime. 6C6mo quieres que lo hagamos? 6Jugamos al gato y al rat6n o prefieres una muerte m6s digna? Estoy cansada de tanta ch6chara.

El tiempo se hab6a agotado. Las aletas de la nariz de Annabelle se hab6an dilatado y su respiraci6n se hab6a excitado. Sin duda, matar le emocionaba. Su siguiente movimiento fue m6s 6gil. Sosteniendo el cuchillo en lo alto, rode6 la mesa por completo y se abalanz6 sobre ella.

Megan se acord6 de Emily y de las preguntas que se hab6a hecho despu6s de su muerte. 6Durante cu6nto tiempo tuvo que convivir con el terror de verse asaltada en su propia casa por una persona dispuesta a matarla? Ahora ella estaba en la misma situaci6n.

Alcanz6 la puerta que comunicaba con el pasillo y corri6 hacia el sal6n. Detr6s de ella, un gru6ido gutural la alert6 de que la mujer estaba casi encima de ella. Sent6a que se mov6a a c6mara lenta, como si estuviera atrapada en una pesadilla. El miedo transform6 su respiraci6n en ruidosos jadeos, amortiguados por las imprecaciones que Annabelle lanzaba a sus espaldas.

Lleg6 ilesa al sal6n y corri6 hacia la puerta de la calle. Ech6 un rapid6simo vistazo por encima de su hombro mientras sus manos torpes y temblorosas maniobraban con el pomo de la puerta. No se abr6a y tuvo ganas

de gritar. Annabelle acababa de detenerse en medio del salón, dejando escapar una siniestra risa que le revolvió el estómago.

—¿Es esto lo que buscas?

En una mano sujetaba el cuchillo, que parecía mucho más grande en aquella mano pequeña y pálida. Las largas uñas pintadas de rojo contribuían a que la imagen fuera un poco más espeluznante. De su otra mano colgaban las llaves de su casa. Debió hacerse con ellas cuando fue a la cocina para servirle un vaso de agua.

Annabelle se lanzó hacia ella.

Megan la esquivó y corrió hacia la otra parte del salón, interponiendo entre ambas la gran mesa de nogal. El miedo le dio agallas y buscó con la mirada cualquier cosa que le sirviera para arrojársela, pero nada podía competir con aquel enorme cuchillo.

—No esperaba que me lo pusieras fácil. Aunque reconozco que así es mucho más excitante. —Sonrió Annabelle.

Tenía que volver a la cocina y salir al jardín trasero. Era su única vía de escape ahora que la puerta principal estaba cerrada con llave. Huyó hacia la derecha y el cuchillo pasó muy cerca de su cuerpo. Incluso escuchó el silbido que produjo al cortar el aire. Luego saltó sobre el sofá para ganar tiempo, aunque los pies se le hundieron y se le enredaron con los cojines. Cayó al suelo y se golpeó la cabeza con la mesa de café, pero el golpe no la atontó y pudo esquivar el cuchillo que se cernía sobre ella y que se clavó con furia sobre la alfombra del suelo, rozándole la espalda. Annabelle empuñó el arma por encima de su cabeza y volvió a atacarla de manera implacable, dispuesta a acuchillarle las entrañas.

Los gritos de una y de otra, los unos de excitación y los otros de miedo, se mezclaron en el aire.

Megan consiguió agarrar la muñeca de Annabelle y forcejeó con ella. El cuchillo pasó muy cerca de su cara. La mujer era menuda y delgada pero su estado de enajenación le daba una fuerza inaudita. Consiguió arrancársela de encima y Annabelle perdió el equilibrio. Cayó a su lado, pero no soltó el arma, que volvió a esgrimir contra ella antes de que consiguiera ponerse en pie.

La sensación de la hoja afilada atravesándole la piel, los músculos y chocando con el hueso fue espantosa. La sangre comenzó a empaparle la camiseta y el dolor se volvió insoportable. Vio la hoja ensangrentada cerca del rostro perturbado de la mujer y calculó que había introducido al menos

cinco centímetros de esa cosa en su cuerpo, por debajo de la clavícula. Analizó los daños mientras giraban por el suelo y aunque la visión de la sangre era alarmante y el dolor lacerante, creía que ningún órgano vital había sido dañado.

Annabelle se golpeó la cabeza con la sólida pata de la mesa y cesaron de girar. Megan aprovechó su repentino aturdimiento para zafarse de ella. Le faltaba la respiración. Pero la conmoción de Annabelle fue efímera y tuvo un efecto indeseado porque su locura pareció agravarse. Megan se llevó una mano al pecho y se presionó la herida. Sus piernas se habían vuelto a poner en movimiento, pero ahora parecían de goma. Los gruñidos fieros de Annabelle la alertaron de que tenía que alcanzar la salida trasera antes que ella, así que corrió de regreso a la cocina con el corazón golpeándole las costillas.

Alcanzó la puerta de la cocina con tanta rapidez que se golpeó el hombro contra el marco de madera. El impacto fue brutal y la hizo retroceder. Se tambaleó y chocó de espaldas contra la pared de enfrente. La herida rugió y el aire se le escapó de los pulmones. Los ojos se le abrieron desmesuradamente y un grito de horror escapó de su garganta reseca cuando el cuchillo surcó el aire y trazó un ángulo mortífero. Se retiró a tiempo y logró entrar en la cocina mientras Annabelle acuchillaba el aire.

Se le desencajó el rostro cuando llegó a la puerta. ¡Estaba atascada! Tiró con todas sus fuerzas hasta que notó la sangre de la herida saliendo a borbotones. A no ser que una fuerza sobrenatural estuviera interactuando en su contra, la puerta debería abrirse porque el cerrojo estaba descorrido.

—No te empeñes en abrirla, está atrancada. Até el otro extremo de la cuerda en la reja de esa ventana. —Su voz era glacial—. Vas a morir.

Empezó a pensar que así sería. Estaba atrapada. Tenía la camiseta cubierta de sangre y sentía un entumecimiento y un ligero hormigueo en la brazo derecho. Empezaba a sentirse débil. Sin fuerzas. En el final de un túnel sin salida.

¡No puedes rendirte, joder!

De repente, su cuerpo explotó en un estallido de rabia. Agarrando la pesada mesa de un extremo, la levantó sobre dos patas y la empujó contra su agresora haciendo uso de las pocas fuerzas que le quedaban. Annabelle gritó y cayó hacia atrás. Sin embargo, su mano continuó aferrada al cuchillo como si se tratara de un apéndice.

Aprovechó los valiosos segundos de ventaja y echó a correr hacia su

cuarto. Escuchó un estruendo y una retahíla de juramentos. Los pasos de Annabelle indicaron que ya se había puesto en pie y que venía en su busca.

Jadeando, Megan levantó la contraventana y asomó medio cuerpo al oscuro exterior. La ventana de su dormitorio daba a un lateral de la casa, y si gritaba lo suficientemente alto podría alertar a alguien de que se encontraba en peligro. Gritó hasta quedarse afónica.

El afilado cuchillo volvió a traspasarla. El dolor en la parte posterior del muslo derecho paralizó sus gritos y los ojos se le cubrieron de lágrimas. Ya no le salía la voz y un gemido lastimero escapó de su irritada garganta. Annabelle retorció la mortífera arma por el mango, clavándosela más profundamente en la carne. Luego tiró de ella para devolverla al interior de la habitación.

El cuchillo todavía le atravesaba el muslo cuando Annabelle la agarró por el pelo y la arrojó contra la cama. Recuperó el arma dando un fuerte tirón y la sangre manó a borbotones. Tuvo miedo de que hubiera tocado alguna arteria principal, aunque eso no importaba mucho ya que iba a morir.

El brillo de sus ojos era tan mortífero como el del cuchillo que comenzaba a descender hacia ella. Megan alzó los brazos en un último intento por protegerse.

Luego todo se cubrió de sangre y de tinieblas.

Capítulo 22



Escuchó los escalofriantes gritos de Megan por encima del chirrido de los neumáticos. Era un milagro que no se hubiera estrellado conduciendo a esa velocidad. No quería pensar en lo que podía estar sucediendo en casa de Megan porque podría volverse loco. Necesitaba los cinco sentidos para llegar hasta ella.

Cuando descendió del coche no se molestó en cerrar la puerta. Sacó su arma de la pistolera y corrió a través del jardín como si tuviera una bomba pegada a los talones. Se retiró el sudor de la frente y se abalanzó contra la puerta de la entrada como si pudiera derrumbarla con la fuerza de su cuerpo. No era la primera vez que echaba una puerta abajo a base de patadas, pero la de Megan era demasiado sólida y pesada.

—¿Quién es usted? —Escuchó que una mujer de avanzada edad le preguntaba desde la distancia— ¡Voy a llamar a la policía!

—¡Llámela! —Vociferó—. Y llame también a una ambulancia.

Él no había tenido tiempo de hacerlo.

Derek rompió los cristales de la ventana del salón con la culata del revólver y de un ágil salto se coló en la habitación. Los gritos de Megan habían cesado y el corazón le dio un vuelco.

«Por Dios, que no sea demasiado tarde».

Escuchó la voz fría y distorsionada de Annabelle mientras corría hacia el dormitorio de Megan. La encontró de espaldas a la puerta, empuñando un cuchillo de escalofriantes dimensiones cuya hoja ya estaba manchada de sangre. También había sangre en el cuerpo de Megan. Estaba tumbada sobre la cama con los brazos en alto, en un fútil intento de detener el inminente descenso del cuchillo.

—¡Suéltalo, Annabelle! —Le gritó Derek.

Pero Annabelle no se detuvo. Un alarido ronco e inhumano surgió de su garganta femenina mientras el cuchillo descendía un poco más. El dedo índice apretó el gatillo, la bala se incrustó en su espalda y la sangre saltó y salpicó la pared de enfrente. El cuchillo se le escapó de la mano, pero la

mujer se mantuvo erguida durante un instante que pareció eternizarse. Se tocó el pecho y se tambaleó antes de caer desplomada sobre Megan.

Derek se acercó a la cama con el pulso acelerado. Annabelle estaba viva porque le había disparado en el cuadrante superior derecho, bajo el hombro, aunque si no obtenía asistencia médica inmediata podría morir. Le traía sin cuidado. Agarró su cuerpo laxo por los hombros la apartó a un lado de la cama. El agujero que la bala le había abierto en la carne había pulverizado el hueso y destrozado el tejido. Su respiración era agónica, pero había recibido un disparo limpio.

Retiró el cuchillo y dedicó todas sus atenciones a Megan. Con el rostro desencajado por la angustia, rajó su camiseta y examinó la herida. No tenía buen aspecto, era profunda y sangraba sin cesar, con suerte no habría tocado el pulmón. Agarró un trozo de sábana y la rajó en varios trozos. Con uno de ellos hizo presión sobre la herida y le pidió que la mantuviera bien apretada mientras él inspeccionaba la que tenía en la pierna. Tampoco tenía buen aspecto. Los nervios lo atenazaban al tiempo que le hacía un improvisado, aunque efectivo torniquete. Solo cuando dejó de sangrar él volvió a respirar.

Megan pronunció su nombre en suaves susurros, y él acercó la cara a su rostro maltrecho. Le acarició las suaves mejillas y le prometió que todo iba a salir bien. Ella curvó las comisuras de los labios. Fue un alivio escuchar que las sirenas se aproximaban.

—Derek, siento... siento haberme puesto otra vez en peligro. —Tragó saliva. Apenas podía mantener los párpados abiertos—. Vino a matarme y yo la dejé entrar.

—Ssshht. No hablares, cariño.

Le besó la mano mientras la miraba con adoración. Ella intentó incorporarse, pero Derek le ordenó que no se moviera.

—Annabelle mató a Emily y también a Charleze —musitó.

—¿Qué dices? —El ceño se le frunció un poco más.

—Me lo ha confesado.

—Jesús...

Derek cerró un momento los ojos. Se sintió enfermo. Había dejado a su hija al cuidado de una psicópata, ¡de una asesina!

Las sirenas de la policía y de la ambulancia restallaron en el jardín. Al cabo de un instante, un par de policías y un equipo de paramédicos irrumpieron en la habitación. Derek explicó lo sucedido y, mientras colocaban a Megan en una camilla, le pidió a la policía que se quedaran

custodiando a Annabelle hasta que apareciera la próxima ambulancia.

No soltó la mano de Megan en ningún momento. Todavía no lo había abandonado el pánico atroz que había sentido ante el hecho de perderla. Por el modo en que Megan se aferraba a él, debía sentir lo mismo.

Las brillantes luces giratorias de la ambulancia alumbraron una calle repleta de curiosos que se apostaban frente a las puertas de sus casas. Derek escuchó que la señora que había amenazado con llamar a la policía le preguntaba a un detective si Megan estaba bien. Lo estaba, pero había faltado poco, muy poco. Derek sabía que ese pensamiento iba a torturarlo en las próximas horas.

Megan apretó suavemente su mano y Derek inclinó su cuerpo hasta que su oído quedó muy cerca de sus labios.

—No es necesario que... me acompañes al hospital. Prefiero que te quedes aquí y que hagas lo posible porque... esa mujer responda ante la justicia cuanto antes.

Su voz era cada vez más débil y Derek apoyó el dedo índice sobre sus labios para que guardara silencio y no malgastara sus escasas fuerzas.

—Si piensas que te voy a dejar sola es que estás loca, cariño. Ya hay detectives ocupándose de Annabelle.

Los paramédicos alzaron la camilla para introducirla en el interior de la ambulancia y Derek subió con ella.

En el trayecto hacia el hospital limpió las salpicaduras que la sangre de Annabelle había dejado en su rostro. A pesar de que él le pedía que guardase silencio, ella se empeñaba en contarle lo que había ocurrido.

—Charleze no se suicidó, fue Annabelle quien la empujó por el balcón —susurró—. Mató a Emily porque pensaba que tenía una relación contigo.

—Haremos que pague por ello. —Le besó los fríos nudillos.

—Se acostaba con Cole, fue así como descubrió las actividades ilícitas de Helsen y Harris. —Hizo una pausa y se aclaró la garganta—. Tomó el punzón con el que asesinó a Emily de la casa de Cole y luego lo volvió a dejar allí. Sabía que tarde o temprano todo saldría a la luz y que... las sospechas recaerían sobre Cole. —La voz se le fue apagando a media que el gotero intravenoso que le habían puesto le reducía el dolor— ¿Cómo... cómo supiste que estaba en peligro?

—Jodie Graham vino a verme. —Le contó los detalles de su conversación con Jodie muy por encima, no quería agobiarla con excesos de información. Ya tendrían tiempo—. Ahora quiero que guardes silencio y que

descanses. —Con un nuevo paño estéril le secó el sudor de la frente—. Estamos a punto de llegar.

—Las heridas... ¿tienen mal aspecto? Ahora no siento ningún dolor, pero... sé que es a causa de lo que me han inyectado.

—Nada que un buen cirujano no pueda arreglar en cinco minutos. —Le prometió él.

—¿Un cirujano? —Hizo un mohín—. Pensé que bastaría con que una enfermera me diera unos puntos.

Derek sabía que Megan bromeaba y que era consciente de los daños que había sufrido, pero eso no lo hizo más sencillo.

Entraron por urgencias y se llevaron a Megan directamente al quirófano. A Derek no le permitieron acceder a esa zona y una enfermera muy amable le instó a que aguardara en la sala de espera. Odiaba los hospitales, el olor a antisépticos y desinfectantes le revolvió las tripas, al igual que el tono verde manzana de las paredes y los suelos blancos de linóleo. Estar allí sentado sin nada que hacer le consumía la paciencia. Había otras personas en la sala de espera que veían pasar los minutos desde sus sillas, pero Derek era incapaz de quedarse sentado. Fueron dos horas interminables.

Un cirujano vestido con uniforme azul y bata blanca se acercó a él desde el fondo del pasillo. Estudió su semblante en busca de noticias. Que su expresión fuera distendida era un buen presagio, y que estrechara su mano con energía también lo era.

—Soy Patrick Sager, el cirujano que ha intervenido a Megan Lewis.

—¿Cómo está?

—Descansando en la sala de recuperación. Dentro de una hora la subiremos a su habitación. —Le informó—. Las heridas eran lineales. La del pecho no ha afectado al pulmón y la del muslo tampoco ha seccionado la femoral. Pero ha habido una importante pérdida de sangre y hemos tenido que hacerle una transfusión. —Movié una mano en el aire al ver la expresión alarmada de Derek—. Se recuperará rápidamente. Puede subir a verla dentro de una hora.

Estaba adormecida cuando abrió la puerta de su habitación y se acercó a su cama. Megan alzó la vista y le sonrió, pero sus labios volvieron a quedar laxos y recuperaron su forma habitual. Sus ojos apenas se mantenían abiertos, pero hizo un enorme esfuerzo por no cerrarlos cuando él se inclinó sobre ella. Aunque estaba pálida y demacrada, continuaba siendo una mujer sumamente hermosa.

—Hola. —Derek sonrió y acarició su mejilla con el pulgar—. Me han comentado que te irás enseguida de aquí.

—¿Te lo ha dicho el cirujano guapo que me intervino? —susurró de buen humor.

—Estás bajo los efectos de las drogas y en tu estado cualquier tío te parece guapo. —Se burló— ¿Cómo te encuentras? —Tomó una silla y la arrimó a la cama.

—Como si alguien hubiera usado mi cuerpo como un saco de boxeo. —Intentó moverse, pero le dolía todo el cuerpo y desistió— ¿Qué hay de ella?

—La están operando en otro hospital. ¿Por qué no te tomas un respiro? Debes descansar.

—Mi cuerpo descansa, pero mi mente no puede. ¿Por qué Jodie fue a verte? Hay algunas piezas que todavía no me encajan.

Derek se lo explicó. Creía que Megan no debía pensar en otra cosa más que en su recuperación, pero la conocía muy bien, y ella no pararía de hacer preguntas hasta conocer todos los detalles.

—Cuando los medios informaron de que a Cole se le juzgaría por el asesinato de Williams, Graham comprendió el motivo por el que Annabelle la había amenazado días antes. Pretendía destruir la coartada de Cole.

Megan asintió.

—Annabelle escuchó una conversación telefónica entre Cole y Harris en la que éste le pedía a Cole que... se encargara de Emily puesto que había descubierto sus negocios encubiertos. Cole se opuso y a Annabelle se le presentó la ocasión perfecta para... matar a Emily y cargarle el muerto a otro. —Enronquecía conforme hablaba—. Se acostaban juntos. ¿Te conté que Annabelle cogió el punzón de su cuarto de herramientas y luego volvió a dejarlo allí? Ella me lo dijo.

Derek asintió.

—La policía ya se está ocupando de ello. —Le tocó la nariz con la punta del dedo—. Hablaremos de esto por la mañana, ahora es prioritario que duermas.

Megan tragó saliva, tenía la garganta reseca y un sabor extraño en la boca. Sobre la mesita había un vaso de plástico lleno de agua con una pajita y le pidió que se lo acercara. Cuando se sació, le miró a los ojos y su mano se apretó un poco sobre la de él.

—Me has salvado la vida por segunda vez consecutiva.

Derek movió la cabeza.

—Salvando la tuya salvo la mía. Lo sabes bien. —A ella se le emocionaron los ojos—. Necesitas dormir. Son más de las dos de la madrugada.

Megan asintió y Derek apagó la luz.

—¿Qué harás tú? —preguntó ella.

—Me quedaré contigo.

Derek se acercó al sillón reclinable. Tomó asiento y colocó los pies sobre la silla. Había probado asientos más cómodos, pero de todas formas sabía que no pegaría ni ojo.

—Derek, no es necesario que...

—Me quedaré contigo.

Ahí estaba, esa voz tajante que no daba lugar a formular réplicas. Megan guardó silencio, pero su interior sonrió. Había cuestiones pendientes entre ambos que en las que en ese instante no quería pensar. Estaba exhausta y prefería dormirse arropada en la cálida sensación de que Derek la quería como nunca la había querido nadie.

Cuando volvió a abrir los ojos ya era de día. Estaba desorientada y le costó un rato situarse. Al verse tendida en la cama de un hospital y recordar lo que le había sucedido por la noche, se sintió débil y dolorida.

El sillón donde Derek había pasado la noche estaba vacío, pero le llegaron voces cercanas y volvió la cabeza hacia la puerta. Él estaba en el pasillo hablando con el doctor Sager y sus ojos hicieron un breve contacto desde la distancia. Inmediatamente después, y mientras ella intentaba con cierto éxito incorporarse en la cama, los dos entraron en la habitación.

El cirujano llevaba un portafolios con su historial médico en la mano y le preguntó cómo se encontraba.

—Me siento bien. —Trató de que su voz sonara tan convencida como su expresión— ¿Me darán hoy el alta?

El doctor Sager sonrió.

—Ni siquiera mañana. Es necesario que descanses un par de días más sin hacer ningún esfuerzo. Observaremos tu evolución y pasado mañana volveremos a hablar.

—¿Pasado mañana? —Torció el gesto—. No puedo paralizar mi vida durante dos días, tengo muchas cosas que hacer.

—No podrías hacerlas en estas condiciones. Es mejor descansar y

guardar cama.

El doctor Sager casi la convenció, tenía una manera muy persuasiva de decir las cosas. Era un tipo agradable, en el quirófano le contó una anécdota divertida para que se relajara antes de que le pusieran la mascarilla con la anestesia.

—Está bien. —Asumió con resignación.

Cuando Sager abandonó la habitación estudió el aspecto de Derek y llegó a la conclusión de que no había descansado nada. Tenía la camiseta arrugada, la barba crecida y el pelo revuelto. Sus ojos azules estaban ligeramente enrojecidos por el cansancio y la falta de sueño, pero era sexy incluso con esa imagen desaliñada.

—Tienes peor aspecto que yo.

—Ese sillón es como un potro de tortura. —Bromeó—. Pero estoy bien.

Megan alisó una arruga imaginaria de la sábana y empezó a sentirse nerviosa. Tenía cosas que decirle, no podían actuar como si su última discusión no hubiera tenido lugar.

—Creo que deberíamos hablar.

Derek se la quedó mirando y aunque sus señales eran imprecisas entendió de qué se trataba.

—Hablemos.

—Yo quiero... Quiero estar contigo. Necesito estar contigo porque... lo que siento por ti es... ¡enorme! Pero tú...

No supo cómo continuar. ¿Qué es lo que quería decirle? ¿Que no podía perdonarle por haberse inmiscuido en lo de Gina? ¿Que tenía miedo de arrojarse a una nueva relación que quizás la hiciera sufrir de nuevo? No, ¡por Dios! No era eso lo que quería decirle, pero era tan complicado...

—¿Yo qué, Megan?

La tensión hizo que le dolieran las heridas, así que trató de relajarse.

—Tú eres una persona muy apasionada. Te vuelcas de lleno tanto en tu trabajo como en tus relaciones personales y eso me parece maravilloso, pero... —No podía soportar el desconcierto que reflejaban sus ojos azules—. Yo necesito mi parcela de intimidad, no puedo... No quiero renunciar a mi espacio. Me gusta tomar mis propias decisiones.

—¿Te agobio? ¿Sientes que no respeto tu espacio? ¿Es eso lo que quieres decirme?

No, era eso exactamente. O tal vez sí, no lo sabía. ¡Estaba hecha un lío! Como no contestaba, Derek lo hizo por ella.

—Te quiero porque eres una mujer fuerte y decidida, y te admiro porque tienes ambiciones. Jamás trataría de robarte eso y lo sabes—. Apretó las manos sobre la barandilla metálica de la cama—. Pero no me pidas que no te pregunte por cada cosa que hagas, o que no me preocupe por cada decisión que tomes porque así es como soy yo, así es como cuido a la gente a la que quiero. —Le dijo muy serio—. El espacio que tú necesitas es abismal, Megan, y esto no funcionará si te empeñas en mantenerme apartado de ti. Si me amas, hazlo sin condiciones y deja que yo te corresponda de la misma manera.

Tuvo la impresión de que estaba a punto de echarse a llorar, así que rodeó la cama y se sentó en el borde, a su lado.

—¿De qué tienes tanto miedo?

Le tomó la barbilla para alzarle el rostro. Sus ojos grises brillaban.

Ella desenredó la madeja de sus emociones mientras él la miraba con tanto amor. Tenía miedo de amarle como le amaba. Le daba pánico que algún día la abandonara y tuviera que hacer frente a un nuevo infierno. No podría soportarlo una segunda vez.

Como si hubiera leído sus pensamientos, le dijo:

—Ya no eres una niña vulnerable, ahora eres una mujer valiente y muy fuerte. Tienes que dejar que esa niña se marche. Déjala ir.

Megan asintió con desolación. Tenía razón. Siempre tenía razón. Ojalá fuera tan sencillo de reparar como chasquear los dedos.

—Yo... En los últimos días me han sucedido tantas cosas que me siento como si... como si estuviera subida en una montaña rusa. Necesito... —Tragó saliva otra vez, pero no se le aflojaba el nudo que tenía en la garganta—. Tengo que recuperar el control... Yo sola.

Sus palabras fueron un mazazo para él. No agregó nada. Desolado, aunque conteniendo bien las emociones, se puso en pie ante la atenta mirada de ella. Tomó la silla sobre la que había apoyado los pies durante la noche y la puso en su sitio. Luego ajustó la cortinilla plegable que cubría la ventana para que a ella no le molestara el sol.

—Me marcho a trabajar. —Le dijo—. Primero me pasaré a ver a Annabelle para ver si es posible hablar con ella. Todavía hay mucho por hacer.

—Te... Te llamaré.

—No tengas prisa, tómate todo el tiempo que quieras. —Esbozó una sonrisa amarga—. Estaré muy ocupado en los próximos días, pero si

necesitas que alguien te lleve a casa cuando te den el alta, puedes llamarme.

—Derek...

—No digas nada más, te aseguro que todo ha quedado lo suficientemente claro.

Las lágrimas asomaron a sus preciosos ojos grises y la barbilla comenzó a temblarle. ¿Por qué todo tenía que ser tan jodidamente complicado? Sintió la necesidad de volver a aclararle su postura.

—Te quiero en tu esencia, sin máscaras ni subterfugios, sin secretos ni lugares ocultos. Quiero poder acceder a todas las parcelas de tu vida sin sentir que me estoy entrometiendo donde no debo. Si no puedes ofrecerme eso, entonces... Entonces nada tiene sentido.

Cabeceó preso de la frustración y luego abandonó la habitación.

Fue horrible quedarse sola, que se marchara de ese modo. Lo sabía. Sabía que no había alternativa. O le amaba con todas las consecuencias o le perdía.

O todo o nada.

Agradeció la repentina visita de Preston y Hannah.

Hannah entró en la habitación como un vendaval y Megan comenzó a emerger del trance. Su compañera la abrazó con cuidado y le hizo una pregunta tras otra mientras Preston se situaba a los pies de la cama. Su jefe traía noticias frescas, sumamente ansiadas, que le fueron devolviendo el ánimo.

Preston Smith la miró con gesto paternal mientras la informaba de que era la nueva redactora jefe del *Pittsburgh Enquirer*. Megan se cubrió la cara con las manos. Rio y lloró mientras recibía los abrazos cuidadosos de los dos.

Esa tarde tuvo un par de visitas más. Jim había reflexionado y ahora veía las cosas desde otro punto de vista. Había venido a verla nada más enterarse de lo que le había sucedido, quería pedirle perdón por todo lo que le había dicho. También le contó que se marchaba a Nueva York para empezar de nuevo. Ella aceptó sus disculpas y le dijo que sentía que su matrimonio hubiera terminado de esa manera. Cuando le preguntó si existía la posibilidad de que las cosas se arreglaran entre Keiko y él, Jim fue tajante. Podía perdonar muchas cosas, pero jamás una infidelidad tan premeditada y despreciable. A Keiko la habían despedido del *Gazette* por ultrajar la reputación del periódico, por mancillar su impecable trayectoria y por hacer un trabajo chapucero respecto al caso de Emily Williams. A él le habían pedido encarecidamente que se quedara, pero Jim necesitaba alejarse de

Pittsburgh durante una buena temporada, quizás para siempre.

—Ella regresa a su país —comentó él, con el rostro circunspecto—. Y yo siempre quise vivir en Nueva York.

Se despidió de Megan con un beso en la mejilla que selló definitivamente todos los asuntos pendientes entre los dos. Megan se sintió un poco más liviana.

Un rato después se hallaba contemplando desde la ventana de su habitación unos barquitos que surcaban el río Monongahela cuando Jodie apareció de forma sigilosa e imprevista. Tocó suavemente con los nudillos en la puerta y Megan le regaló una sonrisa de bienvenida. Pese a que también se había visto envuelta en una situación muy turbulenta, su rostro reflejaba serenidad y había una nueva claridad en su mirada. Jodie demostró una franca preocupación por Megan y hablaron largo y tendido sobre Annabelle, sobre La Orquídea Azul y sobre su tapadera para infiltrarse en la agencia.

—Siento habértelo ocultado, pero no tuve más remedio que hacerlo. Desde el principio supe que podía confiar en ti, pero no podía ponerte en peligro. Ni a ti ni a mí. —Se excusó.

—Hiciste lo que tenías que hacer. —Sonrió a medias, la admiraba—. Me gustaría tener tu valentía. Si hubiera actuado como tú, ahora no estarías aquí.

—Era imposible que supieras que Annabelle era una psicópata. —Megan bebió un sorbo de la botella de agua mineral que tenía junto a la mesita— ¿Qué vas a hacer ahora?

Jodie cruzó las manos y su vista se perdió un momento en el bello paisaje que ofrecía la ventana.

—Comenzar de nuevo. Ya no hay nada que me retenga en Pittsburgh y tengo miedo de que Tex me encuentre. No creo que esa mujer se pusiera en contacto con él, pero, mientras exista la mínima posibilidad, esta ciudad deja de ser un lugar seguro.

—¿Has vuelto a coger un mapa y señalar al azar?

Jodie sonrió ampliamente y negó con la cabeza.

—Esta vez no. Con los últimos acontecimientos he echado la vista atrás y no me ha gustado nada de lo que he visto. Voy a replantearme mi futuro, voy a edificar mi vida desde cero. ¿Recuerdas cuando te dije que siempre había querido ser actriz? —Megan asintió—. Me marché a Los Ángeles. Ya tengo las maletas preparadas y mi vuelo sale mañana temprano.

Le pareció un buen plan. Algo le decía que, a partir de ahora, a Jodie todo le iría bien. Lo veía en la seguridad con la que hablaba. Nunca había

demostrado tanta determinación.

—Me gustaría seguir en contacto contigo. —Le dijo Megan.

—Yo iba a decirte lo mismo. ¿Puedo darte un abrazo? —Jodie extendió los brazos.

—Sí. Aunque uno flojito.

Capítulo 23



Lo echaba de menos. Casi no podía soportar mirar hacia el sillón reclinable y comprobar que no estaba allí. Muchas veces a lo largo de su vida se había sentido sola, pero nunca había sentido ese vacío tan grande que le asediaba ahora.

Hizo lo mismo que Jodie le había comentado, echó la vista atrás y tampoco le gustó lo que vio.

Durmió de un tirón gracias a los medicamentos que le estaban suministrando. Cuando despertó la habitación ya estaba inundada de luz. Eran las nueve y media de la mañana y había dormido más de diez horas seguidas. El sueño y el descanso le habían sentado de maravilla, y pasó la mañana encerrada en el baño tratando de ducharse sin mojar los vendajes.

Por la tarde, las horas se hicieron interminables, aunque dio su primer paseo por los pasillos del hospital. Le dolía la pierna a cada paso que daba, pero su empeño por salir de allí la mantenía en pie aun cuando la enfermera le aconsejó que guardara cama. Mantenerse activa la ayudaba a distraerse y a que las horas pasaran un poco más rápidas.

Al día siguiente, el doctor Sager le dio el alta. Ella se sentía irrompible.

Condujo de prisa por la autopista, con la vista fija en la carretera y las manos apretando el volante. Había hecho ese viaje tantas veces durante toda su vida adulta que podía hacerlo con los ojos vendados. Conocía de memoria cada señal, cada curva, cada puente y cada árbol que se cruzaba en su camino, aunque las emociones que la inundaban conforme se acercaba a los límites de Allentown eran ahora diferentes.

Tomó el desvío hacia Allentown. Tras un trecho corto por una carretera mal asfaltada cruzó el barrio marginal de las afueras y penetró en el barrio residencial de clase obrera donde estaba situado el orfanato.

Cuando sus muros ruinosos aparecieron bajo el peso del cielo plomizo, Megan inspiró profundamente antes de estacionar junto el viejo olmo que

siempre aguardaba su regreso. Nunca había sido capaz de salir del coche y cruzar esas paredes, pero ahora no había nada ni nadie que pudiera impedirselo. Arrastrando una suave cojera producto de la herida de casi diez centímetros que le atravesaba el muslo derecho, recorrió el camino hacia la enorme verja gris oxidada. Solo tuvo que empujarla para entrar en el patio. Los setos que circundaban los muros estaban descuidados y resecos, y crecían hierbas silvestres sin orden ni concierto sobre un suelo terregoso y polvoriento.

La puerta de acceso también estaba abierta.

Ignoraba si la directora de centro continuaría siendo aquella terrible mujer apellidada Griffith. Nunca escuchó a nadie que se refiriera a ella por su nombre de pila, ni siquiera al personal que trabajaba allí.

El sencillo mostrador de granito que había en recepción tenía los bordes desgastados y la superficie arañada y sin brillo. Se apilaban en el lado derecho un torrente de papeles, un cubilete con bolígrafos y un teléfono de color negro. Hacia la derecha se abría el pasillo principal. Las paredes estaban pintadas con el mismo tono gris y advirtió que la mugre se concentraba alrededor de los interruptores de la luz. El olor a naftalina que flotaba en el ambiente se hizo más irrespirable conforme atravesaba el pasillo principal. Jamás podría olvidar ese olor.

La reconoció al instante. En cuanto la mujer salió a su encuentro desde una de las habitaciones adyacentes, Megan se vio catapultada al pasado.

La señora Griffith, cuyo rostro anguloso y sin maquillaje no parecía haber acusado el paso del tiempo, la obligó a detener su avance en cuanto se plantó en medio del pasillo. Siempre había sido una mujer corpulenta, pero ahora ya no le tenía ningún miedo. Sus ropas eran negras y sobrias, Megan creía que siempre había vestido así para atemorizar a las niñas

La mujer se subió las gafas de pasta por el puente de la nariz y no dio señales de que la reconociera, pero Megan se encargó de refrescarle la memoria antes de que acabara su escueto saludo.

Cerca de una hora después, regresó a su coche.

Había entrado en el orfanato sin nada que utilizar contra la señora Griffith salvo una indeleble determinación por conocer la historia completa. No iba a marcharse de allí sin conseguir un teléfono, una dirección, un nombre o lo que fuera necesario para conocer el destino de Gina. Le había traído sin cuidado que Griffith argumentara que no podía vulnerar el secreto profesional al que estaba sujeto su cargo. Megan le había hecho saber que si

no le daba la información que le pedía no escatimaría en tiempo ni en energías para denunciar los abusos que había presenciado durante años. Su resolución y sus agallas actuaron sobre la mujer exactamente como ella pretendía y, por primera vez en su vida, vio vacilar a la soberbia y autoritaria directora del orfanato.

Tras unos incómodos segundos en los que se habían retado con la mirada, la señora Griffith había bajado la guardia e hizo una concesión. Se había dirigido a los archivos para darle lo que le pedía.

Le había entregado un nombre y una dirección de Allentown, aunque le había hecho prometer que no la delataría. A Megan le habría gustado hacerlo, habría disfrutado haciéndole pagar tantos años de tormento, pero no iba a malgastar ni un solo segundo de su presente y mucho menos de su futuro en ajustar cuentas con aquella mujer. En cuanto se marchara de allí se olvidaría de ella y del orfanato para siempre.

Se llamaba Rachel Mesler y era una treintañera menuda y muy atractiva que residía en un barrio residencial al norte de Allentown. El cabello rizado que le llegaba casi hasta la cintura era de un intenso color rojizo y tenía los ojos castaños. Un cúmulo de pequeñas pecas le salpicaba el puente de la nariz y las mejillas, y un diminuto lunar castaño la hizo recordar a la adolescente de largas coletas rojas que un buen día le dijo en el patio del orfanato que la separarían de su hermana Gina para siempre.

Resultó ser la misma persona.

Cuando Megan le dijo quién era y por qué estaba allí, a la mujer se le cubrieron los ojos de lágrimas. Rachel Mesler repitió una y otra vez lo feliz que se sentía de tenerla allí.

—Traté de encontrarte cuando Gina murió. —Le explicó Rachel, al tiempo que jugaba con el dobladillo de su falda. La mujer la había invitado a entrar en su casa y ahora estaban sentadas en la acogedora salita frente a dos tazas de té—. Realicé unas cuantas pesquisas para dar con tu paradero, pero esa horrible mujer del orfanato jamás quiso desvelar el nombre de ninguna de las familias con las que te enviaron. Poco después conocí a Peter y mi vida dio un giro radical. Él me sacó de las drogas y me ofreció la clase de vida con la que siempre había soñado. —Rachel observó a Megan con gesto afligido—. Con el tiempo me volví egoísta y me volqué en mi familia. Pensar en aquellos años en el orfanato, en las familias de acogida, en los días en los que Gina y yo dormíamos en los bancos de los parques y nos poníamos hasta las cejas de heroína... —Rachel movió la cabeza lentamente y arrugó la frente

—. Todo eso me hacía tanto daño que quise olvidarlo y comenzar desde cero.

Le explicó que, a los dieciséis años, tanto ella como Gina se fugaron del orfanato en una noche tormentosa de diciembre. Hacía muchísimo frío y no tenían donde ir. Pasaron la noche en el portal de un edificio en ruinas, acurrucadas la una junto a la otra para entrar en calor. Durante esos días, el mayor afán de Gina era encontrar a Megan, pero no podían regresar al orfanato y ninguna de las dos sabía muy bien dónde acudir para buscar ayuda. En la memoria de Gina se había quedado grabada la matrícula del viejo coche verde de la familia Spencer, el coche en el que montó Megan y que la llevó rumbo a su primer hogar de acogida, pero cuando Gina consiguió la dirección y lograron acudir a la casa, la señora Spencer les dijo que Megan hacía unos meses que ya no estaba allí.

—Después, todo se fue derrumbando a nuestro alrededor como un castillo de naipes. No teníamos dinero ni un lugar en el que vivir. Pasamos hambre y frío y nadie quería darnos trabajo porque éramos menores de edad. Un par de semanas después de fugarnos, un tipo apareció una noche en el edificio ruinoso en el que nos cobijábamos. Ninguna de las dos supimos que Charlie era un proxeneta hasta que nos mostró el lugar de trabajo que nos había prometido: las calles de una zona de bares de un barrio marginal de Allentown. No tuvimos otra opción y la droga lo hizo menos detestable.

A Megan se le encogió el corazón y un nudo del tamaño de una pelota de tenis le apretó la garganta. Bebió un sorbo de té para intentar aflojarlo, pero solo consiguió que le doliera y que el estómago rechazara el líquido. Un dolor tan afilado como el canto de un cuchillo le desgarraba las entrañas.

Acopló la mano sobre la de Rachel, que descansaba inerte sobre su regazo y la apretó ligeramente. Buscó sus ojos castaños en los que danzaban centenares de recuerdos dolorosos y entre ambas se estableció un entendimiento recíproco que ninguna palabra habría podido explicar.

Megan se fijó en lo blanca que era la piel de Rachel y en lo frágil que la hacía parecer aquella delgadez extrema camuflada en un sencillo vestido de color amarillo. Su vista se topó con las marcas de sus antebrazos que el paso de los años se había encargado de difuminar hasta hacerlas desaparecer casi por completo. Sintió que nunca había estado tan cerca de Gina como ahora y tuvo ganas de abrazar a la mujer que la había liberado del enorme peso que cargaba a cuestas desde el momento en el que su hermana le colgó el teléfono.

—El día que llamaste a Gina ya hacía meses que había tocado fondo.

Estaba abusando mucho de las drogas, se pinchaba varias veces el mismo día y había perdido el control. Se pasó toda la noche llorando en mis brazos. Decía que habría dado la vida por abrazarte de nuevo, pero que no podía soportar que supieras que se había convertido en una prostituta y en una heroinómana. —Las lágrimas desbordaron los ojos de Megan y se deslizaron por sus mejillas—. Pocos días después murió de una sobredosis.

—Si hubiera sabido el estado en el que se encontraba yo...

Rachel negó con la cabeza.

—No te culpes, ya no había nada que pudiera hacerse por ella. —Rachel le agarró las manos con suavidad. Su cuerpo era pequeño pero el consuelo que le ofreció fue inmenso—. Me pidió que te buscara y que te dijera que te quería. Gracias a Dios que me has encontrado tú, Megan.

La propia voz de Rachel sufrió una sacudida por la carga emocional de los recuerdos y también acabó llorando. Compartir el sufrimiento mutuo rasgó las murallas que contenían sus tormentos.

La luz del sol había perdido intensidad y el salón comenzó a cubrirse de sombras. No tenía prisa por marcharse, pero debía estar en Pittsburgh antes de que anocheciera.

Cuando abandonaba la casa de Rachel y cruzaba el jardín hacia su coche, Megan se giró un momento y la miró a los ojos. Tenía una última cosa que decirle, tanto a ella como a sí misma.

—Alguien a quien quiero me dijo hace poco que, si quería seguir adelante con mi vida, primero debía cerrar este capítulo. Tenía razón. Por fin podremos vivir en paz.

Los ojos congestionados de Rachel se entornaron y la sonrisa le llegó a ellos.

—Gina estaría muy orgullosa de ti, de la mujer en la que te has convertido.

—También lo estaría de ti, Rachel.

Un rato después, mientras conducía de regreso a Pittsburgh pensó en las palabras que le dijo había dicho Derek poco antes de marcharse del hospital.

«Ya no eres una niña vulnerable, ahora eres una mujer valiente y muy fuerte. Tienes que dejar que esa niña se marche. Déjala ir».

Era un día tan bueno como cualquier otro para cortar el césped. Estaba muy crecido y tenía las puntas secas por el sol. No podía recordar cuándo

había sido la última vez que lo había cortado. Por lo menos un año.

Sacó la máquina corta césped del garaje y emprendió la tarea con la única compañía de su humor irascible. Debería estar contento, tenía motivos de peso para largarse al tugurio donde se reunían sus compañeros y celebrar el éxito de la operación «puerto Marina» con una ronda de cervezas tras otra. Todos los malos estaban en la cárcel, sin posibilidad de salir bajo fianza, y el juicio comenzaría en breve. Se rumoreaba que a Helsen y a Harris podrían caerles quince años de prisión, y a Ben Cole hasta diez por ser cómplice. También se rumoreaba que la fiscalía iba a pedir cadena perpetua para Annabelle, aunque dependía de lo que dijeran los informes psicológicos. Habían cazado a dos pájaros de un tiro. Se había erradicado a la banda que traficaba con mujeres orientales y se habían vengado las muertes de Charleze y Emily.

Sí, debería estar contento. Pero no lo estaba.

Una nube oscura se había cruzado en su camino y no podía hacer nada para apartarla. Todo dependía de hacia dónde soplara el viento. En ese instante no soplaban hacia ningún lado y la nube seguía ahí, engordando y tornándose más oscura.

Llegó hasta la acera y trazó un nuevo sendero hacia la casa. Le gustaba cómo estaba quedando el jardín, debería haberlo segado mucho antes. Conforme cortaba la capa maltratada el verde adquiría una tonalidad mucho más brillante. Cuando Martha regresara de Los Ángeles no daría crédito. Siempre le estaba diciendo que cortara el césped.

Qué ganas tenía de que regresara a casa. Martha atenuaría esa continua desazón que lo invadía.

Se dio la vuelta y vio a un grupo de niños que circulaban por la calle montados en bicicleta. Reían y pedaleaban alegremente y se distrajo observándolos. Cuando Martha regresara le compraría una bicicleta nueva. Una que no llevara esas pequeñas ruedas de apoyo. La enseñaría a montar sin ellas.

El sol ya se ocultaba tras las frondosas copas de los árboles del Schenly cuando un Viper estacionó frente a su casa. El motor dejó de rugir y la puerta del conductor se abrió. Dos delgadas piernas enfundadas en unos pantalones blancos salieron al exterior, y una sonrisa tímida se dibujó en sus carnosos labios. Megan se quitó las gafas de sol para mostrarle sus hermosos ojos acerados. Adolecida por una leve cojera, atravesó el jardín con paso vacilante, que tenía más que ver con su evidente inquietud que con sus

heridas. Tenía muy buen aspecto y él hubo de controlar el repentino impulso de abrazarla.

Megan llegó a su lado y contempló la obra que estaba realizando en el jardín.

—Está quedando muy bien.

—Parece increíble, ¿no?

—Martha flipará cuando regrese.

Conocía las disputas entre padre e hija sobre la necesidad de arreglar el jardín.

—Estaba pensando lo mismo.

Megan le miró a los ojos, que la observaban cautos.

—Esta mañana me dieron el alta. El doctor Sager intentó convencerme para que me quedara hasta mañana, pero ya no soportaba un día más en el hospital. Llamé a un taxi para que me llevara a casa, no quería molestarte para una tontería así.

—No me habrías molestado —dijo, muy serio— ¿Cómo estás?

—Bien, estoy bien. Me dieron unos analgésicos para el dolor, aunque no me los estoy tomando. —Sonrió—. Las heridas están cicatrizando bien y pronto me quitarán los puntos.

Derek asintió y movió un poco la cortadora sobre el suelo. No estaba muy hablador.

—He seguido el caso «puerto Marina» a través de las noticias. Me alegro de que se vaya a pedir la pena máxima para Annabelle.

—Espero que la concedan. Todo depende de lo que digan los informes psicológicos.

La distancia que se interponía entre los dos se podía palpar. Era incómoda y artificial. Megan carraspeó y dejó de dar rodeos.

—Hoy he estado en Allentown. De hecho, ahora mismo vengo de allí. He visitado el Orfanato y he hablado con la directora. También he conocido a una amiga de mi hermana y hemos charlado durante mucho tiempo sobre Gina, sobre nosotras, sobre lo que el Orfanato cambió nuestras vidas... —Hizo una pausa. Derek no le prestaba la atención que ella necesitaba porque comenzó a mover el dichoso aparatito por el césped—. La he dejado marchar.

Derek arqueó una ceja.

—¿A quién has dejado marchar?

—A la niña que todavía habitaba dentro de mí. Seguí tu consejo y ahondé en el pasado. Ojalá lo hubiera hecho mucho antes. —Él hizo un gesto

de conformidad, pero siguió mostrándose cauto y distante—. Tú tenías razón, y ahora ella se ha ido. Le he dicho adiós para siempre.

—Me alegro mucho, Megan.

Pero Derek no manifestó esa supuesta alegría de ninguna manera. De hecho, comenzó a abrir una nueva senda. Megan deseó arrancarle la máquina de las manos. Quería que cesara el ronroneo fastidioso del motor y quería que la mirara, que abandonara su actitud indolente. Pero lo único que hizo fue seguirle a lo largo del jardín, armada de paciencia.

Durante el trayecto de regreso a Pittsburgh, no había pensado en otra cosa más que en el momento en que volverían a encontrarse. En su imaginación, él se mostraba atento, emotivo y cariñoso, y ella no había tenido que esforzarse porque le había facilitado todo el trabajo. Se mordió los labios. La realidad era diferente, pero haría todo lo que estuviera en su mano para recuperarlo.

—Derek, ¿podemos hablar sin que tenga que perseguirte por todo el jardín?

—Me quedaré sin luz de aquí a veinte minutos y no quiero dejar esto a medias. —La miró—. Habla, te escucho. —Aunque continuó con lo suyo.

Ni hablar, no pensaba tratar ese tema mientras segando el jardín, caminando detrás de él como un perrito faldero. Colocó una mano sobre la suya y apretó los dedos, pidiéndole que parara.

—He sido una tonta. Entiendo que estés tan frío.

—No quiero volver sobre lo mismo. Lo dejamos todo aclarado.

—Tú sí. Yo no.

Movió la mano sobre la de él sin apartar la mirada. Le quería tanto que el pecho se le estremeció de emoción. No estaba segura de si sería capaz de continuar hablando. Necesitaba olerle, tocarle, sentirle... oírle decir que la quería... El amor la deshacía por dentro, era maravilloso, pero le costaba expresarlo de otra forma que no fuera con sus besos.

—Ya no necesito más tiempo, Derek. En realidad, mis sentimientos siempre han estado claros.

Él la tentó con la mirada.

—¿Cómo de claros?

—Transparentes —contestó—. Quiero estar contigo.

Él experimentó un alivio inmediato, aunque parapetado tras la cautela. Aquella confesión podría haberle bastado, pero todavía no era suficiente. No, no lo era. Tendría que esforzarse mucho más si pretendía convencerle.

—¿Eso es todo lo que has venido a decirme? Porque si es así no me descubres nada nuevo. Ya dijiste que querías estar conmigo.

Megan se mordió el labio. Sus ojos azules le lanzaban un reto importante. ¿Quería una confesión en toda regla? Bien, pues la tendría. Aunque antes debía darle un par de consejos.

—Creo que estás dejando el césped demasiado corto. Te cargarás el jardín.

—El césped está perfecto.

Ella negó.

—Es muy corto para ser julio. El sol lo estropeará.

Casi había olvidado que Megan era experta en robarle a uno la paciencia.

—¿Sabes una cosa? Me importa un carajo si se estropea. —Miró su reloj de pulsera—. El sol está a punto de ponerse y todavía tengo mucho trabajo por delante. Cuando quieras decir algo interesante, avísame. Mientras tanto, voy a continuar cargándome el jardín.

Reanudó la marcha y le dio la espalda. Megan apretó la mandíbula.

—Te quiero. —Le dijo.

Derek sonrió para sus adentros mientras ella esperaba de él una reacción que no se produjo. La miró por encima del hombro, pero no movió ni un dedo.

—¿Por qué hablas tan flojo? Apenas te he entendido. Además, lo que tengas que decirme, hazlo de frente, mirándome a los ojos.

Se alejó otra vez, imperturbable, aparentemente concentrado en su trabajo como si fuera lo más importante del mundo.

Empezó a ponerse furiosa y eso le insufló toda la valentía que necesitaba. Con determinación, le dio alcance, suspiró hondo y colocó una mano sobre su espalda. ¡El corazón le latía a un ritmo trepidante! Derek se detuvo y ella deslizó los dedos con suavidad, acariciando los músculos tensos. Megan tembló de emoción y apoyó la frente en su espalda. Notó que su calor la arropaba, que su unión liberaba las palabras que nunca había conseguido decir.

—Te quiero tanto Derek, tanto... Te he amado desde el principio, pero tenía demasiado miedo a reconocerlo. Quiero cuidar de ti y de Martha, y quiero que cuides de mí. Quiero compartirlo todo contigo, sin condiciones. —Nunca había sonado tan intensa como ahora. Megan movió la mejilla sobre él y luego le besó la espalda. Al tiempo, le rodeó la cintura con los brazos y cruzó las manos sobre su abdomen—. Me dijiste que tu vida no tendría

sentido si no la enfrentabas de mi mano y quiero que sepas que la mía tampoco lo tendría si no la enfrento de la tuya. —Se le emocionó la voz cuando sus manos grandes y cálidas se cerraron sobre las suyas—. Te amo tanto que me duele el corazón.

En algún momento, él había apagado la máquina corta césped y el silencio que les arropaba dotaba de mayor emotividad a sus palabras.

Él se dio la vuelta al fin. Su mirada azul la traspasó por completo, tan intensa que la dejó sin aliento. La acercó a su cuerpo con delicadeza, por miedo a lastimarle las heridas. Internó los dedos entre los rubios cabellos y desplegó una sonrisa cautivadora. Luego la besó con ímpetu. Ladeó la cabeza para llegar hasta donde no había llegado antes.

Megan notaba el corazón desbordado de emociones. Su mundo resplandeció, como si alguien hubiera descornado la oscura cortina que lo cubría.

A su debido momento, Derek terminó el beso, acarició sus arreboladas mejillas y rozó sus labios con mimo. Ella sonrió y luego enterró el rostro en su cuello, aspirando su agradable olor a jabón.

—Yo hubiera hecho lo mismo —musitó Megan en su oído.

—¿A qué te refieres?

—Si tú hubieras estado en mi situación, yo también habría tratado de localizar a tu hermana.

—Lo sé. —Él apretó el abrazo de forma instintiva y besó su cabeza, una y otra vez.

—Te quiero, Derek.

—Yo también te quiero. Con todas mis fuerzas.

—Sin condiciones.

Derek buscó su mirada con el corazón henchido de amor. Una lánguida sonrisa curvaba los labios de Megan y rasgaba sus ojos grises, y Derek emprendió un recorrido lento e intenso por aquel hermoso rostro que iba a despertar junto al suyo durante el resto de su vida. Se sintió el hombre más afortunado del planeta.

—Sin condiciones —repitió él.

—¿Puedo trasladarme a tu casa hasta que Martha regrese de Los Ángeles?

—Debes. —Ella se echó a reír—. Hay algo más.

—Pídeme lo que quieras.

—Que me hagas el amor ahora mismo.

—Eso no puede ser. Todavía estás convaleciente. —Rozó su nariz con la de ella.

—No necesito ser médico para saber lo que me conviene. —Entornó los ojos—. Obedéceme y llévame a la cama, Derek.

Él la tomó en brazos y cruzó el jardín como una exhalación.

Muy pocos días después, cuando a Megan ya le habían retirado los vendajes y quitado los puntos, viajó a Allentown en compañía de Derek. Todavía quedaba un asunto pendiente entre ella y su pasado, y quiso hacerle partícipe.

El cementerio de Allentown estaba situado en una llanura que se extendía al pie de una montaña. Accedieron a él en el coche de Derek, atravesando campos verdes sobre los que serpenteaba un camino rodeado de cipreses. Siguiendo las indicaciones que hacía unos días le había dado Rachel, encontraron la tumba de Gina en una suave inclinación del terreno donde crecían amapolas y donde los pájaros rompían el silencio desde las copas de los árboles. A la tosca lápida de granito nunca le faltaban las flores de Rachel, que ella misma se encargaba de recolectar de su jardín. Las había de todas las clases y de todos los colores. Megan depositó una única rosa blanca junto a la lápida.

Derek quiso aguardar junto al coche porque pensó que a Megan le vendría bien tener un momento de intimidad con su hermana, pero ella insistió en que la acompañara. Contempló la escena desde arriba, y apoyó la mano en el hombro de Megan mientras ella se arrodillaba junto a la tumba y deslizaba los dedos lentamente sobre el nombre de Gina.

Sucedieron unos minutos de silencio y luego entonó un improvisado y emotivo discurso. Derek no podía ver su rostro, pero su voz susurrante se quebró cuando le dijo a Gina lo mucho que la quería. Él cerró los dedos sobre su hombro para hacerle saber que estaba a su lado. Se despedía de su hermana definitivamente, pero repitió muchas veces que siempre la llevaría en el corazón.

Cuando volvió a alzarse mostraba una entereza admirable, aunque tenía los ojos empañados y las pestañas mojadas. Enlazó los dedos a los de él y apoyó la cabeza en su hombro. No necesitó ningún tipo de consuelo, con sentirle cerca le bastaba.

Juntos, con las manos enlazadas y arrullados por el alegre trinar de los

pájaros, emprendieron el camino de regreso a casa.

Epílogo



Los colores de mediados de septiembre embellecían el parque Schenly. El primer vestigio del otoño lo formaban las hojas que ya se acumulaban sobre el suelo. La intensidad de los marrones y amarillos contrastaban con el verde brillante de la hierba cuidada y con el verde más oscuro de los setos. El cielo ya no era tan azul como en verano, pero estaba adornado con pequeñas nubes pasajeras que la brisa acariciaba y guiaba hacia algún destino indefinido. El Panther Hollow estaba muy concurrido los domingos por la tarde, y acogía a una gran cantidad de personas que surcaban sus aguas azuladas en pequeñas barquichuelas de madera.

La zona habilitada para patinar, que discurría paralela al norte del lago, también estaba muy transitada. Había padres con sus hijos, parejas de enamorados, grupos de adolescentes... y todos ellos parecían tener más idea de patinar que Megan. Martha había aprendido mucho más rápido que ella. Llevaban allí una hora y Martha ya se sostenía sola sobre los patines. Llegó a la conclusión de que las clases de Dean eran más efectivas que las de Derek. No es que Derek no supiera patinar, lo hacía bastante bien, pero era un profesor sin una pizca de paciencia y, encima, estaba más pendiente de lo que hacían Martha y Dean que de enseñarla a ella.

Sus instrucciones eran gruñidos que la ponían de los nervios, así que terminó por rendirse. Se deshizo de sus brazos y se acercó trastabillando a un banco. Luego trató de sacarse el maldito artilugio de los pies.

—¿Qué haces? —Le preguntó él, poniendo los brazos en jarra.

—No quiero continuar a menos que Dean venga y ocupe tu lugar. —Refunfuñó—. Eres un profesor terrible.

—Lo siento, es que no quiero perderles de vista.

—Pero si son dos críos, por el amor de Dios. —Puso los ojos en blanco.

—A la edad de ese chico yo ya pensaba en el sexo. —Lanzó una miradita inquieta hacia Martha y puso ceño porque ya se habían alejado demasiado—. Venga, pongámonos en movimiento, ese chico patina como un demonio.

—Eres un exagerado. —Megan soltó un juramento porque no había

manera de quitarse los patines—. Te prometo que a Martha no le pasará nada, Abby es experta en lanzarse sobre cualquier hombre con exceso de hormonas. Por eso te ladra tanto.

Derek no le rio la gracia.

—¿Quieres ayudarme, por favor? —Le suplicó.

—No. Aprenderás a patinar antes de que regresemos a casa.

Tiró de su muñeca y la obligó a ponerse en pie. En cuanto Megan sintió las manos en su cintura se le pasó un poco el enfado.

Derek seguía refiriéndose a su casa como la de los dos, aunque ya no vivían juntos. Lo habían hecho hasta que Martha regresó de Los Ángeles. Habían sido quince días de ensueño. Megan quería a Derek más allá de la razón. Jamás pensó que pudiera amar tanto a una persona. Sería capaz de seguirle hasta el fin del mundo. Incluso ahora, con ese ceño permanente y sus protestas sin sentido, le quería con locura.

En agosto se había producido un acercamiento importante entre ella y Martha. La niña no solo había terminado por aceptarla, sino que la admiraba y siempre la tomaba de ejemplo. Hacía unos cuantos días, Derek le había comentado que Martha le tenía cariño, ella misma se lo había confesado. El corazón le había dado una sacudida.

Más que aleccionarla, Derek la arrastró consigo y acortó distancias con los chicos. Con los dos a la vista, él se relajó y por fin se concentró en ella y en su aprendizaje. La primera lección consistía en lograr que guardara el equilibrio por sí misma y, ahora que le prestaba toda su atención, ella lo consiguió en dos minutos. Derek ya no tenía excusa para que sus manos continuaran adheridas a su cintura como el cemento. Pero siguieron allí.

—Como verás, no soy tan torpe como creías —dijo orgullosa, aunque aún tenía mucho que aprender de Martha, que parecía haber nacido con unas ruedas pegadas a las plantas de los pies—. Los niños aprenden con una rapidez impresionante. Por cierto... —Giró un poco la cabeza para encontrarse con sus ojos y susurró—. Están hablando sobre películas de dibujos animados. Nada de sexo, Derek —comentó jocosa.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —Retiró de su cuello los cabellos rubios que se lo cubrían e hincó los dientes en su fragante carne.

Ella dio un respingo y rompió a reír. Le hacía cosquillas y trató de zafarse. Estuvieron a punto de caer al suelo.

Martha se volvió y también ella puso los ojos en blanco, como si estuviera contemplando a un par de adolescentes atolondrados. Pero ya no era

como al principio, ahora las muestras de afecto entre su padre y ella le hacían sonreír.

El sol ya no calentaba indiscriminadamente, pero el ejercicio les hizo entrar en calor y Megan lo usó como excusa para parar un rato. En realidad, la razón de que quisiera tomarse un respiro era su pierna. Las heridas se habían curado rápidamente y habían cicatrizado muy bien. Apenas le quedarían cicatrices, pero cuando calentaba el músculo excesivamente comenzaba a dolerle. No quería reconocerlo delante de nadie.

Todos pararon para descansar un rato, excepto *Abby*, que corrió a la orilla del lago junto a Dean porque unos patos se acercaron nadando. A *Abby* ya no le gustaban las lagartijas, ahora prefería los patos. En cambio, los gatos le seguían encantando.

Megan tomó asiento en un banco, pero Martha no dejó que Derek la secundara. Con una misteriosa expresión en la cara, que alertó a Megan sobre la existencia de posibles confidencias entre padre e hija, Martha tomó la mano de su padre y se alejaron unos metros para que ella no pudiera escucharlos.

—¿Es que no vas a dárselo papá?

—No estoy seguro de que sea el momento adecuado. Y baja la voz, Megan tiene un oído muy fino —masculló.

—Pero si lo llevas en el bolsillo desde hace dos semanas. —Martha movió la cabeza y alzó las manos como si no supiera lo que hacer con su padre—. Voy a irme a la orilla del lago con Dean y *Abby*. Aprovecha que os quedáis solos y dáselo.

Derek se la quedó mirando en silencio y quiso comérsela a besos. Estaba inmensamente agradecido con ella por haber aceptado a Megan en sus vidas.

—No es tan sencillo como tú lo pintas.

—Claro que sí. Lo sacas del bolsillo y se lo das —dijo tercamente—. Vamos—. Volvió a tomar a Derek de la mano y regresó con él al banco donde Megan aguardaba.

Martha la miró y esbozó una sonrisa traviesa.

—Papá tiene algo que darte. —Anunció.

—Cierra el pico, niña. —Gruñó él.

Martha rio alegremente y luego echó a correr hacia el lago.

Megan arqueó las cejas y observó a Derek con atención. Él rehuyó su mirada y se mostró esquivo mientras tomaba asiento a su lado. Descubrir su lado inseguro fue toda una sorpresa para ella. No estaba acostumbrada a que

verle vacilar ante nada ni ante nadie.

—¿Tienes algo que darme?

Derek apoyó los antebrazos sobre las piernas. Su hija tenía razón. Había llegado el momento que llevaba esperando desde hacía semanas. La miró a los ojos. Ella le observaba con anhelo, como si supiera lo que se traía entre manos y estuviera dándole permiso para actuar sin demora. Megan había cambiado muchísimo. Lo amaba incondicionalmente, sin reglas ni estrategias, pero todavía quedaba por descubrir si superaría la prueba de fuego. Solo había una manera de saberlo.

Derek se llevó la mano al bolsillo trasero de los pantalones y sacó la diminuta cajita negra que le acompañaba desde hacía días. No se detuvo en estudiar su reacción. Le que cogió la mano y le besó la punta de los dedos.

—Le pregunté a la dependienta si el envoltorio podía ser de otro color, pero para este tipo de anillo... —Derek abrió la cajita y el anillo de diamantes brilló bajo el sol—. Sólo podía ser negra.

Ella se llevó la mano al pecho y abrió los ojos desmesuradamente. Estudió con detalle la elegante combinación de diamantes y zafiros engarzados en oro blanco, y supo que ése habría sido el anillo que ella habría escogido. Movi6 la cabeza con lentitud y se le dibujando una espléndida sonrisa en los labios. Cuando por fin se miraron, ella estuvo a punto de lanzarse a sus brazos. Si esper6 a hacerlo fue porque todavía quedaba lo mejor. Su evidente entusiasmo favoreció que él se relajara y recordara cómo respirar.

—¿Quieres que te lo pida a la manera tradicional o prefieres algo más actual y desenfadado?

—A la manera tradicional, por favor. —Sonrió ella.

—Me alegra que contestes eso.

Derek apoyó una rodilla en el suelo y sacó el anillo de su estuche. Después la tomó de la mano y, sin apartar los ojos de los suyos, le dijo:

—Megan, eres el amor de mi vida. ¿Quieres casarte conmigo?

La brisa era ligera y templada, y estaba perfumada por el olor de las flores cercanas. Sus cuerpos, unidos por las manos, estaban bañados en mágicos tonos dorados. Pero a Megan no le llegaba nada del exterior, se sentía atrapada en una burbuja de felicidad que solo compartían ellos dos. El mundo debería haberse parado en ese instante.

—Desde luego que sí. —Asintió—. Quiero casarme contigo.

Derek introdujo el anillo en su dedo anular y después la besó durante un

buen rato, hasta que escuchó los vítores de los niños.

—Tengo una curiosidad —dijo Megan—. Si no hubiera escogido la manera tradicional, ¿cómo me lo habrías pedido?

Derek se lo dijo al oído y después se retiró para observar su reacción.

Ella puso una expresión de espanto y él estalló en carcajadas.

Relato



Más allá de la oscuridad

Por tercera vez, Laura se aseguró de que llevaba en su maletín todos los documentos necesarios para cerrar el trato con los clientes ingleses. Era el primer trabajo importante que su jefe delegaba en ella y se había tomado aquella responsabilidad como un reto. Le demostraría que estaba lo suficientemente cualificada para asumir negocios de aquella envergadura. Era muy posible que, si las negociaciones llegaban a buen puerto y conseguía un trato con los ingleses, su jefe la premiara con un más que merecido ascenso. Se trataba de cerrar una importantísima campaña publicitaria en la que hacía meses que trabajaba incansablemente. La emoción y los nervios bullían en su interior desde hacía varios días.

Sacó su coche del garaje del edificio donde residía y cruzó las oscuras e invernales calles de Albacete bajo una lluvia incesante que por minutos arreciaba. No le importaba viajar de noche, al fin y al cabo, Madrid solo estaba a dos horas de camino siguiendo la autovía, aunque se temía que si continuaba lloviendo de aquella furiosa manera llegaría mucho más tarde de lo previsto. La reunión estaba programada para las doce de la mañana del día siguiente, podría haber salido temprano y llegar con tiempo de sobra, pero prefería hacer noche en Madrid y dedicar las primeras horas de la mañana a repasar todas sus notas.

La carretera circunvalación estaba plagada de coches procedentes de los polígonos adyacentes a la ciudad, que regresaban a casa después de un largo día de trabajo. Por fortuna, en cuanto tomó la A31, el tráfico se disolvió casi por completo. Para sentirse algo más acompañada, puso la radio en una emisora que solo emitía música y tarareó distraídamente las canciones que conocía.

Durante la primera hora de camino apenas se cruzó con unos cuantos

coches que circulaban en sentido contrario. Imaginaba que la escasez de tráfico se debía al abundante aguacero que estaba cayendo. Se vio obligada a mantenerse a una velocidad muy por debajo de la permitida, ya que no tenía prisa por llegar a su destino.

Sus pensamientos giraban en torno a la reunión. Repasaba la forma en que podían desarrollarse las negociaciones. Sin embargo, aunque estaba distraída en sus reflexiones, reaccionó con una rapidez vertiginosa cuando vio un coche delante de ella que jamás debería haber estado detenido en medio de la carretera. Su pie aplastó el freno y gritó muy fuerte cuando las ruedas de su Seat Ibiza patinaron sobre el asfalto encharcado. No pudo hacerse con la dirección del vehículo. Dio un volantazo para esquivar el golpe, pero la parte trasera chocó violentamente contra el otro coche y el suyo salió despedido de la carretera. Manióbró a ciegas y cayó por un terraplén pronunciado. Dio varias vueltas de campana, y lo último que vio antes de perder el conocimiento fue el terreno enfangado que los faros del coche iluminaban a medida que caía.

A su alrededor se hizo una profunda e inescrutable oscuridad.

Cuando despertó lo hizo con un terrible dolor de cabeza. Su postura era extraña y forzada, por lo que entendió que no se encontraba durmiendo en su cama ni que acababa de despertar de una horrible pesadilla. Identificó el sonido atronador que escuchaba a su alrededor como el de la lluvia golpeando una superficie metálica y, aunque la oscuridad era densa y no le permitía ver nada en absoluto, rápidamente recordó que había tenido un accidente de tráfico y que se hallaba atrapada en el interior de su coche.

Laura se removió sobre su asiento y tanteó a su alrededor hasta encontrar el cierre del cinturón de seguridad. Después buscó la palanca que abría la puerta y, por fortuna, se abrió sin problemas permitiéndole salir al exterior donde continuaba lloviendo. Un relámpago restalló en el cielo e iluminó la carrocería de su Seat Ibiza, que estaba completamente destrozada y abollada. Había sido un milagro que saliera con vida de aquel aparatoso accidente.

Laura localizó su cartera de piel en el asiento del copiloto y alargó un brazo para apoderarse de ella y de su bolso. Tuvo suerte y consiguió abrir el maletero para recuperar su maleta, pues era la parte frontal del coche la que había sufrido casi todos los daños. Después, con lágrimas de desesperación que se deslizaban por sus mejillas mezclándose con la gélida lluvia, Laura escaló por el terraplén fangoso por el que había caído hasta alcanzar la autovía.

Caminó por el arcén con la esperanza de que algún coche se detuviera, pero la carretera estaba desierta y siniestramente oscura. No sabía qué hora era, pero tenía la sensación de que había permanecido inconsciente durante horas. La ansiedad le oprimió el pecho, pero no podía dejarse llevar por la desesperación, lo más importante es que estaba viva y aparentemente ilesa.

No había ni rastro del coche que había provocado su accidente. El conductor del mismo, ni siquiera había tenido la decencia de llamar a la policía ni de comprobar su estado. Era una pena que no hubiera tenido tiempo de ver y memorizar su matrícula.

Unos minutos después, vislumbró el rótulo anaranjado de un mesón de carretera donde también ofrecían camas. Llamaría por teléfono al servicio de carreteras y arreglaría los trámites para que la llevaran a Madrid. En el peor de los casos, podía hacer noche allí y arreglárselas para continuar su viaje por la mañana temprano. Laura se sintió más animada y caminó a buen ritmo los últimos metros que la separaban del mesón. En el *parking* había unos cuantos coches estacionados y vio algo de luz a través de la puerta acristalada de la cafetería.

Ya en el interior, Laura se sacudió el agua que resbalaba de su abrigo y se escurrió el cabello hasta formar un charquito a sus pies. No había muerto en el accidente, pero era muy probable que cogiera una pulmonía. Estaba muerta de frío y le castañeteaban los dientes. La cafetería del mesón estaba en silencio, desierta, y la luz que la iluminaba era muy tenue, pero Laura enseguida localizó a un hombre que estaba situado detrás de la barra de bar. Tenía la cabeza apoyada sobre un mueble y, según se acercó a él, comprobó que estaba profundamente dormido.

Le llamó en susurros para no sobresaltarle, pero no le despertó. Un reloj que había colgado en lo alto de la pared indicaba que eran las doce de la noche. Laura volvió a intentar comunicarse con el hombre, pero unos ruidos tras su espalda la hicieron girar de inmediato. En la máquina expendedora de golosinas, había un hombre de espaldas a ella que recogía unas barritas energéticas. Cuando se dio la vuelta y sus ojos se encontraron, Laura se quedó sin aliento.

Parpadeó por si se trataba de un espejismo, pero los ojos azules de Martin seguían clavados a su mirada. La llenó de confusión que no pareciera tan sorprendido como ella y tuvo la sensación de que él estaba esperando a que se produjera ese encuentro entre los dos. Pero, ¿cómo era posible?

—¿Eres tú... realmente? —preguntó con la voz trémula.

Martin asintió lentamente y, a continuación, esbozó una leve y emotiva sonrisa.

—Sí, soy yo. —Se acercó a ella y se detuvo a un par de metros de distancia—. Entiendo que estés asombrada, han pasado cuatro largos años.

—Estoy... algo más que asombrada.

—Te dije que algún día volvería.

Sus cálculos eran exactos. Hacía cuatro años que Martin se había marchado al otro lado del mundo. Cuatro años amando a un hombre al que no había vuelto a ver desde entonces. Cuatro años con el corazón roto y envuelto en gruesas cadenas de hierro que no le habían permitido amar a ningún otro hombre.

Laura asintió. Ahora temblaba por la fuerza de sus emociones y no por el frío que entumecía sus músculos. Le miró sin que le saliera la voz y sintió que las lágrimas se le agolpaban en los ojos. Martin había sido el amor de su vida, todavía lo era.

—De haber podido habría regresado a buscarte mucho tiempo antes, pero me ha resultado completamente imposible —dijo él con la voz sincera. Luego se acercó un paso más hacia ella y se atrevió a tomar sus manos frías y temblorosas entre las suyas, mucho más grandes y calientes. Laura alzó la cabeza para mirarle y recorrió con mirada ávida cada detalle de su atractivo y masculino rostro, en el que no halló ni una sola huella del paso del tiempo. Sin embargo, su cuerpo y su cabeza continuaban presos en el aturdimiento y se negaban a reaccionar—. Sé que todavía no es tarde. A lo mejor te parezco un presuntuoso, pero tus ojos me dicen que todavía me quieres.

—Dios mío Martin. —Laura movió la cabeza lentamente—. Claro que te quiero, siempre te he querido, pero no puedes aparecer así de repente, sin avisar, y pretender que me arroje a tus brazos como si no hubieran existido estos últimos cuatro años.

—Pero quieres hacerlo. Al igual que yo.

Por supuesto que quería hacerlo, no había nada en el mundo que le apeteciera más en ese momento. Sin embargo, en los últimos tiempos había sufrido tanto que había aprendido a ser más cauta con sus sentimientos.

Laura le miró mientras reprimía sus ansias por abrazarle y besarle hasta que le dolieran los labios. Antes, necesitaba que Martin le explicara las razones de su presencia allí.

—¿Qué estás haciendo en este motel? Yo no pensaba detenerme aquí.

—Me dirigía hacia Albacete, pero se hizo demasiado tarde y decidí pasar

la noche aquí y continuar el viaje por la mañana. Ha sido una coincidencia que nos encontremos en este lugar. —Martin alzó sus manos, que estaban enlazadas a las de él, y le besó los fríos nudillos sin apartar la mirada de ella—. Cuánto he ansiado volver a verte, a tocarte, a que me miraras tal y como ahora lo estás haciendo.

—Yo... —Laura se aclaró la garganta, el cerebro se le nublaba a pasos agigantados—. Me disponía a pedir una habitación...

Martin miró por encima del hombro de Laura hacia el hombre que había tras la barra de bar.

—No te molestes, está dormido como un tronco y más borracho que una cuba. —Laura se giró y vio la botella de whisky casi vacía que había pasado por alto minutos antes—. En mi habitación hay dos camas, ven conmigo.

El tono sugerente de su voz, así como aquella enigmática sonrisa, parecían una invitación en toda regla a que Laura transgrediera su sentido común. Ella necesitaba saber antes de dar rienda suelta a sus sentimientos, y así se lo hizo saber.

—Tenemos que hablar de muchas cosas, Martin.

—Habla de todo lo que desees —dijo él, aún a sabiendas de que había ciertas cosas y ciertos detalles de su presencia allí, que todavía no podía compartir con Laura.

Con un nudo de emoción que le oprimía el pecho, Laura asintió y Martin se encargó de tomar su equipaje. Luego le indicó que le precediera por las escaleras que daban a la planta de arriba, donde se hallaban las habitaciones.

Entraron en la pequeña habitación. Las dos camas con colchas floreadas estaban separadas por una mesita donde dejaron el bolso, la maleta y el maletín de Laura. Una puerta en un rincón conducía al baño, y había un armario empotrado en la pared cuya puerta abierta mostraba un interior vacío y desangelado, a excepción de un abrigo negro que había colgado de una percha.

—¿Viajas sin equipaje? —Le preguntó Laura.

—He dejado la maleta en el coche, sólo pensaba pasar aquí unas horas —contestó, mientras cerraba la puerta de la habitación—. Ponte cómoda y quítate esas ropas mojadas.

Laura asintió y abrió su maleta, de la que sacó un bonito pijama de invierno y unas zapatillas de andar por casa.

—Pensaba hacer noche en Madrid porque mañana tengo una reunión de negocios. Pero he tenido un accidente, mi coche ha caído por una cuneta y he

estado a punto de... —No consiguió pronunciar esa palabra sin que se le quebrara la voz—. La persona que lo ha provocado se ha dado a la fuga.

Enseguida sintió las manos de Martin cerradas en torno a sus brazos, y aunque varias capas de ropa le impedían sentir su contacto, Laura se estremeció igualmente. Se volvió hacia él y Martin le colocó ordenadamente los mechones de cabello negro que tenía adheridos a su rostro pálido.

—Siento muchísimo lo del accidente, Laura. Deberían meter entre rejas a todos los conductores imprudentes que dejan abandonadas a sus víctimas en la carretera —dijo de forma apasionada—. Sin embargo, me alegro muchísimo de que estés aquí, conmigo.

Martin le acarició la mejilla y a Laura se le olvidó el accidente por completo. Durante largos segundos, quedó embebida en su penetrante mirada azul y el corazón le comenzó a latir más rápido.

—Te... tengo que llamar por teléfono al servicio de carreteras. —Rompió el intenso contacto entre los dos y buscó su móvil en el interior de su bolso. Tenía la pantalla destrozada y los botones no funcionaban, se había roto con el accidente—. Tendré que llamar desde un teléfono fijo, imagino que habrá alguno abajo.

—No te molestes, la tormenta ha averiado la línea telefónica. Tampoco funciona.

—¿En serio? —dijo con voz afligida.

—En serio, pero no tienes que preocuparte. Yo mismo te llevaré a Madrid mañana en cuanto amanezca.

Resuelto el problema de su transporte, Laura se sintió mucho más tranquila y pudo centrar su completa atención en Martin.

—Voy a quitarme las ropas mojadas.

Laura cogió el pijama y las zapatillas y se refugió en el interior del baño. Se miró en el espejo redondo que había sobre el lavabo y se alarmó un poco al descubrir el tono níveo de su piel y las incipientes ojeras que halló bajo sus ojos castaños. De repente, se hizo muy importante para ella estar guapa ante Martin.

Se quitó la ropa, se colocó el pijama e hizo lo que pudo con su pelo castaño que lucía empapado y enmarañado. Todavía no podía creer que Martin estuviera en la habitación de al lado.

Se conocieron cuando comenzaron a trabajar juntos seis años atrás en la misma empresa. Entre los dos surgió un flechazo instantáneo y, al cabo de unos días, ya estaban saliendo juntos. Con anterioridad, tanto Martin como

Laura habían tenido otras relaciones serias, pero ninguno de los dos supo cuál era el verdadero significado de la palabra amor hasta que no se conocieron. Muy poco tiempo después, se fueron a vivir juntos a un pequeño chalet adosado que alquilaron en las afueras de Albacete, y compartieron dos años maravillosos de sus vidas. Laura jamás fue tan feliz como lo fue durante aquella época, amaba a Martin con toda su alma y él la amaba a ella con la misma intensidad y devoción.

Hasta que él tuvo que marcharse a Portland, Oregón.

Martin no era español, era estadounidense, y aterrizó en España cuando la empresa para la que trabajaba en Oregón, que tenía filiales repartidas por todo el mundo, le ofreció un puesto directivo en España, concretamente en la filial de Albacete. Martin aceptó sin pensarlo, pero dos años después las circunstancias le obligaron a regresar a su país antes de tiempo. Su madre cayó enferma, le diagnosticaron alzheimer en estado avanzado, y puesto que Martin no tenía más familia que pudiera cuidar de ella, decidió volver a Estados Unidos. Antes de partir, hablaron largo y tendido de su situación, una situación que no ofrecía demasiadas salidas. Martin no tenía ni idea de cuándo podría regresar a España y, Laura, que le habría acompañado con los ojos cerrados a cualquier parte del mundo a la que él se hubiera marchado, tampoco vivía una situación familiar propicia para hacer las maletas y trasladarse a vivir a otro país. Su hermana la necesitaba, su marido había fallecido hacía poco tiempo y estaba pasando por una grave depresión. Puesto que sólo se tenían la una a la otra, Laura no pudo abandonarla. Por supuesto, a su hermana nunca le dijo que se quedaba en España por ella, jamás lo habría consentido.

Martin le prometió volver en cuanto la situación se resolviera de una forma o de otra, pero eso nunca llegó a suceder. Tuvieron contacto telefónico durante los dos años siguientes, hasta que Laura sintió que vivir ese amor en la distancia la estaba matando en vida. Un buen día, decidió acabar con aquel sufrimiento, y le dijo a Martin que cada uno debía seguir su propio camino, ella no podía pasarse la vida entera esperando a que sus vidas volvieran a cruzarse. Martin se mostró mucho más reacio que ella a dar por finalizada su relación, pero con el tiempo entendió que aquella que ofrecía Laura, era la mejor solución.

No volvieron a tener contacto durante los dos años posteriores, pero ahora Martin estaba allí y aunque todavía no se habían sentado a hablar, él le había dicho lo suficiente. Había vuelto para quedarse. Aunque Laura prefería

actuar con prudencia, una abrasiva alegría envolvía su corazón. Sus sentimientos por él, a pesar de los largos años separados, estaban intactos, le quería con la misma intensidad que el primer día.

Laura abandonó el baño con otra predisposición. El accidente le parecía ahora una mera anécdota en comparación con el giro que acababa de tomar su vida. Sin embargo, necesitaba saber más, deseaba que él le explicara con pelos y señales cuáles eran sus nuevos planes y de qué manera la incluían a ella.

Martin se hallaba sentado en el lateral de una de las camas y Laura tomó asiento en la de enfrente. Sus rodillas se rozaron en el angosto espacio y sus ojos se miraron fijamente, desbordados de emociones.

—¿Cómo está tu madre? —Le preguntó Laura, aun temiéndose la respuesta.

—Murió hace unos meses —contestó con pesar, aunque su expresión resignada decía que había sido lo mejor. Apoyó las palmas de las manos sobre los muslos de Laura, acariciándolos con los pulgares—. He vuelto para quedarme a tu lado, quiero estar contigo durante el resto de... —Hizo una pausa en la que pareció pensar la palabra precisa— ...mi vida. Ahora ya no existe nada que se interponga entre los dos. No trato de borrar de un plumazo los últimos cuatro años porque han sucedido cosas que nos han cambiado a ambos, pero lo único que no ha variado es mi amor por ti, Laura.

Laura tragó saliva y trató de decir algo, pero la emoción que la embargaba le paralizaba las cuerdas vocales. En su lugar, se levantó y se sentó a su lado y, Martin, tomó su rostro entre las manos y la besó impetuosamente, con las emociones desbordadas. Ella le echó los brazos a los hombros y se unió a él con el mismo sentimiento y avidez. Su fuerza de voluntad era frágil y cedió por completo ante él. Cuando Martin se separó finalmente, una vez saciada su necesidad más acuciante, la encerró entre sus brazos y aspiró el olor a fresas que todavía desprendía su cabello mojado.

—Cuánto te he echado de menos —murmuró contra su oído.

Laura había imaginado muchísimas veces que ella y Martin volvían a reencontrarse, pero la realidad superaba cualquiera de sus desesperadas fantasías. Adiós a cualquier intento de mantener una conversación. A esas alturas, Laura sólo podía pensar en enredarse en el cuerpo de Martin y en recuperar el tiempo perdido. Deslizó los dedos entre sus cabellos rubios y le atrajo hacia ella hasta que sus labios volvieron a besarse.

—Yo también te quiero, Martin. Te quiero con toda mi alma —susurró

jadeante contra su boca.

Martin cambió de postura y Laura quedó tendida sobre la cama. Le acarició los mechones de cabello todavía húmedos por la lluvia y la observó con adoración.

—Te dije que hablaríamos, pero creo que no soy capaz de tenerte a mi lado sin hacerte el amor. ¿Tú qué opinas?

Laura esbozó una sonrisa que fue secundada por una de él.

—¿Desde cuándo me pides opinión?

Laura llevó las manos a su camisa negra y comenzó a desabrocharle los botones.

—Tienes razón, tú siempre solías estar dispuesta para mí.

Martin hizo lo propio con el pijama de Laura, que también se abrochaba por la parte delantera. Cuando sus pechos quedaron al descubierto se inclinó para besarlos mientras sus manos se internaban bajo la cinturilla de sus pantalones y lo deslizaba por sus exquisitas caderas.

Se pasaron toda la noche haciendo el amor, redescubriéndose mutuamente, aunque, en realidad, ninguno había olvidado ni el cuerpo, ni los sentimientos, ni las reacciones del otro. Todo era maravillosamente familiar, pero, a la vez, no estaba carente de novedad. Laura era tan feliz entre los brazos de Martin que olvidó por completo su reunión con los ingleses en Madrid. Se durmió poco antes del amanecer y, cuando despertó, un sol apagado e invernal se derramaba sobre la colcha floreada de la cama que compartían.

Un poco aturdida por los nuevos acontecimientos, le costó reaccionar cuando consultó su reloj de pulsera, que indicaba que eran las diez de la mañana.

—¡Las diez de la mañana! —exclamó horrorizada, incorporándose de inmediato.

Martin estaba despierto a su lado, pero las prisas de Laura no le afectaron, se le veía relajado y la miraba de forma contemplativa.

—¡Venga vamos! Tenemos que vestirnos y ponernos ahora mismo en marcha.

Laura abandonó la cama y se apresuró todo cuanto pudo. Abrió su maleta, sacó su neceser y la ropa que iba a ponerse ese día, y lanzó una mirada a Martin al percatarse de que no la secundaba. Si no fuera porque no tenía ningún sentido, juraría que él la miraba con un hálito de tristeza.

—¿Sucede algo? —Le preguntó con el ceño fruncido.

—No, es sólo que... me gusta mirarte.

Laura le sonrió desde el otro extremo de la habitación.

Reemprendieron el camino cuarenta minutos después, y aunque la emoción por estar con Martin la impulsaba a pasarse todo el camino charlando de mil cosas con él, no le quedó más remedio que recuperar la responsabilidad por su trabajo. Así, se pasó la hora de viaje revisando todos los papeles de su presentación publicitaria, de tal forma que, cuando llegaron a Madrid, Laura tenía todas las ideas frescas y claras.

Se sentía muy segura de sí misma. Estaba exultante y con ganas de comerse el mundo, se iba a meter a los ingleses en el bolsillo y regresaría a Albacete con un acuerdo firmado. Sabía con total seguridad, que era el inesperado regreso de Martin a su vida el que la había imbuido de todo ese derroche maravilloso de energía y convicción.

Cuando estacionaron el coche en el Paseo del Prado, ella le dio un impetuoso beso en los labios y luego salió a toda prisa del coche con su maletín en la mano, rumbo hacia un imponente edificio acristalado sede de su empresa en Madrid. Martin la siguió con las manos metidas en los bolsillos, abrumado en cierta manera por no poder compartir la felicidad que inundaba a Laura en esos momentos. Decidió esperarla en el vestíbulo del edificio mientras ella lo cruzaba rauda hacia el ascensor.

Martin se recostó sobre el sofá de cuero blanco y esperó a que ella regresara. Debía decirle tantas cosas que no sabía por dónde comenzar. No sería nada fácil hacerle ver la realidad y temía que la reacción de Laura fuera desoladora, no podría soportar verla hundida. Pero para eso estaba él allí, para hacerle comprender que su mundo no acababa en ese preciso instante ni en ese concreto lugar.

Laura atravesó un pasillo decorado con muy buen gusto y entró en la sala de juntas donde los ingleses la esperaban. Hablaban en su idioma, que Laura dominaba a la perfección, y mantenían una conversación coloquial que nada tenía que ver con el asunto que les había reunido allí.

Junto al umbral de la puerta, Laura se aclaró la garganta para llamar su atención, pero los hombres elegantemente trajeados no desviaron sus miradas hacia ella y siguieron enfrascados en su charla. Laura caminó hacia la mesa, sobre la que depositó su cartera de piel, y miró uno a uno a todos los congregados antes de hacerse ver.

—Buenos días a todos, soy Laura García, la directora de publicidad de M&H Publicity —dijo en un perfecto inglés—. Cuando quieran podemos

comenzar la reunión.

No hubo respuesta, los hombres la ignoraron por completo y continuaron conversando entre ellos como si Laura no estuviera presente. Les observó sin comprender, y repitió la frase en un tono más elevado, pero fue como hablarle a una pared. ¿Qué estaba pasando allí? Laura se puso nerviosa, si era una broma no tenía ninguna gracia. Se acercó al señor del bigote blanco que estaba más cerca de ella y le habló muy cerca del oído, en un tono de voz que a cualquiera le habría hecho dar un respingo.

Pero para aquel señor y para el resto, Laura era completamente invisible.

El corazón se le aceleró y una repentina sensación de miedo prendió en su interior. Se quedó paralizada y profundamente aturdida, tratando de comprender qué era lo que estaba sucediendo, pero sin llegar a ninguna conclusión. Todo era tan surrealista que, a menos que fuera un sueño, no había explicación que justificara aquella actuación.

Laura abandonó la sala de juntas y se precipitó sobre la mesa de una secretaria, la misma a la que había saludado minutos antes y que no le había respondido. Creyó que porque estaba concentrada en su trabajo y no la había escuchado. Plantó las manos sobre el mostrador de su mesa y le habló con la voz nerviosa, pero la joven se comportó de igual forma a la de los clientes ingleses, la ignoró por completo.

Una a una, se fue deteniendo en todas las mesas que halló a su alrededor mientras se dirigía de vuelta al ascensor. Nadie la miró a los ojos y nadie demostró la mínima reacción a sus palabras. Para todas aquellas personas, Laura era invisible, y su miedo se convirtió en auténtico pánico. Ya en el ascensor, le chilló a una señora ataviada con un traje de Armani que permaneció impasible a sus gritos, y unas lágrimas de incompreensión comenzaron a rodar por sus mejillas.

Martin se hallaba en el mismo lugar donde le había dejado y Laura corrió hacia allí como si él estuviera en posesión de una explicación coherente. Martin se levantó de súbito al verla llegar tan nerviosa, y mientras le contaba con atropello lo que le había sucedido allí arriba, él intentó apaciguarla tomándola de las manos y mirándola con ternura.

—Laura, tengo que contarte algo muy importante, pero primero necesito que te tranquilices.

Clavó una penetrante mirada en ella y sus manos la asieron con firmeza, pero Laura estaba demasiado confusa.

—¿Cómo voy a tranquilizarme, Martin? Nadie me reconoce y nadie

parece verme o escucharme. —Se giró y le gritó a una mujer que caminaba hacia la salida. No obtuvo ninguna respuesta— ¿Lo ves? ¿Qué es lo que está sucediendo? —Le preguntó con la voz angustiada.

Martin le acarició el pelo y volvió a mirarla con esa mezcla de ternura y tristeza que Laura no acababa de comprender.

—Laura, cariño, nadie puede verte ni escucharte porque tú... —Le acarició las mejillas con la yema de los pulgares y retiró sus lágrimas— ... falleciste en el accidente de tráfico.

Laura movió la cabeza lentamente, en señal de incredulidad, y su voz sonó ahogada cuando intentó hablar.

—¿Qué? —musitó.

—Yo estuve allí y presencié el accidente. Moriste en el acto, Laura. —Le explicó con la voz atribulada—. No he podido decírtelo antes, era necesario que lo descubrieras por ti misma.

—Pero... ¿pero qué estás diciendo, Martin? —Las lágrimas continuaron brotando de sus ojos castaños— ¿Cómo puedes inventarte un disparate así y quedarte tan tranquilo?

—Sé que no es fácil de asimilar, para mí tampoco lo fue en su momento.

—¿Para ti? ¿Qué significa eso?

—Significa que yo morí igual que tú. —Laura abrió mucho los ojos y se quedó sin palabras, sintió como si el corazón se le cayera a los pies, estaba emocionalmente bloqueada—. Sucedió una noche cuando volvía a casa de la oficina. Un conductor hizo un adelantamiento imprudente y tuvimos un choque frontal a más de cien millas por hora. Yo también fallecí en el acto —dijo con el tono emocionado, más por la tristeza con la que Laura le miraba que por recordar lo sucedido. Martin lo tenía más que asimilado—. No fue hasta que presencié mi propio funeral cuando dejé de negar lo obvio.

—¿Cu-cuánto tiempo...?

—Hace un año.

—Y durante todo este tiempo tú... —La voz de Laura pareció provenir desde la otra parte de un largo túnel.

—He estado a tu lado. Cada hora y cada minuto del día. —Por primera vez esbozó una leve sonrisa que hizo relajar el rictus crispado de Laura—. Por eso, porque he estado junto a ti y he seguido tu vida tan de cerca, sé perfectamente que me sigues amando como al principio. Te he visto llorar muchas veces y he sido testigo de tu incapacidad para amar a otro hombre. No me importó morir con tal de estar contigo, aunque ha sido mucho más

duro de lo que yo pensaba el que no pudieras verme, oírme o sentirme.

—Dios mío... —Laura se mordió los labios para contener un nuevo brote de lágrimas, la barbilla le temblaba. De repente, se sentía tan apenada de que Martin hubiera muerto que se olvidó de sus propias circunstancias—. De haberlo sabido yo...

—Era imposible que tú lo supieras, pero ahora, todo eso carece de importancia.

Volvió a quedarse muda durante unos segundos, los pensamientos giraban en su cabeza con la violencia de un tornado.

—¿Y qué se supone que somos? ¿Espíritus errantes? ¿Estamos condenados a pasar aquí el resto de la eternidad? —preguntó con nerviosismo.

Martin negó con la cabeza.

—Debería haberme marchado de aquí cuando fallecí, pero no podía hacer ese viaje sin ti. Estaba dispuesto a esperarte los años que hicieran falta anclado en este mundo con tal de verte todos los días. Ahora ya no hay razón que nos retenga aquí.

—¿Y a dónde se supone que vamos? ¿Acaso existe el... el cielo?

Martin sonrió.

—No lo llamamos así, pero tiene ciertas semejanzas con él. Es muchísimo mejor de lo que el hombre haya llegado a imaginar jamás —aseguró. Sin embargo y, como era de esperar, la impresión recibida por Laura era demasiado fuerte como para aceptar sin más lo que él le explicaba. La tomó por la cintura y la estrechó contra su cuerpo, enlazando los dedos detrás de su espalda—. Lo que quiero que entiendas es que nuestro paso por la tierra es sólo el principio de nuestra existencia. Lo realmente bueno viene ahora, Laura.

—Estoy... me siento muy desorientada y perdida en estos momentos. — En su voz persistía un deje atribulado, pero ya no derramó más lágrimas—. Quiero ver mi funeral, necesito verlo para poder encajar todo lo que me estás contando.

—Mañana por la mañana podrás verlo. Esperaremos aquí hasta entonces.

Laura asintió en silencio y luego Martin la abrazó durante largo rato. Ella se aferró a su cuerpo cálido y fuerte y se dejó arropar hasta que sintió que su pena disminuía y que el amor que sentía por él volvía a dominar el centro de sus pensamientos. A su debido momento, una vez recuperada parte de la calma que había perdido en la última hora, Laura deshizo el abrazo y le miró

a los ojos.

—¿En serio éste sólo ha sido el principio de nuestra existencia? ¿Que allá donde vamos nos aguarda algo mejor?

—¿Alguna vez has imaginado cómo sería la vida si no existiera el dolor? —Laura asintió con la cabeza, lo había imaginado muchas veces—. Pues esa es la vida que nos espera. Además, volverás a ver a todos los seres queridos que perdiste aquí. No tienes nada que temer. —Le metió el cabello por detrás de las orejas y la besó en la frente.

No era nada sencillo, Martin lo sabía por propia experiencia, pero Laura ya parecía encajar, comprender y aceptar.

—Cuando te marchaste a Estados Unidos, me dije que te habría acompañado al fin del mundo con tal de estar a tu lado. Supongo que ahora es el momento de demostrártelo —comentó Laura con la voz suave.

Martin se inclinó sobre su rostro y besó detenidamente sus labios salados por las lágrimas, y ella esbozó una primera, aunque lánguida sonrisa. Después, Martin tomó su mano y la instó a que abandonaran el edificio. Laura apoyó la cabeza en su hombro y dejó que él la guiara hacia aquella nueva vida.

Agradecimientos



Quiero dar las gracias a mi familia y amigos, que han estado a mi lado desde el principio y me han apoyado en cada paso que he dado. Sin su confianza y sus buenos consejos el trabajo habría sido mucho más arduo. Especial mención se merecen esas personas en cuya compañía (a veces no física) siempre tengo la sensación de que ningún sueño es inalcanzable.

También quiero agradecer los mensajes de apoyo y las muestras de cariño que he recibido de lectores que leyeron mi anterior novela, sin los cuales el camino de la creación de Decisiones arriesgadas habría estado repleto de obstáculos.

Y, por último, aunque no menos importante, dar las gracias a Chus González Nevado por leer el manuscrito en su versión original y darme un centenar de buenos consejos y recomendaciones, sin ellos, no estaría tan orgullosa del resultado final. También agradecer a Menchu Garcerán el haberme echado un cable con el personaje de Martha.

A todos, gracias.

Mar Carrión.

Biografía



Mar Carrión nació en Albacete, ciudad en la que reside. Se licenció en Derecho por la Universidad de Castilla-La Mancha y ya desde pequeña fantaseaba con la idea de ser escritora. Con solo once años comenzó a escribir sus primeras novelas, pero no fue hasta el año 2.008 que vio su sueño hecho realidad. Con su novela «*Bajo el cielo de Montana*» ganó el III certamen de novela romántica de la editorial Terciopelo, y a esta primera publicación le siguieron otras igualmente románticas, algunas de ellas mezcladas con el género de suspense. En su amplia bibliografía se encuentran títulos como «*Decisiones arriesgadas*», «*Senderos*», «*Mary cambia su destino*» —novela con la que ganó el I certamen de novela corta de la editorial Harlequín—, «*Trampas de seda*» —ganadora de dos premios Dama, a la mejor novela y a la mejor autora nacional—, «*Después de la lluvia*», «*Arenas movedizas*» — premio Dama a la mejor novela romántica contemporánea—, «*El jardín de Neve*», «*Detrás del telón*», «*Nada es lo que parece*» y «*Azul cielo*».